

Benedetta Papasogli

Un hombre para la Iglesia de hoy

(Traducción del italiano de p. Pío Suárez B., s.m.m.)

PRESENTACIÓN

Acostumbran las leyendas bretonas relatar el caso del joven que emprende un largo viaje en busca de un tesoro nada fácil de encontrar. Pero nada lo detiene: ni los amores más vitales de los cuales se separa ni la perspectiva de las dificultades que le aguardan. Sabe que debe cruzar el bosque de los embrujos, el lago de los dragones, el valle de los placeres. Oye que todos le repiten: "¡No lo lograrás...!". Pero nada lo detiene: una enfermedad sagrada, que muchos llaman locura, lo impele a "intentar la hermosa aventura".

En este mito popular podemos introducir a Luis María de Montfort, el misionero bretón del siglo XVII, cuya vida se presenta como una aventura, un camino sin final, una locura para los "prudentes". Él mismo, cuando al final de su vida intenta definirse, nos remite al concepto de un corredor: "¡Soy un pobre sacerdote que corre por el mundo a conquistar alguna alma perdida!".

Montfort ha sido un gran caminante: los primeros testigos lo describen devorando caminos con rápido pie. Quien suma sus peregrinaciones a Chartres, Saumur, Roma, Mont-Saint-Michel a sus recorridos entre Rennes, París, Poitiers, Rouen, Nantes, La Rochelle y 200 parroquias más del occidente de Francia, llega sin dificultad a un total de 10.000 kilómetros. Nada sorprendente entonces hallar a menudo en los escritos de Montfort el término "camino": la consagración a María es "un camino fácil, corto, perfecto y seguro" para llegar a Jesucristo; el "camino" del mundo es "camino ancho, esmaltado de flores"; María te dilata el corazón, para que puedas "caminar hacia Dios sin desanimarte". Inclusive para los misioneros que sueña, descarta la vida sedentaria, a fin de que libres de todo impedimento puedan volar "a donde les impulsa el soplo del Espíritu Santo": su casa es el mundo; su misión, correr de parroquia en parroquia a evangelizar a los pobres. Sueño éste que para Montfort ha sido realidad durante 15 años de vida misionera itinerante.

El caminar incansable de Montfort se convierte en símbolo de su aventura espiritual. Parte de Bretaña en 1692 para realizar su ideal de sacerdote misionero para el pueblo sencillo y comienza a transitar por un camino sembrado de obstáculos, incomprendiones y persecuciones. Los directores de San Sulpicio constatan su originalidad difícil de reducir al ritmo comunitario; la señora de Montespán lo orienta hacia el hospicio de los pobres de Poitiers; el Papa Clemente XI le desaconseja irse a predicar a los paganos; varios obispos le impiden ejercer su ministerio; el mismo Rey Sol ordena la destrucción de su calvario; sus enemigos y con frecuencia hasta sus cohermanos lo persiguen e intentan quitarle de en medio con el veneno o el puñal asesino. Itinerario zigzagueante que a menudo coloca a Montfort frente a un crucero o a dos caminos, donde le es preciso escoger entre retroceder ante el apremio de los acontecimientos o seguir adelante a pesar de todo. Montfort ha optado por seguir adelante, puesta la mano en la mano de Dios y su confianza total en la Virgen María, siempre en búsqueda de un tesoro, que se llamará sucesivamente Cristo-Sabiduría, Cruz, María, Reino de Dios.

Trazar la biografía de este bretón, que vivió en la época descrita por P. Hazard en el libro *Crisis de la conciencia europea* (1680–1715), significa adentrarse en un terreno mal conocido, en una zona incierta e incómoda: la que desde el fondo determina el cambio radical de dos siglos, en que los franceses, como Bossuet y como Voltaire, pensaron sucesivamente. Sobra repetir que este período coincide con la época del Rey Sol o con "el gran siglo de las almas". Los cuarenta años en cuestión marcan el fin de una era e

introducen en una nueva cultura: *Finis saeculi novam rerum faciem aperuit* (=el ocaso del siglo ofreció un nuevo panorama de la historia) [Leibniz].

Al *esprit de géométrie* difundido por Descartes (+ 1650) y al *esprit de finesse* identificado con Pascal (+ 1662), sucede poderoso el *esprit critique*, que encuentra su corifeo en Pedro Bayle (+ 1706) e informa las diferentes ramas del saber y de la vida de los franceses, sin que de ello escape el mismo Rey Sol. Grabados, acusaciones públicas y *las Aventuras de Telémaco* escritas por Fenelón en 1679 ponen en circulación un sentimiento y una idea: el odio a Luis XIV y el valor del pueblo.

Si el espíritu crítico se manifiesta en la estética con la célebre "querrela entre antiguos y modernos", en que a las normas de los antiguos se opone la razón, en el campo de la historia, este espíritu rechaza fábulas y creencias populares para atenerse al rigor de los hechos. En la perspectiva moral y de las costumbres, el espíritu crítico se encarna en el "libertino", que vive al lado de la religión, no de ella, aprovecha de todas las dulzuras de la vida y juzga de todo con extrema libertad.

Desde el punto de vista religioso nos hallamos en el tercer período de la reforma tridentina. Las grandes iniciativas del clero francés tales como los seminarios, las misiones populares, los escritos de espiritualidad, habían operado un progreso general de la vida cristiana. Después de 1690 se entra en la fase de estabilización. Inclusive con la condenación de Mme. Guyón (1695), de María de Agreda (1697) y de Fenelón (1699) el impulso espiritual sufre un rudo contragolpe: el ocaso del siglo XVII coincide con el "crepúsculo de los místicos". Siguen avanzando el galicanismo y el jansenismo. Este último con sus exigencias serias y rigurosas influirá en la concepción del cristianismo determinando una desconfianza por la espiritualidad popular.

Época del espíritu crítico, de los libertinos, del crepúsculo de los místicos, del galicanismo y el jansenismo, la era de Montfort es también la de la disolución económica de Francia. La cadena de guerras en que se ha empeñado Luis XIV desde 1672 en adelante y las grandes carestías de 1693 y de 1709 arrojan a la nación en la miseria y el hambre. Si en 1715 la deuda pública equivalía perfectamente a 50 veces las entradas anuales, ya hacía tiempo habían aumentado las turbas de pobres y vagabundos, para los cuales se instituyen los hospitales generales, refugios y cárceles al mismo tiempo: al final del reinado del Rey Sol se calcula en 2 millones el número de miserables frente a los 17 millones de franceses.

Este cuadro ambiental es necesario no sólo para elaborar una "historia docta" de Montfort, como la exigía ya don José de Luca, sino sobre todo para entender las opciones de Montfort a lo largo de su itinerario espiritual y cultural. Sólo con esta condición será posible hacer surgir la figura del santo en toda su originalidad y valores específicos. En efecto, un análisis de los datos que nos han llegado permite ver claramente la posición luchadora, constructiva y alternativa de Montfort frente a la nueva cultura iluminista y racionalista que ya se anunciaba. Aparece así como un bloque monolítico, que no resulta involucrado ni tocado siquiera por el espíritu crítico, pero sí interpelado por una profundización del cristianismo.

Al final del siglo, cuando el misticismo es considerado como realidad superada, Montfort se presenta como verdadero místico, que lee todavía el *Libro de la Sabiduría* de E. Susón y asimila la doctrina de Olier-Surin acerca de la primacía de la escucha del Espíritu. Aunque careciéramos de otros testimonios, serían suficientes para garantizarnoslo

su oración y su voz "con su carácter de absoluto, una firmeza, una incandescencia exclusiva de quien ya está siempre cerca y muy cerca de Dios".

En una época en que asoma el espíritu crítico, Montfort toma posición en favor del pueblo: acepta las leyendas, cree en las revelaciones privadas, organiza procesiones, utiliza los medios audiovisuales de su tiempo. Se adentra incluso de tal manera en la cultura popular que logra asimilar sus palabras claves tales como "secreto", "secreto de la naturaleza": hoy podríamos reconstruirla exclusivamente basándonos en sus *Cánticos*. "Grignon de Montfort –añade el historiador Mandrou– al comienzo del siglo XVIII es ciertamente uno de los raros eclesiásticos de la Iglesia en Francia que percibió la necesidad de renovar la enseñanza de la Iglesia al servicio de los pobres, es decir, de la masa del pueblo francés".

La opción de Montfort es de orden pastoral y espiritual: se dirige a las poblaciones y franjas marginadas de la Iglesia de su tiempo que aún no se habían beneficiado de la reforma tridentina: campesinos, soldados, estudiantes, prostitutas... Se convierte en misionero popular y padre de los pobres. Ésta es la grandeza de Montfort: abandonar las seguridades y las reglas de conveniencia, mejor aún, el *clisché* del sacerdote dado al culto, para hacerse pobre con los pobres y elaborar una espiritualidad popular. El misionero les propone un cristianismo personalizado y comprometedor, o sea, una consagración total a Cristo por manos de María, que es una ratificación consciente de las promesas bautismales. Hace firmar una alianza con Dios, donde al lado de la profesión de fe en Cristo y la renuncia a Satanás, presenta un elenco de compromisos prácticos: un contrato (en una época de contratos) que se respetará fielmente con la ayuda de María, vista por él como una persona viva y maternalmente solícita y atenta para llevar a sus hijos a la semejanza con Cristo.

Montfort combate las componendas y no acepta nada del plan de vida de los libertinos a los cuales pinta como antípodas de los verdaderos cristianos. Toma posición muy clara frente a los galicanos, aceptando abiertamente la autoridad del Papa; pero no obstante diferenciarse de la orientación de fondo de los jansenistas y de los "espíritus fuertes", acepta sus valores insistiendo en una vida cristiana que no se reduzca a prácticas exteriores, sino que sea expresión de una auténtica ofrenda ordenada a la plena comunión con el Dios de la revelación.

Gracias al interés que despierta el ambiente en que vivió y a la riqueza de aspectos de la figura polifacética de Montfort, éste ha atraído sobre sí la atención de muchos biógrafos. Ya en el siglo pasado anotaba Pauvert con cierto énfasis: "Este humilde misionero del campo, que tan raras veces predicó en las catedrales, ha encontrado más biógrafos que los grandes oradores, y aún más que los mismos reyes". Un elenco elaborado en 1952 enumeraba más de 80 biografías de Montfort, cada una de las cuales ha subrayado uno u otro aspecto de su vida y de su espiritualidad.

Después, las biografías del misionero se han seguido multiplicando en diferentes lenguas y continentes. La presente de Benedetta Papisogli, joven escritora, consolidada ya con otros trabajos comprometedores y bien acogidos por la crítica y el público, no desmerece en medio de las demás, sino que las supera en muchos aspectos. Si se acepta el principio de De Luca: "Para una biografía científica del santo no bastan decenas de años; se necesita, además, una persona del lugar", nadie –fuera de un francés que consagre a ese trabajo

buen parte de su vida— podría aspirar a la elaboración de una "historia docta" de Montfort. Benedetta Papisogli ha aprovechado, sin embargo, recientes estudios a nivel científico, que le han brindado un amplio material para construir un relato biográfico serio y penetrante. Añádase a ello un viaje corto pero intenso a los lugares monfortianos.

Como el lector puede apreciarlo, B. Papisogli posee el arte de la narración. Muy lejos de volver a presentar los contenidos de la vida de Montfort transmitidos por las fuentes principales y las interpretaciones de los más recientes biógrafos, la escritora analiza los hechos con agudeza psicológica, filtra los datos en el tamiz de su intuición personal, decanta las perspectivas parciales, lleva a conclusión las premisas, realiza una obra de crítica literaria, lo enmarca todo en el contexto de la así llamada "escuela francesa" de espiritualidad. Y —cualidad digna de nota— hace revivir al personaje ante los ojos estupefactos del lector que ve sucederse, como en una secuencia fílmica, paisajes, actores y escenas según los diferentes ambientes en que Montfort desarrolló su actividad.

Podemos dar la bienvenida a esta nueva biografía, ciertamente la mejor en Italia por tamaño, trama, penetración en el personaje, carácter moderno del lenguaje y sensibilidad religiosa.

Podemos ahora interrogarnos sobre el núcleo fundamental de la figura de Montfort esclarecido por la presente biografía. Es oportuno descartar las ilusiones del lector que está al acecho de fórmulas sintéticas y simplificadoras: B. Papisogli sabe muy bien que semejante concepción es unilateral y empobrece una figura como la de Montfort. La visión que ofrece es resueltamente globalizante, en el sentido de que no descuida los diferentes aspectos salientes y significativos de la experiencia espiritual del santo misionero francés. Respetando este cuadro integral, la escritora parece haber dado mayor importancia a dos dimensiones monfortianas no carentes de actualidad: Montfort consagrado a Dios y "esclavo de amor" de Jesús en María, es decir, un hombre profundamente religioso que da sentido definitivo a su existencia, anclándose en el Eterno por una ofrenda sin reservas y definitiva; y Montfort "hombre para la última Iglesia", volcado hacia los "últimos tiempos" y hacia los "últimos" del Pueblo de Dios escogidos por él como destinatarios de su ayuda y del anuncio de la salvación, hacia la Iglesia de los últimos tiempos, o sea, del futuro, que deberá preparar la venida final de Cristo y el reinado especial del Espíritu.

En la revaloración actual de los modelos realizada en la cultura, que ha perdido toda confianza en la construcción de ideologías lo mismo que en las palabras, Montfort aparece como un punto de referencia, una señal que marca el sendero, un contagioso estímulo de creatividad. Él, entre otras cosas, recuerda a los cristianos de nuestro tiempo el valor supremo de la vida de comunión con Dios, la urgencia de realizar una opción fundamental por Cristo, el suave y comprometedor itinerario espiritual adelantado bajo la guía maternal de la Madre del Señor, la atención premurosa a los hermanos más pobres y marginados, la preparación en clave mariana de la venida escatológica del Salvador.

Éstas y otras interpelaciones le lanzará Montfort al lector atento a través de las páginas de B. Papisogli, porque él —como los grandes santos— no exige y sin embargo alcanza lo que quiere, no necesita exhortar, le basta existir: su existencia es una llamada.

STEFANO DE FIORES

Capítulo 1

EN LAS TIERRAS DEL MAGO MERLÍN

Existe en Francia un rincón de tierra embrujada donde moraban en otros tiempos los fantasmas del Rey Arturo, del Mago Merlín y del hada Viviana. Donde encontraron su ambiente natural las leyendas de la Tabla Redonda y del Santo Graal.

Es el bosque de Brocéliande, la más profunda y salvaje de las selvas bretonas: santuario de sortilegios y de poesía para un pueblo soñador. En las fronteras de la Brocéliande comienza precisamente nuestro relato, en la penumbra misteriosa de su secular verdor.

En este nido de leyendas, se ha acumulado la historia. Historia muy antigua como lo testifican las envejecidas piedras de los monumentos célticos dormidas bajo los robles. E historia más reciente: la que se vive en los pueblos limítrofes, tales como Montfort, recostada sobre el flanco de la colina que lleva con gracia ese nombre de resonancia guerrera, y que conserva todavía las huellas de su bélico abolengo en una cinta de muro o en un retazo de torre.

Montfort, sin embargo, ha vivido páginas heroicas y pintorescas. Los señores del lugar enarbolaron en las cruzadas un estandarte en el que campeaba una cruz roja adornada con un dragón de siete cabezas. En otras épocas, los habitantes de Montfort detuvieron, desde lo alto de su castillo, el avance de los ejércitos del rey de Francia.

Más tarde, el paso del tiempo fue desparramando algunos tonos grises sobre la pequeña ciudad semejante a un nido de águilas.

Un santo misionero, san Vicente Ferrer, predicaba en 1400 no lejos de este rincón de tierra francesa, profetizando que allí surgiría un gran hombre, un misionero bendecido por Dios. Más de doscientos años después, la profecía, palpitante pero sin cumplirse aún, seguía flotando sobre campos y poblados donde vivían gentes de fe ancestral, pero soñadoras, lentas y reservadas.

Ubiquémonos ahora, en 1671, en Montfort, calle de Saulnerie. Que toma su nombre de los antiguos salineros y es una de las más importantes de la aldea. Pronto se radicarán allí los notables y los hombres de leyes. Pero en este momento habitan en ella gentes del pueblo que forman un conjunto abigarrado y exuberante.

Fachadas de piedra, techos inclinados de pizarra conforman un todo asimétrico sin pretensiones arquitectónicas. Nuestra historia comienza en el preciso momento en que cruzamos el umbral de la puerta de una casa burguesa, cuya chimenea, que se alza por encima del techo, ostenta en grandes trazos una fecha, probablemente la de su construcción: 1667.

La madera y la piedra campean en las antiguas casas bretonas. La madera en las largas vigas ennegrecidas, en los grabados, en las escaleras; la piedra en las rugosas paredes, desiguales, de espesor imponente. Entramos pues en una casa robusta, sencilla, por cuyos vanos irregulares se filtra un sol somnoliento, incluso en los días luminosos. Y detrás, un jardín que se extiende como un pañuelo verde sobre el apacible panorama que esparce un aire fresco y transparente.

De un lado llegan los casi imperceptibles e inquietos rumores de la aldea; del otro, se intuye el murmullo del Meu, el río de Montfort que se desliza casi a los pies del jardín. Desde la ventana, recorriendo el horizonte, se alcanza a percibir algo de la poesía del

paisaje bretón.

En invierno, las ollas de viejo cobre se iluminan al fulgor de la llama del hogar que se convierte en corazón de la casa y esparce intimidad de un cuarto a otro, comunicando calor al granito de las paredes.

Los dueños de casa, los esposos Grignion –24 y 22 años– se han unido en matrimonio el 10 de febrero de 1671, en la antigua iglesia de Todos los Santos de Rennes y continúan sin frivolidad fieles a su compromiso con la vida: llevan en el carácter algo que los asimila a los valores auténticos y sobrios de aquella casa carente de artificios. Juan Bautista Grignion, "sieur de la Bachelleraie" es con mucho la personalidad más fuerte de los dos. La vida va a manifestar en él, junto a sentimientos cristianos, un carácter áspero y voluntarioso, una propensión a verlo todo de color oscuro, un espíritu pesimista por no decir amargado. Es, por lo demás, un hombre a quien la vida no logrará dulcificar: su temperamento violento se va a exacerbar a través de años llenos de preocupaciones e incomodidades, pasados en el anonimato de la provincia.

Abogado e hijo de un notario, proviene de una familia establecida en Montfort hace sólo algunas generaciones: su padre, Eustaquio Grignion, alcalde de Montfort, es el primero de la familia en ostentar el título de "gentilhombre". Pero los Grignion no son nobles, a pesar del título de la Bachelleraie que se refiere a la propiedad agrícola que poseen al pie de la colina. Tanto es así que Juan Bautista Grignion ha tenido que someterse a pagar los impuestos concernientes a los "villanos y no nobles de la Provincia de Bretaña". Constituyen en realidad –escribe De Luca– "una familia de aquella buena burguesía francesa del siglo XVII que hizo correr tanta tinta por haber sido una de las protagonistas más grandes de la historia no sólo de Francia, sino de Europa en los siglos más recientes".

La sombra, incómoda y embarazosa de Juan Bautista –por lo demás, hombre honesto y buen padre de familia– llena la casa tranquila de la calle de la Saulnerie. Nuestro relato parte precisamente del conocimiento de su personalidad, de su carácter impulsivo y su temperamento difícil.

A su lado, una esposa silenciosa. Es Juana Robert, "señorita de Chesnais", hija de un concejal de Rennes y hermana de tres sacerdotes: Alán, vicario sacristán de San Salvador de Rennes; Gilles, rector de Laurenlas; y Pedro, fraile capuchino. Sabemos que era discreta, exquisitamente espiritual, tanto que con su sola presencia serenaba el hogar de los Grignion.

"Familia noble, numerosa, poco acomodada...": con estas palabras describirá un día el rector de San Sulpicio la situación familiar de los dos esposos. El primer biógrafo de san Luis María informa que los Grignion "son muy poco acomodados en bienes de fortuna". Por otra parte, los nacimientos se suceden rápidamente en el corto girar de pocos años: luego de Juan Bautista que muere a los cinco meses de vida, aparece el primogénito efectivo de la numerosa prole, Luis, nacido el 31 de enero de 1673. Le siguen José Pedro (1674), Renata (1675), Rodolfo, Silvia, Gil, Francisca-Margarita, Guyonne-Jeanne y otros... 18 en total, de los cuales más de uno morirá en pañales. Ocho no llegarán a los diez años.

No extraña, pues, que hondas arrugas hayan surcado rápidamente la frente de los esposos Grignion. Él, abogado en el tribunal de Montfort, tiene un trabajo modesto e insuficiente para ahorrar preocupaciones a un padre de familia. Los bienes patrimoniales no alcanzan a garantizar la honorabilidad de la condición burguesa a los hijos del "señor de la Bachelleraie". De suerte que todo es precario en torno a los niños Grignion, a quienes una madre fatigada por los continuos embarazos y que desahoga sus tensiones y cansancios en lágrimas silenciosas, enseña a balbucir las primeras oraciones.

Los primeros objetos sobre los cuales se posó la mirada de Luis no fueron las casas de Montfort con sus fachadas bruñidas y su interior modesto y honrado. Lo confiaron, en efecto, al cuidado de una nodriza, la "madre Andrea", que es probablemente la campesina que cuida el fundo de los Grignon en la Bachelleraie. El chiquillo fue creciendo, durante algunas estaciones, entre cosas sencillas y figuras de pobres, en una de esas residencias de campesinos bretones, donde hasta las paredes –amasadas de paja y barro arcilloso– hablan de un fuerte y humilde vínculo con la tierra.

Tal como son, esas paredes tienen un aire de soledad y conservan un color cálido, muy diferente de las de granito de Montfort. Forma el interior de la casa una sola pieza donde se desarrolla toda la vida: las camas en las esquinas, en el centro una mesa y la chimenea para calentarse y cocinar. En cuarto adyacente, el ganado doméstico constituye un buen vecino. Del pequeño horno, semejante a una pacífica torrecilla, proviene a veces un olor a pan: el pan de quien no conoce el despilfarro, el pan de los pobres.

Difícil imaginar un rincón del mundo más agradable y rústico que la Bachelleraie, donde las manos de la madre Andrea, ásperas de trabajar en el campo, han entretenido al hijo de los Grignon y sostenido sus primeros pasos. Allí encontró Luis sus primeros amigos y pasaron ante sus ojos tantas y tantas imágenes: los rostros de hombres quemados por el sol, las gavillas junto al hogar, la tranquilidad de las tardes veraniegas saturadas del perfume de las mieses y los fantasmas de las largas tardes invernales.

Luego de dos años y medio, la madre Andrea devuelve a Juana Grignon un chico robusto, bronceado, que balbucea las primeras palabras con el dejo sencillo de la comarca. Poco después del regreso de Luis a la familia, sus padres deciden trasladarse: han adquirido, junto a Iffendic, la casa señorial de campo del Bois-Marquer con sus dependencias y las dos granjas de Plessis-Bois-Marquer y de la Chesnaie. Su adquisición da al señor Grignon el derecho a los "primeros puestos en la Iglesia de Iffendic, con los derechos honoríficos y específicos, banco y tumba bajo éste en la capilla del campanario, cuanto depende de la casa del Bois-Marquer". Así lo estipula el puntilloso documento que sanciona el traspaso de la propiedad, el 16 de julio 1675. Al final del verano, toda la familia se traslada definitivamente a la nueva propiedad.

La casa solariega del Bois-Marquer es una de esas casas de campo calurosas pero un tanto misteriosas en su tejido de modestia y dignidad. Se descubre un resto de castillo, pero decaído y ennoblecido en su aspecto más sencillo de pequeña fábrica. La piedra gris de reflejos rojizos, los techos de pizarra que encapuchan la fachada, forman un conjunto robusto, al que hay que añadir –para que la instantánea no mienta– la gracia del verdor, en el abrazo de árboles y campos. Una escalera de madera conduce a Luis a la habitación bajo el techo –casi un granero– donde duermen los varones de la casa Grignon. La ventana se asoma sobre el minúsculo mundo del patio delantero y, más allá, sobre la serena autenticidad de los campos.

En esta casa de pequeños señores, que tiene la solidez e intimidad de la sencilla arquitectura bretona, se desliza la infancia de Luis. El primogénito de los Grignon ha tenido un primer gran maestro: el campo, con su genuina pedagogía sobre el sentido de lo real. El paisaje bretón tan verde en primavera, surcado de llamas rojizas en otoño, arrullado por el respirar de las encinas que señalan los linderos de los campos ha revelado al muchacho la paz y el aire libre, la fuerza y la dulzura, los anhelos infinitos y la sabiduría de las cosas sencillas.

Luis ha tenido luego algunos educadores más: la familia sobre todo. Una familia cristiana, tal como la hemos visto ya. Cuál ha sido la impronta de este cristianismo, nos lo

sugiere lo que escribe Daniel-Rops acerca del "cristianismo clásico" corriente en Francia, cuando expira el gran siglo: es un cristianismo serio, imperioso, de aspecto agradablemente austero. Aspira, sin lograrlo siempre, a gobernar las costumbres; tiene menos arrojo que sumisión, menos amor que temor. Pero su fe es rígida, sólida, inmutable". La decadencia de las costumbres de la primera parte del seiscientos ha sido ya superada gracias a la grandiosa obra de restauración que generaciones de santos pusieron en marcha: "el período que corre de 1660 a 1690 señala la fase de la práctica cristiana: la fe es casi universal y se manifiesta en la forma de juzgar, de orar, de morir".

En la primera mitad del siglo, Bretaña en particular ha sido protagonista, de un capítulo fascinante de historia religiosa como es el de las misiones bretonas. La fe del pueblo se expresa a través de un sentido religioso primitivo y pintoresco, recurriendo a gestos, a signos grandiosos, concretos, dramáticos: los coros, las procesiones interminables, las dramatizaciones que recuerdan los "misterios" medievales, el florecimiento del culto a los santos, las capillas votivas, la intensa devoción a los muertos.

Los niños Grignon respiran este aire, en el corazón de la campiña bretona en la que transcurren sus primeros años. Todo el horizonte de su mundo íntimo se encuentra allí, limitado a la iglesia de Iffendic a donde suben semanalmente para la misa dominical. La iglesia se alza sobre una elevación como una rústica maravilla, con su fachada puntiaguda que ostenta la pátina de los siglos y su campanario coronado audazmente por una agulísima aguja. Ha constituido sin lugar a dudas el punto de apoyo de toda la infancia de Luis Grignon.

Tanto en verano como en invierno, mientras recorre los kilómetros que lo separan de la soledad del Bois-Marquer, aquel campanario gris y fulgurante, al parecer en oración, acompaña los pasos del pequeño caminante.

En la penumbra interior, la fuente bautismal donde Luis renovó por primera vez la gran promesa de su bautismo; donde ha asistido tembloroso al bautismo de sus hermanitos. Cruzando las hileras de arcos irregulares que ritman las pequeñas naves, llega hasta el banco de los Grignon –al fondo, a la derecha– donde parece tocar el altar del milagro cotidiano: la Eucaristía...

Luis se mueve sigiloso en el silencio de esta iglesia campesina, que parece grande a sus ojos estupefactos. El corazón del niño se encariña de los signos tangibles, claros, de la oración de los pobres.

El corazón de Luis bulle con intensos sentimientos. Y los padres, en especial la madre, han podido percibirlo en algún gesto que pone de manifiesto la ternura del niño: una ternura nada exuberante, casi tímida, se atreve a expresarse ante el sufrimiento de los demás: no escasean las borrascas en el Bois-Marquer. Entonces, Luis que no cuenta aún cinco años se acerca a su madre sumida en llanto y trata de consolarla.

Es el primer gesto que nos cuentan de Luis Grignon: un gesto infantil que revela dulzura. Una dulzura que ha sorprendido siempre un tanto a los biógrafos del futuro santo, que conocen la sangre difícil que corre por las venas de este muchacho bretón. Una exquisita relación, privilegiada, parece haber unido a Luis con su madre, proporcionando sonrisas a una infancia parca en juegos y compañeros.

Como primogénito, Luis sufre más que sus hermanitos el contragolpe de las pequeñas dificultades que oscurecen la vida cotidiana de los Grignon. La presencia del padre –la cual significa cambios de humor y exabruptos de voz– pesa sobre el muchacho que se torna tímido. Por lo demás, el carácter mismo de Juan Bautista Grignon se va delineando, dominado, en este muchacho flaco pero robusto, de frente poderosa e inteligente. Luis

siente arder la cólera; es emotivo y volitivo; carga con el peso de su riqueza de corazón que no encuentra en la vida constreñida y angustiada de su familia la forma de desarrollarse.

Es dócil. Pero la obediencia de este primogénito de mirada obstinada no se asemeja a la de los otros niños. Lo vemos, en la escuela familiar que los Grignon han organizado para sus hijos quizá con la ayuda del párroco, como un escolar atento, apasionado por el estudio. Con su dedicación se anticipa –casi por instinto de independencia– a los "castigos" y "amenazas" de los maestros.

De la compleja lección que le brindan sus padres, recoge Luis apasionadamente los primeros elementos de una enseñanza que no se expresa tanto en ideas y advertencias cuanto en hechos de vida. Su piedad de niño tiene rasgos de espontaneidad. Desde su infancia le agrada hablar de Dios. Aprende, pues, a orar con una rectitud de intención que lo lleva a buscar para ello el silencio y el recogimiento. Se retira a un rinconcito de la ruidosa casa o se arrodilla, rosario en mano, ante una imagen de Nuestra Señora.

Este despertar precoz del sentimiento religioso tiene su repercusión sobre la actividad inmediata. Con su prestigio de hermano mayor y cierta fuerza de persuasión, Luis se impone a sus hermanitos y amigos, impartiendo lecciones que ellos escuchan con ojos bien abiertos e infantiles. Advierten insensiblemente cómo su tranquilo hermano se evade a la esfera de su vida infantil y se aleja hacia el mundo de los adultos.

Bosquejo conmovedor de catecismo y de misión que revela en Luis un intento de comunicar y cautivar, embotado pronto por las circunstancias. En el grupo de niños, una –la más pequeña– Guyonne Jeanne, nacida en 1680, fija en él una mirada de adoración. Por esa mirada y actitud de escucha de la pequeña, Luis, introvertido y volitivo como es, se enternece, sale de sí mismo, se entrega, busca palabras de galana finura que la conquistarán: "Serás muy hermosa y todos te querrán, si amas a Jesucristo..."

La amistad de Luis con esta damita de tres o cuatro años a quien llaman "Luisa" constituye un hermoso capítulo de su infancia. La niña seguirá siendo dentro del círculo familiar la confidente predilecta. ¡Cuántas cosas podemos descubrir en este humilde episodio leído a contraluz! Una singularidad de parte de Luis respecto al pequeño grupo de hermanos y amigos. Prefiere la compañía de Luisa a la de sus coetáneos; una necesidad de hacer que le sigan, instinto de proteger. Más aún, en forma más sencilla, la misma delicadeza de corazón que el niño manifestaba desde los primeros años en relación con su madre.

Capítulo 2

LOS LIBERTINOS - LOS POBRES - LOS SANTOS

A la edad de once años (1684), Luis deja la familia, el Bois-Marquer y la cercana Montfort, para encaminarse a Rennes donde adelantará su educación en el colegio Sto. Tomás Becket regido por los jesuitas.

Así comienza para él un capítulo nuevo. Cuando atraviesa por primera vez el umbral del colegio, Luis es un muchacho campesino de Bretaña, tímido y reservado. Saldrá de allí hecho todo un hombre, pronto a recorrer con su "paso de gigante" un camino que se cruza ya con millares de senderos trazados por los hombres de su siglo.

Un colegio de jesuitas logra realizar semejante transformación. El de Rennes fue abierto, tras muchos años de espera, en 1604, gracias a las cartas credenciales otorgadas por Enrique IV reconciliado con la Compañía. Tuvo por sede el priorato de Sto. Tomás, donde se hallaban en otro tiempo las viejas escuelas. Al inaugurarlo contaba con cerca de seiscientos estudiantes. Pocos años después eran ya dos mil y el número, lejos de disminuir, seguirá creciendo a lo largo de ese siglo.

Fuera de ser una de las casas más importantes de formación de los jesuitas, es el primer colegio de la Compañía en Bretaña. Dado el carácter gratuito de la enseñanza, está destinado a reunir una población estudiantil variada y pintoresca, capaz de representar todos los estratos sociales e incluso las diferencias de pensamiento de una Francia rica y difícil.

Se presenta como un inmenso cuadrilátero de un solo piso, coronado de mansardas, dilatado interiormente por grandes patios. Y dado que, como en casi todos los colegios de los jesuitas, falta toda instalación para el internado, el pequeño pueblo de estudiantes se desparrama por la ciudad: quien vive con su familia, quien halla albergue en uno de los tantos pensionados que dan a Rennes un aspecto bizarro, como el de una ciudad universitaria medieval.

El colegio Sto. Tomás de Rennes constituye una instalación importante y la ciudad que gravita en torno a los jóvenes logra gracias a ellos un aire de trabajo y de fiesta, una especie de contenida vivacidad.

El programa de estudios es serio: brinda una instrucción humanística clásica que obedece a la "Ratio Studiorum" de 1599 y las orientaciones pedagógicas habituales en la Compañía. Los cursos, que abarcan los niveles de una preparación media y universitaria, se articulan en base a la conocida subdivisión: cuatro años de gramática, uno de retórica, tres de filosofía, a saber, lógica y ciencia, y finalmente cuatro años de teología.

Revive así, en la lejana Bretaña, el modelo del Colegio Romano que había sido su gran antepasado. Era éste –en expresión de De Luca– "el colegio modelo, donde se iba a experimentar la nueva pedagogía, molde de formación de toda Europa". San Ignacio hizo que al *modus parisiensis* sucediera el *modus romanus*... Todos los colegios de la Compañía tomaron como modelo a ese colegio, del que anotará Montaigne en su viaje a Roma: "Es extraordinario el influjo de este colegio sobre la cristiandad: creo que no haya existido entre nosotros ni cuerpo ni asociación de rango semejante... Poseerán pronto la cristiandad entera: es un vivero de grandes hombres en todos los campos".

Subrayemos estas significativas palabras de un escéptico ilustre: un colegio de jesuitas es "un vivero de grandes hombres". Los adolescentes reciben allí una preparación de alto

nivel, que no se reduce a una cantidad apreciable de conocimientos.

El estudio implica el uso del latín y la familiaridad con los autores clásicos. Pero permite también el ejercicio de la composición y versificación en francés. Sin contar las comedias o tragedias, francesas o latinas, montadas para recreación en las solemnidades de la vida del colegio. Un bagaje de exitosa seguridad expresiva será la herencia que recibirán estos jóvenes –Montfort quedará fuertemente marcado– capacitados así para utilizar la frase de ritmo amplio, balanceado, perfecto, propio de la Francia clásica.

En todo esto se inserta la búsqueda de una sabiduría superior: porque la pedagogía de los jesuitas apunta, de principio a fin, a una meta moral y espiritual. La *Ratio Studiorum* presenta este proyecto en una frase reveladora: "Hay que ofrecer al prójimo todas las disciplinas conformes a nuestro Instituto en forma que logremos desarrollar en él el conocimiento y el amor a nuestro Creador y Redentor".

Al empeño pedagógico hay que añadir el testimonio personal de quienes se ofrecen como educadores. Un antiguo alumno de los jesuitas –Voltaire– dirá a este propósito palabras que en sus labios nos dejan pensativos: "he sido educado durante siete años por hombres que se afanaban gratuita e infatigablemente en formar el espíritu y las costumbres de la juventud. ¿Qué he visto en ellos? La vida más laboriosa, más frugal, más regulada: repartidas todas las horas entre los cuidados que nos dedicaban y los ejercicios de su austera profesión..."

Rennes, orgullosa de su parlamento, es capital provincial e intelectual de Bretaña. El ritmo lento del campo es desconocido en este centro urbano donde se representa un perpetuo espectáculo que no es cómico ni trágico: se vive "en la calle o en los juegos", es decir, en lugares de diversión; cada uno se abandona a los pasatiempos de la comodidad.

Rennes, una ciudad que Luis no logra amar. Más tarde hará de ella una severa descripción, en la que maduran y se precisan las impresiones del muchacho:

"Según los locos, tú brillas
y pasas muy bien tu tiempo.
Muy grato es todo en las calles,
todo es risa, todo es juego...
Fulano va al cabaret,
la señorita va al baile,
la dama juega a las cartas..."

En realidad, Luis apenas entrevé esta Rennes mundana y extrovertida. Él vive en uno de los rincones más tranquilos de la vieja ciudad bretona, a saber, la calle retirada en que habitan los canónigos y también Alán Robert de la Vizeule, el joven tío de Luis, sacerdote y sacristán de la vecina iglesia de San Salvador.

Al ir y volver por la calle de adoquines desiguales, el muchacho mira tímidamente la figura de los personajes de la catedral, que pasan graves en sus trajes rozagantes. Las fachadas de las casas en madera bicolor, el sonar cercano y envolvente de las campanas, el silencio profundo de la tarde, todo esto adorna ese ángulo ciudadano íntimo y pintoresco donde el hijo de los campos ha experimentado las primeras nostalgias de su vida infantil.

Cada mañana, al ir a clase, atraviesa el Vilaine, río de grises y amarillentas aguas que parecen dar a Rennes –como acontece en las ciudades fluviales– su color característico. Se detiene en la capilla del colegio a contemplar las representaciones de Jesús y de María que brindan a la reflexión cristiana y a la piedad popular un mensaje sencillo y un tanto misterioso.

Las iglesias de Rennes tienen naves acogedoras y paredes protectoras. Son las iglesias maternas, educadoras, del renacimiento católico. Iglesias urbanas bajo cuyos umbrales se amontona toda una galería de tipos humanos desconocidos para el pequeño feligrés de Iffendic. Son gentes que no oran, los marginados y los pobres... Pero, poco a poco, la ciudad de rostro extraño adquiere para Luis su geografía más íntima y religiosa: una trilogía de Vírgenes protege la infancia del muchacho que ha dejado en Bois-Marquer a su madre y el hogar.

¡Son las primeras Vírgenes en la vida de Luis! Tienen nombres suaves: Nuestra Señora de los Milagros, Nuestra Señora de la Paz, Nuestra Señora de la Buena Noticia... Un día, Alán Robert toma de la mano a Luis, lo conduce ante una antiquísima estatua de madera conservada en la iglesia de San Salvador y le cuenta el episodio más sagrado y hermoso de la historia secular de Rennes. Nuestra Señora de los Milagros, la imagen de María que, según la dulce tradición, salvó a la ciudad del asedio de los ingleses, tiene uno de esos rostros arcaicos, intensos, que abren poco a poco sus secretos: un rostro pulido, reducido a sus líneas esenciales, hasta el cual han subido oleadas de oración de un amor ancestral.

Más joven, más humana, Nuestra Señora de la Buena Noticia, con su hermoso nombre evangélico y sus blondos cabellos, sonrío en la iglesia de los dominicos y –como todas las Vírgenes amadas por Luis– lleva como gloria y ofrenda el peso del Niño.

Dos años de intimidad transcurren entre Luis y sus Vírgenes; dos años de intimidad entre el muchacho y el sacerdote Robert, padre más sensible y discreto que Juan Bautista Grignon, en una casa modesta donde alientan la pobreza y amor a la Providencia. El paréntesis es interrumpido cuando los esposos Grignon toman una decisión que cambiará la vida de todos: los otros hijos crecen, deben proseguir los estudios y, por otra parte, el trabajo del señor Grignon en el tribunal de Montfort resulta cada vez menos rentable. Se trasladan, pues, a Rennes, volviendo en verano para vacaciones a la granja del Bois-Marquer. Su tío Robert habitará con ellos: ahorran así el costo de una casa.

Una gran familia, pues, fatigante pero amable para el muchacho dedicado al estudio, e inmerso, durante los años de adolescencia, en un trabajo complicado sobre sí mismo.

En el colegio de Rennes, Luis realiza el descubrimiento de dos extremos de la convivencia humana, y en particular de la sociedad francesa en este ocaso del gran siglo: la santidad y el libertinaje.

La atmósfera del colegio amasada de pasión intelectual y de piedad, resulta rota no obstante por fermentos inquietos e inquietantes: en la multitud de jóvenes en edad difícil, la corriente "libertina", al parecer, se arriesga algunas veces a adueñarse del campo y encaminar las clases hacia el desorden y la rebelión.

Estamos frente a un hecho de cultura y de moral característico de una Francia que se desliza hacia el siglo del racionalismo y del iluminismo, al ver multiplicarse ciertos gérmenes no desconocidos en la gran era de los místicos y de las "gentes de bien". A través de todo el siglo XVII los libertinos, "los asqueados de Versalles", inventores de placeres refinados y tristes, han estado veladamente presentes en el horizonte mundano así como en el literario. "Epicúreos, escépticos, gasendistas, inteligencias finísimas o simples "desenfrenados", es imposible que no los tome en cuenta quien quiera seguir la formación del espíritu filosófico hasta los primeros decenios del Setecientos", escribe Juan Macchia. "La cultura del siglo de Luis XIV se impregnó de ello, hasta en las expresiones más nobles y famosas; mezcladas con otras corrientes y exigencias. Las Memorias del cardenal de Retz, las Máximas de La Rochefoucauld, un tal Molière, el incrédulo e indiferente La Fontaine, pueden formar parte del grupo..., pero a su lado vive una multitud de personajes

menores, de indiferencia e incredulidad más integrales y en quienes la degradación del sentimiento religioso era casi total".

Chaulieu y de La Fare, el gran Prior de Vendôme y Madame Deshoulières, son algunos nombres célebres de un grupo humano impreciso: símbolos de "una sociedad sin ideales, que vivía al minuto". Adornan su frágil expresión literaria con un maquillaje filosófico destinado a confluír en la corriente del pensamiento del setecientos.

Luis Grignon, nuestro tranquilo muchacho, con su mirada inquisitiva, pasa, pues, por entre un espectáculo que ofrece una clase sacudida a veces por el viento del sarcasmo y la contestación.

Durante el año de retórica se presentan escenas que un testigo ocular –J.B. Blain, compañero de Luis– relata cargando un poco las tintas. El protagonista es el maestro de turno, el padre Gilbert –segundo profesor de Luis en Rennes, después del muy joven padre Le Camus– a quien sorprendemos en su cátedra, en el ardor de su trabajosa labor:

"Muchas veces lo vi ultrajado públicamente por los escolares, sin que él diera una sola señal de impaciencia.

Dado que el número de sus alumnos era muy grande y el de los libertinos no era pequeño, tenía, casi a cada hora algún nuevo género de injuria que tolerar de parte de ellos... Este santo religioso dedicado exclusivamente a santificar a sus estudiantes más aún que a instruirlos en la retórica..., orientaba todas sus lecciones a esa finalidad... Su inalterable dulzura, en medio de las injurias más hirientes que le infligían sus alumnos libertinos lejos de llamarlos al orden y corregirlos con violencia, era para ellos un nuevo motivo para multiplicarlas e inventar otras nuevas, capaces de agotar su paciencia y disfrutar de la criminal satisfacción de haber logrado alterar su dulzura o, al menos, haberlo visto cambiar de color... Al contrario, la caridad del santo sacerdote parecía inflamarse aún más respecto de los jóvenes rebeldes. Les pedía que fueran a hablar con él personalmente, y en esas visitas les abría su corazón de padre, les daba mil amorosas demostraciones de amabilidad para ganárselos y atraerlos hacia Dios. Con ello lograba conmover a algunos, pero con frecuencia, como única respuesta a sus gestos de ternura, la mayor parte para burlarse de él y de sus piadosas advertencias, hacía de todo ello una especie de comedia desfigurando al caritativo maestro y sus devotos ademanes".

Luis Grignon tiene, como sabemos, un temperamento impulsivo, un corazón que ama. Con los puños cerrados en los bolsillos, asiste a la humillación del hombre a quien estima con pasión. El Padre Gilbert, hombre cándido y desmañado, de una bondad luminosa, es – como observa De Fiores– el representante típico de la pedagogía de los jesuitas: la educación religiosa precede a la cultura. El sábado, tras concluir su pesada semana, llamaba a los muchachos para media hora de catecismo. Habla y escucha expresando su testimonio cordial y humildemente.

El P. Gilbert es hombre humilde, más apto a brindarse en el encuentro personal que a mantener la disciplina de una clase. Ante la figura del maestro, Luis habrá podido aprender a armonizar la imagen de la santidad con esas otras, amargas, del rechazo y del aislamiento. La máscara de paciente indiferencia que las provocaciones no alcanzan a alterar se grabará en su memoria. Por su parte, el maestro no deja de observar al alumno que sigue "atenta y ávidamente" las conferencias del sábado. El P. Gilbert y Luis, estos dos grandes desadaptados, se han conocido y valorado espontáneamente uno a otro.

El muchacho confía su dirección espiritual al P. Descartes (1640–1716), nieto del filósofo en quien hacen comenzar el pensamiento moderno. Este hombre insigne, que ingresó a la Compañía a los 16 años (1656), pasa la vida conforme al carisma familiar

enseñando gramática, filosofía y sobre todo matemáticas. Es también escritor y hombre de letras: posee, en una palabra, un ingenio versátil que obedecería a los cánones del "honnête homme" pascaliano, experto y diligente en todo.

Es un jesuita de edad mediana, de salud delicada, de carácter meditativo y recogido que algunos definirían como "melancólico". Poco hábil en cuestiones temporales, declina los cargos de prestigio que le ofrecen en la Compañía. Una vibrante llamada a los corazones sencillos, un rechazo a la sabiduría de los "filósofos" y de los "espíritus fuertes" son bases de la enseñanza espiritual del nieto de Descartes, rigurosísimo en señalar el no al mundo y considerar el seguimiento de Cristo en términos radicales de pobreza, penitencia y humillación.

Este religioso de físico frágil y fuerte temple espiritual no desconoce las notas del optimismo cristiano, ni la suavidad de la oración de los místicos: la temática de los escritores espirituales del gran siglo pasan por la enseñanza del jesuita, tras la sombra de ciertos términos clásicos de la fraseología mística que Luis ha gustado y penetrado por primera vez gracias a él.

La figura de Julián Bellier completa la triada de sacerdotes que han admirado a Luis adolescente. Julián Bellier es un sacerdote secular que inicia su ministerio. Este joven sacerdote no habla a los estudiantes desde una cátedra o la rejilla de un confesionario. Los lleva consigo por las calles de Rennes, les hace entrar en los hospitales, les envía a asistir a los pobres durante las comidas o a hacerles un catecismo elemental.

Gracias a Julián Bellier, Luis se acerca por primera vez al dolor humano. Descubre la otra cara de esa Rennes cómoda y festiva. Toca con la mano la crueldad inconsciente de una sociedad satisfecha, que lleva con indiferencia llagas profundas.

San Ivo, morada de cuatrocientos pobres –cuya mole alargada cubre toda una calle– se levanta en el corazón de Rennes no lejos de la iglesia de San Salvador. Los marginados de la sociedad se hallaban, pues, cerca a la casa de Luis Grignon. ¡Cuántas veces recorrió el muchacho esa calle, examinando con atención la pared distinta de las otras, la casa bulliciosa dominada por una capilla y una pequeña cruz!

Descubrir a los pobres. Éste es quizá el acontecimiento central de la adolescencia de Luis, un choc decisivo en su vida. Un hospital, en el siglo XVII significa un albergue de todas las miserias humanas. Hospital equivale no sólo al sentido moderno de la palabra, sino también asilo, prisión y casa de corrección. Donde reinan la miseria, la promiscuidad, las infecciones – escribe De Fiores–. Quien prosigue citando las palabras de Michelet: "una caridad tan terrible espantaba. Nombres tan dulces como Hostal de Dios, de Caridad, de Piedad, de Buen Pastor no tranquilizaban a nadie. Los enfermos se escondían para morir, temiendo que los llevaran allá... Huían con obstinación del hospital, como casa de la muerte".

En su primer encuentro con aquellos a quienes con un nombre severo y suave a la vez se denomina "los pobres", Luis Grignon encuentra mezclados a mendigos, vagabundos, agonizantes, llagados y lastimosos, y hasta sospechosos y criminales. El muchacho, formado en una honrada familia burguesa se apresta, con manos temblorosas, a los humildes servicios de la caridad: aprende a buscar, ante el dolor, palabras eficaces de consuelo. Sílabas entrecortadas, inexpertas, en las que ya palpitan la admiración y el respeto frente al misterio que cada pobre –dirá Luis un día– representa, como "sacramento de Dios".

Probablemente la vocación de una vida se decide así, durante el ejercicio semanal de la caridad. Pero sólo sabemos lo que el mismo P. Bellier nos dice, en lacónico testimonio, a

saber, que Luis se "ha encariñado mucho" de las visitas semanales al hospital.

Julián Bellier, por lo demás, no se limita a introducir con un acto de rudo valor a este muchacho de 14 años en el lugar del dolor. Le hace brillar ante los ojos un ideal que, una vez más tendrá para Luis la importancia de un paradigma: de vez en cuando deja a Rennes para unirse al grupo misionero de Leuduger, director de las misiones de Saint-Brieuc y heredero de la tradición de Le Nobletz y Maunoir. Los adolescentes de Rennes se tornan soñadores mientras siguen en la voz de Julián Bellier la narración del itinerario de las misiones, a lo largo de la alta Bretaña con su agreste paisaje, sus bosques profundos, donde un pueblo de fe sencilla ora, a menudo con los ritmos solemnes de los cantos de iglesia.

Los jesuitas de Rennes tienen para con las misiones bretonas, una preciosa tradición que custodiar. En el colegio Santo Tomás Becket ha pasado, por ejemplo, hace ya decenios, una presencia difícil de olvidar: la del Padre Rigoleuc (muerto en 1638), discípulo del gran Lallemand y misionero por campos y ciudades de Bretaña.

El P. Rigoleuc, figura mezquina y pintoresca, a primera vista: los superiores no lo apreciaban en mucho, lo sacaban de su fecundo trabajo misionero para ubicarlo aquí o allí, a enseñar, en los colegios. Lo que le causó la muerte a este viandante, sacrificado a la obediencia, sin un lamento siquiera. Caballero andante de la fe y del anuncio del evangelio andaba con su Rocinante, un caballo desnutrido que se convertiría en proverbio en la región a causa de su flacura: "Es como el caballo del P. Rigoleuc", se dirá para indicar la suerte de los servidores mal pagados. Esa apariencia modesta y pobre ocultaba una heroica estatura interior. Trasladándose de un lugar a otro con su caballo, predicando, enseñando, escribiendo, el P. Rigoleuc trabajaba como ningún otro en mantener viva la enseñanza espiritual de sus maestros, los místicos de la Compañía, y pocos de sus contemporáneos comprendieron el significado de su obra aparentemente sin importancia.

En el palpitar de tales presencias se mueve el adolescente Luis Grignon, que sabe comprenderlas y saborearlas con su inteligencia saturada de pasión. Si el contacto con los Padres Gilbert y Descartes brinda al muchacho el impulso inicial para profundizar en las sendas de la vida interior, el testimonio de Julián Bellier despierta el anhelo de un apostolado activo, concreto, popular. Ante el hijo mayor de los Grignon se presenta un proyecto cristiano de amplia envergadura. Una característica fundamental lo define: su elevación, sus exigencias, su heroicidad. Luis ha tenido que tratar, en sus años de colegio, con gentes que toman en serio las cosas. La vocación cristiana se le presenta con vivos colores, en el choque de una opción radical con otros aspectos de su experiencia: el conocimiento de los libertinos, el lamento de los pobres, la caridad de los santos, todo, en la experiencia de Luis ha asumido tintes fuertes y definidos, dramáticos y sencillos. No tiene un temperamento capaz de ocultar o adormecer esa primera profunda impresión.

Tan vigorosa lección de vida pesa en los hombros del muchacho dedicado al estudio y que por lo demás, cuando regresa a casa, vuelve a encontrar la antigua y difícil convivencia familiar, ahora más pesada a causa del nuevo compromiso, el de velar por los primeros pasos escolares de sus hermanos menores.

Luis, el mayor de una gran nidada, se convierte un tanto en el papá de los más pequeños, a quienes ayuda con delicadeza, apersonándose de esa precoz responsabilidad. Pronto sabrá dirigirles exhortaciones que parecerían pronunciadas por un adulto.

En realidad todos los Grignon parecen un tanto desubicados, luego de su traslado a la ciudad. Pasan de una casa a otra, los niños se enferman, algunos duelos se van presentando en la vida de familia. Luis mismo, en el colegio, se integra mal dentro de la clase variada como todo un mundo, que lo acogió. Seguro y brillante en sus estudios, se nos presenta sin

embargo profundamente solitario. "Luis Grignion –nos dice el acostumbrado testigo J.B. Blain– era muy reservado y no tenía relación alguna con los demás estudiantes". Esta reserva pone de manifiesto una fundamental dificultad social y hace parecer insignificante a los ojos de los compañeros la figura del muchacho campesino.

¡Quién nos dirá cuántos surcos de introversión se han abierto y grabado en el corazón del adolescente, durante los primeros años de colegio que sorprenden a Luis, tenso y silencioso, sin un solo amigo, en las aulas amadas y temidas, en este ambiente difícil!

Las cosas cambian un poco sin embargo, en circunstancias que hacen pensar.

Han pasado tres años y Luis se encuentra en la clase de retórica. Ésta alberga, como sabemos, el fermento inquietante de la corriente libertina. En medio de la pequeña turba frívola y liberada, alguien comienza de pronto a sentir una presencia obstinadamente diferente de las demás. Los compañeros prestan atención por primera vez a Luis Grignion, el muchacho a quien hasta ahora muchos no daban ni nombre.

El condiscípulo que nos brinda tantas noticias lo refiere sencillamente así: "Su gran piedad comenzó a manifestarse y hacerse notar en medio de una juventud muy libertina".

Imaginamos a Luis que domina a buen número de sus condiscípulos con su elevada estatura, mientras atrae –con su comportamiento inconsciente– miradas y comentarios estupefactos. ¿Qué fuerza repentina se ha revelado en él, iluminando con nuevos valores su vida interior tan oculta y reservada?

Luis avanza a contracorriente. Es una toma de posición que abre una perspectiva profunda sobre el temperamento humano y espiritual de este adolescente. En una clase dominada por la minoría de los que se creen liberados, opone día tras día, con gestos muy firmes y carentes de énfasis, su opción cristiana. También en el siglo XVII acontecían estas cosas y también entonces un testimonio así causaba estupor.

Capítulo 3

UN MUCHACHO DE "PASOS DE GIGANTE"

Luis, el muchacho silencioso, concentrado, comienza ya a hablar y actuar en primer plano, en el escenario del colegio, de la familia y de la ciudad.

Se va haciendo hombre; hay que volverlo a mirar como si fuera la primera vez: muy joven, tiene ya todos los rasgos del adulto que pronto va a ser. Su aspecto físico va sufriendo la rápida evolución de todos los adolescentes: Luis es un manojito de nervios y músculos. Su alta estatura parece incomodarlo; sus manos nudosas y sensibles se han tornado finas con el manejo de los libros y la pluma, pero parecen hechas para trabajos más pesados. El rostro es todo huesos; el perfil parece hechura de un caricaturista: la mandíbula flaca y voluntariosa; la mirada profunda asentada entre los pómulos y la frente. El vigor físico de este muchacho encorvado sobre los libros es bien conocido y sorprende. Un día, los biógrafos ofrecerán prueba de ello: "Era extraordinariamente fuerte; sin dificultad se colocaba en las rodillas un tonel lleno..., lo he visto cargar él solo una lápida, que dos hombres no lograrían levantar del suelo". Otro dice, con pintoresco realismo, que Luis era "de gran hígado y necesitaba de mucho alimento". Un apetito pantagruélico es un incómodo compañero de camino para quien será uno de los hombres más mortificados de su tiempo.

Ese físico atlético tiene su equivalente en la fuerza de carácter: el hijo de Juan Bautista Grignion es más que un impulsivo: "Si Dios lo hubiera destinado al mundo, habría sido – decía él, y son palabras recogidas por un testigo– el hombre más terrible de su siglo".

Tales palabras se refieren ante todo a la tendencia a la cólera que es probablemente su pasión dominante y le corre como fuerza por las venas, pero puede extenderse a todos los aspectos de su naturaleza "excesiva", a las tempestades de su emotividad, a los riesgos de su introversión. Por otra parte, la adolescencia es el tiempo de los arranques y de los desequilibrios. El ideal moral de Luis, alto y puro, sufre una inexorable confrontación con ese contrapeso humano que el período de la adolescencia hace aún más tumultuoso.

Pero el hecho es que los momentos penosos se multiplican en la convivencia familiar de los Grignion.

La tensión en las relaciones entre padre e hijo, demasiado parecidos y demasiado diferentes uno del otro, se ha ido acentuando a medida que Luis va asumiendo esos modales humildes y recogidos en los que palpita una inmensa fuerza de independencia. Juan Bautista Grignion con su "cristianismo clásico", con su ideal burgués, sus molestos problemas cotidianos de padre de familia, soporta con irritación la presencia del primogénito, orientado obstinadamente a una labor interior que no tiene una definición concreta. El señor Grignion es también irascible. Hay que pensar igualmente que Luis, que toda la vida se extraña de levantar en torno a sí mismo una especie de exasperación por su comportamiento, le da ocasión en forma inconsciente de perder la paciencia.

En la mesa, se presentan discusiones, escenas desagradables. El señor Grignion levanta fácilmente la voz. Y Luis, el muchacho de manos de acero, frente a su terrible padre tiembla como un niño. Para escapar a tales arrebatos acaba por levantarse de la mesa y retirarse de la sala. Así, se salta parte de las comidas, no obstante su "apetito voraz" y la flaqueza que socava ya su gallardo físico.

En realidad el señor Grignion ama y aprecia a Luis, de quien dirá un día, olvidando las

horas borrascosas, que "no le ha proporcionado ni un solo disgusto". No por nada le patentiza su confianza entregándole la tarea de dirigir los estudios de los hermanos menores. Pero Luis siente con claridad que su padre desconoce la ruptura existente entre sus pensamientos y los suyos, entre sus proyectos y los del "señor de la Bachelleraie". Todos los esquemas de Juan Bautista, correspondientes a su preocupación por las dignidades y honores burgueses resultan derrumbados por este hijo suyo que ya demuestra una incapacidad de inserción, una tendencia a caminar por los linderos de lo social, una urticante predilección por toda marginación.

El trabajo de valoración, de discernimiento, de asentimiento y de rechazo estalla por momentos en sobresaltos y sueños. El muchacho, de imaginación demasiado viva, se exalta por la poesía un tanto loca de los gestos extremos y desacostumbrados:

"... Desde su más tierna edad, había tenido fortísimos pensamientos de abandonar la casa paterna y marcharse a una región desconocida, donde, carente de todos los bienes de la tierra, viviría pobremente y mendigaría su sustento, mientras tuviera fuerzas suficientes para ganarse la vida con el sudor de la frente. Y habiéndole preguntado (dice el señor de Bastières) qué oficio hubiera escogido, me respondió "que hubiera preferido siempre el más mecánico y ruin de todos..."

¡Si el señor Grignon pudiera adivinar los pensamientos de su hijo adolescente!... ¿Evasión, fantasía, extremismo juvenil? Luis es un emotivo, decide con el impulso del corazón. Posee una sensibilidad plástica, ardorosa, que plasma en imágenes los ideales. Realista y poeta, como lo son los bretones, siente la necesidad de expresar en forma concreta sus vibraciones interiores. El gran sueño juvenil de huida y evasión florecerá, durante los últimos años de colegio, en un comportamiento cotidiano bastante desacostumbrado que conserva algunos reflejos de su primero y exigente ideal: una región desconocida, una desnudez radical de los bienes del mundo, una vida compartida con los más pobres.

Que Luis tuviera un temperamento de artista y una necesidad de encarnar sus propias imágenes interiores, lo testifican entre otras cosas –en la forma más concreta posible– datos que remontan precisamente a los años de colegio. Sabemos, en efecto, que tiene un auténtico talento para la pintura y la escultura y que se sirve de él para multiplicar imágenes sagradas: una logradísima, representa a un Niño Jesús que juega con Juan Bautista. Luis parece orgulloso de este talento y apasionado por él. Hasta el punto que, para desarrollarlo, ambiciona tomar lecciones de un hábil pintor de la ciudad. Pero se nos cuenta que éste mira con envidia la habilidad del muchacho y rechaza enérgicamente brindarle ayuda. A males extremos, extremos remedios: Luis se decide a vender su Niño Jesús con la ilusión de que con un hermoso Luis de oro logrará audiencia ante el difícil pintor.

La juventud de Luis comienza a manifestarse gracias al descubrimiento de su talento artístico, al cual permanecerá siempre fiel, aunque sea en forma modesta y marginal. Entre tanto otro descubrimiento le caldeará las jornadas de su soledad: el de la amistad.

El muchacho que ha hecho frente a los compañeros libertinos queda inscrito hoy en la Congregación mariana de los "estudiantes mayores", es decir, de los estudiantes de filosofía a cuyo curso pertenece ya.

La Congregación mariana es "un movimiento laico y apostólico" que coloca bajo la protección de la Virgen María un compromiso de crecimiento espiritual que se concretará en el "ejercicio de las obras cristianas de piedad, como serían confesar y comulgar más a menudo, recitar el Oficio de Nuestra Señora o el rosario, dedicar algún tiempo a la oración mental... Y, en forma semejante, visitar cárceles, enseñar la doctrina cristiana y hacer otras

buenas obras".

Un programa, pues, de vida interior, traducido luego en el dinamismo de la acción. Quienes lo siguen no son ya niños, son los "estudiantes grandes del colegio". Luis conoce finalmente lo que es abrirse a amistades caldeadas por la identidad de propósitos, surgidas en el obrar común. Va escribiendo así, en sus líneas descarnadas, un capítulo suyo juvenil de esperanza. Este nuevo acontecimiento de franqueza y apertura le brinda a Luis dos inolvidables compañeros. Se llaman Juan Bautista Blain y Claudio Poullart des Places.

Entramos finalmente en contacto con el coetáneo de Luis que nos ha servido de cronista fidedigno para las fechas y episodios hasta ahora relatados, Juan Bautista Blain. Futuro canónico de Rouen, biógrafo de san Luis de Montfort y de san Juan Bautista de la Salle, figura amable, Juan Bautista Blain pasará a la historia por haber sido amigo de dos santos y poder decir de sus relaciones con el antiguo condiscípulo: "Yo lo he conocido mejor que nadie...". Sería difícil, en realidad, imaginar intimidad más auténtica entre dos caracteres tan diferentes: intransigente, apasionado, con sus modales originales que lo aíslan de los demás estudiantes, el hijo de los Grignon; Blain, en cambio, es un muchacho tranquilo, sin imaginación ni complejos, uno más entre los serios y buenos "estudiantes mayores" del colegio de Rennes que se convertirán pronto en personajes perfectamente integrados en la sociedad francesa de las "gentes de bien".

Juan Bautista no es un mediocre. Dentro de las líneas de su ordenada mentalidad, advierte la fascinación de la aventura espiritual, aparece dominado y hasta sobrecogido frente a su amigo. Y Luis descubre en el tranquilo condiscípulo una vívida lección de equilibrio y regularidad, apta para moderar los arranques de su inquietud y humanizar ciertos ideales impacientes.

Claudio Poullart des Places, seis años completos más joven que Luis, adelanta los estudios de humanidades cuando Luis comienza el curso de Lógica, en el año 1690 que marca el comienzo de su amistad. Hay que decir que Luis sabe escoger sus amigos. ¿Qué delicada intuición ha llevado al adolescente mayor hacia este chico de carácter suave, que un día será el fundador de la Sociedad del Espíritu Santo?

Tímido en las circunstancias prácticas de la acción, Claudio revela a Luis un alma de sentimientos transparentes. Es un soplo de gentileza que informa y esclarece al hijo de los Grignon. Luis y Claudio se hacen aliados y fundan con algunos compañeros una pequeña sociedad secreta, moldeada sobre las "Asambleas de Amigos" dirigidas por los jesuitas en el ámbito de las Congregaciones marianas: "Tenían normas para la oración, el silencio y la mortificación que llegaba a veces hasta las disciplinas...".

Semejante iniciativa sólo podía brotar del temple dinámico y concreto de Luis y, en efecto, la minúscula asociación, una vez que él parte de Rennes, no sobrevivirá. Los dos amigos y sus compañeros guardan, pues, un secreto oculto a la curiosidad de la mayoría, un pequeño misterio en común en el cual algo de fantasía y casi de juego da sabor a una conmovedora seriedad de compromiso y de amor.

Algo de lo acontecido entre Luis y Guyonne-Jeanne se revive en su encuentro con sus dos mejores amigos: sin advertirlo, los ha escogido más humildes por edad o por carácter. Ellos experimentan su prestigio y colman, al mismo tiempo, la sed de cariño y de dulzura de Luis. Se apartan con él como la pequeña "Luisa" para ocuparse en cosas más grandes que ellos, comunicarse entusiasmo y palpar...

Sin embargo, conoce también pausas perfectas de distensión. En verano, cuando las vacaciones hacen regresar a los Grignon al Bois-Marquer, los estudiantes de Rennes —que Luis invita al campo— vuelven a hacerse niños. Entonces el Bois-Marquer revive: al alba los

gallos del corral cantan repetidamente el anuncio del día, la estrella de la tarde se enciende más suavemente al crepúsculo, sobre el perfil oscuro de las encinas.

Los estudiantes que avanzan por los senderos de la lógica y de la ciencia desgranar así los más sencillos secretos de la vida, y Luis siente palpitar la nostalgia de los castos horizontes de los humildes.

Los compañeros del curso de filosofía comienzan a darse cuenta de ello: Luis ha cambiado. Algo nuevo, serio, acontece en el corazón del estudiante que vive ya las etapas más hermosas del largo itinerario escolástico. El empeño por el estudio lo absorbe en profundidad, pero sus ojos miran a otra parte.

Una hora decisiva en la juventud de Luis repica en su espíritu. Se siente alcanzado por una llamada cuya naturaleza profunda rompe los esquemas de un simple crecimiento psicológico. A los 16, 18 años, Luis realiza una nueva y absorbente experiencia de Dios. Blain la describe como un descubrimiento desconcertante del "gusto" de Dios y de la oración: "se dedicaba a la oración y a la penitencia –atestigua– y sólo gustaba de Dios". El ideal evangélico ha sido hasta hoy motivo de fascinación e iluminación en el peregrinar de Luis. Pero una relación más personal, más profunda y tierna con el Dios vivo se revela en ese gusto por la oración, que absorbe todo su tiempo libre del adolescente.

La nota delicada y apasionada, el anhelo de un enamorado seguimiento del Señor que parte de un "descubrimiento" auténtico de Jesús, dominan los 18 años de edad de Luis Grignion. ¿Cuál es entonces la novedad que advierten los ojos de los compañeros? Luis no tiene ese aspecto evanescente de ciertos santos de las leyendas hagiográficas. Es un muchacho robusto que carga todavía con el peso de la desadaptación y la timidez y con esa llaga profunda, aún no cicatrizada, de la soledad. Su abstracción, el hecho de parecer tener la cabeza entre las nubes durante días enteros, motiva risas o escalofríos; pero Luis no se preocupa, sigue adelante "a grandes pasos", sumergiéndose aún más profundamente en el Dios que es la alegría de su juventud, por una reacción no carente de sufrimiento.

Luis Grignion desconoce las medias tintas y las componendas. Con su temperamento "terrible", cuya dulzura conocemos también y que sabemos es vulnerable en su sed de cariño, se enfrenta con las exigencias del absoluto implícitas en la experiencia radical de la fe. La instintiva reacción que lleva a Luis a descartar los modelos insuficientes, a aislarse en la búsqueda del absoluto influye veladamente en esa reivindicación de libertad inscrita en todos los gestos, fuertes y humildes a la vez, del muchacho que madura antes de tiempo.

Además, recibe de su ambiente una impostación ascética ardiente y rigorista, que Luis Grignion con su temperamento exagerado, con su "gran anhelo de perfección", mezcla de naturaleza y gracia, acrecentará lejos de amenguar. De allí brotará como un entusiasmo por la vida de penitencia. Y Blain confesará "con una especie de desesperación" la imposibilidad de seguir, en la vida espiritual el "paso agigantado" con que ve avanzar a su amigo.

Dos puntos de referencia en el horizonte espiritual del joven Luis: los pobres y la Virgen. Tras los primeros se perfila, con su intensa llamada de amor, la imagen de Jesús despojado hasta la humillación de la cruz –es la modulación todavía incierta de un tema que se convertirá poco a poco, digámoslo de una vez, en el leit-motiv de la existencia de Luis Grignion–.

Una intuición cristiana decisiva caldea, en efecto, en Luis la fuerza humana de la compasión ante los "pobres" –categoría amplia, trágica, multiforme, en la que se sumerge apenas cruza el umbral del hospital de Rennes–. San Ivo ha sido para Luis lugar de encuentro con Dios, no menos que la iglesia de San Salvador con su Virgen y su

tabernáculo. Cuando vemos a Luis rodearse de pobres, no debemos olvidar que realiza un gesto profundamente religioso, una prolongación en la caridad de la adoración y de la contemplación por las que roba horas al estudio de la lógica y de la ciencia.

Y aquí está la sorpresa que Luis nos reserva: a esos pobres, a esos rechazados, los ama con ternura, con espontaneidad, con pasión. Los ama con la misma plenitud de afecto con que ora, como si no se diera cuenta, ¡ay! de que son tan poco agradables y amables. ¡Qué facciones se ha escogido el Señor, para permanecer entre nosotros! Ahora bien, Luis se inventa un modo de hacer la caridad que se asemeja muy poco a la beneficencia de las "gentes de bien" de Rennes y nos parece desconcertante: pone en ello todo el corazón, revelando por primera vez –a pesar de ser tan reservado– una capacidad de amar extraña, humana y muy tierna.

Un amor contestatario: amor de protesta. Los gestos suaves realizados por Luis son, en realidad, gestos críticos, rebeldes. No faltan en el colegio de Rennes los estudiantes de condición menesterosa, y Blain relata el caso de uno en particular "tan pobre y mal vestido que es objeto del desprecio y las burlas de los demás". Luis, ante ese menosprecio, siente caldeársele la sangre. Adelanta entre todos sus compañeros una colecta para vestir al indigente. Es la primera vez que el hijo del "señor de la Bachelleraie" se somete a mendigar. La colecta es fatigosa y un tanto humillante, ya que el óbolo de 400 compañeros no arroja la suma suficiente. Pero Luis no desiste: se presenta ante un comerciante en paño con su amigo mal vestido y lo apremia con su lógica que parecería ingenua, si no fuera tan convincente:

"Éste es un hermano mío y suyo. He mendigado en clase lo que he podido para comprarle un vestido nuevo. Si esto no alcanza, a Ud. le toca poner lo que falte".

La admiración de los compañeros es grande cuando el muchacho harapiento se presenta con su vestido nuevo, gracias a la iniciativa de Luis y el buen corazón del comerciante.

Esa es la reacción típica de Luis, su forma de proceder ante las necesidades: tomar el partido del pobre, pagar en persona, identificarse con él, la cabeza en alto. Entre tanto, Luis se ha convertido precisamente en un experto de la caridad. Algunas personas caritativas de Rennes vienen a entregarle sumas de dinero para que las distribuya entre los indigentes. Buena parte de este apostolado escapa a quienes viven a su lado y no sospechan esa especie de "doble vida" del estudiante ocupado entre la familia y el colegio. Un día, su madre, va a visitar a los pobres del hospital y encuentra allí a una mujer conocida y con viva extrañeza la oye decirle: "su hijo, señora, me hizo recoger aquí...".

Ahora bien, si Luis asume públicamente la defensa de los pobres, tiene luego como cierto pudor de confiar en manos de sus mordaces compañeros o de adultos que no comprenden, ciertas manifestaciones personales y de mayor celo de su caridad. Juan Bautista Blain, el gran confidente, se encuentra una vez en el campo al lado de su amigo. Lo ve desaparecer de cuando en cuando y adivina que es para realizar visitas de caridad. Vive en las cercanías "un pobre mendigo, inocente, idiotizado y bastante estropeado por la naturaleza", un humilde despojo humano que padece la inconsciente dureza de las gentes del campo, crueles a veces incluso en la compasión. Juan Bautista Blain, sigue los pasos de Luis y lo sorprende arrodillado delante de aquel pobre, acariciándolo y besándole los pies, como haría con una imagen del Crucificado.

Existe una prehistoria totalmente humana, en el sentimiento filial de Luis hacia la Madre de Dios. Es el vínculo de ternura que ha unido al primogénito de los Grignon con Juana Robert, la madre silenciosa y dolorida que ve morir a sus hijos y, no obstante, es una cristiana serena.

Dejando al Padre Gilbert, Luis encuentra a un nuevo maestro, el Padre Provost quien es, al mismo tiempo, consejero espiritual de la Congregación de los "estudiantes mayores" y cuya piedad tiene una fuerte impronta mariana. La Congregación que él dirige es una verdadera escuela de piedad mariana. Tiene la peculiaridad de que los jóvenes realizan públicamente una "consagración" de sí mismos a la Virgen "Madre, Abogada y Señora", se comprometen en una especie de servidumbre mariana y ponen su vida interior a la sombra de la intercesión de Nuestra Señora.

Luis, siempre un tanto poeta, ama y busca, concreta y dulcemente, la imagen de la Virgen. La busca en la paleta de donde toma los colores para aprisionar un reflejo de su contemplación. La busca en la iglesia de San Salvador, donde se detiene largo tiempo a los pies de la estatua venerada por el pueblo. Y le habla también en voz alta, diciéndole cosas que hace tiempo no se atreve a comunicar ni siquiera a Juana Robert, la madre físicamente presente en el hogar de los Grignon.

Este amor mariano, que tiene la intensidad y espontaneidad del primer amor, ocupa un puesto privilegiado en la oración del joven. De ese secreto, el muchacho tan irreductible como es, saca un matiz de dulzura vinculado inesperadamente a ciertos aspectos de su vida. En relación con su amor a la Virgen se halla, por ejemplo, algo angelical que amasa una necesidad umbrosa y delicadísima de pureza en este joven de carne robusta y sangre rebelde. Por mucho tiempo, según su confesión explícita, Luis será preservado de tentaciones contra la pureza.

Y también en relación con María se halla esa tierna modalidad que tiene Luis de comprender a los pobres y la pobreza. No le será difícil, por ejemplo, adivinar el valor de la pobreza como dependencia filial, como descubrimiento de la Providencia, gracias a la mediación de María que le ha enseñado la confianza, el abandono, la infancia espiritual: "Todos saben –cuenta el acostumbrado cronista en un significativo testimonio– que la llamaba sólo madre suya, bondadosa madre suya; pero no todos saben que, desde la más tierna juventud, acudía a Ella, con una infantil sencillez, confiándole todas sus necesidades, tanto temporales como espirituales, y por la gran confianza que tenía en su bondad se consideraba tan seguro de ser escuchado, que ni duda, ni inquietud, ni perplejidad, lo sacudían...".

Esta "infantil sencillez" de Luis Grignon, el gran muchacho inquieto e introvertido, esta mezcla de candor y de audacia, calzan la medida de su piedad mariana, profundamente inserta en el dinamismo síquico propio del hijo de los Grignon, cuyos condicionamientos naturales se purificarán poco a poco en la maduración de la fe.

A los pies de María se plantea la pregunta de hondas consecuencias que, imperceptiblemente, determina la superación del umbral de la edad adulta: ¿Dónde encontrará el propio camino?

Capítulo 4

SAL DE TU TIERRA

Un biógrafo de Luis ha escrito, cuando éste partía de Rennes, palabras que invitan a la reflexión:

"Si Luis María Grignon de la Bachelleraie hubiera muerto a la edad de 22 años, la víspera del día en que iba entrar en San Sulpicio, habría dejado la imagen de un joven santo semejante al angélico Luis Gonzaga. La misma devoción a María, la misma severa ascesis, la misma absorción en Dios. Se lo admiraría sin reservas y no se plantearía ningún problema respecto a él, aunque ya era, y no siempre en pequeño, el hombre que se convertiría en la desesperación de gran número de biógrafos suyos..."

Este hombre que hasta ahora nos lo ha hecho presagiar todo, pero no nos ha mostrado nada abiertamente, comienza a manifestarse al mismo tiempo con el gran "fiat" que pronuncia: el sí de la vocación sacerdotal.

¿Cuándo y cómo sintió Luis la presencia de esa llamada? Es una pregunta a la cual los estudiosos han dado respuestas diferentes y siempre imprecisas. Es probable que el ideal sacerdotal haya nacido y crecido en él lentamente durante los años de formación en Rennes, donde presencias cotidianas le hacen ver su valor: su tío Robert, Julián Bellier, los jesuitas. Son personas a quienes Luis debe tanto. Quizá este ideal se hizo luego más preciso en momentos de profunda oración a los pies de María.

En el seiscientos francés, hacerse sacerdote es práctica y psicológicamente ingresar en una clase social honrada y poderosa, el "segundo estado de la nación". Por otra parte, el clero francés, renovado y mejor educado durante ese siglo, gracias a la fundación de los seminarios, es un clero serio.

En cuanto a Luis, recordemos su proyecto juvenil semejante a la ilusión aventurera de un niño, pero revestido, sin embargo, de inmenso poder espiritual. "...Dejar la casa paterna, irse a un país desconocido, a fin de que, carente de todo bien terreno, pudiera vivir pobremente y mendigar su sustento...". Es un proyecto apenas soñado, cuya intransigencia, no obstante, quema silenciosamente dentro del sí que pronuncia a la llamada al sacerdocio.

Luis la escucha en forma muy personal, como la oportunidad de concretar los motivos más fuertes de su experiencia interior: el seguimiento de Cristo realizado caminando sobre las huellas de los apóstoles. Es la elección radical entre el mundo y la bienaventuranza de la pobreza, aceptada como eje de la vida espiritual.

En un libro del P. Descartes, director espiritual de Luis, encontramos palabras que probablemente se asemejan a tantas entrevistas del joven con el sacerdote maduro, durante sus conversaciones: "Sin dinero, sin bienes, sin hogar, sin provisiones, desprovistos de todo, no poseen nada terreno, a fin de poseer únicamente a Dios solo..."

Con este fajo de pensamientos muy sólidos, con este realismo suyo que tiene la fuerza provocadora de un hecho profético, el estudiante Grignon se encamina hacia el porvenir. La diferencia fundamental entre su proyecto de vida y los modelos que viven en torno suyo y están determinados por el ambiente social, en un período rico en malentendidos, desencadena el primer arrebato de "singularidad" con que el muchacho de 18 años se yergue frente a su propia época.

Terminado el curso de filosofía, comienza Luis (1692) el primer año de teología, bajo la dirección de los Padres Magón y Barón: el ritmo de sus estudios lo va acercando a la meta final. Para prepararse al sacerdocio, Luis no soñaba realmente con entrar a uno de esos

seminarios en cuya fundación había cristalizado, al llegar a su punto culminante, la reforma católica en Francia. En el viejo y buen colegio de Rennes se estudiaba gratuitamente, mientras en la casa Grignon hay que alimentar, educar y preparar para la vida a muchos hijos.

De improviso, entra bajo el techo de los Grignon una tal señorita de Montigny, parisiense y feligrés de San Sulpicio. Se encuentra en Rennes por negocios y tiene una deuda de gratitud con el abogado Grignon. Éste cuida ciertamente de los intereses de ella y la acoge como huésped en su casa, donde su presencia trae un aire de novedad y de noticias, desconocido en la tranquila morada de provincia.

La conversación de la señorita de Montigny se desgrana sutilmente embriagadora, durante las largas tardes que contemplan a los Grignon, grandes y pequeños, reunidos en torno a la huésped. Entre tanto, ella penetra de lleno en la vida de la familia y descubre proyectos y dificultades de la numerosa prole. Dado que se habla abiertamente de la vocación de Luis, la señorita de Montigny evoca con amplitud, en colores encantadores, la fundación de San Sulpicio, el seminario que es vivero de sacerdotes santos. Y sus palabras se van depositando candentes en el corazón del primogénito sediento de grandeza espiritual.

En conclusión: la señorita de Montigny volverá a París llevándose consigo a Guyonne-Jeanne, la más dulce e inteligente de las niñas Grignon, con la promesa de encargarse de su educación. De otra parte, no olvida al hermano mayor ni la petición que ha visto transparentarse en sus ojos.

Luis se despidió de su "Luisa", un día en que los corazones de todos se hallan oprimidos y la dulzura y la amargura se mezclan en el adiós. Una tácita promesa se desliza entre las que se marchan y el que se queda. Tan cierto es ello que, apenas llega a París, la señorita de Montigny se dedica a buscar para Luis el ingreso a San Sulpicio.

¿Cuánto tiempo transcurre en la espera? Cierta día un pliego proveniente de París trae la gran noticia: Luis puede partir, ya que una dama conocida de la señorita de Montigny se ofrece a colaborar a la vocación del estudiante bretón. A los padres de Luis no les queda sino aceptar su decisión de marcharse. Ellos, que tienen demasiados problemas consideran con sencillez, como algo necesario, las despedidas y la separación de los hijos. Un cubierto menos a la mesa, un vacío más en el hogar... El pensamiento de los padres seguirá por los caminos lejanos los pasos de los jóvenes muy pronto independientes y solitarios.

En cuanto a Luis, vive el acontecimiento con tal profundidad de sentimientos que supera en mucho el significado práctico de lo que está sucediendo. Sabe que se acerca a un recodo de su peregrinar. Tiene 19 años, deja el peso agobiante de su querida familia, la ciudad mediocre, los estrechos horizontes que adormecen sus talentos. Deja a las espaldas sus experiencias de adolescente, insuficientes y tan dulces, y los rostros que ama. Ningún adiós hubiera sido más radical y semejante a la muerte que éste.

Quizá la angustia se le anuda a la garganta, a medida que los días corren veloces. Que Luis sufra lo dice la intensidad con que traslada al plano sobrenatural los valores de este adiós. Es la hora de la fe desnuda y total: el "Dios solo" del P. Descartes, la ofrenda de sí mismo a una llamada, que en este momento es simplemente la llamada del amor de un Dios exigente, de un Absoluto: "Sal de tu tierra nativa y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré". Luis se prepara en esta tónica a decir adiós a Rennes y a sus seres queridos.

Más de 300 kilómetros separan a Rennes de París. Luis rechaza un caballo para el primer trecho de camino. Viaja a la manera que más le "conviene": a pie, como los pobres. Juan Bautista Grignon recoge diez escudos y se los entrega como dinero de viaje. La

madre le ha confeccionado un vestido nuevo, que iba empapando con las lágrimas de la separación.

El día de la partida llegó rápido, a comienzos del invierno.

Para el momento de los adioses. Luis se acomoda una máscara de indiferencia. "Un desapego tan grande de su tierra y de su familia" deja desconcertados a quienes conocen su afectuoso corazón. La mueca que crispa apenas ese pálido rostro queda impresa largo tiempo en los ojos de los familiares, más dolorosa quizá que un estallido de llanto: 19 años de paciencia y benevolencia mutuas se amontonan en este momento incoloro.

Pero su tío Robert, su hermano José, probablemente Juan Bautista Blain no lo dejan partir así: lo acompañan hasta el puente Cessón que dista cerca de una legua del centro de Rennes y allí renuevan el adiós.

Mientras caminan, quizá no intercambian muchas palabras: los rostros están tensos, conmocionados. Esos kilómetros recorridos a pie, en la fría mañana, desde el centro de Rennes hasta el puente Cessón, hablan por sí solos un lenguaje claro, expresan toda la amistad hacia el viajero que parte sin compañeros.

El río Vilaine desgrana su suave murmullo monótono, reflejando las ramas de los árboles coloreadas con el tinte del otoño tardío. Las despedidas entre varones son sobrias. Su tío Robert sigue por un trecho con la mirada la figura tan delgada del muchacho que atraviesa erguido y solitario el puente alargado sobre las aguas tranquilas.

Atravesar un puente no parece cosa importante. Pero inclusive unos pocos metros pueden, a veces, asumir valor de símbolo. Y el puente Cessón tiene en la vida de Luis un significado muy particular.

El camino canta delante de Luis. Para sus ojos todo es familiar aún y, a la vez, todo es diferente en la novedad de aquella mañana. No obstante el palpitar de su corazón –ese corazón tan "tierno como ninguno"– Luis goza profundamente de su caminar a pie, de la bolsa ligera, las manos vacías y limpias que lo asimilan a los pobres. Así andaría "hasta el fin del mundo", sin temor alguno. Se siente libre como nunca: con su angustia y su viaje penoso y difícil, la fe es el único motor que lo hace avanzar.

Luis no había sido nunca tan auténticamente niño como ahora: no tiene problemas por el mañana. Lo ha entregado todo y espera recibirlo todo.

Blain escribe: "Se abandonó, desde aquel momento, sin reserva alguna, a la Providencia; se abandonó a sus cuidados con tanta confianza, con tanta tranquilidad, como si Ella velase totalmente por él. Una bolsa de oro, una letra de cambio de diez mil libras que cobrar en París, no le habrían comunicado seguridad tan grande".

Un pordiosero le lanza desde el borde del camino su angustioso lamento. Luis sonrío al escucharlo. Los diez escudos, regalo de su padre, caen todos en la mano suplicante. Pero no es suficiente: Luis se despoja de su vestido nuevo, último regalo de su madre y vínculo sensible con todo ese mundo al que ha dicho adiós, y lo entrega al pobre, a cambio de sus vestidos raídos.

Aquellos escudos, aquel vestido eran demasiado para Luis: ahora temblando de frío y de gozo, sabe que ha conquistado derecho de ciudadanía dentro del clima de radicalidad en que viven los pobres del Señor, hijos suyos liberados cuya única posesión es el amor. ¿No revestía acaso el puente Cessón el significado de una frontera entre dos formas de vida?

Esa limosna es un acontecimiento solemne cuyas consecuencias se proyectan sobre toda la vida de Luis Grignon. Gesto de ruptura y liberación, cuyo fortísimo significado florecerá lentamente. Hoy ha puesto con clara conciencia la piedra angular de su edificio interior. Tras el adiós a Rennes, el cambio de vestido –el ponerse prácticamente de parte de los

pobres, despojándose del "hombre viejo" para vestirse con el hábito del abandono filial y del seguimiento del Evangelio— es la piedra que sella el pasado y marca el comienzo de la aventura de Luis Grignon.

Capítulo 5

EL CLAMOR DE LOS POBRES

Un muchacho con vestidos harapientos atraviesa París, aturdido ante la corriente de vida que fluye por las calles de la capital.

Ocho días de camino llevado a cabo en etapas extenuantes, han dejado huellas incluso en el cuerpo de acero de Luis Grignon. Que durante su primer viaje ha experimentado lo que significa ser pobre. Largas noches invernales rara vez pasadas en alguna casa cural, casi siempre en algún granero. De día, la intemperie con la lluvia que penetra hasta la medula de los huesos. Y siempre la humillación de tender la mano y encontrarse a veces con el desprecio de los transeúntes.

Cuando llega a la meta de su viaje, el aspecto de Luis es tan lamentable que no se atreve a presentarse inmediatamente a la señorita de Montigny. Su primer refugio en París es una caballeriza destartada donde permanece algunos días y adonde una mano desconocida le lleva de comer.

Días de soledad absoluta los primeros que pasa Luis en una ciudad inmensa y desconocida. Luis siente en torno suyo la respiración de París. Abraza en una sola intuición profunda "esa riqueza, esa magnificencia, tantas preciosidades y obras de arte que hacen de París la ciudad más bella del mundo y atraen a ella a tantos extranjeros y, a menudo, los aprisionan y estrujan con sus encantos...".

Estas palabras vibrantes no las pronunció Luis, sino Juan Bautista Blain, el amigo que no pocos meses después desembarcará en el mismo puerto y abrirá unos ojos muy grandes para captar lo mejor posible tantas maravillas. Luis no es un joven que tiene la mirada de un artista, pero se comporta en forma extraña, frente a los fascinantes encantos de París. Camina con la cabeza baja renunciando a admirar. Las losas grises del pavimento son las imágenes más persistentes que logra de la ciudad hechizada. Medida irracional, heroica, con la que Luis reacciona probablemente frente al vértigo de grandeza que le roza en el umbral mismo de la ciudad.

Dado que la desconocida amiga de la señorita de Montigny que se encargaría de costear los estudios de Luis no tiene intención o posibilidades de pagar la pensión en el "Gran Seminario" de San Sulpicio, será acogido en una de las pequeñas comunidades pobres que florecen en torno al eje central de los seminarios sulpicianos. Comunidad mantenida y dirigida por Claudio Bottu de la Barmondière ex—párroco de la iglesia de San Sulpicio.

Luis respira a pleno pulmón la nueva atmósfera. Los primeros meses de su permanencia en París son probablemente un tiempo de felicidad elevada y sin fisuras. Una carta sale inmediatamente para Rennes, dirigida a Juan Bautista Blain. Tan animada, inspirada, conmovida, que el antiguo condiscípulo queda impresionado y casi trastornado por ella. Sí, Luis ha encontrado lo que buscaba. Lo ha encontrado —hay que anotarlo— en un ambiente de inspiración sulpiciano que, sin embargo, no es San Sulpicio y que mantiene respecto de la institución mayor su fisonomía original.

Todo en torno a Luis tiene aspectos modestos: la casa es pobre, los compañeros visten con modesta dignidad. Así lo exige el reglamento. Realizan ellos mismos, por turno y alegremente, las labores de la casa. Es hermoso ver a estos seminaristas, en los momentos de descanso que les permite el estudio, barrer, cortar la leña, cuidar de los enfermos, cocinar, lavar la vajilla. En el frío invierno de París, la casa del señor de la Barmondière, con sus desnudos muros, carece de un hogar caluroso. Pero el trabajo calienta los músculos y la alegría inunda el corazón. Todo se pone en común: nadie considera propios los objetos ofrecidos para el uso personal y mucho menos las limosnas. Los días transcurren limpios y veloces, llenos hasta el borde.

Pobre y sencilla es la vida en la comunidad del señor de la Barmondière y estas costumbres humildes, en un grupo restringido de jóvenes recogidos por la caridad de un sulpiciano santo, tienen implicaciones profundas. En la casa en que entró Luis, pobreza no es penuria material o miseria, sino la dimensión fundamental de una vocación aceptada y amada. Hasta ahora, en la experiencia de Rennes, Luis ha conocido la pobreza como el espectro contra el cual hay que luchar. Hoy, vive en casa del señor de la Barmondière su dulzura evangélica.

¡Con cuánta emoción lee Luis el reglamento de la casa!

"Reglamento general de los estudiantes eclesiásticos pobres que viven en común vinculados al seminario de San Sulpicio de París, en honor de la pobreza, despreciada y laboriosa que Jesús ha vivido durante treinta años de su vida escondida, para prepararse a las funciones de su divino Sacerdocio bajo la protección de la Santísima Virgen, de san José, de los santos Apóstoles y de los varones apostólicos. Aquellos a quienes Dios conceda la gracia de ser recibidos en esta casa, lejos de sentir confusión por su condición de pobres, se consideran honrados por ella, porque Jesús ha glorificado esa condición en su persona, en sus amigos más íntimos y en todas sus máximas".

Durante todo el seiscientos, en la literatura espiritual vibran invitaciones a la reforma de las costumbres eclesiásticas, contaminadas sobre todo por la ambición y el sentido mundano de la riqueza. Pero al respecto, se respira en torno a San Sulpicio un aire limpio. Se intuye la pobreza en su fecundo valor refiriéndola "al ejemplo de Jesucristo, a la práctica de la Iglesia primitiva, a la experiencia de la vida espiritual y apostólica y de la tonsura en la cual el clérigo toma al Señor como la parte de su herencia".

Charles de Foucault, uno de los grandes de nuestro tiempo, fundamentará su espiritualidad de "hermano universal" en la imitación de la vida escondida y laboriosa del Artesano de Nazaret. Y "en honor" de la misma realidad, estos estudiantes del siglo XVII viven la alegría de la pobreza, conforme al movimiento desinteresado de adoración que los maestros de la escuela francesa han enseñado a las almas.

¿Quién es el señor de la Barmondière? "El hombre más dulce del mundo para con los demás –responde Grandet– y el más severo para consigo mismo. Dormía sobre la desnuda tierra, a menudo una piedra le servía de almohada, ayunaba con frecuencia y se imponía grandes austeridades..." "Unía –ahora es Blain el que habla– a una gran ciencia una profunda humildad, una sencillez, un candor y obediencia de niño". Esta mezcla de austeridad y dulzura, de profundidad y candor pinta de cuerpo entero la personalidad de Claudio Bottu de la Barmondière.

Nacido en 1635, cuenta cerca de 60 años cuando conoce a Luis Grignon. Su vida se desliza entre cargos y responsabilidades importantes: ha sido primero profesor de teología escolástica en el seminario de San Sulpicio y en Limoges, luego asistente y consultor de la Congregación sulpiciano, superior de la comunidad y, por último, párroco de San Sulpicio

durante los años 1679–1689. Estos años presenciaron un florecer de iniciativas que culminan (1686) en la fundación de la comunidad de eclesiásticos pobres; con la cual el señor de la Barmondière, hombre de familia rica, sale al encuentro de uno de los graves problemas sentidos en el ambiente sulpiciano, o sea, el de las vocaciones de los pobres. Son también, sin embargo, años difíciles para el párroco de esa gran parroquia, probado con "cruces penosas" y obligado, finalmente, a presentar su dimisión a causa de las deudas acumuladas con sus iniciativas.

El señor de la Barmondière es "amigo de la buena fe y de la verdad". Algunos atisbos de originalidad, un ingenio práctico y curioso matizan ese fondo ingenuo que contrasta amablemente con su ciencia teológica, espiritual y humana. Por ejemplo, el ex párroco tiene un hobby que le apasiona: construir relojes, o realizar otras labores manuales que exigen precisión: su cuarto, al que se retira en los raros momentos libres, es un verdadero laboratorio de artesano. Y el señor de la Barmondière, como muchos grandes hombres, tiene también algunas pequeñas manías –por ejemplo, la de tomar todos los días en ayunas dos pintas de agua caliente y aconsejar y divulgar las bondades de esta saludable medida, con justificaciones que remontan hasta san Gregorio...–.

Es, por lo demás, hombre de una sola pieza, que llega hasta ser intransigente. Había sostenido en 1661 en el auditorio solemne de la Sorbona, la tesis de la infalibilidad pontificia; dos años más tarde, "el hombre más dulce del mundo" acusó de pecado mortal a toda la facultad de teología de la célebre universidad por haber firmado un decreto del Parlamento que prohibía aceptar tres tesis favorables a Roma.

Claudio de la Barmondière, que es un padre para cada uno de sus huéspedes, muestra gran afecto al muchacho llegado de Bretaña. La mutua relación tuvo un comienzo solemne: Luis se arrodilló a los pies del antiguo párroco y le hizo una confesión general: gesto de fe y confianza con el cual comienza en la vida del seminarista un capítulo nuevo. El gran sulpiciano de corazón humilde "ama con ternura" a Luis para quien París no es ya una ciudad extraña.

Viene a completar su alegría una circunstancia que se asemeja a un favor delicado o a una confirmación: en la casa de los "eclesiásticos pobres" se cultiva una intensa devoción mariana: los estudiantes honran a María como "la señora y ama de casa".

Una inesperada novedad trastorna la monotonía cuyo encanto no acaba Luis de saborear todavía: la dama amiga de la señorita de Montigny deja de pagar la pensión del estudiante Grignon.

Corre el año 1693. Se inicia un bienio que se hará dolorosamente célebre en la historia de Francia en esa centuria. La nación agotada y devastada por las empresas bélicas del Rey Sol atraviesa un período de crisis económica general. La población sufre las consecuencias de años de escasas cosechas y pesadísimas restricciones fiscales, y asiste al aumento de la mendicidad y del desempleo. De los 17 millones de franceses, cerca de 2 son hambrientos o pordioseros. Se prepara la situación que constituye el trasfondo subsiguiente de la existencia de Luis Grignon y que un historiador describe penosamente: "En el plano económico y social, el reino de Luis XIV termina entre colores de pesadilla, en una miseria generalizada. La agricultura, riqueza básica, está arruinada; las manufacturas, en franca decadencia; el comercio internacional, frenado por el bloqueo; el tráfico interior, reducido a poca cosa. Consecuencia de todos estos males juntos, una desocupación general golpea a la clase obrera. No se tiene hoy idea de la intensidad de esta larga miseria, que llevaría finalmente a la maldición del rey".

El invierno de 1693–1694 marca uno de los puntos más bajos de la terrible parábola. En

la vida de san Juan Bautista de La Salle, Blain ofrece una sombría descripción de París acosada por la espiral del frío, el hambre y la desolación. Descripción con cierta tonalidad épica, con ciertas asonancias que llamaríamos manzonianas: evoca a los ojos del lector la imagen de la ciudad de líneas espléndidas, embrutecida y hormigueante de pobres:

"Se veía en París y casi en todas partes, un pueblo amotinado pidiendo pan con espíritu de rebelión y sedición, algunos buscando entre las basuras arrojadas a las puertas de las casas algo que echar entre los dientes..., otros alejados de la ciudad a causa del hambre, buscaban errantes por los campos alguna hierba que comer..., mientras se veían en las puertas y calles de París rebaños de pobres hambrientos, cuyos gritos enternecían a los más crueles corazones".

El grito de los pobres –con su dramática nota de acusación y rebeldía– resuena por toda la capital francesa, durante los dos primeros años que Luis Grignon pasa en ella. Es como el reventar de un cáncer oculto: el siglo de oro, la era del poder del Rey Sol, se revelan en su trágico rostro. La presencia de los pobres, convertida de repente en imperiosa, imprime su sello a este siglo "sórdido y azotador". A la creciente necesidad responde la insensibilidad de quienes pudieran dar: el párroco de San Sulpicio, obligado por la necesidad de acudir a solucionar una infinidad de miserias, constata con amargura la cerrazón al ejercicio de la caridad en las clases poseedoras "parece que cuanto más aumenta la miseria, más insensibles se hacen".

En San Sulpicio distribuyen pan a los pobres tres veces por semana, por la suma de mil libras. Hay que aumentar la pensión de los seminaristas en dos escudos mensuales y la disposición perdura hasta que no baje el precio del trigo.

Entre tanto, la extrema miseria se convierte en terreno fecundo para que surja la delincuencia. El gobierno tiene que tomar severas medidas contra el desbordamiento del bandolerismo. Para Luis es un singular complemento o vuelco de perspectivas. Él también descubre a diario en la casa del señor de la Barmondière el tinte evangélico de la pobreza, ante los embates del sufrimiento que acosan a París, experimenta en forma nueva el problema social de la pobreza, y se encuentra él mismo compartiendo –para que la experiencia sea más real– la condición de los pobres.

Durante la gran carestía y probablemente a causa de ella, Luis deja de recibir la limosna que le permitía vivir. Acoge en sí mismo la penuria de tantos. No es ya la pobreza equilibrada, anclada en el mínimo de recursos prácticos, de los "eclesiásticos pobres" la que se encuentra frente a él. Se trata de la inseguridad total de los medios de subsistencia, con las manos vacías frente al mañana incierto, a la perspectiva física del hambre.

"Sal de tu tierra, de tu patria y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré..." Rennes, la casa paterna, un pan quizá poco apetitoso pero seguro, una convivencia digna a pesar de todo, se hallan lejos, casi no representan siquiera una tentación para el hijo de los Grignon. Luis no retrocederá. Aprieta los dientes, acepta la hora humillante. No sabe todavía lo que decidir respecto de él el señor de la Barmondière. Mientras espera ser despedido de un día a otro, los compañeros lo ven tranquilo. Se prohíbe a sí mismo plantearse interrogantes tormentosos acerca del porvenir: su abandono, a ojos cerrados, presupone que ha cortado de raíz la propia inquietud. Luis descubre así, paso a paso, las exigencias del Absoluto a quien se ha consagrado.

El señor de la Barmondière no despedirá al muchacho a quien "ama con ternura". Permitirá que éste pida de limosna el pan de cada día y le sale al encuentro facilitándole un trabajo a él y a otros tres que se hallan en las mismas condiciones –son los más hambreados entre los "eclesiásticos pobres"– Es el encargo de velar muertos, tres veces por semana, en

la parroquia de San Sulpicio. Recibirán en cambio una especie de salario que ayudará a pagar su pensión.

Durante el período de sus estudios, el hijo del "señor de la Barmondière" tiende pues la mano mezclándose con la multitud que entristece las calles de la capital. Es invierno y el cielo de París es inclemente. Luis lleva, inscrita en su carne de hombre de 20 años, la cruz de los pobres. No nos extraña entonces que el estudiante Grignon aparezca, en este período, más abstraído, más tenso, que sea en medio de los demás una presencia taciturna y demacrada. Por la tarde, la mente y el cuerpo oprimidos por la fatiga, afronta las noches insomnes junto a los muertos de San Sulpicio. Estas vigilias transcurridas a la luz de los cirios, en compañía de cadáveres desconocidos, podrían compararse a una larga pesadilla. El silencio de la ciudad dormida, con el peso de sus placeres y miserias, se extiende hasta envolver la oración de Luis y el sueño de los muertos.

¿Qué pensamientos pasan por la mente del joven Grignon, durante esas noches, cada una de las cuales parece interminable? Rechaza –reconozcamos en esto su rudo y heroico comportamiento ascético– el frugal bocado que ofrecen a los jóvenes a fin de que recuperen las fuerzas y, que aunque es poco apetitoso, representa una riqueza en estos tiempos de hambre. Ora durante largas horas. Ora de rodillas, con las manos juntas, quieto como una estatua. Complementa la oración con la lectura y la meditación. Finalmente, después de concederse dos horas de descanso, Luis se dedica al estudio. Surge el alba, liberadora, cuando al resplandor de los cirios, el joven ve confundirse bajo sus ojos las líneas de los libros de teología que le servirán para el día siguiente.

Luis es joven de imaginación ardiente, de exuberante vitalidad. Se encuentra ahora, día tras día, de tú a tú con la muerte. Le sale al encuentro, la contempla, medita en ella largamente en la palidez de una carne difunta. Su meditación se va ensanchando poco a poco en espacios de paz y de contemplación. El amplio trato con la muerte, que plasma sus rasgos en los rostros enflaquecidos, es también un trato con lo esencial, con las verdades sencillas y definitivas en lo referente a Dios y al hombre. Sumergida cara a cara en semejante confrontación, el alma de Luis se desnuda, se desencarna, recibe la impronta de esa verdad. Al salir de San Sulpicio, Luis no sabrá valorar las cosas humanas y mundanas con la misma medida que los demás. Una ruda lección le ha grabado en el corazón lecciones que no olvidar nunca. ¡Cuántas veces más tarde, ante los gestos del Padre de Montfort, habrá que recordar este momento tan austero de su vida, la vela de armas que lanza a la cara del joven de 20 años conocimientos supremos y perdurables!

Y el estudiante pobre, que al caminar no alza los ojos del empedrado, realiza un encuentro con la alta sociedad de la París del Rey Sol: lo realiza en San Sulpicio, donde ve el reverso de la medalla y contempla el término de las grandezas humanas. En cierta ocasión, Luis tiene que velar el cadáver del príncipe abad Phelipeaux, "atacado y herido mortalmente al salir de un lugar licencioso". Afectado por una enfermedad vergonzosa, aquel cadáver exhala un olor tal que apenas pueden soportarlo los enterradores al día siguiente. En otra ocasión, una de las primeras y más hermosas "damas de la corte" acaba de morir. En 24 horas, el bellísimo rostro se ha descompuesto y vuelto irreconocible. Luis lo contempla largamente con mirada tranquila. A lo lejos fulguran los esplendores de Versalles y quizá algún episodio festivo y mundano congrega hasta horas tardías a los grandes del mundo.

Francisco de Borja se convirtió ante la impresión profunda que le causó el ver ajado por la muerte el rostro de su bellísima emperatriz, esposa de Carlos V.

Nadie –sólo un lacayo– vendrá para asistir al entierro de la dama célebremente bella y

fatua. A la desconocida señora le quedará sólo la oración del pobre muchacho que recita por ella el rosario, durante las largas horas de la noche.

La fuerte fantasía de Luis y su vivo anhelo de perfección encuentran, pues, con qué alimentarse. Es un alimento conforme al corazón y a la imaginación de todo un siglo que ha sentido como pocos, y con solemne sentimiento, el problema de la muerte. El siglo de las Oraciones fúnebres, en cuyos ritmos majestuosos ha expresado Bossuet la caducidad de todas las cosas humanas más grandes, el siglo de los sepulcros barrocos en los que esqueletos de oro sostienen pesados y fastuosos pabellones marmóreos.

Estrujada por tales imágenes, el alma de Luis no se aflige. Vive una experiencia de liberación. Tal parece el sentido del tirocinio que está haciendo: la formación, el crecimiento del hombre libre: el aferrarse a lo absoluto, a lo auténtico. Desde esta perspectiva, las circunstancias radicales y penosas de su pobreza significan un peldaño ulterior respecto a lo que el compartir de bienes de los "eclesiásticos pobres" podía enseñar a Luis. La falta de seguridad total y el apoyo en Dios solo –grito, éste último, que ritma en forma devoradora, toda la vida de Luis– la pobreza como desasimiento de todas las cosas inferiores a Dios, la paz de quien posee como único patrimonio el amor de un Padre Providente son temas que hoy se hacen para Luis impresionantemente concretos, mientras vive el presente, trabajando, mendigando, descubriendo hora tras hora la riqueza de la propia condición filial, él que, aún teniendo un padre y una madre, es el más huérfano de todos los jóvenes que estudian dispersos por la capital.

Luis conoce la felicidad del pobre que es dichoso porque en todo se apoya en Dios solo. Y de su parte, con esa modalidad apasionada que le es propia, se entrega a fondo a esa condición. Conservando para sí lo mínimo para no morir, este pobre comparte, a su vez, con otros pobres. Lo que irrita en más de una ocasión a sus benefactores que querrían destinar personalmente a él la propia ofrenda. Un "vestido excelente y bien confortable", verdadero tesoro, dado el frío invierno, pasa sin estrenar, intacto, a un compañero necesitado. Una moneda de treinta sueldos, quizá la última que le queda a Luis, rueda a las manos de una mujer que grita por la calle sus desgracias y necesidades.

Luis se solidariza con el "grito de los pobres" (CT 18) hasta el fondo. Es uno de ellos. Durante la gran carestía de 1693–1694, encuentra su puesto de elección dentro de los niveles sociales que forman la pirámide de la sociedad francesa. La experiencia crucificante de una pobreza liberadora, en el abandono al Dios Providente, se halla en función de un amor más grande, de una nueva disponibilidad a los hermanos. El estallido típico del joven ante la injusticia y las necesidades de los demás va madurando bajo una luz más exigente y profunda: lleva ese sello de totalidad que se expresa, dulce y severo, en este período, en la existencia de Luis Grignon.

Capítulo 6

LA EMBRIAGUEZ DE "VINO NUEVO"

En la comunidad del señor de la Barmondière, señalan con el dedo al huésped bretón. Murmuran, sonrían a costa suya. Hay también quienes se quejan de él repetidas veces ante el director, el hombre paternal que sabe comprenderlo.

El perfil de Luis que este período nos permite percibir aparece en un claroscuro. La constatación de que vive un tiempo fuerte de crecimiento espiritual estampa la nota luminosa. Vive este aspecto como una experiencia esencialmente espiritual: Luis dedica horas enteras a la oración. El carácter inflamado, la riqueza afectiva de su plegaria se manifiesta a veces exteriormente:

"A veces parecía sumido en una especie de alienación de los sentidos, abstraído en medio de nosotros y absorto en Dios. No lograba ahogar siquiera los movimientos de un corazón fuertemente aprisionado por el amor divino. Esto le hacía prorrumpir en frecuentes y profundos suspiros, en la mesa, en la recreación y en todas partes... Creo poder decir que experimentaba entonces la fuerza e ímpetu del vino nuevo del Espíritu... Existe una especie de embriaguez en la vida del Espíritu, lo mismo que en la de los sentidos (...): es el resultado feliz de los ímpetus y subsidios del amor divino, de la visita y plenitud del Espíritu Santo que se adueña del corazón y de la inteligencia y les hace sentir sus delicias".

Como sucede a menudo cuando los biógrafos hablan de Luis, su devota figura espiritual transpira una fuerza y animación que lo sacan del retablo y le comunican vida. Advuéntase, por ejemplo, la insistencia en la palabra "ímpetuoso" que marca el tono de la página y capta un rasgo tan natural de la psicología de Luis. Los fenómenos místicos que surcan la oración del joven llevan al humilde señor de la Barmondière a confiar la dirección espiritual del muchacho, al menos para las directivas más generales, en manos del señor Bauyn, vicerrector del Pequeño Seminario y experto en "vías extraordinarias"... Viene al caso recordar las palabras de José De Luca:

"Los días de París vieron florecer la santidad de Luis, como la primavera más hermosa que conozca el corazón del hombre. Fue quizá la estación más dulce de su vida. Fue la conquista de su vida. Tuvo, para la eternidad, el primer sabor de ciertas alegrías".

Por lo demás, el retrato, como decíamos, es característico y personal. No se diluye en una devota iconografía. Las palabras mismas de Blain permiten contemplar –en un plano muy concreto y humano– el reverso de la medalla. Ante tales suspiros y gemidos, lo menos que se puede decir es que, en compañía de los demás, Luis se comporta como si estuviera solo. "Hay que anotar aquí que nunca hubo hombre menos susceptible de respeto humano, ni menos atento a la opinión de los hombres". En realidad, Luis es experto en gestos que causan estupor, incompreensión, incomodidad: cuando va a la Sorbona –esa digna patria de la ciencia teológica– en medio del enjambre de estudiantes con su pequeña e inconsciente soberbia intelectual, al comienzo y al final de cada lección se postra de rodillas en tierra y ora. En cierta ocasión, visitando con Blain a un banquero, mientras esperan en el vestíbulo se descubre la cabeza y se prosterna en oración, bajo la mirada de dos pajes cuyos ojos se abren agrandados por el estupor.

En la comunidad del señor de la Barmondière, aunque fervorosa y libre de esquemas preestablecidos, su comportamiento no parece menos desconcertante. Es preciso advertirlo:

signos evidentes manifiestan que Luis, el eterno inadaptado, erguido como el tronco de un árbol joven, no se ha insertado en la vida de la casa que tanto ama. En las recreaciones, al no saber hablar de cosas corrientes, y dado que sus compañeros se cansan de oírlo hablar de Jesús y de María, acaba por permanecer callado. Se quedaría incluso en su cuarto, si el señor de la Barmondière no le hubiera dicho que consideraba como tentación su afán de soledad, testigo de desadaptación social que corre el riesgo de convertirse en llaga íntima de la personalidad del joven.

Ocurre así que el tiempo destinado comunitariamente a la distensión y la amistad se convierte para Luis en un sutil tormento, dado que no rara vez se convierte en blanco del buen humor general. Sus compañeros inconscientemente crueles con este joven aislado no sólo se divierten de común acuerdo a costa suya sino que ceden a veces a la tentación de "mortificarlo en lo más vivo", es decir, a zaherirlo en forma demasiado pesada. A Luis le pueden hacer de todo: arrojarle agua al rostro o llenarle de ella los bolsillos, y hasta golpearle fuertemente las espaldas... El tenor de las burlas nos revela de sobra lo que piensan los seminaristas de su ensimismado condiscípulo. Es penoso contemplar el espectáculo de este joven, el más pobre y maltrajado del grupo, puesto en la picota, conociendo su sensible corazón y viendo sus mandíbulas petrificadas en una paciente sonrisa. Las burlas aunque no sean malévolas, lo aíslan cada vez más tras un muro de soledad. La afectividad de Luis, tan fuerte, encontrar siempre más y más en la vida de fe casi la única expresión. El cuadro se completa recordando que Luis es un irascible: mientras el ejercicio cotidiano de la paciencia le taladra el alma, nuevas arrugas se imprimen en su corazón que sufre. Introverso, incomprendido, manso, Luis avanza perdidamente en una dirección de interioridad, psicológicamente más cercana a los solitarios y humillados, a los pobres.

El trasfondo antihumanista y muy poco salesiano de las lecturas espirituales preferidas por Luis nos introduce en la comprensión de la intensidad del compromiso ascético al que el joven –apenas frenado por la mano del señor de la Barmondière que sabe forzar suavemente– se entrega, incluso en el orden de la mortificación personal, desde la reducción de la comida –quizá el sacrificio más pesado, dada su robusta complexión, como atestigua Blain– hasta las disciplinas que aterrorizan al buen laico Le Vallier, vecino de cuarto de Luis. Esta ascesis destructiva, tan en armonía con el "paso agigantado" que ya conocemos, completa el retrato de Luis con la pincelada más característica y problemática, a la vez. En las líneas del rostro hundido y paciente puede leerse una compleja realidad: la carga agresiva del temperamento de Luis –que, mortificado, encuentra libre expresión sólo en los caminos del alma– pasa subterráneamente a la rudeza de los cilicios y de aquellos ayunos, así como en la "complacencia" que experimenta este hombre desconcertante en "contrariar a todos", cargando sin doblegarse el peso de la propia peculiaridad.

Adivinamos, a través de las primeras tensiones en el seno de la comunidad de "eclesiásticos pobres", qué cúmulo de sufrimientos va preparándose Luis para los años que vendrán, con su profundo e insólito dinamismo psicológico y espiritual.

Pero por encima de todo esto se levanta un signo unificador, a cuya luz aflora la dimensión profética de los gestos "exagerados" y del ansia de muerte a sí mismo: es la cruz, eje del misterio cristiano –eje que hoy atraviesa más a fondo la existencia de Luis–. Alguien ha dicho: "Estoy atado a la cruz. Pero la cruz a la que estoy atado no lo está a nada". En el muchacho de oración inflamada se abre camino esa libertad, que es como efecto sobreabundante y suave de una larga oración realizada ante el crucifijo.

Un libro constituye en este período la base de su meditación: Los santos caminos de la

Cruz de Enrique María Boudón, gran arcediano de Evreux, muerto en 1702 y cuyas obras fueron impresas casi todas antes de 1690. Boudón representa uno de los principales caminos a través de los cuales llega la espiritualidad del siglo XVII francés hasta el estudiante que se mueve en la órbita del ambiente sulpiciano. Encontramos a Boudón, con Juan de Bernières y la Madre Matilde del Santísimo Sacramento, en el grupo de los místicos que vivifican a Normandía, región natal de san Juan Eudes y de María de los Valles. A la cabeza de todos ellos percibimos al hombre tras cuyas huellas siguen caminando: es el hermano Juan Crisóstomo, nacido en 1646, silencioso jefe de escuela, pronto olvidado fuera del círculo de sus discípulos.

A través de él, ha florecido la tradición franciscana en un rincón de Francia rico en contemplativos y místicos. Una interpretación integral de los consejos de pobreza evangélica y la fidelidad apasionada a la cruz palpitan en su doctrina, conservada en el monasterio de las Benedictinas de San Mauro des Fossés donde veremos a Luis detenerse repetidas veces, y transmitida en la biografía del franciscano escrita por el mismo archidiácono de Evreux.

Luis Grignon se encuentra perfectamente a gusto entre estos escritores espirituales de Normandía. El libro de Boudón "sobre los caminos de la Cruz" más que leído, devorado, gastado, entre las manos de nuestro estudiante. Monótono, pero no carente de grandeza, Boudón deja escapar gritos capaces de encontrar perfecta resonancia en el corazón de Luis. Las peripecias de su vida hacen de él una figura elevada y conmovedora. La vida de Boudón se asemeja a un paradigma de la santidad en la humillación: siendo estudiante en París, pedía limosna a las puertas de Notre-Dame. Y como "gran archidiácono", padeció con frecuencia los embates de la calumnia y saboreó con patética dignidad el cáliz que emparenta con el Cristo menospreciado.

"La gracia de Dios es una gracia que enclava y aprisiona a la cruz. El espíritu de la cruz es el espíritu de nuestro espíritu y la vida de nuestra vida", son palabras de Boudón, el autor que acerca audazmente los términos de la abyección a los de la gloria, la dicha a la pobreza. Luis va deletreando ya el alfabeto de la "ciencia de la cruz" que se convertirá lentamente –y ¡a qué precio!– en el mensaje de su vida. A la luz de este tema esencial, en la presencia del sufrimiento encuentra él ese modo de comunicación humilde y total que es la caridad, identificando la forma de la cruz con sus "representaciones vivas", los hermanos que sufren.

Un día, Juan Bautista Blain ve a Luis acompañar a la puerta, con deferencia y la cabeza descubierta, a un hombre cuyo aspecto miserable no parece merecer realmente tantas demostraciones de respeto, y expresa su desconcierto a su amigo. "Está sufriendo –contesta Luis– y hay que honrar y respetar a quienes tienen la felicidad de estar clavados a la cruz".

Una carta de Luis a su tío Alán Robert, el 20 de septiembre de 1694:

"Dado que su carta me trae la noticia de una muerte, es preciso que –en cambio– le dé yo la de otra. Que es la del señor de la Barmondière, mi director y superior y que tanto bien me hizo aquí. Fue inhumado el domingo pasado, en medio del dolor de toda la parroquia y de cuantos le conocieron. Vivió como santo y como santo murió. Él fundó el seminario donde me encuentro, y había tenido la bondad de acogerme en él gratuitamente. No sé cómo se desarrollarán los acontecimientos: si me quedaré o tendré que salir, porque aún no se conoce claramente su testamento".

Nos hallamos a fines de septiembre. Luis está de regreso de un retiro en San Lázaro en casa de los Sacerdotes de la Misión. Quince días de preparación para las Ordenes menores. Ha sido una pausa serena, coronada con una confesión general que orienta hacia Dios a los jóvenes que se van a consagrar a El, "sin reserva ni excepción alguna", al recibir las

Órdenes.

Al volver a París, la noticia fulminante. Luis no encuentra ya al señor de la Barmondière. Quien murió de repente, el 18 de septiembre sin poder volver a ver al hijo que ama con ternura. Los compañeros que le dan la noticia espían la reacción de Luis. Pero éste no revela conmoción alguna. Es el mismo rostro del huérfano introvertido pero sereno, con qué se despidió de los suyos al partir de Rennes.

La comunidad de eclesiásticos pobres, que vivía de la generosidad del antiguo párroco, tiene que disolverse. Ha terminado la primera etapa de la permanencia de Luis en París, con sus dulzuras y asperezas. Una vez más, las garras de la incertidumbre del mañana, esa pobreza ruda y sustancial, enlazada a la nostalgia filial por aquel que "vivió como santo y como santo murió". Y sin embargo, la carta de Luis a su tío Robert prosigue en tono tranquilo:

"Suceda lo que suceda, no me preocupa. Tengo un Padre en los cielos que no puede fallar. Él me trajo aquí, me ha conservado hasta ahora, lo hará todavía con su acostumbrada misericordia. Aunque no merezco sino castigos por mis pecados, no dejo de orar a Dios y abandonarme a su Providencia".

Es exactamente el estilo de Luis: seco, sin emociones fáciles, sostenido por un sentimiento profundo. La respuesta de la Providencia a esta confianza no demora, aunque sea una Providencia que sigue tratando a Luis con guantes de acero. Con Juan Bautista Blain y otros condiscípulos pobres, será acogido en la comunidad del señor Boucher, un sacerdote ligado de cerca al ambiente sulpiciano; mientras el resto del grupo queda absorbido, tras algunas incertidumbres, en el Pequeño Seminario de San Sulpicio.

Ex párroco de San Nicolás de Chardonnet, protegido y estimado por Tronsón a causa de su fidelidad a la ortodoxia, Francisco Boucher ha sentido, como el señor de la Barmondière, el problema de las vocaciones pobres. En 1690 nace la "Comunidad de los estudiantes pobres", abierta a unos cuarenta seminaristas, en las cercanías del Colegio Montaigu: es una casa en la que se cultiva un gran amor al estudio y donde el espíritu sigue siendo el de los seminaristas sulpicianos, con una importante diferencia en materia de pobreza, ya que los famélicos jóvenes del señor Boucher se ganan todos el sustento inclusive mendigando, mientras que "el espíritu de cuestuantes y mendicantes" es extraño al espíritu de San Sulpicio "que ha sido siempre un espíritu de desinterés". Esto constituirá una dificultad una vez que, en 1697, Francisco Boucher pida al Superior General de San Sulpicio que asuma la dirección de su comunidad, a la que él seguirá entregando 500 escudos de renta anual.

500 escudos no son gran cosa para asegurar "la subsistencia de aquellos jóvenes". La casa de Boucher alcanza, en cuestión de miseria, extremos que eran desconocidos a los hijos del señor de la Barmondière. El recuerdo del régimen alimenticio nada agradable causa escalofríos a Juan Bautista Blain, cuando a decenios de distancia vuelve a evocar la vida de la pobre comunidad. "Hay que tener mucho dominio de sí mismo y violentarse mucho para comer con incesantes náuseas, una carne contra la cual se rebela el estómago que amenaza vomitar inmediatamente". Agua la hay suficiente, ironiza Blain, "porque entonces el vino no se conocía todavía". En cuanto al pan, cada estudiante lo pide de limosna por su propia cuenta. De la cocina se ocupan uno por uno, teniendo así la pequeña satisfacción de "envenenarse por turno".

Es el otoño de 1694. Llega en seguida el invierno. Probablemente el más largo en toda la vida de Montfort. Que llega al máximo de la tensión física y psicológica: su afán por el estudio se hace más severo; además, falta al joven alguna forma de descanso o distracción; llega, por ejemplo, a imponerse las renunciaciones que anteriormente el señor de la Barmondière

—cuyo amplio sentido humanitario y extrañas formas de ocupar el tiempo libre recordamos— le había impedido realizar, a saber, renuncia a cultivar sus talentos artísticos naturales que constituían el solaz y orgullo del estudiante de Rennes. El sacerdote con quien Luis se confiesa habitualmente, un tal Padre Prévost, excesivamente celoso, no modera la inclinación de Luis al ascetismo (aunque ciertamente se atreve a pedirle el sacrificio del único objeto al que se halla apegado en este mundo, una estatuilla de la Virgen).

Tensión, pues, y fatiga y miseria constituyen el alimento de Luis. Pero el arco demasiado tenso se rompe: el fuerte hijo de los Grignon —para nosotros es casi un alivio constatarlo— no logra superar este invierno.

Se desploma de un solo golpe. Esto acontece cierto día mientras se halla en la cocina, dedicado a preparar la comida. Apenas si alcanza a ocultar el cilicio que lleva de ordinario, antes de caer vencido por una enfermedad tan imprevista como violenta y un tanto misteriosa para nosotros que reconstruimos los síntomas a partir de los testimonios de los contemporáneos. Lo llevan al Hospital: Luis atraviesa como ciudadano de la pobreza, el umbral de la casa de los dolores. En la desnudez de su condición, muy pronto al borde de la agonía, perdido en París donde cuenta con tan pocos amigos, alcanza a gustar con las alas del espíritu la dulzura de ser "huésped de Dios". Ahí está él, el hijo del "señor de la Bachelleraie", semejante al pueblo llagado que iba a visitar hace años, impulsado por Julián Bellier. La metamorfosis de su condición social lo hace sonreír: el pensamiento vuela irresistible hasta sus padres: ¡si ellos pudieran ver a qué ha quedado reducido su primogénito!

Los médicos cuidan a Luis con los criterios de su tiempo, es decir, reduciéndolo a la situación extrema con una serie de sangrías que acababan el organismo ya agotado: queda al borde la muerte. La muerte que había contemplado largamente en los rostros de los cadáveres de San Sulpicio se coloca a su lado. Pero aquí en el hospital tiene rostro diferente. Es más bien el rostro del Cristo agonizante, al que se aferra la oración de Luis. Recuperándose entre una y otra pesadilla de la enfermedad —esas pesadillas durante las cuales afloran en cuadros febricitantes todas las angustias de su vida joven y especialmente la más profunda, inconfesada, la del abandono, la de la soledad— Luis soporta dulce y alegremente su condición: la embriaguez del "vino nuevo" y fuerte del Espíritu sigue actuando en él, cuanto más llega al fondo de la experiencia del desasimiento y de la humillación que esta odisea de París va representando.

¿No estaba comprendido ya todo esto —Luis no lo sabía todavía— en la llamada que había resonado hacía años al oído del alumno de los jesuitas? ¡Y cuánto ha contribuido esta etapa a templar al hombre que ser mañana...! Por lo demás ubicado entre los desheredados, entre los más pequeños, Luis se halla realmente en paz. Se crea en torno a él un fermento singular de acogida y cariño. Las religiosas del Hospital, admiradas de su paciencia, y enamoradas de esa alegría que lo distingue de todos los demás huéspedes del hospital, lo cuidan con verdaderos mimos. Es la primera vez que Luis no tiene problemas de adaptación: se ha insertado maravillosamente en el ambiente que lo rodea.

"Desesperaban de su curación; ya no le contaban en el número de los vivos". Sí, Luis ha llegado hasta el fondo. Ha vivido en carne propia, con una experiencia muy inmediata y real, esa contemplación de la muerte que en otros momentos ha ocupado su corazón. El dualismo dolor»gozo propuesto por Boudón, el conocimiento existencial de la cruz vivificadora representan el sentido de esta hora que se posa sobre la vida de Luis, solemnemente, como una verificación o un sello. Pero su constitución robusta triunfa sobre el mal: Luis entra en convalecencia, lee, ora, mientras que un nuevo halo de respeto y

ternura –y esto no sólo de parte de las religiosas– rodea a este resucitado.

Tiene entonces lugar un último giro en el que culmina la escena. Luis recluido largos meses en el hospital no volverá a los escuálidos muros del Colegio Montaigu: se abren finalmente para él las puertas del Pequeño Seminario... Esto sucede porque, mientras combatía entre la vida y la muerte, se ha suscitado una especie de movilización general entre los pocos amigos con que Luis cuenta en París. Juan Bautista Blain, acogido ya en el pequeño Seminario ha hablado de él al señor Brenier, director de la casa. El señor Bauyn verosímilmente intercede por él; la señorita de Montigny se ha puesto también en movimiento. Y una presencia nueva y decisiva aparece en la escena, la de cierta Madame d'Alègre, probablemente la esposa del marqués d'Alègre, que ha combatido bien en la batalla de Fleurus (1690). Conocida por las crónicas mundanas y devotas de la época, hace una corta aparición en los escritos de Saint-Simón y Madame de Sévigné, figurando con su hermoso rostro, sus gestos y su rica dote, entre las nueras fallidas de la célebre marquesa escritora, que no eran pocas.

Madame d'Alègre es una mujer impulsiva, soñadora "de espíritu muy romanesco". Locamente pródiga de los objetos de lujo y los de piedad, no carece de ingenio ni de ideas personales, a veces demasiado "peculiares". Se cuenta maliciosamente el episodio de una intentada fuga al yermo que divierte a sus anchas a Madame de Sévigné y que Saint-Simón despacha en estos términos: "El cardenal de Coislin logró atraparla mientras atravesaba Orleáns a pie, andando, decía ella a la Tebaida, siempre vestida con encanto y magnífica en todo, menos en pagar sus deudas".

Contrastes fascinantes del gran siglo francés: a esta caprichosa "mujer de sociedad" debe el demacrado convaleciente del Hostal de Dios el ingreso en uno de los centros de formación sacerdotal más famosos y dignos de su tiempo... La odisea llega a su término, Luis toca finalmente la meta por la que se había despedido de Rennes, hace ya tres años.

Capítulo 7

LOS "DIRECTORES DE SAN SULPICIO"

San Sulpicio, tierra de santos. Este "semillero del clero de Francia" (Le Crom) existe desde hace más de medio siglo cuando, en 1695, Luis entrevé la posibilidad de entrar en él. En 1641 Juan Santiago Olier con sus discípulos fundaba un seminario en Vaugirard. Al año siguiente lo trasladaron a la parroquia de San Sulpicio, de la cual era párroco J.S. Olier.

En el breve espacio de algunos años, París veía florecer diversos seminarios en respuesta a las directivas del Concilio de Trento sobre la formación sacerdotal. Un testigo digno de confianza –san Vicente de Paúl– resume con estas palabras la situación y características de los seminarios mayores de París:

"Hay en París cuatro casas que hacen lo mismo: el Oratorio, San Sulpicio, San Nicolás del Chardonnet y la Gueuserie-des-bons-Enfants. Los de San Sulpicio tienden y miran en todo elevar los espíritus, a destruir los afectos terrenos, a llevarlos a las grandes iluminaciones y a los sentimientos elevados;... los de San Nicolás no elevan tanto, pero tienden al trabajo de la viña, a formar hombres diligentes en las tareas eclesiásticas... El Oratorio, dejémoslo ahí y no hablemos de él".

En contraste con la impostación propia de San Nicolás, práctica y pastoral sobre todo, se describe al seminario de San Sulpicio como una escuela privilegiada para la formación del espíritu. Según las palabras mismas de J.S. Olier es "una escuela de religión... y una escuela de celo", donde se atribuye también gran importancia a la formación intelectual de los futuros sacerdotes.

Otras palabras de Olier nos indican el programa y la divisa propios de la institución sulpiciano:

"El primero y último fin de este instituto es vivir soberanamente para Dios, en Jesucristo nuestro Señor, de modo que sus disposiciones interiores penetren en lo más íntimo de nuestro corazón y que cada cual pueda decir de sí mismo lo que de sí afirmaba san Pablo: "Vivo yo: no, no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí". Esa será la única esperanza de cada uno, la única meditación, el único ejercicio: "vivir interiormente de la vida de Cristo y que ésta se manifieste en nuestro cuerpo mortal". Estas pocas frases nos trasportan de un solo golpe a un paisaje y clima inconfundibles. Vive en ellas el espíritu de ese escuadrón de almas que excavó en el siglo XVII el surco grandioso de una corriente espiritual definida. Se llaman Bérulle, Condren, Bourgoing, Olier, Renty, Saint-Jure, Vicente de Paúl, Juan Eudes..., los gigantes de la escuela francesa de cuya espiritualidad la casa de San Sulpicio es una filial y un renuevo y en cuyo alero halla morada esa espiritualidad.

Las manos de aquellos constructores levantaron el Oratorio de Francia. Su finalidad es "realzar el estado del sacerdote", lo que significa no un programa de reforma, sino de santificación. Es la idea profundamente cara a Bérulle, para quien el sacerdocio secular implica por sí mismo una llamada más definida a la santidad que el simple estado religioso, porque, por definición y esencia, se refiere al más alto de los misterios del Hijo encarnado, o sea, su sacerdocio eterno, por cuyo "estado y oficio", "contempla a Dios, su Padre, lo adora y le tributa un homenaje soberano". La santificación del clero secular, a través de la congregación oratoriana y, más tarde, la fundación de los seminarios, es el fin que se proponen, en esta hora del apogeo de la Contrarreforma francesa, Bérulle y sus discípulos.

Si entrevistáramos a Olier a cerca del "verdadero espíritu del sacerdocio", respondería poniendo en evidencia no sólo la dimensión absolutamente "vertical" cuya acentuación asociamos gustosos al clima de la escuela francesa, inclinada a considerar al sacerdote como "el hombre del culto, el religioso de Dios separado del mundo"; sino también la solicitud pastoral, reconocida por Olier como componente esencial de la espiritualidad del sacerdocio. La santificación del clero, en el contexto de una perspectiva mística y teológica de amplio aliento, tomada de la escuela beruliana, se convierte para Olier en instrumento para realizar la reforma de la piedad cristiana popular, conforme al impulso impreso por el Concilio Tridentino. La realización concreta de su inspiración se manifiesta en la estructura y en el espíritu original de la fundación sulpiciano.

En el pensamiento del fundador, San Sulpicio es una "casa apostólica", una comunidad reunida no sólo para el estudio y la preparación interior, sino también disponible para cualquier ministerio y abierta igualmente, gracias a la cercanía de la parroquia, al compromiso pastoral. El celo de esos apóstoles debe ser inflamado, debe incendiar el mundo: "¡Oh almas sacerdotales! ¿Dónde hallar una dilatación de celo y caridad semejantes a la que debe encontrarse en Uds....?"

El hombre que había hecho "voto de servidumbre a todos los cristianos" ha dejado líneas ardientes para describir a los sacerdotes que quiere ver invadidos por su misma pasión misionera: "Sacerdotes de fuego que suben a las montañas y llevan hasta los lugares más pobres la piedad hacia la Sagrada Eucaristía..., que como rayos volantes corran y vuelen por los aires a donde los impulse el ímpetu del amor..."

Tal aparece, en sus rasgos esenciales, la doctrina del señor Olier. Aireada, muy espiritual y sencilla, propone un ideal místico y apostólico de amplio aliento. El segundo director de San Sulpicio, Alejandro Brentovilliers, se constituyó en su época en guardián e intérprete fiel de la misma.

No obstante, durante el medio siglo de existencia del seminario, a través de la consolidación y las precisiones impuestas por las circunstancias, la inspiración original ha sufrido modificaciones profundas y sutiles.

"Lo que había sido forma flexible –escribe Luis Pérouas– se ha convertido en rígido molde". El P. Tronsón, superior general cuando Luis entra al Pequeño Seminario, aparece como el agente principal de esa transformación.

"Una sabia aleación de firmeza y dulzura, el gusto por la medida, la desconfianza por lo excesivo, lo excepcional, o incluso lo original", califican la personalidad de este eclesiástico que morirá en 1700, a la par con el "gran siglo". En 1694 y 1695 –el año inmediatamente precedente al ingreso de Luis en el seminario– lo encontramos empeñado junto con Bossuet y de Nouailles, en la polémica suscitada como reacción al quietismo de Madame de Guyón. La reticencia ante las "vías extraordinarias" es un rasgo típico de la fisonomía del P. Tronsón, quien por naturaleza y formación es el hombre más amante de la prudencia y de la regularidad. Además, lo encontramos ubicado dentro del panorama de este ocaso de los místicos que transforma sustancialmente, hacia el final del siglo, el horizonte espiritual de Francia.

Con su tercer director, también el espíritu de San Sulpicio sufre un cambio, orientándose a aspectos más moralizadores. El ideal sacerdotal propuesto a los seminaristas experimenta una orientación nueva respecto a la inspiración primitiva de J.S. Olier. La figura del eclesiástico sulpiciano, profundamente antimundana, guardiana de la sacralidad de la tradición, se moldea en el principio de la uniformidad comunitaria y se le presenta la observancia del reglamento como "el camino real" de la perfección.

El "espíritu de celo" y la apertura pastoral de la "casa apostólica" se reducen a la enseñanza del catecismo a los niños en las parroquias.

Al P. Tronsón se debe la segunda fundación sulpiciano, en favor de los estudiantes menos pudientes: gracias a la cooperación de Brenier y Bauyn, se concreta el proyecto (hacia 1684), con la apertura del Pequeño Seminario, ubicado en una casa de la calle Ferou anexa a los jardines del Seminario Grande. El precio de la pensión es la única diferencia importante entre las dos instituciones idénticas en cuanto al espíritu y la seriedad de los estudios. Con la ayuda de los señores Brenier y Bauyn, asume la dirección del Pequeño Seminario, confirmando el endurecimiento del "molde" sulpiciano en la línea del P. Tronsón.

Humildísimo, desconfiado de sí mismo, atormentado hasta el escrúpulo por el sentimiento de indignidad, Antonio Brenier es un verdadero campeón del desapego y de la mortificación mezclados con cierta audacia ascética que no cuadra en todo con la línea de moderación propuesta por Tronsón. Fundó el pequeño Seminario a los 34 años, no siendo aún sacerdote (retrasar la ordenación sacerdotal hasta 1687). Entre los seminaristas, este hombre austero consigo mismo y con los demás, tiene fama de santo.

A su lado Juan Santiago Bauyn, a quien el señor de la Barmondière había confiado la dirección espiritual de Luis. Bauyn merece más que los otros una palabra de presentación. Nacido en Basilea (1641), en una familia protestante, su adhesión a la fe católica se le convirtió en su juventud en un auténtico drama. Un epistolario casi inexplorado documenta la apasionada reacción de los Bauyn, fervorosos en su fe protestante, ante la opción de Juan Santiago, considerada como fruto de locura y germen de perdición. Él dejará transcurrir años de silencio antes de justificarse, con argumentos llenos de humilde dignidad: ha consultado antes de decidirse a teólogos insignes; ha obrado con sinceridad de conciencia; ha encontrado en la nueva fe tanto consuelo para no lamentarse de la separación de sus parientes y del mundo. A la edad de 22 años, inmediatamente después de la ruptura, el señor Bauyn entra a formar parte de la comunidad de San Sulpicio.

En el ambiente sulpiciano, este convertido realizó una rápida carrera, revelando un talento especial para la catequesis y la dirección espiritual. Marcado profundamente por el sello común –por el espíritu de mortificación y penitencia, la rectitud doctrinal, la regularidad excepcional en "las cosas pequeñas", clave de arco de la ascesis sulpiciano– el P. Bauyn se distingue de los demás "directores de San Sulpicio": en este hombre que tiembla literalmente mientras celebra su misa, que tiene que hacerse violencia para salir durante la recreación de la abstracción de la oración, que se acerca a los "excesos" de María Magdalena de Pazzis en la nostalgia devoradora del "Amor que no es amado", que sueña en misiones lejanas en Oriente y Occidente, que fascina a los niños con su método catequístico es un filón mortificado de la inspiración sulpiciano –más cercano a su inspiración original mística y apostólica– que va floreciendo, reencarnado en una personalidad carente de monotonía. Revive en él el ejemplo de Olier y Brentovilliers, a veces hasta en los detalles. Este temple espiritual explica la "gracia excepcional" que revela para la dirección de almas llamadas a "caminos extraordinarios" (Blain): una dirección exigente, orientada a la búsqueda de la perfección, mientras respeta los carismas personales de cada alma.

No olvidemos los ardorosos suspiros del P. Bauyn, sus métodos originales y creativos de catequesis, su sueño misionero y popular y –añadamos– su tierna "esclavitud" para con la Madre de Dios. El tiempo manifestará la importancia del influjo de Juan Santiago Bauyn sobre Luis María Grignon de Montfort.

Finalmente, Francisco Leschassier, director del Gran Seminario y futuro superior

general de la Compañía: físico enfermizo, carácter todo moderación, fama de sabio y prudente lo rodea como una aureola de amabilidad. Este célebre sulpiciano será llamado más de una vez –en medio de las controversias de su tiempo– a soltar con mano delicada nudos difíciles, hasta el punto de merecer los elogios y estimación de Fenelón: "No veo sino un hombre –es el reconocimiento insigne que tributa al P. Leschassier el obispo de Cambrai– de piedad y sabiduría reconocidas a quien confiará todos estos asuntos..."

Esos son los directores de San Sulpicio, que salen al encuentro de Luis Grignon, cuando éste viene de vivir la aventura de sus primeros años en París y que lo acogen en la atmósfera cordial del seminario de la calle Ferou.

La convivencia regularísima y agradable, la forma fácil de conversar sin tocar los temas mundanos, la obediencia tranquila y generosa de los jóvenes crean el clima de esta "tierra de santos". "Cada uno vela por su propio empleo –es la descripción que hace un sulpiciano, el P. Baudrand– y esta vigilancia ininterrumpida y universal mantiene en la casa un orden, un silencio, una exactitud y recogimiento no inferiores a los de las comunidades reformadas... se cumplen los propios deberes como si fuera cuestión de conciencia y de honor... Es una asamblea de personas elegidas, razonables, fervorosas... –el conjunto es característico– que necesitan freno para moderarse y no espuela para que avancen".

Quizá el señor Bauyn, quien sustituye probablemente al P. Brenier ausente, da la bienvenida a Luis Grignon. El canto del *Te Deum* reúne a la comunidad entera y se rumora que la acción de gracias tendría por objeto la llegada del joven, hijo espiritual de Juan Santiago Bauyn. Luis, de su parte, ignorando la fama que lo ha precedido, saborea el cántico de alabanza a Dios, elevado en el momento mismo en que cruza el umbral de "una casa tan santa como el seminario de San Sulpicio".

Capítulo 8

LA "CIENCIA DE LOS SANTOS".

Cuando, al canto del memorable *Te Deum*, entró Luis en San Sulpicio, el año lectivo llega a su fin. Es el verano y las vacaciones, prolongadas desde agosto hasta el 18 de octubre, llevan a los seminaristas a la casa de Vaugirard, pequeña ciudad no lejos de la capital.

En Vaugirard reside, desde 1691, en el noviciado de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, un sacerdote que fue seminarista en San Sulpicio, y que confía todavía su conciencia a las manos del P. Bauyn. Juan Bautista de La Salle –se trata de él– regresa a visitar la casa de San Sulpicio y respirar allí un aire que le es familiar, mientras la mirada de los jóvenes que no lo conocen sigue por largo rato la figura rodeada de un nimbo de dulzura.

"Quienes hasta ahora no lo habían visto nunca se preguntaban unos a otros '¿quién es ese sacerdote tan venerable que tiene el porte de un santo?'. El P. Bauyn les decía que se trataba de un ex canónigo de Reims que lo había dejado todo para caminar tras las huellas de los apóstoles ..."

Estas palabras del P. Bauyn sintetizan en un solo trazo, un largo itinerario de vida. Luis Grignon en quien tales palabras suscitan un profundo atractivo, escruta la fisonomía del fundador que busca humildemente las directivas del P. Bauyn. El joven seminarista y el sacerdote de edad madura no establecen contacto profundo: se encuentran de paso apenas, sin tener oportunidad de franquear la distancia que los separa.

El P. de La Salle representa, en forma impactante, la antítesis humana de Luis María. Nació en Reims, cuya catedral se yergue como único punto de audacia y poesía guardiana del chato paisaje de la Champaña sin imaginación ni misterio, poblada de viñadores y mercaderes. Hijo de una gran familia de la "nobleza de cuna", es un hombre exquisito en su alma y en sus gestos. Hombre exacto, ponderado, puntual, una naturaleza que se inflama lentamente y en profundidad, un carácter soberanamente equilibrado y que se expresa con dulzura.

Su itinerario no ha recibido la impronta explosiva que distingue otras aventuras espirituales. En la figura del joven eclesiástico de Reims, que ha regresado a casa después de una sólida formación sulpiciano, está dedicado ahora a la educación de sus hermanos más jóvenes y es canónigo del ilustre capítulo, era difícil presagiar al hombre que escogería como herencia caminar tras las huellas de los apóstoles. Amante del retiro, de la oración y la penitencia, este joven de horizontes tranquilos, "sacerdote de virtud cumplida y personaje distinguido", corría el riesgo de asemejarse en su estatura moral –escribe con finura su biógrafo Bernoville– a la hilera de sus antepasados, "austeros, meditabundos, respetables, un tanto aburridos y amanerados..." ¿Qué acontecimientos lo convirtieron en ese sacerdote cuya simple presencia hace sentir a los muchachos de San Sulpicio la irradiación de la santidad?

Su historia es una sucesión de cortas etapas en las que aparece el tejido elaborado por una mano experta: historia de comodidades abandonadas, de seguridades desmanteladas, de una vocación que se insinúa dulcemente como una semilla en tierra fértil y destinada a germinar en su auténtico valor. Algunos hombres quemados por el celo han pasado al lado

del canónigo. Nicolás Roland, "uno de aquellos seres rutilantes que atravesaron el gran siglo en toda dirección como un meteoro", muerto en plena juventud luego de haber sido, no obstante sus enfermedades, un animador incansable. Adriano Nyel, pedagogo humilde y genial, que corre de ciudad en ciudad y deja en pos de sí, por donde pasa, un surco brillante de realizaciones. El Padre Barré, finalmente, mínimo, de perfil descarnado, devorado por la caridad y la austeridad, una de las figuras más heroicas en el coro de los espirituales de su tiempo. Todos ellos se pasan uno a otro un proyecto que terminar por involucrar al canónigo de lentas iniciativas, cogido casi a contrapié por los acontecimientos: el proyecto de reforma de las escuelas cristianas, para la educación de los pobres.

En la vida de J. B. de La Salle, el heroísmo se ha ido manifestando gota a gota, a través de gestos que alcanzan poco a poco el color de la radicalidad evangélica. Será, por ejemplo, la decisión de hacer sentar a la mesa, codo a codo con los jóvenes hermanos de La Salle, a los extremadamente rústicos maestros de escuela reunidos por Adriano Nyel o la convivencia con esos mismos maestros –desafío inconmensurable a la opinión pública de la burguesía de Reims– que naturalmente, acarreará la ruptura de la familia y la despedida de sus hermanos adolescentes. En la humilde comunidad que constituye desde ahora para el canónigo la familia y los parientes, lo sigue una apremiante llamada a la pobreza. El canónigo de La Salle, ornamento de la buena sociedad de Reims, en respuesta al "déjalo todo" del Padre Barré, se despoja sin contemplaciones de rentas y canonicato, escoge para sí y sus compañeros el camino de la Providencia. Queda aún con una incertidumbre: ¿debe entregar a la naciente fundación los bienes a los cuales renuncia personalmente? La respuesta le llega durante la carestía de 1684, cuando el patrimonio del antiguo canónigo se diluye y distribuye entre los pobres.

Esa es la loca prodigalidad evangélica del hombre tranquilo, un Francisco de Asís – escribe Bernoville– que actúa con los gestos de un Bossuet. El reto al espíritu mundano impacta más, al encarnarlo un sacerdote gentilhomme: la locura de la cruz brilla más provocadora en un hombre equilibrado como lo es J. B. de La Salle. Al elegir este camino, manifiesta la fuerza espiritual que en el marco rígido del canonicato, corría el riesgo de anquilosarse. Responde así a su auténtica vocación: la de ser, gracias a la renovación de las escuelas cristianas, lo que san Vicente de Paúl y Olier habían sido para la reforma del clero, interpretando un nuevo filón de vitalidad del renacer del catolicismo. Una célebre reunión que se prolongó por 17 días, del 10 hasta el 28 de mayo de 1684, sanciona la existencia del primer núcleo de Hermanos de las Escuelas Cristianas.

En 1695, J.B. de La Salle sólo ha recorrido la primera parte de su propio camino. Debe afrontar todavía numerosas luchas. Morir en 1718, un viernes santo, luego de beber el cáliz de la incompreensión y las persecuciones. Morir tres años más tarde que el Rey Sol, él que ha sido el hombre del gran siglo francés, encarna, fundidos en irrepitible armonía, el decoro humano y la grandeza espiritual. Trabaja aún con tenacidad, durante la corta epopeya del Apostolado de Luis Grignon. Pero los dos no se volverán a encontrar. Sólo queda impreso en la juventud de Luis el encuentro de Vaugirard, que culmina en un día solemne durante el cual las dos comunidades se reunieron para celebrar la Eucaristía y la mano de J. B. de La Salle distribuyó la Comunión a los jóvenes de San Sulpicio.

Un fluir de comentarios admirativos, de parte de los seminaristas, dibuja casi una aureola en torno al antiguo canónigo. Hay ciertos temas que vuelven una y otra vez en las conversaciones a cerca de él: su confianza absoluta en la Providencia, el abandono al "beneplácito de Dios", el amor a los pequeños desheredados que trasforma el curso de su vida, convirtiéndolo de buen eclesiástico en santo. En Luis queda estampada, profunda, la

fascinación de ese rostro paciente, de ese temple sereno, de esa obstinada radicalidad vivida con dulzura. De un hombre que no se le parece, recibe una compleja amonestación y una confirmación irresistible.

Hacia fines de verano de 1695 cae en manos de Luis un libro que ejercerá en él un influjo profundo.

Se trata de las Cartas espirituales del Padre Surin: jesuita admirable cuya supervivencia, observa Bremond, ha sido tan atormentada como la propia vida. Y, sin embargo, sigue siendo uno de los grandes clásicos de la vida espiritual: "No obstante las contradicciones que ha tenido que padecer, acudieron a él innumerables discípulos de todas partes... Sencillo, claro, en tensión hacia la práctica, reina incontestablemente sobre la multitud de los santos desconocidos". Nos alegra poder contar entre sus discípulos más cercanos a él en el tiempo, a un santo no desconocido, Luis de Montfort.

Al comienzo de la historia del Padre Surin hallamos una vez más al jesuita que ha formado generaciones de místicos, a saber, el Padre Lallemand, a cuyo lado el joven Juan José Surin –nacido en Bordeaux en 1600– llevó a cabo su "tercer año" en la Compañía, "saltando el foso" de la conversión segunda y definitiva. Encontramos igualmente, un poco más lejos, un Carmelo, el de Bordeaux, en cuyo fulgor pasó su niñez Juan José. Una priora carmelita, Isabel de los Ángeles, fue su maestra de oración, moldeando a este muchacho de natural delicado, que apenas empieza a mostrarse, y posee una inteligencia viva y penetrante.

El Carmelo, pues, y la Compañía. Dos amores igualmente fuertes, dos caminos reales para la floración de místicos que, en la primera mitad del siglo, han alegrado a Francia. Veremos que Luis Grignon opta muy pronto por renunciar a seguir los cursos de la Sorbona y proseguir estudios de teología más personales y la "ciencia de los santos" (Blain). Una corriente de hostilidad y de pasión circula en las obras del Padre Surin contra los "doctores" de sabiduría árida, que no beben en las fuentes de la contemplación; a veces, discute en forma fuerte incluso con sus cohermanos jesuitas que desconfían del misticismo, considerándolo sospechoso de 'iluminismo' y anarquía. "Sucede muchas veces que incluso los más doctos, ya que están más acostumbrados a conocer la verdad más por el esfuerzo del entendimiento que por el camino del amor, sucede, digo, que sospechan y consideran imaginarios los instintos de la gracia y los toques del Espíritu Santo...".

La "vía del amor". Tal es el mensaje de este jesuita que funde el lenguaje de santa Teresa con el de Pascal. "Es preciso saber que hay dos vías para llegar al conocimiento de lo que llamamos ciencia. La primera es el estudio. Leer mucho, escuchar a los maestros, esforzarse... La segunda es abandonar y alejarse de todo afecto a las cosas creadas, acercándose a Dios y dedicándose a la oración".

Dos sabidurías, pues, se enfrentan una a otra. Es una formulación que no se borrará jamás de la memoria de Luis. Blain testifica que una de las más fuertes impresiones recibidas por Luis se debió a la primera de las Cartas espirituales de Surin. Narra en ella el encuentro con un joven pobre, iletrado, analfabeto, pero maravillosamente educado por Dios en el molde de la oración. Condenación, pues, a los intelectualismos áridos, que impiden el conocimiento de las "cosas verdaderas, muy sólidas y divinas", reveladas a los corazones sencillos.

El Padre Surin no corre el riesgo de proponer a las almas un seudomisticismo mórbido. Nada, por ejemplo, es tan contrario al error quietista como la doctrina de este discípulo fiel de san Ignacio, en palabras y obras, de valeroso corte ascético. El "casto temor de Dios" debe hacernos desconfiar de los impulsos que transparentaban "más juventud que verdad" y

debe permitirnos el aprendizaje de las virtudes más cercanas a la prosa cotidiana. Una de éstas –notémoslo de paso– en que insiste el autor del Catecismo espiritual es de tal naturaleza que fascina y atrae a Luis, cuyo carácter y corazón ya conocemos: se llama "benignidad", "suavidad de espíritu": "en la dulzura bien practicada y en la suavidad y benignidad de espíritu, se encierra la humildad, al ser vencido y aterrorizado el orgullo gracias a las reacciones dulces y humildes. Así el alma adornada de esas virtudes se inclina a hacer el bien a todos. Generalmente todas las virtudes se nutren en la benignidad, fortaleciéndose con su atractivo y su dulzura...".

La sublimidad natural de las expresiones de los místicos parece inquietar a este escritor que acude a las palabras, más sólidas y sencillas para acercarse al misterio. "Eso que los místicos llaman aniquilamiento perfecto, transformación, deiformidad no es otra cosa, que la aplicación total a Dios, por la cual morimos –también a nosotros mismos– y vivimos sólo para Dios". Y, diciendo esto, ofrece una sencilla, pero poderosa clave de unificación de la vida moral y del compromiso ascético, enseñando a "revestirnos con las virtudes y llevarlas a plenitud por medio de la caridad", es decir, el "amor puro" de los místicos de todos los tiempos.

En una hora histórica en la que la noción de amor puro o desinteresado inquieta las conciencias alarmadas por la querrela del quietismo, "esta mirada pura hacia Dios" se la proponen con fuerza y suavidad al joven Grignon los escritos de Surin, como esencia de la vida interior, como una divisa que mantener intacta en medio a la multiplicidad de las ocupaciones y contingencias en que se desarrolla la vida. "Dios sólo al mundo". Algunas frases de Surin alentadas por un palpitar de poesía, se esfuerzan por describir ese "dedicarse a Dios" (*vacare Deo*), separación moral de todo lo creado, inmovilidad del alma "aplicada", vencida por el único objeto de su amor: "Es preciso que el alma viva en una obediencia que domine todos sus movimientos, buenos, indiferentes y perversos;... que así desnuda de todo y convertida como en salvaje en el desierto, llegue a la amistad y cercanía de Dios; que regresando a la sencillez de nuestro nuevo origen, habiendo experimentado un nuevo nacimiento, resulte irreconocible a sí misma y a los demás, no teniendo vida ni movimiento sino para servir al Dios-Hombre".

Cuando en otoño, se reinician los cursos de teología en la Sorbona, el puesto del estudiante Grignon queda vacío: Luis no cruzará nunca el umbral de la universidad. ¿Mala salud, dificultades financieras, decisión de los superiores? En realidad, Luis había terminado el año anterior los cursos de teología necesarios para el bachillerato. Le quedan tres años de estudio en orden a obtener la licencia en teología. Luis no busca eso. Aprovechar para perfeccionar la teología, lecciones vespertinas que le ofrecen los sulpicianos, y sobre todo, la rica biblioteca del seminario.

Con esto, se realiza otra ruptura en la vida del joven que ha sacrificado ya sus talentos artísticos, obedeciendo a la vez a un impulso ascético y a una selección de valores. Estudiante quizá más sólido que brillante, Luis ha llegado a sobresalir entre sus compañeros de buen nivel; obtuvo en otro tiempo los aplausos del P. de la Barmondière, quien acostumbraba controlar con una serie de exámenes internos el progreso de sus seminaristas. Y no obstante, la Sorbona y la "ciencia de los doctores", con su peligro de aridez y el fermento que producir en algunos años la levadura del jansenismo, no satisfacen al joven que aspira, guiado por el Padre Surin, a una reorganización de la vida interior.

Luis no será "doctor": opta por la fe de los sencillos o más bien, como afirma Blain, por la "ciencia de los santos". Hay que recordar que, en los tiempos de Luis, los escritores espirituales –y no los teólogos– son quienes hacen progresar el conocimiento del misterio

crisiano. En el reposo de la calle Ferou, se dedica ávidamente a la lectura. Una vez más nos informa Blain, con una amplificación significativa, "que casi todos los autores de la vida espiritual pasaron por sus manos". Esta frase nos permite ver al joven famélico y deslumbrado, dedicado a gozar de este pan encantador bajo el fulgor de la oración. La advertencia de Surin se encarna en la persona de Luis: "... Respecto del estudio, es cierto que debemos aplicarnos a él resueltamente..., pero no por el gusto del estudio; tiene que ser por el gusto de Dios...; tenemos que regular el estudio de suerte que el gusto de Dios lo absorba totalmente".

Entre tanto, en medio de los compañeros que siguen brillando en las aulas de la universidad, la figura del seminarista casero "tan igual y recogido en todas sus acciones", con ese espíritu de meditación que lo distingue, brilla por contraste. Luis, acogido con mucho afecto en el seminario de San Sulpicio, parece tener el genio de atraerse las sonrisas y las burlas benévolas o picantes. Acaba siempre por ser el "pañito de lágrimas", el juguete de la comunidad. Sus compañeros lo molestan y gustan de ponerlo a prueba. La oportunidad se presenta de maravilla: toca a Luis, según la costumbre del seminario, presentar una exposición sobre el tema entonces candente de la teología contemporánea, el de la gracia. Será fácil poner a Luis en dificultad con preguntas ingeniosas y verlo perderse en el meandro de una cuestión que fatiga a los espíritus fuertes de la época...

Al contrario, Luis hace frente con serenidad al fuego cerrado de las preguntas y cita a san Agustín y a los Padres con tanta facilidad que suscita admiración. ¿Cuál, entre las diversas posiciones debatidas en el ambiente de la Sorbona –la cuestión pica nuestra curiosidad– hace suya el joven Grignon? En realidad, si no tenemos esa "tesis de juventud", un sermón compuesto varios años después y que es también un pequeño tratado sobre el tema de la gracia, muestra a Luis fuera del terreno de las controversias, dedicado más bien a profundizar los datos comunes y los "principios incontestables" de la cuestión. No ignora, sin embargo, los contornos sutiles de aquellas controversias, que incluso describe y resume en algunas formulaciones, –no ya quemantes, ni torturantes en los labios calmados de Luis–, sin pretender dar la respuesta, sino inclinándose ante la gracia como misterio.

Hay en todo esto una doble coherencia: ante todo con el ideal de "aplicación" a Dios, de "abandono" y "servidumbre" a Él, expresado en términos de un retiro del tumulto de las distracciones y en la perspectiva de una oración que invada la vida, como "dulce y tranquila atención a Dios y a los movimientos del Espíritu". Coherencia, además, con un tema de apostolado que fermenta dulcemente en el corazón del seminarista. Luis que roza todos los días uno de los centros prestigiosos de la cultura religiosa del tiempo, ejercerá desde ahora su ministerio entre los sencillos. Los grados académicos no sirven para evangelizar a los pobres ni las querellas teológicas para renovar en la humildad la vida espiritual.

Capítulo 9 "JESÚS QUE VIVE EN MARÍA"

El encuentro de Luis con los místicos del Seiscientos, realizado ya por los intermediarios principales que se llaman Boudón y Surin, se convierte, gracias a la mediación de Olier, en el gran acontecimiento de su primer año en San Sulpicio.

Acercarse a los escritos de Juan Santiago Olier significa para Luis familiarizarse con los maestros de la Escuela Francesa; con la pureza de su religión; con sus ritmos literarios cautivadores. En efecto, nadie como Olier logra transmitir, hacer viviente y casi familiar el fulgor de la espiritualidad beruliana:

"Su gracia peculiar, su misión es –no digo– la de vulgarizar el berulismo –escribe Bremond– sino la de presentarlo con tal riqueza de imaginación y con tal fervor que esa metafísica de pertenencia un tanto difícil se hace accesible y seductora a la mayoría de los lectores. Lo vulgariza, si queremos, pero a la manera de los poetas, como hombre para quien existe el mundo exterior y que no separa nunca el sentir del comprender".

Un gran intérprete, pues, para una gran escuela, que es "escuela pero de vida interior, de espiritualidad y no de teología" (Bremond). Los hombres cultos, los "doctores" que la componen se inclinan ante los más sencillos de entre los místicos. Un cortejo selecto de figuras femeninas –Magdalena de san José, María de los Valles, Margarita de Beaume, Inés de Langeac...– acompaña desde la sombra a estos hombres. Y todos juntos forman una familia perfecta.

Quisiéramos hacer resonar aquí la voz de los maestros de Luis, para entrar en el clima que ellos crearon, comenzando por el célebre axioma beruliano que como divisa "teocéntrica" caracteriza a la Escuela francesa: "Es necesario ante todo mirar a Dios y no a sí mismo, y no actuar por la mirada y búsqueda de sí mismo, sino por la mirada pura de Dios...".

Los discípulos de Bérulle se nos presentan como "verdaderos adoradores". Tienen en común un sello, una forma de oración: "Confesar y reconocer que el Dios de los cristianos es grande... Confesar gozosa, lírica, perdidamente la grandeza del Ser de los seres. Toda la vida interior de Bérulle, toda su dirección convergen hacia esto". Esa es la oración de elevación, o sea, "esa especie de oración de reverencia, de mirada humilde, de homenaje y honor y otras prácticas semejantes, que tienden pura y sencillamente a honrar y glorificar a Dios, sin esperar nada en retorno, sin desear ni pedir nada". Al reorientar toda la vida espiritual a este teocentrismo, que transforma todo sendero del alma en liturgia enamorada, se halla el modo de volar característico de Bérulle y sus seguidores.

Adoradores de Dios y del misterio de su Hijo. El Verbo encarnado "en su estado sustancial", el Hombre de Dios, constituye el tema grandioso de la piedad beruliana. Cristo "en función de Dios", el perfecto Adorador, mediador de nuestra religión: desde hace siglos la renovación del vocabulario espiritual realizada por Bérulle cautiva a los estudiosos: así el motivo de la devoción a los "estados" del Verbo, como "a aquello que se prolonga, que permanece" en el misterio del Hijo: "el estado interior del misterio exterior", e incluso "la eficacia y la virtud que hace al misterio vivo y operante en nosotros".

Juan Santiago Olier establecerá un día la "fiesta del Interior de Jesús y de María". La perpetuidad de los estados o de la interioridad de los misterios actualizada continuamente por el Espíritu en el corazón de los creyentes, fundamenta la ascesis beruliana y su inmediata y rigurosa vinculación al *vivo jam non ego* paulino: "Jesucristo es una capacidad divina de las almas y es para ellas fuente de una vida de la cual viven en Él". Ascesis que se fundamenta y resuelve en el doble ritmo de desapropiación y de adhesión con el cual penetramos en la esencia misma de la espiritualidad beruliana y en lo que en forma más auténtica ha pasado a la experiencia más íntima de Luis de Montfort.

Pertenencia, unión, aplicación, servidumbre, adhesión...: el dúctil vocabulario de Bérulle no repite sino la misma cosa, modulando una ascesis de profundo éxito místico: "atarse" al misterio, "abandonarse" a los estados divinamente humanos del Verbo encarnado, "darse"

al espíritu de Jesús, "adherir" a la invitación de Jesús: "todo hombre debe estar desapropiado y anonadado y poseído por Jesús, subsistir en Jesús, hallarse injertado en Jesús, vivir en Jesús, actuar en Jesús, fructificar en Jesús...".

No estamos frente a un conjunto de prácticas o ejercicios devotos ni frente a actos de virtud que embaldosan como pacientes adoquines el sendero de la perfección. Sino en el corazón de la experiencia cristiana, donde la contemplación del misterio se convierte en el crisol en el cual el alma queda transformada por la infusión de hábitos divinos. Dado que – y ésta es la osadía de la enseñanza beruliana– las virtudes divinas son "operativas", "todos los misterios de Jesucristo..., cuanto hay en Él o procede de Él, todo esto, repito, emite de sí sus propios rayos, ejerce su influencia y produce sus efectos en nosotros, si se lo mira y contempla con ojos llenos de estima, de honor y reverencia, y derrama su gracia peculiar e imprime su propia virtud, sin más esfuerzos de parte nuestra, y sin ningún acto de virtud producido formalmente".

Este ritmo de desapropiación y adhesión que corresponde a una profunda transformación teocéntrica y religiosa del problema moral, pasa a través de María. La devoción mariana ocupa un sitio preeminente en la espiritualidad de la Escuela francesa polarizada en torno a la Encarnación; y la Encarnación no nos da solamente a Cristo, sino a Jesús con su Madre, a "Jesús que vive en María".

La fórmula grata a Olier resume en una expresión densa el aporte mariano de Bérulle y sus seguidores, a quienes compete el mérito de haber reconocido el vínculo indisoluble existente entre la Madre y el Hijo y haber subrayado "la unidad de espíritu y de acción de Jesús y de María en la obra grandiosa de la redención del mundo, que comienza en la Encarnación".

Para estos adoradores del Verbo encarnado, el Hijo y la Madre son, en realidad, el principio indivisible –respetando la primacía de Cristo, único mediador– de nuestra redención y de la mediación entre el cielo y la tierra: María por la plenitud de gracia que la hace totalmente una con su Hijo. Fuerte aspecto que la Escuela francesa tuvo el mérito de desarrollar y analizar y que influir –lo veremos a su tiempo– en el edificio doctrinal del mismo Padre de Montfort.

No obstante, conviene ampliar un tanto el panorama. La devoción mariana ha sido uno de los grandes temas del siglo que expira. La primera mitad del siglo XVII ha presenciado una verdadera explosión literaria sobre el argumento. Luego de las guerras de religión, dos filones espirituales han refrescado la devoción a María y profundizado en ella, influyendo a la vez sobre el pueblo devoto y sobre las elites espirituales. "Una de estas corrientes –habla el historiador Flachaire– de origen popular y medieval, nos parece que encontró su expresión más literaria y efectiva en el ambiente contemporáneo. En ella, la tendencia esencial es la de dirigirse ante todo a la sensibilidad, a la imaginación. Consecuencia de ello, un desbordamiento de ternura, de realismo devoto, de interpretación alegórica y, en la doctrina misma, un mínimo de rigor, una libertad de ritmo llevada hasta la complacencia.

La otra corriente, más abiertamente religiosa es doctrinalmente más sólida, la guían los maestros del oratorio y, como hemos visto, saca su alimento de la contemplación del misterio de la Encarnación, según el genio propio de los berulianos que aparece como la disposición a fundir la piedad con el dogma y viceversa.

Este cuadro muy general ha sufrido modificaciones esenciales, cuando Luis Grignon se acerca a él.

Al florecimiento de la literatura mariana durante la primera mitad del siglo sucede un clima diferente. Un hecho nuevo viene a inquietar los ánimos: se trata de la "querella"

contra los "falsos devotos", desencadenada de manera célebre en 1656 por Pascal con la IX Provincial. Querella que en este siglo de santos y de polemistas verá alinearse en uno u otro campo figuras mayores y menores, en torno a un librito de 20 páginas escrito por un abogado de Colonia, un "laico –nos dice un jesuita de la época– nada versado en teología".

Tal es el horizonte inquieto sobre el cual se extiende la mirada de Luis María con su corazón apasionado.

El punto de partida del itinerario mariano de Luis es su patético amor a la Virgen María, amor de hijo, estrechamente vinculado al que tuvo a su madre terrena, él que aparece como huérfano antes de tiempo por los senderos del mundo. Cierta día un testigo –nada menos que el P. Leschassier– subrayará el peso de esta prolongada situación de sin familia: "Desde su juventud ha quedado abandonado a la Providencia, aunque su padre y su madre aún vivían, y pasó diez años en París, sin recibir de ellos ayuda alguna". Recordemos que siendo estudiante Luis –según el testimonio de Blain– acudía a María en todas sus necesidades. Más tarde, para confirmar esta confianza, el mismo Blain narra, con cierta sonrisa, episodios sucedidos mientras residía en la comunidad de los eclesiásticos pobres.

Luis entrega al laico Le Vallier todos sus haberes, que son 30 sueldos, para que le compre un par de pantalones de gamuza. El buen hombre con los ojos desencajados frente a lo exiguo de la suma, le manifiesta sus dudas sobre el buen resultado de la comisión. Luis lo invita a tener fe... "Pero el buen laico no teniendo fe suficiente para multiplicar los treinta sueldos, fue objeto de burlas cuando los ofreció en pago de algo que valía tres veces más". Luis no se desconcierta: la Virgen le completará la suma... Inútil decir que, al cabo de poco tiempo, el seminarista consigue su pantalón nuevo.

Recordemos la frase serena que Luis escribe después de la muerte del P. de la Barmondière: "Pase lo que pase, nada me preocupa. Tengo un Padre en el cielo que no me falla jamás". Si la maduración de Luis en la fe es maduración de una pobreza, de una absoluta confianza filial, María ha estado en el centro de esa maduración, Ella le ha revelado, como intermediaria, el rostro de la paternidad de Dios. Rozamos así el secreto de la oración de este hombre que tiene la expresión tensa de quien nunca fue niño, pero que recupera la paz de los pequeños –y nos lo hace sentir a través de la inmensa paz palpable de su espíritu– orando a María.

El cariño ingenuo de los primeros años, donde se proyectaban luces y sombras, presencias y ausencias propias del hogar en que Luis va creciendo, se ha ido transformando con el tiempo, insertándose en la dinámica de la vida interior propia de Luis. Pero esa profundidad existencial de un tema espiritual y la nota ardorosa, juvenil, quedan en pie. Luis lejos de alinearse con los "hipercríticos" de la devoción mariana, tendía más bien a multiplicar, en la exuberancia de su afecto, las ocasiones y razones del culto a María.

Lo encontramos en el Pequeño Seminario, como miembro de una "Asociación de esclavos de la Sma. Virgen". Por primera vez se ofrece en esta expresión al biógrafo de Luis un término y un tema destinados a ocupar un puesto de primera línea en su vida. Tema quizá no enteramente nuevo para Luis que puede haber recogido ecos del mismo en la congregación mariana de Rennes. Pero sólo hoy irrumpe "la esclavitud" en la vida del seminarista. Y esto gracias a que llega a sus manos el texto clásico de Boudón Dios solo o la esclavitud de la admirable Madre de Dios, y también gracias a que el P. Bauyn, el venerado director, corrobora con su adhesión personal la práctica mariana de la santa esclavitud.

"Esclavitud": la palabra suena extraña a los oídos contemporáneos. Pero su extraña rudeza, el sello de totalidad que palpita en ella, no desagrada a Luis Grignon. Se encuentra

en ella, al primer contacto, como un eco desafiante del heroísmo medieval de cortesía en fidelidad a Aquella a quien llamamos "Nuestra Señora". Y poco a poco descubre la amplitud espiritual de este antiguo término que concreta y recoge con la fuerza de ciertos símbolos, una rica escala de valores.

Podría ser un tema extraído del rústico crisol de la piedad popular. Pero descubre, por el contrario, estupefacto la dignidad que reviste sobre el trasfondo teológico del "Voto a María" que nos ha dejado como herencia uno de los hombre más grandes del siglo, el Cardenal de Bérulle. Pero debemos dirigirnos a Boudón para dar sentido preciso al término "esclavitud": un conjunto de prácticas que se resumen y quedan dominadas por la idea de una pertenencia absoluta, una "santa transacción", por la cual cedemos libertad, derechos, méritos del alma; una forma de poner toda la vida interior bajo la guía de María, exaltando al máximo el carácter personal de la relación con Ella. Esto, por la entrada a un nuevo estado de vida: "entregarnos a Ella sin reserva alguna para pertenecer únicamente a Jesús... es una entrega de toda la vida y una renovación de gracia, un estado celeste en el cual entra uno despojándose del hombre viejo y revistiéndose del nuevo".

El cardenal de Bérulle había relacionado explícitamente la promesa a María con los votos bautismales. En este elevado contexto, donde sobresale el tema muy caro a la Escuela francesa del "*vivit in me Christus*", la esclavitud mariana pierde lo que tendría de inquietante para las conciencias indecisas y desarma la censura de Roma que condena los abusos anexos a ella. La práctica mariana, profundamente orientada a Jesucristo, se manifiesta como auténtico sendero de vida espiritual.

Esto es suficiente para introducir en la historia de Montfort un motivo que meditaremos más ampliamente en otro lugar. Advirtamos aquí el carácter aglutinante y de hondas impresiones que asume para la vida de Luis esta esclavitud. Es la renovación de la fidelidad bautismal, es "pertenecer únicamente a Jesús solo", que lleva al encuentro con el "Dios solo" que ha orientado la primera juventud de Luis, es el "amor puro" y la "aplicación total" del Padre Surin, es por último el ritmo de la "desapropiación" y la "adherencia" de Bérulle. Tender a esta conversión y novedad de corazón bajo la mirada de María, en Ella y por Ella, es para Luis la fórmula más fuerte y dulce de vida espiritual.

Con entusiasmo y candor adhiere a ella, sin muchos argumentos que delaten las sutilezas de la teología, convirtiéndose inmediatamente –obediente a la invitación de Boudón– en apóstol de la "esclavitud" entre los compañeros. Comienzan entonces las dificultades que delatan el clima inquieto del momento. Aquellos compañeros que frecuentaban la Sorbona reprochan a Luis que hable menos de Jesús que de María. Algunas censuras de Roma, que condenan los libros en los que se propone el uso o más bien el abuso de las cadenillas, arrojan sobre el tema un ambiguo resplandor. Tronsón, teólogo sabio, resuelve esas incertidumbres con sencillez luminosa, proponiendo sustituir la fórmula "esclavitud de María" con otra –en línea con la más auténtica inspiración beruliana y sulpiciano– a saber, "esclavitud de Jesús en María".

Con esta condición, Luis tiene vía libre en lo que se refiere a su "Asociación" y al esfuerzo para multiplicar su difusión entre los compañeros de seminario. Pero se le ha despertado una profunda preocupación apologética, que le lleva a hojear –a continuación de la obra del jesuita Poiré, punto de referencia de su formación mariana– libros y más libros en busca de argumentos y fundamentos: Grenier y Grasset y la refutación que ellos hacen de los Avisos saludables de Widenfeld; Camus, el obispo en quien brilla el humanismo devoto de los primeros de su siglo; y además, Bérulle, Olier, Saint-Jure y otros escritores menores que van llenando su cuaderno de notas. Es descubrir de nuevo a María en forma

progresiva, para insertarla mejor en la totalidad del misterio cristiano, no tanto a través de una dialéctica pormenorizada cuanto en la paz de la contemplación.

Las riquezas de la fórmula de Tronsón se revelan lentamente a Luis, sediento de profundización sobre un tema primordial –la relación con Jesús– que pide quizá hace tiempo nuevas respuestas en su corazón. En una enunciación directa, sencilla –"la unión con el Señor"– constituye el tema principal de una segunda sesión del Cuaderno de Notas, que documenta la evolución de intereses de Luis, que llega, a través de su meditación mariana y de la adhesión a la advertencia de los místicos, a silabear el lenguaje más profundo de la experiencia cristiana.

De la esclavitud mariana a la "unión con el Señor", palabras que saben a vida concreta impositan la lógica de este paso: "María es la más santa, la más tierna y la más unida a Nuestro Señor de todas las puras creaturas. Nos lleva a su amor y a su culto, a fin de que no hallando en Ella nada que no sea proporcionado a nosotros mismos y siguiendo nuestra inclinación natural, seamos uno más fácilmente con el Señor por medio de Ella". Con estas palabras claras y sencillas, ha encontrado la nota precisa para entonar el tema esencialmente místico en torno al cual van a girar toda su obra y vida: el banquete nupcial de la abundancia del amor, del agua de la sabiduría mundana convertida en el vino de la sabiduría celeste, al que son invitados los pobres, en una Can sin figura, eterna y real, que permanece a la sombra del misterio de María.

Sucede a veces en la vida de los santos que un período de elevado aprendizaje, de formación interior, especialmente a través de los favores de la contemplación, sea seguido por un tiempo de verificación y actuación exterior. Para Luis no fue así. En el tejido denso de su vida, la lección de las cosas y de los acontecimientos se ha presentado como un signo que descifrar. Después, los años de formación con los sulpicianos se han extendido, amplios y tranquilos, brindando una clave de lectura trasparente de toda su vida. La ruptura y sus secuelas, los pasos consagrados a mendigar por las calles de París, las manos vacías, los ayunos y las limosnas, el estudio y la contemplación, todo resulta ordenado finalmente en esa frase robada a los cuadernos de Luis, esa perspectiva mística, ese tema nupcial: "la unión con el Señor". San Sulpicio con sus libros y sus maestros coloca en Luis esta piedra angular y cava en él este profundo surco.

Capítulo 10

EL ORO EN EL CRISOL

Juan Santiago Bauyn muere de repente el 18 de marzo de 1696.

La presencia de aquel convertido, "tan lleno de Dios y tan vacío de todo lo demás", que poseía en medida extraordinaria el arte de hablar de Dios "de buenas a primeras y con toda sencillez", era uno de los polos en torno a los cuales giraba la vida de la comunidad.

La pérdida abre en el corazón de Luis todas las cicatrices de su ancestral dolor de huérfano. Después del P. de la Barmondière, Bauyn había comprendido y amado a Luis. Una corriente de afinidades sutiles y profundas facilitaba la comunicación entre el director y el seminarista. Afinidad, por ejemplo, el que en las horas de recreo, fueran incapaces de hablar de cosas triviales y se esforzaran sincera e inútilmente por tomar parte en las distracciones comunitarias. Al respecto, Luis había elaborado concienzudamente toda una colección de "cuentos e historietas chistosas" y, con el empeño de su voluntad metódica, se esforzaba por obediencia en decir cosas risueñas... Pero, ¡ay! ni maestro ni discípulo tenían éxito en esta clase de ejercicios: "Si alguien deseaba reír lo hacía por oírles decir en tono devoto las cosas más cómicas del mundo".

Pero luego, el P. Bauyn se dejaba llevar a sus argumentos preferidos. Y, poco a poco, la nube de seminaristas callados se agolpaba en torno a él. Si el sulpiciano callaba, el silencio duraba largo tiempo y con él se prolongaba el eco de las "palabras de vida" que con su peculiar sencillez había pronunciado.

Luis penetró mejor en el espíritu del maestro, al trabajar bajo su dirección en la catequesis: durante dos o quizá tres cuaresmas entre 1692 y 1694, el seminarista ayudó al abate de Flamenville en la enseñanza del catecismo a un millar de lacayos de la parroquia de San Sulpicio. Mil lacayos parisienses en el siglo XVII –una verdadera fantasmagoría de pintoresca librea, un concurso de vanidades– escucharon la palabra del muchacho que por primera vez se dirigía a una muchedumbre... Un tono patético y penetrante, un don natural para conmover y penetrar en los corazones y que sabía traducir en ejemplos de vida la instrucción doctrinal.

Se dio además, el encuentro prolongado de Luis con Bauyn en la dirección espiritual. En la que Luis sintió desplegar sus alas; experimentó la dulzura en el rigor; y fue objeto de las señales discretas, pero reales y consoladoras del aprecio que le profesaba el hombre de Dios. Pensamientos todos que se agolpan en su memoria, mientras con expresión reconcentrada y tranquila contempla el rostro del P. Bauyn ahora inaccesible en la majestad de la muerte.

Dado que en San Sulpicio se considera la dirección espiritual como el gozne mismo de la vida espiritual, Luis se escoge un nuevo director en la persona del P. Lechassier, el hombre sabio y piadoso que preside el Seminario Mayor de San Sulpicio.

Comienza así una nueva página en la vida de Luis. Era la hora crucial de su juventud: el sordo drama que va a estallar va a abrir uno de los más profundos surcos de toda la vida del futuro misionero.

Son dos personalidades enfrentadas: Luis con su físico vigoroso, su dinamismo operante, con ese instinto 'aventurero' que alienta en el fondo de su naturaleza. El P. Leschassier, delgado y de salud delicada, calmado y prudente, de inteligencia analítica y meditabunda,

lento para decidirse y tomar la iniciativa de la acción, lento incluso en sus modales caritativos y cordiales, con la espontánea simpatía que favorece el encuentro con el prójimo.

Pero la diferencia de temperamento es sólo el punto de partida de una distancia mayor. Tanto más que –hay que decirlo– Luis Grignon se está convirtiendo, a los ojos de quienes siguen su itinerario parisino, en una 'caso' de los más complejos.

Un 'flash' fugitivo sobre la vida de San Sulpicio revela cuántas fisuras se esconden bajo la superficie de una vida tranquila. En la comunidad del Pequeño Seminario reinan la caridad y la benevolencia. No obstante, las originalidades del joven –demos a las palabras, bajo el peso de los antiguos testigos todo el peso que merecen– constituyen objeto de un malicioso buen humor. Veámoslo, por ejemplo, comprando los libros malos expuestos en estantes de venta de las calles de París, so pretexto de sacar de la circulación la literatura libertina. Veámoslo, lanzarse crucifijo en mano a separar a dos duelistas; veámoslo predicando a lo largo de las calles entre una y otra limosna... Por lo demás, son excesivas sus penitencias consideradas a la luz de las normas comunitarias, y excesivo el recogimiento al cual se entrega. La práctica de la vida común, el sendero que conduce suavemente a los jóvenes, representan una prisión para este hombre que lleva como signo distintivo la incapacidad de insertarse en las estructuras de los demás.

Los rasgos geniales de su rica personalidad e inteligencia parecen marchitarse y agostarse en el molde 'del verdadero espíritu de San Sulpicio'. En el Pequeño Seminario se preguntan cómo apreciar las dotes del joven humilde y amable, distraído y poco hábil, que sorprende a sus compañeros manifestando de repente desconocidos y exquisitos talentos, sin vanagloriarse de ellos ni abandonar sus modales modestos y soñadores...

Es una cruz –cruz proveniente de condicionamientos naturales y psicológicos– que Luis lleva inscrita en su carne: son los pliegues impresos en la rutina del aislamiento, es el tesoro que no se expresa en una afectividad profunda, el fortísimo temperamento, su resuelto anticonformismo... todo cuanto desde siempre ha impedido a Luis integrarse a la vida en comunidad. Esta cruz, él no la busca ni la quiere; pero va pegada a él, nace dentro de él y repercute hasta en el barniz exterior de su comportamiento: 'sus modales no agradaban a todos y, hay que confesarlo, los tenía bastante extraños'. Juan Bautista Blain deja escapar casi a las malas esta confesión, sin lograr describir con mayor delicadeza el perfil de su humildísimo e independiente amigo. Quien en su profundo candor logra sólo sufrir por su inaptitud para integrarse a la comunidad y ahondar más aún el surco de su soledad.

Pero sobre el franco temperamento humano de Luis ha trabajado la gracia, una gracia exigente que ha realizado cosas aún más 'singulares'.

Hemos visto a un adolescente lleno de entusiasmo, en contraste con su alergia por la vida común tanto familiar como social, orientarse –tras las huellas del 'magis' ignaciano– hacia una realización radical y concreta del Evangelio. Tras llegar a París, el muchacho recorre una trayectoria que lo conduce de la casa del P. de la Barmondière, a través de la estancia al lado del P. Boucher, hasta el Hospital. Realiza así una experiencia de pobreza – no 'el espíritu de desinterés' de los directores de San Sulpicio, sino la pobreza de los verdaderos pobres– que hubiera sido dramática, si no se hubiera resuelto en el libre reposo del abandono filial. En tales circunstancias, ha filtrado en la criba de una profunda conversión de mentalidad los valores que rigen al mundo y al siglo en que vive.

En el Hospital, donde lo ha rozado la muerte, este joven ya afinado y templado por las pruebas, ha afrontado con gozo espiritual el conocimiento existencial del misterio de la cruz. Misterio que por lo demás imprime su sello sobre todo el período que Luis vive en

París. Y es un signo de contradicción, de dulzura y violencia, de sabiduría y locura: el sello real de la integridad evangélica a la que tiende Luis, en su opción 'impetuosa' por la ciencia de los sencillos y de los santos.

Las circunstancias de esta extraordinaria experiencia y la colaboración de su temperamento incandescente que parece haberlas convocado y creado determinan la forma en que Luis, a sus veinte años, mira el seguimiento de Cristo. Apuntando en todo al énfasis del gesto profético, al realismo del signo y del testimonio, sin que falte un palpitar de entusiasmo, de fantasía, de aventura en el que se revela libremente su rica naturaleza de artista.

Y luego, la última etapa, San Sulpicio. No llega allí un seminarista frágil, sino un adulto, de carácter robusto, enamorado de Dios. Luis asimiló la espiritualidad sulpiciano conforme a la línea más acorde con sus más íntimas aspiraciones. Es esa línea 'rica de dinamismo apostólico, de inventiva y misticismo', que remonta hasta la inspiración olieriana y que el P. Bauyn ha hecho revivir. Inspiración abierta a los impulsos del Espíritu y a los valores de los esclarecimientos interiores sin temor a 'las vías extraordinarias'. En un momento en el que el fervor de la comunidad parece anquilosarse, Luis propone con su innata fuerza de seducción, nuevas prácticas de ascesis y piedad, mientras en la catequesis realiza un primer aprendizaje de acción misionera. El impulso apostólico se ha injertado, por lo demás, en el antiguo proyecto o sueño que inflamaba la adolescencia de luz y consumir su vida: amplios horizontes, necesidad de lanzarse hasta las últimas fronteras, pobreza itinerante, pan compartido con los humildes.

La personalidad de Francisco Leschassier puede esbozarse con una sola pincelada: es la encarnación del equilibrio. La moderación, la prudencia, la hombría de bien forman el fondo de su naturaleza y lo hacen apto para el gobierno y cuidado de las almas. Aparece como el fiel intérprete de la segunda corriente sulpiciano en la que el verdadero espíritu de San Sulpicio es, como escribe Blain, 'un espíritu de vida comunitaria, interior y oculta en Jesucristo'. Para Francisco Leschassier, el ideal de la perfección sacerdotal se identifica con la imagen de una vocación oculta y retirada, consagrada al culto y consumada en la adoración eucarística. El eclesiástico se santificará no realizando grandes acciones, sino viviendo la perfección de las cosas humildes.

Por otra parte, Leschassier vive en plenitud el viraje que se realiza en la comunidad sulpiciano cuanto más se asienta en Francia la reacción antimística, a la que la 'querrela' del quietismo ofrece su principal alimento. Al recalcar un estricto compromiso ascético de abnegación, el principio de la fiel observancia de la ley y la uniformidad comunitaria se ofrecen al alma como clave de lectura de su vocación y de la voluntad de Dios.

Blain puede, por tanto decir con todo derecho, refiriendo a la escena las palabras llenas de sentido que brindan un juicio definitivo sobre todo ese período, que el espíritu de San Sulpicio es 'plenamente opuesto al de singularidad', añadiendo: 'Los superiores y directores que avanzan y conducen por esta senda a quienes quedan confiados a sus cuidados, son tan enemigos de cuanto tiene aspecto de singularidad y tan opuestos a cuanto tiene sabor de extraordinario, que es fácil perderlo con ellos, gracias a sus luces y conducción...'

Singularidad: palabra que en boca de estos franceses del s. XVII suena dúctil, plena de sentido, difícil de traducir. Comporta una doble acepción negativa, motivada a la vez por la fuerza de un proyecto ascético preciso y por las costumbres de una civilización para la cual el ornato formal, la dignidad de la medida y de la regla constituyen un rasgo profundo. En los labios de Leschassier, confrontada a su ideal de vida retirada y oculta, y a su aversión natural a los gestos desmesurados y excesivos, la palabra se hace sinónimo de

independencia de juicio, de amor propio, de orgullo. Existe precisamente en San Sulpicio toda una literatura sobre el tema de la 'singularidad'. El espíritu singular había sido ya catalogado por el P. Tronsón entre los seis espíritus más opuestos a la vocación eclesiástica, y descrito pormenorizadamente en una página que aparece como el retrato invertido, como una mísera caricatura de Luis Grignon...

Por parte suya, Francisco Leschassier quita aliento al ardor por las mortificaciones, proponiendo más bien la máxima de san Juan Berchmans: «*mea maxima poenitentia, vita communis*». Y añadiendo: «... En lo exterior, seguirás en todo a la comunidad. El mismo alimento, siempre que lo permita la salud. La misma recreación, los mismos ejercicios. Nada de muecas. Nada sin el parecer del director. Si se concede algo más de oración, de mortificación, de ayuno que a los demás, ocultar esa especie de singularidad cuanto sea posible...».

Dadas todas estas premisas, no es difícil imaginar cuán rápidamente se convirtió Luis Grignon en problema para el P. Leschassier responsable de su conducta espiritual.

Hay una grave interrogante que pesa sobre Luis: ¿hasta qué punto es carisma la singularidad, hasta qué punto es defecto de la naturaleza? El enlace de los aspectos psicológicos y espirituales en una personalidad tan rica, determina la intensidad del drama a cuyo encuentro avanza y que representa al mismo tiempo la hora decisiva de su juventud y el prólogo real de su vida de adulto.

La gracia ha apelado en Luis a ciertos rasgos y a ciertas deficiencias de la naturaleza, para escribir recto en líneas torcidas –dice Pérouas citando un antiguo proverbio–. Por lo demás, ciertas aristas de su temperamento y ciertas cicatrices de sus sufrimientos forman en el seminarista de San Sulpicio un contrapeso humano a su 'anhelo de perfección'. Ese es el emotivo claroscuro de donde surge poco a poco la figura espiritual de nuestro santo. En realidad con esta carta se juega la suerte íntima de Luis Grignon; en esa mortificación del corazón se ubica la condición de su santificación. La vida muy humana del P. de Montfort lo irá demostrando paso a paso.

Se debe a Leschassier el haber enfrentado por primera vez a Luis con esta realidad. Interrogantes tormentosas las que el director sulpiciano se hace a sí mismo. ¿Conduce la gracia realmente a Luis? ¿Hasta qué punto se mezcla el amor propio con las manifestaciones de su piedad? ¿Qué apego, incluso inconsciente, al propio juicio se esconde detrás de esa devoción de gestos indiscretos? La dirección de los PP. de La Barmondière y Bauyn no ha hecho otra cosa que fortalecer la singularidad. ¿No será hora de someter a Luis a una criba más decisiva y confrontarlo por fin rigurosamente con el canon aprobado y seguro del 'verdadero espíritu' del Seminario Sulpiciano?

Entre los seminaristas, circula desde hace tiempo la historia de un 'caso' ruidoso. Es la de un joven en marcha hacia la vida eclesiástica; tan celoso, que era imposible moderarlo... Con sus penitencias arruinó su salud y sistema nervioso; necesitó cuidados y reposo y se convirtió en un hombre agotado y tibio. Todo esto por no haber aceptado dejarse forjar por su director. La historia de este lamentable ejemplo reaflore insistentemente en las conversaciones de los jóvenes, cuando hablan de Luis Grignon.

La puesta en juego es elevada. Leschassier estima a Luis, entrevé en él las señales de una inmensa potencialidad espiritual: se trata de decidir del porvenir de un joven a quien la gracia ha dotado en forma singular y, quizá, de hacer de él uno de los futuros pilares de la Compañía de San Sulpicio, sustrayéndolo, por lo demás, a la ambigüedad de una aventura interior que podría desembocar en un dramático fracaso delante de Dios.

La intensidad de esta prueba proviene del complejo tejido de motivos en que veremos a

Luis debatirse ciegamente, lejos de lograr distinguir –como lo hacemos nosotros– los diversos componentes del asunto, es decir, el problema humano del joven Grignion. Una oposición entre dos corrientes espirituales en el seno de la misma fundación sulpiciano; un contraste, en fin, entre dos vocaciones diferentes, dos diferentes sabidurías, frente al cual hay que cuestionar todos los métodos y todas las orientaciones de una formación espiritual.

Se le prohíbe a Luis el tanto más de ascesis y oración que Bauyn había concedido generosamente a su joven penitente. Un vigoroso golpe de dirección lo hace volver al camino normal que recorre la comunidad.

El 'paso agigantado' del seminarista bretón tendrá que acomodarse al más lento de sus compañeros. Su alma queda privada de ese vocabulario con que hasta hoy ha expresado su amante disponibilidad. Luis que en sus veinte años ha sufrido ya tantas veces, padece hoy una nueva pena en el espíritu.

La tensión, que pronto se convierte en martirio, entre espontaneidad y obediencia, entre una 'elevada idea de perfección' y la estrechez de las fórmulas, se desdobra por lo demás en un sufrimiento exquisitamente humano. Se origina en la falta de sintonía con su propio director espiritual, por el sentido de la incompreensión, casi de la falta de estima, de parte de una persona amada y venerada. Esto es para Luis tanto más novedoso cuanto que los anteriores directores no habían dudado en dejar transparentar su amistad, incluso, su admiración.

La estrategia de Leschassier es sencilla: trabajar con rudeza, atacando abiertamente en él al enemigo que es el amor propio, vaciarlo de sí mismo, someterlo al criterio de la obediencia y de la humildad. Y en esta empresa, aquel hombre humilde hace gala de un indomable valor.

"Alguna señal de estima o de aprobación, alguna palabra de alabanza o de consuelo de la boca del director sirven para dar consuelo a la naturaleza abatida". Pero Luis no logrará arrancar una sola de esas palabras de los labios de Leschassier. Al contrario, ve tratar como imaginación y descartar con desdén los sentimientos y propósitos que expresa. Luis, púdico y altivo como lo son los temperamentos muy sensibles consigna entre las manos de un padre el secreto de su alma. Pero la indiferencia le responde como una mano áspera que acariciara una herida: «Si se hallaba hecho un incendio, encontraba a su director convertido en hielo» y la frialdad que recibe bloquea el impulso interior del joven, tanto más cuanto que pone a prueba su adolorida afectividad.

Dado que se trata de una terapia, Leschassier endurecerá todavía más la mano, dedicándose a volver dúctil y maleable la arcilla de que Luis está hecho. Mientras éste intensifica la propia dependencia filial, más agudo se hace su malestar en las relaciones con Leschassier. Quien se muestra capaz de procedimientos drásticos: «para probar su obediencia le retiraba con frecuencia los permisos ya concedidos», y dado que Luis desorientado acudía varias veces al mes en busca de un encuentro –mensual por reglamento– con su director, «con frecuencia no era escuchado, a veces era rechazado y alejado. El sabio director tenía así en suspenso, a veces, por varios meses seguidos a Luis Grignion, siempre pronto a darle cuenta y siempre rechazado cuando venía a darla». Y esto ante los ojos de los demás seminaristas, a quienes Luis no intenta siquiera esconder su propio martirio.

El terreno se mueve bajo los pies de Luis que hasta el presente había experimentado el aspecto consolador y reconfortante de la dirección espiritual. Hoy se le exige una fe más pura, como si los trámites humanos hacia la paternidad del único Padre, se derrumbaran, mientras que él en la ceguera y el abandono, camina hacia Dios por una senda no trazada

aún, hecha sólo de renuncia, de pasos en el vacío.

Humanamente herido, mortificado en sus gustos más íntimos, Luis supera a las mil maravillas la prueba de la obediencia. Sin embargo, casi sin darse cuenta de ello, se desquita: las penitencias menos prolongadas y frecuentes, serán más intensas; si los ejercicios piadosos disminuyen, el recogimiento se hace más profundo; la 'singularidad del joven', que antes era también comportamiento exterior, se adhiere ahora totalmente a su piel. Puesto al desnudo, Luis se revela mejor; doblegado, manifiesta al vivo lo que no se rompe en él.

Y para Leschassier este hijo obediente se convierte en un enigma mayor. ¿En qué pliegue secreto del alma se anida el muelle del amor propio que impide a Luis ser "como los demás"? La interrogante asume importancia radical: ¿qué Espíritu conduce a Luis? ¿Cómo deslindará en él la 'falsa' de la verdadera virtud? Se impone un trabajo de discernimiento tanto más cuanto más sutil y oculta es la trampa que insidia a este joven 'extraordinario'. Y el arma suprema del discernimiento sigue siendo la humillación, al lado de la obediencia a la que Luis ha respondido en forma intrépida.

Sí, ésta es realmente una hora crucial en la juventud de Luis. Hasta el presente nuestro relato no ha sido otra cosa que un creciendo de aquello que irrumpe ahora en plena luz: el fermentar de una inquietud destinada a encontrar, a través del tejido de hechos desconcertantes, las primeras respuestas.

Desconcertado ante la necesidad de armarse contra Luis, Leschassier llama en ayuda suya a aquel que en San Sulpicio es un maestro, un campeón de humildad, el P. Brenier.

Brenier no es como Leschassier la personificación del equilibrio. Es sobre todo un hombre que se ha mortificado a sí mismo, leyendo en el fondo del propio corazón las señales de todo aquello a lo cual hay que renunciar para llegar a Dios. Es, a su manera, un atleta y un héroe, y un conocedor de los hombres. A nosotros que llegamos más tarde y criticamos fácilmente su implacable pedagogía nos desarma por haber experimentado, ante todo consigo mismo, los criterios supremos de la humildad.

«Luis Grignon no podía quedar en mejores manos para que lo humillaran. Así lo fue plena, larga y públicamente». La voz de Blain tiembla todavía al despertar esos recuerdos:

«Recibía de él las más amargas reprimendas en toda ocasión; no encontraba en su rostro sino un semblante severo y desdeñoso; sólo escuchaba brotar de su boca palabras secas y ásperas... El santo Superior, que poseía un conocimiento tan grande del corazón humano y de todas las trincheras que se construye allí el amor propio... Los ataques más rudos que le hacía eran públicos y tenían tantos testigos como jóvenes contaba la comunidad. Pues, el P. Brenier, que sabía, cuando lo quería, hacer temblar a los más seguros de sí mismos con una mirada o una palabra, atacaba al Luis Grignon a la entrada del recreo».

Esta antigua página de Blain posee una fuerza especial de evocación que sólo puede pertenecer a quien narra cosas vividas, que no se logran borrar de la memoria. Puede que, en los labios del virtuoso sulpiciano, las palabras mortificantes no sonaran tan duras como nos hace creer el testimonio del escritor –siempre un tanto dramático y espectacular–. Ciertamente comienza para Luis una hora de pasión: el asalto prosigue por meses. Imaginemos esas recreaciones durante las cuales el valiente joven bretón ve exponer ante los ojos de sus compañeros el nudo de su problemática psicológica y espiritual, y ello en la amargura de una desaprobación global. Seis meses de semejante ejercicio bastarían para modificar el síquismo de un hombre, incluso si no tuviera la sensibilidad y delicado problema humano de Luis Grignon.

Quien no conoce cuál es el trasfondo de esa hostilidad, no adivina que el alma de quien

le tortura está tensionada hacia él, en un esfuerzo por comprenderlo, evaluarlo, en un empeño de una caridad demasiado varonil. ¿Quién es, pues, Luis Grignon? ¡Cuántas veces, durante estos seis meses, se dirigieron uno a otro Leschassier y Brenier esta pregunta...! La reacción de Luis acaba por desorientarlos: conserva en los momentos difíciles su expresión tranquila y tras la humillación se acerca con aire alegre a su santo perseguidor, como a darle las gracias, y le hablaba con tanta apertura como si hubiera recibido una caricia.

Juan Bautista Blain nos dejó en estas pocas líneas uno de los esbozos más poderosos que nos quedan de Luis Grignon. La dulzura del hombre violento, en semejantes circunstancias, tiene un destello de heroísmo cuya luz nos permite penetrar en la profundidad del trabajo que la gracia va realizando en su alma. Pero esa dulzura, la paga con un precio tal de sufrimiento que sus superiores, en ese momento, no logran quizá ni imaginar.

¿Un balance de este período? Dejemos que lo hagan Brenier y Leschassier quienes, es bueno decirlo, salen con las riendas rotas de esta prueba de fuerza. Porque en cuanto a la 'singularidad' del comportamiento, Luis, a pesar de todos los esfuerzos por corregirse, saldrá del seminario tal como entró a él.

Brenier, después de seis meses, teniendo que ausentarse de París, devuelve – simbólicamente a Leschassier– ese hijo suyo desconcertante. Agotó sus propias armas, sin lograr arrancar a Luis ni un gesto de amargura o rebelión. Su juicio sobre Luis es fruto de una lucha interior, matizado. No puede menos que sentir 'veneración' hacia aquel a quien ha visto sufrir humildemente, día tras día. Y, sin embargo, sus originalidades lo siguen desorientando, hasta el punto de no dejar transparentar sus sentimientos personales en lo concerniente a Luis, «no creyendo oportuno tener que votar públicamente en favor de una conducta extraordinaria, ni apoyar con su aprobación a una persona de virtud poco común, pero poco imitable».

Leschassier, responsable de la conducta de Luis y que no puede lavarse las manos respecto de él con tanta facilidad, rumía dentro de sí mismo las propias incertidumbres. En conjunto, su evaluación resulta ampliamente positiva, pero para formularla, debe él también, superar fatigosas reticencias íntimas. Una sincera y generosa admiración a este hijo espiritual suyo queda velada por la sombra de una duda que a pesar de todo no recibió, a su parecer, una respuesta concluyente. Leschassier se atreverá cierto día, a expresar esa duda bajo la forma más grave a alguien que le pregunta sobre Luis: «Es muy humilde, muy mortificado, muy recogido; y, sin embargo, no me atrevo a creer que lo conduzca el buen espíritu».

También nosotros tratamos de hacer un balance, intentando ampliar el horizonte demasiado estrecho en la perspectiva de los 'directores de San Sulpicio'.

No, Luis no ha pasado en vano por el crisol del San Sulpicio de fin de siglo que hemos tratado de presentar. Asimiló así profundamente parte de la impronta sulpiciano, según líneas que convergen o se apartan de sus tendencias naturales. Por ejemplo, el amor a la exactitud, al método, a la regla, que responde a un rasgo profundo de la personalidad de Luis, en vivo contraste con su lado 'bohémio' y aventurero. Descubrimos en él a un hombre ordenado, constructor de esquemas, atado por el cuidado escrupuloso y hasta un tanto angustioso por el detalle, tenazmente atado a la letra que guarda al espíritu. Se asemeja también a los discípulos y maestros en una característica más profunda, que es el gusto por el retiro, la inclinación tranquila a pausas de profundización y perfeccionamiento tanto en el compromiso moral como en el intelectual: la sed ancestral de amplios horizontes se entrelaza así en una trama sin monotonía con el hilo de un amor al recogimiento que

predispone incluso humanamente a Luis a la intensidad contemplativa y que, en el contacto con el ambiente sulpiciano, encontró la posibilidad de manifestarse y florecer.

Otros triunfos de la formación sulpiciano: el sentido de las 'cosas pequeñas', pequeñas fidelidades que como piedrecillas adornan una fidelidad mayor. Por último y sobre todo, el tema grande de la obediencia, de la dependencia: benéfica estrechez en la que Luis se encontró y cuyo significado de fe e 'infancia espiritual' fue descubriendo lentamente. Ese espíritu de dependencia es una consigna que los seminaristas de San Sulpicio reciben para toda la vida, consigna de ascesis personal y de unidad eclesial: se moverán en sus campos de apostolado como 'fieles y humildes servidores', sin renunciar nunca a sentirse pequeños, y la prontitud en someterse que, en el plano espiritual significa abnegación, se traduce en el lado humano en maleabilidad mayor.

Esta maleabilidad, esta flexibilidad, como virtud del alma, la conquista Luis en San Sulpicio, sin ser un hábito que se le pegue confortablemente al cuerpo. Es una forma de agachar la cabeza, de dejarse trabajar –incluso en lo que constituye la llamada personal de la gracia y la parte mejor de sí mismo– que le será dramáticamente necesaria durante las peripecias de su vida apostólica. Sólo Dios sabe hasta qué punto –advierde oportunamente Pérouas–, la prueba prolongada, primero de la indiferencia y de la frialdad y luego de la humillación pública, hizo maleable el alma de Luis. Lo vemos abandonado 'como un niño' en las manos de los superiores, agarrado al valor sobrenatural de esa pedagogía amarga a la naturaleza. Recalquemos su ansia obstinada de la dulzura evangélica, de la afinidad con el manso y humilde de corazón y su aceptación alegre y total de los «camino sagrados de la cruz». Su respuesta es de un amor cuya generosidad, incluso en un plano puramente humano, nos revela en forma nueva quién es Luis Grignon.

En el fracaso parcial de sus métodos, los directores de San Sulpicio han logrado –más allá de lo que ellos mismos podían comprender– el fin real que proseguían: una confirmación solemne, que es a la vez una purificación, del compromiso de Luis con el Señor crucificado.

Pero todo eso lo paga, ya lo hemos dicho, con una moneda de sufrimiento que puede parecer demasiado espantosa.

Luis es ya un hombre probado por la vida comunitaria, ya en dificultad en su apertura afectiva, ya aislado en el seno de la comunidad. Los ataques ajenos han fomentado ya en él una excesiva sensibilidad, una disposición especial para el sufrimiento.

El toro que trata de modificar la esencia de su personalidad obtiene como resultado el triturar ese penoso equilibrio de sus relaciones con los demás. Con qué angustia debía esperar la llegada de los encuentros comunitarios, podemos sólo imaginarlo. Regresa apenas de un largo y concreto período de aislamiento, apenas acogido y tranquilizado en un asilo cuyos huéspedes se aman, y ya atraviesa un desierto, donde el lema –grito y lamento– de Descartes y Boudón, «Dios solo» alcanza una resonancia extraordinariamente real. En las creaturas no encuentra apoyo. ¡Cuántas veces, en seguida, frente a ciertos rechazos violentos de los lazos naturales, sociales y familiares, tendremos que traer a la memoria ese cáliz de amargura que la mano de los otros le ha servido!

Luis experimenta, en las fronteras del subconsciente, los sentimientos del acosado, del perseguido. Una tendencia a la desconfianza germina en su carácter, lo mismo que cierta vehemencia, cierta propensión a vivir su compromiso humano y espiritual como una milicia, como una guerra. Este lento deslizarse que lo aleja de los demás arraiga, por otra parte, en una profunda ruptura consigo mismo. Tensionado en un esfuerzo de recuperación y adaptación, el seminarista obediente y fiel a toda la escala ignaciana de la obediencia,

incluida la de juicio y voluntad, no puede menos que aceptar la incertidumbre de los superiores acerca de los valores decisivos de su existencia espiritual.

Esta hora de prueba roza los cimientos de la personalidad de Luis. El hombre vigoroso y que va directamente a la meta se debate en la angustia y delicadeza de conciencia. Muchas veces al mes lo sorprendemos a la puerta del P. Leschassier pidiendo audiencia. Ante la obligación de someterse a la regularidad comunitaria, no sabe cómo hacer –ni siquiera para recibir cordialmente a los amigos– sin el permiso de los superiores.

El drama de Luis se vuelve tanto más complejo cuanto que estima mucho el ambiente del seminario y besaría la tierra por donde han pasado los directores de San Sulpicio, esa «tierra de santos». El no lograr adaptarse a las normas allí vigentes desencadena en Luis una especie de crisis de identidad, una crucial interrogante sobre sí mismo y sobre su propio camino. Al final de su vida de apóstol, llegará a formular al menos parte del problema en términos, para él liberadores, hablando de una diferencia entre la «sabiduría apostólica y misionera» y la de quien debe vivir una vida de comunidad no directamente dedicada a un oficio pastoral. Pero a sus veinticinco años, sin experiencia alguna, en la perspectiva antipluralística dominante en San Sulpicio, Luis duda de sí mismo, de su pasado, de sus metas.

Lo veremos largamente perplejo en el umbral del sacerdocio, como anonadado por un sentimiento de indignidad, siguiendo en ello, por lo demás, las huellas del P. Brenier. Lo veremos aplazar largamente y por el mismo motivo el ministerio de la confesión. Lo veremos tantear años y años en busca del camino a seguir, solo, lentamente, a precio de nuevas rupturas, volviendo a los orígenes de la auténtica llamada.

El problema humano de Luis se va, pues, agravando. El capital invisible de disposición al sufrimiento, almacenado para el curso de la vida, va aumentando entre sus manos. El joven que va a salir de San Sulpicio se parece sólo en parte al muchacho que llegaba a París siete años antes, con sus harapos y su aventura, semejante a un rey, aunque entonces careció hasta de un trozo de pan.

Entretanto, ha recorrido el sendero de una maduración en la pobreza y en caridad, un aprendizaje de la humillación, cuya etapa más elevada la representan por ciertos aspectos los últimos años vividos en el Pequeño Seminario. Ha descubierto en la tendencia a la dulzura evangélica una de las directrices de su compromiso por la santidad. Y en el entrelazarse de estos dos hilos –el agudizarse de las dificultades naturales y el crecimiento del poder de la obra de la gracia– la dinámica interior de Luis se nos manifestará, de hoy en adelante en aspectos cada vez más intensos.

Capítulo 11

«COMO UN ÁNGEL EN EL ALTAR»

Ante este hombre cada vez más solo e invadido por Dios –«Luis Grignon, gracias a una mortificación tan grande y un retiro total, hizo tan gran acopio de interioridad y recogimiento, que parecía como absorto en Dios e incapaz de lo exterior»– el P. Leschassier suavizó sabiamente sus métodos. Para «hacerlo salir de tan profunda abstracción», le confía tareas particulares, que ocupen su tiempo y favorezcan su integración a la vida de la casa. Se trata de cargos de confianza. El más delicado de los cuales parece ser el oficio de "maestro de ceremonias", es decir, responsable de las funciones litúrgicas, en cooperación con el P. de La Garde que detenta este título hace tiempo.

En San Sulpicio, la liturgia es un capítulo importante y las ceremonias, exteriorización del culto interior, se hallan en el corazón de la vida comunitaria: «Mirémoslas con respeto – advertía Tronsón– abracémoslas con amor y practiquémoslas con fidelidad...». Luis se entrega a este oficio con aplicación gozosa y paciente: impulsado por su voluntad metódica y su necesidad de orden, de exactitud, que la educación sulpiciano ha fortalecido en él, acomete un trabajo que otros no han logrado realizar. Se trata de un manual de las funciones litúrgicas (para «organizar en forma seguida todo lo referente a los oficios y funciones» litúrgicas).

Era una preparación a un servicio más considerable que Luis realizará ahora en calidad de bibliotecario: el catálogo en cinco gruesos volúmenes de la biblioteca del seminario, amorosamente aumentada y actualizada por el P. Tronsón. Luis circula durante meses por entre aquellos libros como en medio de una presencia familiar. Los hojea, los ordena, los clasifica respirando el encanto sutil del polvo y de la calma que brota de ese apacible santuario.

Sacristía y biblioteca son lugares donde el seminarista logra someterse al ritmo que regula la vida de la comunidad, ritmo discreto, quintaesenciado, interior. Y sin embargo, hay un reverso de la medalla: unas catequesis encomendadas a los sulpicianos en por los menos ocho de los barrios de París en los que trabajaban más de cincuenta clérigos. Luis forma parte del grupo durante algún tiempo y es una verdadera diversión para su vida apartada. Le confían los niños del barrio de la Grenouillère, "los más disipados de París". Pequeña horda turbulenta y aterradora que ha hecho bajar los brazos a más de un catequista. Ante ellos, Luis siente desaparecer de su memoria las elevadas máximas recogidas en los libros espirituales y las exquisitas meditaciones de los sabios... Un discurso va brotando de sus labios, sencillo, palpitante de pasión y de energía, que subyuga a aquellos pequeños, haciéndoles reír y llorar.

Luis experimenta así, siendo aún seminarista, su poder sobre las almas. Otros jóvenes – compañeros suyos– que se hallan presentes casi no logran reconocer en ese hombre de palabra avasalladora, a su taciturno compañero. Quedan maravillados de la facilidad con que, jugando con el teclado de los sentimientos, se adueña del auditorio y conquista los corazones. Ven a Luis iluminado, tensionado por una dichosa comprensión para con los pilluelos de París, esos Gavroches del siglo XVII, en cuyos rostros se mezclan en partes iguales la malicia y la inocencia.

Son para Luis momentos de dicha y descubrimientos, momentos de armonía entre sus disposiciones naturales y el don del Espíritu: cuando regresa al seminario ya no siente el encierro de las paredes. Vuelven a florecer en él ciertas inspiraciones primordiales para su vida, ciertos recuerdos de su Bretaña, rostros de personajes encontrados o soñados en la adolescencia como Julián Bellier o el gran Leuduger... Luis querría por momentos estar allá con ellos: dedicarse como ellos al ministerio de la Palabra, verdadero vagabundo de Dios, de país en país, entre almas y almas.

Una nueva ocupación entra a formar parte de sus tranquilas jornadas. Este joven que todavía no sabe lo que será de él después de la ordenación sacerdotal, recoge con calmada obstinación un voluminoso 'dossier' de apuntes que le servirán un día para la predicación. Y conforme a una tradición misionera que remonta a Le Nobletz y que pertenece también a las costumbres misioneras de los mismos sulpicianos, se abandona al ejercicio de poner en verso, con fines catequísticos, las verdades de la fe, componiendo largos cánticos.

El artista adormecido en Luis se va despertando con inciertos movimientos. Una poesía humilde, didáctica, pero que revela los rasgos de un poderoso aliento, florece bajo la pluma del seminarista. Una vez más sus compañeros tienen que experimentar la sorpresa: se han pasado de mano en mano los cánticos de Luis, con la intención de sonreír, especialmente aquellos de entre ellos que se «precian de inteligentes». Al contrario, la lectura los deja pensativos. Lealmente llegan a congratularse con Luis, el cual escucha, distraído y humilde, con esa forma suya que los desconcierta, las palabras de elogio inesperado.

Probablemente en el verano de 1699, los directores del seminario escogen a Luis para realizar, al lado de otro compañero, la peregrinación anual a Chartres en nombre de la comunidad, según una amada tradición mariana vigente en San Sulpicio.

Es el último verano del siglo moribundo. Cincuenta años antes, Olier había recorrido el mismo camino que ahora emprenden los dos seminaristas. Esteban Bardou se revela para Luis, durante el viaje, un amigo inesperado: es uno de los muchachos más fervorosos de la comunidad sulpiciana. Leschassier ha dado a Luis un compañero 'digno de él'.

Apenas salidos de París, les acoge el soplo cálido del campo que madura sus mieses. El fulgor de los suaves horizontes campestres, del sendero que se extiende bajo la luz, pone de manifiesto en Luis una emoción que los años transcurridos en París habían adormecido. Atravesando poblados, pasando frente a las casas, se aleja un poco del compañero de viaje para ir al encuentro de los habitantes del campo: gente quemada por el sol y el trabajo, mujeres que se parecen a la Madre Andrea y niños en nada diferentes de sus compatriotas de la Bachelleraie. Trabrar conversación con ellos, hablando de Dios, es fácil para Luis. No lo había hecho cuando emprendió su primer viaje, siete años antes; lo hace hoy, con gestos seguros que el muchacho de diecinueve años no poseía.

Con paso veloz alcanza luego al compañero que se le ha adelantado.

Estrella del mar, ésta es la pesada sábana,
la ola profunda, el océano de trigos,
es la movible espuma, los graneros colmados:
y ésa tu mirada sobre el inmenso piélago.
Ya vamos caminando hacia tu ilustre corte,
Estrella matutina, inaccesible reina,
éste es el platillo de nuestro pobre amor
y el océano amargo de nuestra inmensa pena.
Dos mil años de esfuerzo han hecho de este suelo,

para los siglos nuevos una inmensa reserva;
y un descanso sin fin para las almas solas
lograron producirlo mil años de tu entrega.

Charles Péguy.

La catedral de Chartres brota poco a poco con sus dos flechas cada vez más nítidas contra el cielo del ocaso, sobre la llanura de la Beauce amarillenta de trigo. Los ojos de Luis y de Esteban Bardou se llenan de lágrimas. Ir a los pies de Nuestra Señora, es como volver a casa, encontrar otra vez su patria. Chartres es quizá la más fascinante de las catedrales góticas, por su presencia materna y real sobre la llanura, por su sabor primitivo, por la iridiscencia de los vitrales semejantes a joyas de profundos reflejos azules. Al atardecer, en la penumbra de la cripta que parece evocar una iglesia de las catacumbas. Luis cae de rodillas delante de Nuestra Señora de Sous-Terre: e inmóvil aguarda la noche.

Le sobrecoge la evidencia del significado de esa peregrinación, ubicada en el corazón de una hora irrepetible. Luis será pronto sacerdote: comenzará su misión. Una hora de rendir cuentas y de presagios, de incertidumbres y esperanzas. La silueta arrodillada, abandonada, esa tarde y todo el día siguiente, a los pies de Nuestra Señora, es un grito callado, una instancia suplicante y definitivamente un símbolo de entrega. Es la imagen esculpida del voto de esclavitud hecho «A Jesús en María». Rara vez los muros envejecidos de esa catedral habrán visto a través de los siglos, una oración como aquella.

Esteban Bardou contempla tímidamente al hombre prosternado y su «suave descanso en Dios», que parece no terminar nunca. De su parte, agotó pronto su devoción y querría preguntar «cómo podía Luis Grignon entretenerse con Dios por tanto tiempo y qué tenía que decirle...». Pero Luis, sacado por la tarde de su recogimiento y advertido de que hay que salir, tiene la mirada de quien viene de tales lejanías que el buen Bardou no se atreve a preguntarle nada. Al día siguiente, en silencio, uno al lado del otro emprenderán el camino del regreso.

Luis se encuentra en París desde hace ocho años, cinco de los cuales han transcurrido en San Sulpicio. El ciclo de preparación ha culminado y la gran fecha de la ordenación sacerdotal se vislumbra ya sobre el horizonte del seminarista.

Ve tomar forma en su presencia y de modo definitivo todas las líneas de la visión beruliana y sulpiciano del sacerdote, adorador y apóstol, víctima y consagrante: figura "de fuego" que completa el proyecto impreciso que le había impulsado de adolescente. Mientras se prepara a la primera misa, la temática del sacrificio, tan presente en la predicación del oratorio, atrae quizá de modo especial su atención.

El sacrificio de adoración, el holocausto de la creatura que, tributando a Dios el homenaje de su ser, proclama su inefable soberanía. El 'dejarse', el 'consagrarse' beruliano, tan exigente y suave, adquiere en esta perspectiva algo supremo, frente a lo cual nace en el alma el temor y el temblor. El carácter de oblación y holocausto que hay en la consagración sacerdotal es peculiarmente explícito en la espiritualidad de San Sulpicio, heredera de la devoción eucarística de Condren y Olier. También el anhelo apostólico claro y gozoso que marcó la vocación de Luis adolescente, se inclina desde hace años hacia esta suprema senda estrecha. La ha saboreado ya cuando, todavía antes de dirigirse a las Órdenes sagradas, pronunció un sábado en París el voto de castidad en la catedral de Nuestra Señora, envuelto en la penumbra que los inmensos rosetones no alcanzan a esclarecer.

Luis se ofrece ese día a través de las manos de María, como «víctima pura y sin mancha». Y en esa ofrenda como víctima, hay algo más que la sed inaugural de pureza del

muchacho de Rennes. Luis ha conocido quizá la batalla de la carne. De todos modos, es consciente del valor de inmolación que encierra ese gesto suyo. Quizá tembló un momento, como tiembla hoy, al hallarse tan cerca de la ordenación sacerdotal.

Había anhelado apasionadamente esa meta, pero, cosa extraña, no vive una vigilia exultante. Al contrario, es una hora de la prueba. Luis querría postergar indefinidamente el acceso a las Órdenes. En lo cual hace propia la costumbre interior de los seminaristas de San Sulpicio que, nos cuentan las fuentes, lejos de querer apresurar el gran día, se consuman en el sentido de indignidad, afinando hasta que les sea posible la propia maduración. Las lágrimas en la vigilia de las Órdenes no son nada extraño en estos jóvenes que el seminario ha hecho fervientes, responsables y humildes. Pero en Luis, tal como la historia de sus años de seminario nos lo ha revelado, intuimos algo más: una conciencia atormentada, una desconfianza de sí mismo que sale a la superficie como un remolino de angustias en la hora más grande de su juventud.

Ha escrito, en 1699, una carta a su tío Robert, corta y sorprendente:

«Te ruego decir a la señora B. que recibí su paquete de cartas para el señor Obispo de San Maló.

Querido tío te confieso que estos encargos me molestan y hacen revivir al mundo.

Pluguiese a Dios que me dejen en paz como a los muertos en la tumba o al caracol en su concha. Pues, mientras se queda escondido en ella, parece algo. Pero, en cuanto sale, es todo inmundicia y fealdad. Eso soy yo, y aún peor, pues echo a perder cualquier empresa en cuanto intervengo en ella.

Te pido entonces, en nombre de Dios, que no te acuerdes de mí sino para encomendarme a Él: "Que no triunfe el hombre... De la gente tramposa y depravada, líbrame, Señor".

En el Señor y su bondadosa Madre, soy tuyo en tiempo y eternidad».

Luis, este Luis tan humano que teme echar a perder cuanto toca, tiene miedo de lo que más ha amado, de lo que es su único proyecto. Toca al P. Leschassier poner fin a sus dudas y establecer la fecha de la Ordenación: Luis Grignon ha sido probado suficientemente. Juan Bautista Blain, con su corazón de amigo, se atreve a decir precisamente que nadie podía ser más digno del sacerdocio. Una feliz circunstancia alegra a Luis: recibir las Órdenes del abate Bazán de Flamenville, obispo de Perpiñán, con quien había colaborado hacía años para proclamar el Señor a los lacayos de París. «El Señor Antonio de Noailles, cardenal Arzobispo de París», delegó al nuevo obispo para realizar las ordenaciones en su diócesis, el 5 de junio del año 1700.

No conocemos pormenorizadamente los pensamientos con que Luis salió al encuentro del sacerdocio. A través de los relatos de los testigos logramos palpar solamente que iba sumergido en una indecible profundidad de recogimiento. Su rostro de hombre de oración asume aquí un relieve de estatua. La intimidad con el Señor a quien Luis se 'abandona', se 'entrega', en la cercanía de la primera celebración eucarística, por una oblación que quiere ser total, pone un sello tan evidente de gracia en este período que el P. Leschassier pide a Luis un relato o un diario de su unión con Jesucristo. El inestimable testimonio no nos ha llegado, desafortunadamente. No, no logramos violar el secreto de Luis –su oración mística– que desde hace tiempo ilumina, transforma, como luz que procede de las profundidades, la historia que narramos. San Sulpicio, ese ambiente donde ha seguido caminos de gozo y dolor, es el lugar donde se expande en Luis la oración de los santos. Aprisionados por la necesidad de narrar, hasta el presente no nos hemos detenido ni siquiera un momento sobre el silencio de este joven en este dominio inviolado. Lo hacemos ahora, ante una expresión de Blain que nos cautiva y describe a Luis Grignon el día de su

primera misa, celebrada una semana después de su ordenación en la capilla de la Virgen, detrás del coro de San Sulpicio: entonces vi a un hombre como un ángel en el altar.

El lugar es solemne. La iglesia de San Sulpicio no terminada aún a fines del siglo XVII, es hasta cierto punto el corazón del gran siglo francés. San Francisco de Sales y Vicente de Paúl, el cardenal de Bérulle, Olier y otros grandes del Oratorio pasaron por allí... Presencias invisibles que parecen formar una corona al joven que renueva el gesto eucarístico: haced esto en memoria mía.

Como una llama en un vaso de alabastro, la unión con Jesús se trasparenta a través de la humanidad, ahora extraordinariamente despojada y purificada, de Luis Grignon. Nuestro amable gigante, con su rudo perfil y su arcilla «que constituye la desesperación de los biógrafos», cuyo espesor no bastaría toda una vida para destruir, lleva todavía en sí esa transparencia; sin la cual no comprenderíamos al P. de Montfort. Ella se ilumina en detalle el día en que Luis pronuncia por primera vez las palabras de la Consagración y con las grandes manos, fuertes y delicadísimas, han tocado a Jesús Eucaristía.

Luis es sacerdote. Su vida está desde ahora encadenada a la respiración cotidiana de la inmolación eucarística. Conoce el ingreso a un nuevo 'estado' –nunca nos pareció tan necesario el vocabulario de Bérulle–. Pronto veremos desplegarse toda la gama de la temática apostólica y misionera que va a desarrollar y volver a florecer en ella, tumultuosos y purificados, los motivos de la experiencia juvenil. Hoy asumimos, no fugaz sino perdurable, uno de los momentos más 'religiosos' de su vida, en el punto culminante de un tácito creciendo que ha marcado el ritmo de sus años de formación y preparación. Cada una de nuestras palabras echa a perder la pincelada con que Juan Bautista Blain nos ha revelado una fotografía de su alma, Luis en el altar.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 1

EVANGELIZAR A LOS POBRES

Es el año 1700. El siglo comienza, junto con el sacerdocio de Luis Grignon.

Luis, ese hombre 'impetuoso' de veintisiete años, urgido –como dicen los testigos– por volar a las almas, pasa semanas y meses encerrado en la biblioteca del seminario, ocupando su tiempo en ordenar y completar el material recogido para la predicación.

¿Por qué ese estancamiento que paraliza el ritmo de Luis encerrándolo en el reposo familiar de San Sulpicio? Detrás de esta pausa se esconde una realidad sutil y compleja. Se trata, para Luis de escoger un campo de apostolado y aprovechar la oportunidad concreta para comenzar. Más aún –lo confirmará todo nuestro relato, que por ello resultará largamente desarticulado y agitado– se trata para él –como dice Pérouas– de encontrarse a sí mismo. El mismo, en el plan de Dios, es decir, su propia misión. Cuestión tanto más grave, cuanto que se convierte casi en *leit-motiv* torturante en el período que estamos narrando.

¿Qué será de Luis? Un significativo intercambio de propósitos tuvo lugar entre él y Leschassier al comienzo del verano. El director sulpiciano dirigió a Luis una invitación: quedarse, formar parte para siempre de San Sulpicio, colaborando en la formación de los seminaristas. En este gesto que revela una alta estima se disipan por un momento las nieblas de la incomprensión y se nos permite augurar una mejor y más profunda armonía.

Luis respondió no.

O mejor: adelantó una contraproposición, que revela el corazón y los pensamientos del joven al día siguiente de la ordenación. Quedarse sí, pero no en París. Hacerse sulpiciano, pero para realizar a gusto suyo, el proyecto jamás olvidado de su juventud. Pide a Leschassier que lo envíen como misionero a ultramar. Por un momento, el Canadá se presenta a Luis como el «país desconocido» de sus sueños juveniles, donde podrá vivir como pobre servidor de la Palabra. Hay que saber que Luis tiene un amigo llamado Juan Bautista de Saint-Vallier, veintisiete años mayor que él. Capellán en la corte del Rey Sol. Saint-Vallier ha sido allí durante años una presencia brillantísima; ha rechazado la oferta de varias sedes episcopales en Francia, pero se convirtió en Obispo misionero (1685), zarpando para Quebec donde realizó una grandiosa aunque discutida obra pastoral. Una carta de Tronsón nos lo pinta tal como era en el momento de la investidura episcopal: «el nuevo obispo tiene celo, y desde que no vaya demasiado lejos, podrá hacer mucho bien... Para él, sólo el exceso es de temer... Dado que tiene mucho fuego, es preciso que todos aquellos a quienes pueda pedir consejo traten de moderarlo».

Entre los indios y pioneros lejanos han surgido iglesias y hospitales florecientes, pero los métodos del obispo misionero han trastornado la misión sulpiciano en Canadá y suscitado en Europa reacciones inquietantes. Luis XIV intentó inútilmente llamarlo a la patria. Saint-Vallier atravesó varias veces el océano, pero siempre para volver a su misión en los bosques canadienses de ruidosas aguas en primavera. La vida de este hombre obstinado se parece a una larga aventura: continuamente en el mar, capturado una vez por la flota inglesa, exiliado por largo tiempo de su diócesis, arrojado repetidas veces del fasto de Versalles a las soledades donde aparece el perfil bronceado de los iroqueses, siempre pronto

a adentrarse en la profundidad de las tierras nuevas en viajes en los cuales corre el riesgo de no volver jamás.

Otras expresiones de Tronsón, casi lamentos, contrapuntean en sordina a esta impresionante figura: «Desde que no siga advertencias ni tome consejo, es imposible que no surja una multitud de interrogantes... Nunca se quedará en paz, a menos que se adapte a los usos corrientes de la Iglesia... Si no contribuyen todos a frenar el celo de Saint-Vallier, muy pronto se consumirá en el trabajo». Pero el audaz y exagerado Saint-Vallier está hecho de una tela de la que están hechos los santos. ¿No ha soñado acaso con establecer en el mismo palacio episcopal una comunidad de sacerdotes moldeada sobre la primitiva Iglesia apostólica? Además, Saint-Vallier ama a los pobres y es espléndido en limosnas. Llega incluso a ceder su lecho a quien lo necesita, acostándose él en el suelo. Al morir dirá: «Olvídense de mí, después de mi muerte, pero no olviden a mis pobres...».

Luis entabló amistad con este hombre cuando venía a París, hasta 1697. Y a través de este vínculo la epopeya de las misiones canadienses –tema que fascina a la Francia del siglo XVII, desde cuando Santiago Cartier abrió a los exploradores y a los misioneros las puertas del Occidente–, se hizo para Luis cercana y real.

Luis está ahora frente a Leschassier, resuelto y pensativo: el hombre de aventura y el santo que hay en él están de acuerdo con la opción en la que tiembla la alegre audacia propia de ciertos ímpetus de Luis, largamente meditados y que no obstante brotan de improviso. Esta vez, toca a Leschassier decir no.

Lo hace por un motivo que suena sutilmente irónico para nosotros que conocemos el carácter de Luis y el precedente canadiense de Saint-Vallier: «Leschassier no le permitió irse al Canadá, por temor a que dejándose llevar por la impetuosidad de su celo, se perdiera en los inmensos bosques de ese país, corriendo en busca de los salvajes...».

Es como decir: ¡hombres celosos en el Canadá, con uno basta...! Y bajo este doble rechazo, que representa también una doble y profunda desilusión veremos transcurrir monótono y un tanto amargo el primer verano del sacerdocio de Luis que nos augurábamos ver desbordante de actividad y entusiasmo. (Dentro de algunos años veremos a Luis llevar hasta los pies del Papa su sueño de misiones extranjeras; y en cuanto a los sulpicianos, Blain nos informa que desde aquel día ya no fueron «los mismos» con él).

Un viejo golpea una y otra vez a la puerta de San Sulpicio, a donde ha llegado a pie no obstante sus años y quebrantos de salud. Recorre un largo camino, con su bastón de peregrino, para venir a templarse otra vez en la atmósfera de la casa que ha sido la fuente de su vida espiritual y donde, desde hace años, suspira por la gracia de poder morir. Es el P. Lévêque, fundador y superior de una comunidad de clérigos que reside en Nantes, dedicada a las misiones y la formación de los sacerdotes jóvenes. Blain dejó de este hombre encanecido una noble descripción, en la que manifiesta la propia admiración por la ruda virtud del anciano «sulpiciano de alma».

Lévêque asistió en su juventud a la escuela del P. Olier y, aconsejado por él, fundó la comunidad de San Clemente, a la que el obispo Gilles de las Baume Le Blanc anexó el seminario diocesano, regulando la estructura de ambas instituciones sobre el modelo de San Sulpicio. Con sus conferencias, retiros y la irradiación de la acción misionera, San Clemente fue en Nantes un centro de vida religiosa: pero desde hace veinte años, el fundador que a causa de la edad no tiene ya el dinamismo vigoroso de otros tiempos, se ve amargado por sombras que pesan sobre la comunidad amenazando su supervivencia.

Y ahora Leschassier une en el mismo cuadro la cabeza blanca del P. Lévêque y la morena de Luis Grignon. Una solución carente quizá de imaginación, pero no de sabiduría,

se ofrece al director de San Sulpicio: el hombre experimentado y ya declinante ayudará a Luis, potrillo de raza, pero demasiado fogoso, a realizar su aprendizaje misionero, quizá logrando convertirlo en su sucesor. La solución provisional, pasajera, pero que puede volverse definitiva con ventaja para ambos, no parece desagradar a Luis que está fascinado por la figura del anciano.

Todo se resuelve rápidamente en septiembre de 1700. París luce hermosa en aquel fin de verano que trae a la ciudad las primeras nubes vaporosas. «Casi diez años» pasados en ella bullen en los aspectos que se revelan a Luis ya vividos y familiares, impregnados de nostalgias precoces. Otra vez, un acontecimiento importante, el de la partida, de los adioses, repica en la vida de Luis, con su sabor de lágrimas y su valor de símbolo. Y una vez más, mientras arregla sus asuntos, antes de partir, realiza un gesto grandioso: renuncia al beneficio vinculado a la capellanía de San Julián de Concelles que durante años le ha permitido vivir, guardando para sí solamente el título clerical inalienable. En el sistema beneficiario se apoya de ordinario la seguridad del clero, segundo estado en la nación francesa, y nadie piensa en poner en duda su legitimidad fundamental. Luis, con máxima reserva, realiza su opción: es para él la última y más inmediata preparación al ministerio sacerdotal. Con las manos vacías, teniendo por riqueza sólo un escudo, que pertenece al P. Lévêque y con el cual tendrán que pagar los gastos hasta la llegada, los dos hombres comienzan, a fines de septiembre, un largo viaje.

En el mes de noviembre una carta de Luis sale de Nantes. Va dirigida al P. Leschassier. Es la primera carta de un apasionado epistolario con el que el joven se proyecta hacia aquellos de quienes se ha separado.

Constituye un documento importante. Luis aparece en ella tensionado por el afán de objetivar lo más posible su condición y aspiraciones: el cuadro que resulta refleja, lucidísimo, el hervir de la personalidad del que escribe: jirones de ideas, de propósitos, arrojados allí como para reanudar un discurso ya conocido pero nunca terminado. Cada pasaje de esta carta merecería un análisis nada superficial. Ante todo, el exordio: una expresión conmovida y exultante en respuesta al esquema de Leschassier —«No puedo expresarle la alegría interior que me ha causado su carta, aunque breve»— que pone de manifiesto el corazón rebosante y la laceración de una separación lentamente sentida en profundidad —«he dejado, como a pesar mío, una casa tan santa como lo es el seminario de San Sulpicio»— la fidelidad al cariño de un padre cuya mano ha sabido ser muy rigurosa en otros tiempos. ¡Las expresiones afectuosas son tan raras en los labios de Luis! Tanto más intensas suenan estas sobrias líneas, y toda la carta, que es una apertura total de corazón y de espíritu y nos parece vibrante, semejante a un grito.

«Señor:

¡el amor puro de Dios reine en nuestros corazones!

No puedo expresarle la alegría interior que me ha causado su carta, aunque breve. Constituye ella una señal de la unión de caridad establecida por Dios entre Ud. y su servidor, aunque indigno, y que Él desea continúe. Por esta razón, voy a darle cuenta, en pocas palabras, de mi estado actual.

No he encontrado aquí lo que esperaba, aquello por lo cual he dejado, como a pesar mío, una casa tan santa como lo es el seminario de San Sulpicio.

Anhelaba, igual que Ud., prepararme para las misiones, y sobre todo dar el catecismo a las gentes sencillas, que es lo que más me atrae. Pero no puedo hacer nada de esto. Ni sé siquiera si podré lograrlo algún día, pues el personal que hay aquí es escaso y falto de

experiencia, excepto el Sr. Lévêque, el cual –a causa de la avanzada edad– no se halla en condiciones de dar misiones. Y si su fervor, que es grande, le llevase a ello, el Sr. Des Jonchères –como me manifestó– se lo impediría.

No hay aquí ni siquiera la mitad del orden y observancia del reglamento que reinan en San Sulpicio. Y creo que, mientras las cosas sigan como están, no podrá ser de otro modo. En efecto, hay que tener presente que viven cuatro –por no decir cinco– categorías de personas, cuyos objetivos y aspiraciones son del todo diferentes...

Confieso que no es culpa del Sr. Lévêque el que no se observe la regla. Él hace lo que puede, no lo que quiere. Esto especialmente en relación con algunas personas de casa a quienes no agradan mucho sus modales, aunque sencillos y muy santos.

Siendo ello así, me siento, desde mi llegada, como perplejo entre dos sentimientos al parecer opuestos. Por una parte, experimento una inclinación secreta al retiro y a la vida escondida, para aniquilar y combatir mi naturaleza corrompida, deseosa de manifestarse. Por otra parte, siento grandes anhelos de hacer amar a Nuestro Señor y a su Santísima Madre, de correr en forma pobre y sencilla a dar el catecismo a los pobres del campo y de excitar a los pecadores a la devoción a la Santísima Virgen. Es lo que hacía un piadoso sacerdote muerto aquí hace poco en olor de santidad: iba de parroquia en parroquia enseñando el catecismo a la gente del campo a expensas de la Providencia.

Padre carísimo, no soy digno –es verdad– de empleo tan honorífico; pero, ante las necesidades de la Iglesia, no puedo menos de pedir continuamente con gemidos una pequeña y pobre compañía de sacerdotes ejemplares que desempeñen ese ministerio bajo el estandarte y protección de la Santísima Virgen. Trato, sin embargo, –aunque con dificultad–, de calmar estos anhelos, por buenos y continuos que sean, mediante el olvido absoluto de todo lo mío en brazos de la divina Providencia y una perfecta obediencia, sometiéndome a los consejos de Ud., que consideraré siempre como órdenes.

Al igual que cuando estaba en París, me asaltan deseos de unirme al Sr. Leuduger, maestro de teología de Saint-Brieuc, excelente misionero y hombre de mucha experiencia, o de trasladarme a Rennes y retirarme al Hospital General al lado de un sacerdote ejemplar, conocido mío, a fin de dedicarme a obras de caridad entre los pobres.

Pero rechazo todos estos anhelos –sometiéndolos al querer divino– mientras espero los consejos de Ud., sea que me ordene permanecer aquí –aunque no siento inclinación alguna a ello–, sea que me envíe a otra parte.

En la paz de Nuestro Señor y de su Santísima Madre, me atrevo a suscribirme totalmente sumiso a sus órdenes.

Me tomo la libertad de saludar al Sr. Brenier, a quien expongo –si Ud. lo cree oportuno– todo esto».

Luis pide ayuda, no encontró lo que buscaba. La carta manifiesta la trama de dificultades en medio de las cuales busca una luz. Nos día a conocer el modo y timbre de la búsqueda de Luis: esa intransigencia suya bien conocida, la mirada lúcida, juvenil, y un matiz de temor que rápidamente se transforma en angustia. Sigue siendo siempre el adolescente de Rennes, el seminarista de San Sulpicio, el soñador de regias aventuras e ideales exigentes que en Nantes comienza a hacer frente a la realidad, la cual no se acomoda a la medida de los anhelos de Luis Grignon.

La comunidad de San Clemente, relajada, infiltrada –al parecer– de levadura jansenista, muy lejos del fervor de San Sulpicio. Nacida hacia 1670 para el ministerio entonces nuevo y fresco de las misiones, ha perdido poco a poco su dinamismo. Luis la juzga con ojos

despiadadamente críticos. Los sacerdotes de Nantes no son probablemente ni mejores ni peores que tantos otros sacerdotes de su tiempo. Por lo demás, ¿no contaba acaso el P. Lévêque con el nuevo recluta para reavivar el espíritu de la cansada comunidad? Pero Luis, poco maleable y de una sola pieza, no logra aclimatarse en San Clemente, ni colaborar. No tiene el sentido de las circunstancias ni de su medida 'humana'. Este hombre flexible como el junco a la obediencia lleva intacto, en la vida cotidiana, su difícil temperamento, sus opciones radicales, su ruda originalidad.

Es apenas un comienzo, pero cargado de presagios inquietantes. Impacta además, el ímpetu poderoso con que Luis se levanta frente a una situación que capta con una mirada sintética y profunda. «...ante las necesidades de la Iglesia...». Hace dos meses apenas que dejó el seminario y se halla todavía en el umbral del apostolado activo: Luis no conoce la situación de las parroquias, no ha tomado aún el pulso al fervor del clero, a la piedad del pueblo, aunque las primeras experiencias pastorales en París le hayan brindado puntos de reflexión. Pero el anhelo de una Iglesia santa, que se libera de la tensión de ese impacto incierto y desconcertante, le arranca ese grito por una realidad diferente, ese apelo al futuro donde nos sorprende por primera vez –escribe Pérouas– la mirada profética del P. de Montfort.

Humanamente, la llamada al futuro no pierde su margen de ambigüedad. Este joven en tensión hacia una actividad evangélica total se halla bloqueado, concretamente, por un malestar que la desilusión e inacción de Nantes hacen aún más vivo. La insistencia en términos y expresiones tales como 'sentimiento', 'amor secreto', 'atractivo', 'pedir con gemidos', 'tratar de buscar...' y sobre todo el tema dominante del deseo, expresiones todas de intensa y activa espontaneidad, permiten palpar el fondo dinámico, agitado, del espíritu del que escribe. Tras la calma nerviosa de la exposición dirigida a Leschassier, –¡qué tumulto y temperatura ardiente los que puedes adivinar!– impacta la mezcla de una suave y obstinada seguridad con el ardor de la incertidumbre, dado que Luis partió siguiendo un pensamiento lineal: «Anhelaba, igual que Ud., prepararme para las misiones, y sobre todo dar el catecismo a las gentes sencillas, que es lo que más me atrae». ¡Cuántas veces repetirá, después, esta elevada confesión y testimonio de la misión a que es llamado: evangelizar a los pobres! ¿Hacia dónde corre a tientas Luis, si en realidad parece animado por uno de los pensamientos más fuertemente unificadores que hayan guiado la vida de un joven?

Por otra parte, la carta que ofrece casi una fisura del alma de Luis, presenta en una síntesis peculiar, todos los temas que irá abordando en los años siguientes. Ubicado así al comienzo de la vida del sacerdote, este documento anuncia, clarifica el dinamismo de una vida que ha dejado perplejos a tantos contemporáneos. Luis ha hallado, en sus secas expresiones, un movimiento amplio para expresar la clara conciencia que tiene de sus propios deseos. En primer lugar, la esperanza de ir en «forma pobre y sencilla» –palabras que traduciendo la tensión hacia un «estilo» evangélico, aparecen en cierta forma como la clave de arco del sueño misionero de Luis– a dar el catecismo a los pobres del campo (opción, esta última, abiertamente monfortiana, a la cual será fiel en buena parte de su ministerio) suscitando en los pecadores el amor a la Virgen María: es decir, según su experiencia de ese 'atajo' para ir a Dios que, integrándose paulatinamente más a fondo a la acción del misionero, se convertirá con el tiempo en el gozne del mensaje monfortiano.

Pero la abierta seducción misionera se opone a «un secreto amor al retiro y a la vida escondida», amor celoso, madurado en espacios de interioridad donde ha nacido el contemplativo y el místico, con su interpretación fuerte de la «aplicación» de Surin y de la

«adhesión» de Bérulle: el contemplativo alejado de la realidad concreta donde se realiza el impulso apostólico opuesto, el contemplativo imbuido del espíritu sulpiciano de «separación del mundo», este hombre que conocimos en San Sulpicio, «salvaje en ese destierro» para vivir la sabiduría de la oración.

La dicotomía de las exigencias de interioridad y llamada misionera, una y otra presentes como «inclinaciones» espontáneas y profundas, calificará –surgiendo en ciertas horas pico– toda la primera parte de la experiencia del sacerdote. Por años lo veremos macerarse en el empeño de «conciliar amor al prójimo y separación del mundo, abandono a la voluntad de Dios e iniciativa pastoral». Ni debemos olvidar tampoco un estremecimiento doloroso que atraviesa el empeño ascético del joven, marcado por el humanismo negativo de su tiempo. Luis duda expresarse en la acción, de aceptar el desarrollo humano de su personalidad. Dada la «terrible» naturaleza de Luis Grignon y saliendo de la «concha» de San Sulpicio, de la virginidad de jornadas meditativas y solitarias, se rompe un equilibrio, se cuestiona una serie de conquistas íntimas. La tentación de una suprema ruptura ascética que sabe, en realidad, a fuga y replegamiento representa una angustia muy íntima, que colorea con la pincelada final el cuadro de las dificultades de Luis Grignon.

«Al igual que cuando estaba en París, me asaltan deseos (...) de trasladarme a Rennes y retirarme al Hospital General al lado de un sacerdote ejemplar, conocido mío, a fin de dedicarme a obras de caridad entre los pobres». Se propone aquí una tercera alternativa, entre el designio misionero y el eremítico: ejercer el ministerio en un hospital al servicio de los 'pobres', subsuelo de la pirámide social que es la Francia de Luis XIV: entre los pensamientos de Luis éste es el más atrevido, y aquel en el que la opción monfortiana por los pobres se revela en su sencillez totalitaria.

Como ya lo dijimos, todos los caminos que Luis ensaya posteriormente están preanunciados en este rápido escrito de una hirviente personalidad, incluidos también los proyectos de fundaciones que, en su madurez, no diferirán en mucho de la valerosa utopía que el joven de veinte años vertía allí con trazos de fuego. Adulto en las líneas profundas de su estatura espiritual, humanamente acerbo, atormentado, cautivado por el propio combate íntimo hasta el punto que sólo difícilmente puede mirar en torno a él, Luis se consume en la inercia de Nantes. Han pasado muy pocos meses y ya muerde el freno. «Trata, aunque con dificultad» de tranquilizar el propio espíritu y al mismo tiempo lanza hacia Leschassier su grito pidiendo socorro, avizorando con ansia el horizonte en busca de señales, implorando al maestro alguna respuesta decisiva...

¿Qué puede responder Leschassier a la impaciencia de Luis, sino que dé tiempo al tiempo, que no renuncie a la experiencia de Nantes antes incluso de haberla comenzado, que pida en la plegaria la luz para encontrar el camino que debe seguir?

«Aunque no encuentres, señor, en la comunidad de San Clemente todo lo que anhelas, ¿quieres dejarla tan pronto? El señor Lévêque piensa en una misión después de Epifanía. No puedo decirte nada acerca del señor Leuduger, no teniendo en honor de conocerlo, pero no querría impedirte aprovechar las ventajas que podrías encontrar en su compañía. Entrégate a Nuestro Señor y pídele que te dé a conocer su voluntad».

Leschassier es ahora, después de la muerte de Tronsón, Superior general de la Compañía de San Sulpicio. Mil graves problemas acaparan su atención. Pocas líneas desunidas, prudentes, son todo lo que puede ofrecer a la sed de Luis. Tal ha sido siempre, por lo demás, el estilo de sus relaciones. Y Luis se queda en Nantes «en la extraña compañía de reverendos mundanos y ancianos sacerdotes de mal humor», pequeño punto de preocupación en el horizonte demasiado amplio del P. Leschassier.

«Morir a este mundo que lo mira», a los problemas, a las incertidumbres: una vez más y por una temática destructora se le pide el arte difícil de ser niño, de ser hijo. En vano esperó una solución inmediata de parte de su «oráculo». En cambio, en la forma más inesperada y pintoresca, hablarán las circunstancias mismas.

Capítulo 2

UN TRIÁNGULO DE INQUIETUDES

En abril de 1701, recibió Luis la invitación a asistir a la toma de hábito religioso de su hermana en la abadía de Fontevault. Esta invitación es casi una orden, considerando a aquella de quien procede. Ha sido Reina en París, en Versalles: es la Sra. de Montespán.

Para presentar a esta figura singular hay que retroceder más de un paso. En 1697 moría en París la Srta. de Montigny, la amiga de Grignon que se había encargado de la dulce «Luisa». Al quedar desamparada, la joven se aferró más a su hermano. En las pruebas padecidas en París, el antiguo vínculo entre ellos, sobrevivió al rodar de los tiempos, y se hizo más profundo. Luis habló de su hermana al obispo de Quebec que pasaba por París y que recomendó el caso de los Grignon al abate Girard, futuro obispo de Poitiers preceptor entonces de los hijos de la Sra. de Montespán.

La marquesa de Montespán quiso conocer a Luis Grignon.

Se encontraron pues. En 1697, la marquesa había dejado hacía tiempo de vivir en el desorden que le ha dado un puesto en la historia. Por lo demás, ni siquiera en sus días de escándalo y poder, la amante del Rey Sol demostró desprecio hacia la religión. Estimaba a las personas de bien, daba limosnas generosas, respetaba ayunos y cuaresmas. «Pero era imperiosa, altanera, dominante, burlona y, además con todo aquello que conllevan la hermosura y la añeja omnipotencia», según la pintura que hace Saint-Simon.

Al caer de su pedestal, esta extraña diva, se transformó en profundidad. Su fisonomía dominante, fatigada del mundo, recuperó en la penitencia una expresión serena. El encanto moral de una auténtica conversión coronó la aventura de esta reina mundana, que en la senda estrecha sigue conservando aún un porte real:

«Poco a poco, llegó a dar a los pobres casi todo lo que tenía. Trabajaba para ellos muchas horas al día en obras humildes y ruines, como camisas y otras necesidades semejantes y hacía trabajar en ellas a cuantos la rodeaban... Su mesa, que había amado con exceso, se hizo más frugal, sus ayunos se multiplicaron; ... a cada hora del día lo dejaba todo para ir a orar en un cuarto privado. Sus penitencias eran continuas, sus camisas y tejidos era de tela amarilla, de la más áspera y burda, pero escondidos bajo una camisa y paños ordinarios. Llevaba sin interrupción brazaletes y ligas y un cinturón con púas de hierro que frecuentemente le abrían llagas; incluso la lengua, tan temible en otro tiempo, recibía también su penitencia».

Los ojos aterciopelados de la Sra. de Montespán escrutaron el flaco perfil ascético de Luis Grignon. Dios sabe que Luis no tiene gracia mundana ni artes diplomáticas. Quizá por esto no olvidará nunca ella al peticionario. Un benévolo poder se pone en movimiento en favor de las niñas Grignon. La marquesa invita a Luis a hacer viajar a Rennes a otras dos hermanas suyas. Podrán tomar el velo en la abadía de Fontevault donde la abadesa es la Sra. de Rochechouart, hermana de la Sra. de Montespán (una de estas dos jóvenes tendrá

que regresar a su familia a causa de una enfermedad de los ojos). Guyonne-Jeanne entrará con las Hijas de San José de la Providencia de París, cerca al Arrabal San Germán.

En 1700, viajando hacia Nantes con el P. Lévêque, Luis se apartó de su anciano compañero para una etapa que le llegaba hondamente al corazón. La antigua abadía de Fontevault se yergue en la espesura del gran bosque que se extiende sobre las dos riberas de Loira. ¿Cómo no ir a saludar a Silvia consagrada a realizar entre las hermanas conversas su postulante?

Fue una pausa deliciosa, por tantos motivos, en medio de un viaje lleno de luz y color: el susurro del Loira, el espectáculo de la luminosa Saumur asentada en la ribera, el santuario de Nuestra Señora de los Ardilliers donde Luis volverá en otras ocasiones con inmensa ternura. La romántica abadía de Fontevault, blanca y gris, tiene arquitectónicamente el movimiento ágil y fuerte de un castillo. En su interior, los espacios claustales están impregnados de una oración secular. Allí no lejos, en el diminuto poblado, la iglesita de san Miguel evoca la deliciosa Edad Media de los humildes.

En el locutorio, Luis se encontró en coloquio con una de las más amables abadesas de su tiempo, célebre por su exquisita conversación: «hablaba en forma encantadora cuando desarrollaba cualquier argumento», según testimonio de Saint-Simon, que tenía por qué saberlo; otro añade: «más docta que muchos hombres de ciencia, hábil en el dominio de varias lenguas; traductora de Homero y de Platón, Gabriela de Rochechouart había conservado, bajo el hábito, todo el encanto y gracia femeninos». Nada de ostentación de sabiduría de parte de la hermana de la Sra. de Montespán, hecha a sus 25 años priora de su prestigioso monasterio, sino el encanto de una gran señora que es también una auténtica mística, un genio francés, un genio social refinado, renovado en el silencio del claustro.

Es grato imaginarla comprensiva, finísima, en su 'espíritu soñador', cara a cara con su hermana que regresa de la tempestad. Juntas en el horizonte de Fontevault conforman un duo en nada banal.

Silvia escribió pues a Luis, por deseo expreso de la Sra. de Montespán, invitándolo a la ceremonia de su toma de hábito. ¿Cómo contrariar a la ilustre benefactora de quien dependía la suerte de las hermanas Grignon?

Luis se pone en camino. Pero no llega a Fontevault sino al día siguiente de la ceremonia. A pesar de todo, el viaje no fue inútil. En efecto, durante dos días la Sra. de Montespán, presente en el monasterio, puede hablar repetida y largamente con el joven sacerdote.

¿De qué hablaron en ese coloquio la Sra. de Montespán y Luis Grignon? La marquesa manifestó a Luis un vivo interés y una solicitud maternal. Ese algo de energía y singularidad que caracteriza la fisonomía de Luis pica la curiosidad de la dama, que investiga con tacto, deseando saber más. Rudo, en sus apóstrofes moralísticos, respecto de la mujer, el P. de Montfort entablará a través de su vida amistades muy delicadas con figuras femeninas. También su encuentro con la Sra. de Montespán, aunque sólo haya durado unas horas, pertenece en cierta forma a estas amistades. «Cándidamente», Luis confía a la marquesa su más íntimo 'atractivo': trabajar en favor de los pobres.

El joven mal comprendido por sabios y experimentados directores de conciencia encanta y persuade, de un solo golpe, a la Sra. de Montespán. Alaba maternalmente esa intención, afirmando conocer «por experiencia que la instrucción de los pobres se hallaba muy descuidada». Y dado que, todavía sigue siendo un tanto todopoderosa y espléndida y dominante en la beneficencia, y que Luis debe parecerle muy desarmado y muy joven, se

ofrece a ayudarlo poniendo a su nombre un canonicato que depende de ella... La respuesta de Luis es tal que sorprende a la dama poco acostumbrada a ese género de reacciones: le día las gracias «humilde y prontamente», declarando no «querer cambiar a la divina Providencia por un beneficio o canonicato».

«La Sra. de Montespán tuvo el buen gusto de no disgustarse por ello»: mira respetuosa a este sacerdote que toma en serio las cosas. Querría ayudarlo, le propone entonces –casi le implora– que, recomendado por ella, acuda a Mons. Girard, obispo de Poitiers y antiguo preceptor de sus hijos, y le manifieste su anhelo de trabajar por los pobres.

Luis queda indeciso. ¡Poitiers queda a 28 leguas y la nueva indicación le parece tan débil!

Pero está incierto, inquieto, disponible y hambriento de señales. Como impelido por un impulso superior se resuelve a obedecer a la Sra. de Montespán, como obedecería a una madre o a un director espiritual. Momento misterioso éste en el que la Providencia parece tomar el mando, y Luis tiene de ello aguda conciencia. Su respuesta es la de la sencillez: «Obedecí ciegamente –escribiré– para hacer la santa voluntad de Dios, que era lo único que me preocupaba...».

El resto de la aventura lo referirá Luis mismo: en cuanto a la Sra. de Montespán, desaparece discretamente, más aún, un tanto misteriosamente de la escena; después de señalar una senda a Luis, no volvemos a tener oportunidad de encontrarla.

«Llegué a Poitiers la víspera de los Santos Felipe y Santiago. Pero me vi obligado a esperar cuatro días el regreso del señor Obispo, que se hallaba en Niort.

Durante ellos hice un corto retiro en una modesta habitación, donde me sentía encerrado en medio de una gran ciudad, en la cual no conocía a nadie según la carne. Ocurrióseme, no obstante, ir al Hospital a servir a los pobres en lo material, ya que no podía en lo espiritual. Entré a orar en su iglesia. Pasé cuatro horas allí esperando la cena para servirles. Y me parecieron demasiado cortas. A algunos pobres, en cambio, les parecieron demasiado largas. Al verme arrodillado y con vestidos semejantes a los suyos, fueron a decirlo a los demás, y se animaron unos a otros para escotar a fin de darme limosna. Unos daban más, otros menos; los más pobres, un octavo; los más ricos, un cuarto. Todo esto ocurrió sin que yo lo supiera.

Salí, finalmente de la iglesia para preguntar a qué hora comían y pedir el permiso necesario para servir a los pobres a la mesa. Quedé desilusionado, por una parte, al enterarme de que no comían en comunidad, y sorprendido, por otra, al saber que querían darme limosna y que habían dado orden al portero de no dejarme salir.

Bendije mil veces a Dios por haber pasado por pobre y llevar las gloriosas libreas de tal. Y agradecí a mis hermanos y hermanas su buen corazón.

Después de esto se han encariñado tanto conmigo, que todos andan diciendo públicamente que tengo que ser su sacerdote, es decir, su director. Pues no hay uno fijo en el Hospital hace ya tiempo; ¡tan pobre y abandonado está!»

¿Qué romancero habría podido trazar un boceto tan fantástico como éste? Pintoresco a estilo monfortiano, donde una carga poderosa de realismo se mezcla con una delicadeza de florecillas o leyenda popular. El trasfondo que Luis sugiere tan discretamente podemos imaginarlo pintado por un Le Nain u otro pintor del Setecientos, el siglo en el que los miserables hacen oficialmente su ingreso en el arte, presentados y catalogados por una sátira de Salvador Rosa:

De moda se pusieron los pintores
que gozan dibujando faldones y fealdades,

gamines y granujas y ladrones;
Viñedos, coches, plazas y osterías,
multitud de glotones y borrachos,
tiñosos, fumadores y barberos;
pobres gentes, soplones, ganapanes...
quien se busca los piojos, quien se rasca
y hasta peras cocidas le vende a los barones.
... Ya no cree el pintor hacer buen arte,
si no pinta una turba de harapientos
o bribones no muestra en su pintura.
... Tristes así y desnudos los mendigos,
no reciben ni un céntimo siquiera
de los que en cuadros gastan millonadas.

Dentro de este marco característico, donde se expresa con intensidad la esencia de su siglo, captamos la impresión suscitada por la presencia y gestos del joven Padre de Montfort, que apenas ayer hablaba coloquialmente con la ex favorita del Rey Sol. Tan semejante a los pobres en el vestido, tan desaliñado en su porte que los habitantes del hospital piden limosna entre ellos para él. Tan desbordante de simpatía, tan humano con aquellos humildes que ellos se enamoran de él y lo eligen como su sacerdote...

Donde el obispo las cosas marchan en forma un tanto diferente. Luis que está allí sólo «por obediencia» a la Sra. de Montespán, expone, humilde y austero, como si fuera embajador de otros, el motivo de su venida: el prelado escucha a aquel sacerdote de porte aventurero y vagabundo y lo despide con bastante 'sequedad'. Pero los pobres, unánimes, en grupo, como tropa ordenada, presentaron una súplica al abate de Bournat, hermano del Monseñor, y la súplica impacta al prelado, cuando la conoce.

Sabe que en el hospital «el puesto de capellán, poco deseado, ha quedado vacante desde hace un tiempo considerable; el titular se halla enfermo. El domingo y las fiestas, algunos sacerdotes de la ciudad vienen a decir la Misa «por caridad». Catequesis, oraciones, sacramentos, todo este importante ministerio es ejercido por capellanes de paso, a menudo carentes de experiencia». Monseñor recibe por segunda vez a Luis, «en forma más amable», y no sabiendo qué decidir a propósito de este hombre singular, le ordena escribir, antes de salir de Poitiers, al P. Leschassier pidiéndole consejo acerca de lo que debe hacer.

Luis se abandona «ciegamente» a las circunstancias. Aunque por instinto se haya dirigido a los pobres, no pidió en realidad quedarse en el hospital de Poitiers, amplio hospicio desprovisto de sacerdotes. Escribe, sin embargo, a Leschassier, obedeciendo al obispo, así como obedeció a la Sra. de Montespán, así como obedece a los pobres que lo han querido «director» suyo. El joven de imaginación fuerte y rico en iniciativas en este momento no sabe sino obedecer. Anhela obedecer definitivamente también a Leschassier, no obstante hacerle conocer sus temores y repugnancias frente a la perspectiva de encerrar dentro de los estrechos muros de un hospital la amplia misión a los pobres a la cual se siente llamado; pronto sin embargo a afrontar también esta concreta prueba de amor: «Le diré, Padre carísimo, que en verdad siento fuerte inclinación a trabajar por la salvación de los pobres en general, pero no suficiente como para establecerme en un refugio y atarme a él. Me pongo no menos en total indiferencia, no deseando otra cosa que la santa voluntad de Dios, y si Ud. lo considera oportuno, sacrificaré gustosamente mi tiempo, mi salud y hasta mi vida, por la salvación de los pobres de ese abandonado hospital...».

La respuesta de Leschassier a Mons. Girard traza muy honestamente un retrato de Luis, en el que luces y sombras aparecen dosificados en un claroscuro embarazante:

«Monseñor:

Conozco al Señor Grignon desde hace muchos años. Me comunicó la orden de S.E. de escribirme cuanto le aconteció en Poitiers. Es de la diócesis de Saint-Maló, de noble familia, numerosa, poco acomodada. Desde su juventud ha estado como abandonado a la Providencia, aunque teniendo padre y madre, y ha permanecido casi diez años en París sin recibir de ellos ayuda alguna. Dios lo ha favorecido con gracias abundantes y él ha correspondido fielmente a ellas, porque me ha parecido (y lo mismo a tantos otros que lo han examinado de cerca) constante en el amor de Dios y en la práctica de la oración, de la mortificación, de la pobreza y de la humildad. Tiene mucho celo para socorrer y enseñar a los pobres. Tiene habilidad para llevar a cabo muchas cosas; pero dado que su aspecto tiene algo singular y sus modales no son del gusto de muchos, no sé si es apto par el hospital donde lo desean. No me ha comunicado qué empleo quieren darle en esa casa, si en ella hay administradores; en resumen, no me ha dado detalle alguno. Así, Monseñor, me contento con exponerle cuanto sé de sus disposiciones, dejando en sus manos la decisión del asunto...».

De regreso a Nantes, en actitud de espera, después de haberse encontrado en Poitiers a los pobres del hospital, Luis encuentra a «la pobre gente» de la campiña nantesa, rompiendo finalmente el hielo con la actividad misionera. A comienzos del verano de 1701, lo envían a predicar en una parroquia rural «bastante abandonada». Después de siete meses de pasividad e inacción, durante los cuales gustó Luis amargamente el fruto de la lentitud de los superiores y de las propias incertidumbres, los diez días transcurridos en Grandchamps tienen sabor de fiesta. En realidad, la misión es un éxito. En forma tal que la siguen otras entre los campesinos de la región de Nantes, durante una estación amable y laboriosa, hacia el final de la cual Luis puede escribir a Leschassier: «El catecismo a los pobres en la ciudad y en el campo es mi elemento». Es una carta que deja transpirar el ingenuo orgullo por las misiones pequeñas en las que gasta energías dignas de una gran campaña misionera: «Trabajo desde hace tres meses sin descanso en parroquias diferentes donde el P. Lévêque y el señor de Jonchères me han enviado...».

Vínculos con los 'pecadores' y con 'personas espirituales' enriquecen la primera experiencia apostólica de Luis. Algunos estudiantes, entre los cuales el joven Arot, un día abogado en el Parlamento de Bretaña y coleccionador de recuerdos sobre la vida del P. de Montfort; las hermanas de la Visitación y en especial una maravillosa anciana, Margarita de Nantilly, que muere a la edad de 84 años, asistida por Luis, son las primeras almas atraídas a la órbita de este sacerdote que por muchos meses ha dudado frente al ministerio de la confesión.

Proyectado en el gozo de la acción, Luis experimenta, hasta el temblor, la fatiga y el peso de la comunidad mal dirigida en que reside. «No siento ninguna inclinación hacia la comunidad de San Clemente. Sólo la obediencia me retiene en ella». Sus grandes 'atractivos', siempre polivalentes, luego de la experiencia de Poitiers y de las pequeñas misiones se hacen más urgentes, más intensos. Rechazan vigorosamente la esperanza de un anciano aunque venerado sacerdote, Lévêque, de encontrar en Luis un apoyo y un heredero. También Lévêque, lo mismo que Leschassier, pide a Luis quedarse «para siempre», y una vez más la respuesta es un no definitivo. A un año de distancia de la partida para Nantes, el joven se encuentra frente a un extraño balance: una tentativa de convivencia ha naufragado, la decepción de un anciano a quien ama, pocos resultados concretos, algunas certidumbres

más profundas.

En realidad, el momento de las resoluciones de este año mal logrado son las cuatro horas de oración de un sacerdote harapiento en el hospital de Poitiers, que suscitaron hacia él una corriente de amor tiránico y tenaz.

A fines de agosto de 1701, el obispo Girard escribió a Luis:

«Señor, nuestros pobres siguen deseándolo. El señor Joustaux se lo ha hecho saber de parte mía; creo que también la Sra. de Montespán haya tenido la bondad de hacérselo escribir; pero, finalmente, pienso tener que decirle que sus deseos, unidos a cuanto el P. Leschassier se ha tomado trabajo de responderme, me hacen creer que Dios lo quiere cerca de ellos, si su señor obispo le día el permiso de venir. Le ruego, pues, que se lo pida y de aprovecharlo a la mayor brevedad si se lo concede».

Como permite entender Mons. Girard, más de una llamada dirigida a Luis y que él no ha respondido ha partido de Poitiers para Nantes. Un curioso y apasionado triángulo, Nantes-Poitiers-París, se ha formado, en el que con el intercambio de cartas entre Girard y Leschassier se cruza la correspondencia de Luis con su director, cada vez más perplejo ante las preguntas que el joven le hace repetidamente:

«No me hallo lo suficientemente iluminado para personas cuya conducta no es ordinaria... –escribe con sinceridad–. ... No sé, señor mío, qué responder a su carta del 11 del presente. Espero, como Ud., la voz del verdadero Pastor, para manifestársela, cuando me haya dado la gracia de conocer lo que pide de Ud.».

Ante el silencio de sus directores y de las circunstancias, la llamada del obispo, portavoz de los pobres, es quizá la señal que Luis se cansa de esperar. Cuando esa llamada llegó, las relaciones de Luis con San Clemente han alcanzado su fase más crítica. Resuelto a no quedarse «para siempre», es ahora sólo un huésped en la comunidad en que habita, cada vez más extraño y más de paso. La diócesis de Nantes no necesita sacerdotes, siendo más rica de vocaciones que Poitiers. Abandonado al «juicio decisivo» del P. Leschassier, encadenado por su forma fidelísima, radical, de obedecer –que es uno de los secretos de la santidad de este sacerdote difícil– Luis escribe una vez más a París, incluso sabiendo que desagrada al sulpiciano, pues, desde hace algún tiempo manifiesta en sus respuestas una pizca de contrariedad.

¡El sí de Leschassier, pronunciado a las malas, entregó por fin Luis a los pobres! Luis no escogió: lo escogieron. Tratando de mantenerse en lo profundo de la indiferencia ignaciana, analiza los propios sentimientos: «solo la esperanza de poder con el tiempo extenderme a la ciudad y al campo para hacer el bien a muchos, puede inclinarme un tanto a encerrarme». Una vez más notamos cómo la exigencia de horizontes amplios, bordados de universalidad, –con la opción preferencial por los pobres– pertenece esencialmente al proyecto apostólico del P. de Montfort.

Fijando en el alma este rasgo profundo, se impone poner de relieve las primeras etapas del itinerario monfortiano. A un año de su ordenación, luego de ensayar en Nantes a insertarse en la iglesia local y morar en una comunidad estable, acepta una posición de punta de lanza, de vanguardia solitaria. Al trabajo en las parroquias, sucede como cuidado primordial, el movimiento hacia las capas sociales, abandonadas incluso por los hombres de Iglesia. Al camino ordinario sucede un camino extraordinario en forma tanto más evidente cuanto que con sus opciones fundamentales, Luis se ha colocado fuera del sistema económico de los beneficios. Una especie de secreta contracorriente de oposición emana de los gestos del P. de Montfort, durante este período.

Al partir para Poitiers, quiere penetrar en el arriesgado sendero evangélico que a tropezones ha estado buscando durante todo un año y que ha vivido en forma colosal en la economía de la concretez, sin temer excepciones ni soledades. Con este comienzo se revela, a sus 28 años, inmensamente vitales, como hombre inflexible y tímido. Es un «asocial» que busca el camino para darse, encerrado en su tensión ideal que, en contacto con la realidad, hace saltar chispas.

En 1701 Luis escribió una de las más hermosas cartas de su epistolario.

Va dirigida a Guyonne-Jeanne, con ocasión de las peripecias que ella vive, pero manifiesta el corazón de Luis en un momento delicado de su existencia: ilumina desde dentro este año cuya lucha exterior hemos seguido.

Guyonne ha tenido que abandonar, no sabemos por qué motivo, la comunidad de San José, donde Luis le había hallado asilo en París. ¿Hizo falta acaso el beneficio de la Sra. de Montespán? Tampoco Luis está al lado de ella, como la primera vez para sostenerla y hacer las veces de padre. Mientras trata de ayudarle, se día cuenta de que lo que más apremia es dar seguridad a la asustada hermana, enviarle una palabra valerosa, fraterna y sacerdotal a la vez. Le escribe de un solo golpe, fundándose en una segura comunión, una carta donde halla expresiones que le sugiere la experiencia: la carta habla de «Luisa», pero narra la historia de Luis. Parece una exhortación; en realidad es una confesión y un testimonio.

«Querida hermana en Jesucristo:

¡el amor puro de Dios reine en nuestros corazones!

Aunque estoy corporalmente lejos de ti, no lo estoy de corazón. Porque el tuyo no está lejos de Jesucristo y de su Sma. Madre y eres hija de la divina Providencia, cuyo hijo – aunque indigno– soy también yo. Debieran llamarte más bien, novicia de la divina Providencia, porque apenas ahora comienzas a practicar la confianza y el abandono que ella pide de ti. Y no serás recibida como profesora e hija de la Providencia sino cuando tu abandono sea general y perfecto, y total tu inmolación.

Dios te quiere, hermana mía, Dios te quiere apartada de cuanto no es Él y, quizá, abandonada efectivamente de toda creatura. Pero, ¡consuélate, sierva y esposa de Jesucristo, si te asemejas a tu Maestro y Esposo! ¡Jesús es pobre! ¡Jesús está abandonado! ¡Jesús es despreciado y abandonado del mundo! ¡Feliz! Sí: ¡mil veces feliz Luisa Grignon si tiene espíritu de pobre, si es abandonada, despreciada, rechazada como la basura de la casa de San José! Entonces sí que será verdaderamente la servidora y esposa de Jesucristo y será profesora de la divina Providencia, aunque no lo sea de la Congregación.

Hermana querida, Dios quiere que vivas al día... Como el pájaro en la rama, sin preocuparte por el mañana. Duerme en paz en el seno de la divina Providencia y de la Sma. Virgen, buscando solamente amar y agradar a Dios. Porque es una verdad infalible y un axioma eterno, tan cierto como la existencia de un solo Dios –¡plegue a Dios que yo pueda escribirlo en tu espíritu y en tu corazón con caracteres indelebles!–: «Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todo eso se os dará por añadidura». Si pones en práctica la primera parte de esta sentencia, Dios, que es infinitamente fiel, realizará la segunda. Es decir, que, si tú sirves a Dios y a su santísima Madre con fidelidad, no te faltará nada en este mundo ni en el otro. Ni siquiera un hermano sacerdote, que ha sido, es y será todo suyo en sus sacrificios a fin de que seas toda de Jesús en los tuyos.

Saludo a tu buen ángel custodio.1701».

Guyonne-Jeanne atraviesa nuestro relato, sin que la conozcamos sino como silenciosa

partner del hermano. Se asemeja a una figura velada, que alza la lámpara ante el rostro de Luis. Pero la predilección que le demuestra el sacerdote y el ardor con que se dirige a ella, manifiestan en forma suficiente el elevado espíritu de esta alma mortificada.

Luis cita aquí sencillamente la página evangélica (Mt 6,25-34) que se posa, como sello liberador, sobre esta primera parte mortificante del itinerario monfortiano. La paráfrasis poética, con ritmos fuertes y suaves, encadenando al uno con el otro en una actualización interior los pasajes del propio evangelio esencial –el seguimiento de Cristo humillado y la libertad de las aves del cielo, el dolor de la luz de la cruz, la inversión de los valores, el sueño del niño de pecho confiado a la paternidad de Dios– en un solo pensamiento globalizante del pensamiento o mejor en la fragancia de un movimiento de vida, que participa a su hermana a quien siempre ha dado con dulzura su propio nombre.

Luis se halla próximo a un viraje importante en su camino: muy pronto veremos que su temática íntima se fija en torno a otros motivos e imágenes, tales que casi expresan la «lógica» espiritual de las experiencias ya vividas. Pero la carta a Guyonne-Jeanne es en cierta forma el cántico y el comentario de la primera bienaventuranza, comentario que hemos leído en filigrana a través de toda la historia del joven; como tal ofrece el surco de la experiencia monfortiana, y revela mejor, por otra parte, la riqueza espiritual de los pasos de Luis hacia el hospital de Poitiers, con los que comenzará en su vida un nuevo capítulo.

Las cartas a la hermana suscitan también otras consideraciones. Ponen de manifiesto cómo la voz del P. de Montfort puede ser a la vez austera y suave, rica y concisa. La emoción de lo vivido determina su calidad original literaria, capaz de prepararnos a las páginas más atractivas del escritor que se pondrá de manifiesto.

Capítulo 3 «EL LOCO ESE DE MONTFORT»

Poitiers, orgullosa de sus antiguas glorias –tales como la vetusta catedral San Pedro, cuyo interior se asemeja a un blanco, abierto bosque con pilastras que se elevan hasta irradiarse en la nervadura de las bóvedas, como la universidad fundada por Carlos VII y suprimida luego por la revolución francesa– se levanta en un promontorio de niveles desiguales. De los flancos de la colina, surge la roca poderosa, entre penachos de verdor.

El diminuto río Clain corre a sus pies humildemente. En sus orillas se van amontonando las rústicas casas que no hallaron sitio más arriba.

La ciudad tiene un aspecto noble y vital. ¡Cuánta historia y cuántas tradiciones sagradas han florecido en la Poitiers de Radeconda y Juana de Arco, de la Virgen de las Llaves que apareció con rostro resplandeciente sobre las murallas para poner en fuga a los ingleses, refugio constante en el occidente de Francia. Perdiéndose, a su llegada entre el ovillo de calles estrechas a través de las cuales se sube y baja sin parar, Luis ve surgir acá y allá ábsides románicas y arcos rampantes góticos o algún rosetón estupendo que otea desde lo alto.

La pirámide formada por las casas que se alinean colina arriba sugiere, con la inmediatez de una pintura medieval donde ingenuos medios visuales aparecen dotados de un poder narrativo y significativo, la ruptura de la composición social de la ciudad.

«En la cima –escribe Pérouas– se congregan sobre todo magistrados y negociantes. En

cambio, el número de los pobres crecía en razón directa de la lejanía del centro, para alcanzar un nivel elevado en los barrios periféricos, en la ribera del río».

El hospital donde vivirá Luis –un amplio edificio melancólico aunque nuevo cuyos bloques están dispuestos en torno a un patio– fue erigido hacia 1689 y se halla en la parte baja de la ciudad. En el barrio Montierneuf, remontando la antigua calle de los Tres Reyes, encuentras la calle del Hospital, estrecha y oscura, cuyas casas irregulares contrastan con las construcciones carentes de adornos del gran hospicio. En 1662, un edicto del Rey Sol imponía a todas las ciudades la obligación de establecer un refugio para los pobres: Poitiers tenía ya entonces, su Hospital general, pero dispuesto a la buena ventura y en locales insuficientes. En la nueva morada hay sitio para todos: limitados físicos y con defectos mentales, locos y vagabundos, enfermos y agonizantes...

En los últimos decenios del 600, se siente y afronta en forma eficaz el problema de los pobres: «se pone de manifiesto un tanto por todas partes en Francia una preocupación creciente por aliviar la miseria. Es una preocupación que se observa tanto en las autoridades civiles como en los obispos, entre las religiosas como entre la burguesía. Así, hacia el 1700, los mejores sacerdotes se preocupaban activamente por organizar para los infelices, socorros más abundantes y mejor distribuidos». También en Poitiers algunos eclesiásticos se interesan por esa amplia aglomeración de miseria que es el Hospital general. Un «Bureau», que reúne a varios notables de la ciudad se encarga de su gestión. Un grupo de 'administradoras', conformado por jóvenes de la burguesía, que se consagran a su oficio con espíritu de patronas, preside día tras día la organización asistencial. Pero «tras esa organización –observa todavía Pérouas– se percibe cierto tipo de relaciones entre la buena sociedad, donde el clero ocupa el primer puesto, y los marginados. Se les asegura a los pobres una comida, y también un trabajo, pero se les ubica a las puertas de la ciudad, de modo que no molesten, que se mantengan como un mundo extraño a la ciudad misma...».

El hospital alberga a cerca de cuatrocientos mendigos. Es una morada triste y sombría, «una casa de desorden donde no reina la paz». Este mundo en miniatura refleja en cierta forma las jerarquías sociales dominantes. Entre ellas están:

«Un *Bureau* lleno de buena voluntad, presidido por el obispo bueno y caritativo, Mons. Girard;

«Intendentes honestos, celosos, y bastante competentes que se empeñan inútilmente en subsanar el balance y establecer el orden, el bienestar y la paz;

«bajo los grandes oficiales externos: una Superiora (no religiosa), que elude más o menos las órdenes del *Bureau*;

«directrices (o 'administradoras') que obedecen lo menos posible y no logran hacerse obedecer;

«subalternas insolentes;

«una población de pobres descontentos, mal nutridos, poco vigilados, hastiados del trabajo» y –añadamos– entregados a la embriaguez, las riñas y el libertinaje.

Dado que todos los recursos económicos provienen de la caridad de la población, en el hospital se vive penosamente, la alimentación es insuficiente. No es de extrañar que ningún sacerdote haya querido enterrarse en ese refugio y que los eclesiásticos y consejeros con buen sentido traten de disuadir al P. de Montfort.

Para un joven de 28 años, de dotes brillantes, es un paso en cierta forma desesperado, sin porvenir. Una pobreza que se manifieste en agresividad y desorden no se hace amar. Luis ha mirado con ojos enteramente sobrenaturales su compromiso con los pobres. Día tras día, se despierta a la realidad de aquellos rostros de bebedores, aquellos locales indecorosos,

aquella atmósfera turbada y violenta.

Llegó a Poitiers en octubre, tras despedirse afectuosamente del P. Lévêque. El anciano puso en su mano algún dinero como regalo para el viaje. Luis no se atrevió a rechazarlo, pero al pasar por Saumur –ante Nuestra Señora des Ardilliers– lo distribuyó entre los pobres. La humilde liberalidad del octogenario revela toda su apenada benevolencia; Luis no volverá a ver al Señor Lévêque, que morirá en San Sulpicio, como lo había soñado, en 1704.

Al entrar en Poitiers, hacia el 20 de octubre, sin «un céntimo», se encamina directamente a casa del obispo que lo recibe «con los brazos abiertos», y en espera de arreglar con la administración del hospital las cuestiones referentes a la instalación del nuevo capellán, hospeda a Luis en el Seminario Menor. A Luis no le desagrade este intervalo que le permite familiarizarse con la ciudad desconocida, donde, en primavera, había estado como solitario, sumergido en la oración. Cerrando los ojos sobre la fisonomía serenamente burguesa de la agitada Poitiers, visita hospitales y prisiones, escudriña los sitios pobres y mal alimentados, comparte con quien sufre necesidad las limosnas de las cuales vive. Reúne por las calles en torno suyo a niños y mendigos, los arrastra en pos de sí para enseñarles el catecismo. Los congrega primero en la capilla de san Nicolás y luego –dado que la multitud que rodea al insólito sacerdote aumenta día tras día– los reúne bajo los pórticos del mercado. Hace todo esto con un entusiasmo joven, creativo, saboreando la dulzura de estos encuentros fuera de cualquier esquema, moviéndose por primera vez según su instinto y genio espiritual propios.

En las calles de Poitiers, entre los pobres y marginados, que él trata «como a príncipes», la reputación del nuevo sacerdote crece rápidamente. Un Luis que simpatiza, que seduce, tan humano, paterno y juvenil al mismo tiempo, es una sorpresa para nosotros. Empezamos a conocer a aquel a quien las poblaciones llamarán, concretando la cualidad más profunda de tan compleja personalidad, el «buen Padre de Montfort».

Su confesionario, ubicado en la antigua iglesia de Saint-Porchaire, está atestado de gente. Entre tanto, mientras se prolonga su espera en el umbral del hospital –se trata quizá de un lapso de semanas– se adensan en torno a Luis las descripciones pesimistas de la tarea que lo espera. Muchos personajes prudentes se preocupan por expresar la suya, advirtiéndole a Luis que el desorden del hospital es «incorregible». Para él, la exhortación a renunciar es como un latigazo que estimula el instinto luchador propio de su naturaleza: el coraje del sacerdote se torna profundo y alegre, frente a la obra de la cual quieren alejarlo los prudentes.

«Importunado por los gritos de los pobres», el Obispo acelera a los primeros días de noviembre el ingreso de Luis en el hospital. Es un día de emoción y de fiesta para Luis, para los pobres, para la ciudad misma que participa, como el coro de una representación dramática antigua, festejando al nuevo capellán, como a «persona dada por Dios». Luis atraviesa con paso resuelto el umbral de esta «pobre Babilonia», sabiendo que avanzaba hacia la cruz y las contradicciones. En el fondo de sí mismo acepta sufrir y abre resueltamente el corazón al pobre ambiente y a las pobres jornadas que lo esperan.

Entra, pues, como quien lleva la paz, en la humildad y en la verdad de su ministerio con los pobres. «Hice saber a Monseñor que incluso en el hospital no quería apartarme de mi madre, la divina Providencia y que para ello, me contentaría con el alimento de los pobres, sin renta alguna fija. Lo que agradó mucho a Monseñor, con la oferta de servirme de Padre». Rechaza la invitación de las jóvenes directrices de ir a comer con ellas, como sus predecesores –y este rechazo es un paso desafortunado que pagará más adelante–. Duerme

sobre un jergón de paja, como se había acostumbrado a hacerlo en Nantes; se atiene a las reglas habituales de penitencia; saborea la alegría de estar en la casa de los pobres «como quien sirve».

Privado de Luis, el P. Lévêque escribió a Leschassier una carta de lamentaciones, a la que el superior de San Sulpicio, contrariado y extrañado, respondió:

«En lo que se refiere al P. Grignon, no pretendo ser responsable de su conducta. Siempre le he dicho que necesitaba no abandonarse a sí mismo y si le muestra mis cartas, verá que no cesé de oponerme a que saliera de su casa, sino después de haberme hecho saber cuando Ud. le había dicho: que si no quería permanecer para siempre en su comunidad, haría mejor en retirarse. Esto es cuanto puedo decirle respecto a él».

Y Luis, una vez llegado a Poitiers, dirige al señor Leschassier una carta fresca en la que pide consejo y somete brevemente a su director un plan de vida espiritual...

Leschassier muestra ahora su incomodidad en la relación con Luis, este hijo que permaneciendo en la obediencia, se le escapa de la mano y fuerza suavemente las directivas que le dan. ¡Con cuánta insistencia lo ha exhortado el director a permanecer en las «vías corrientes» y no actuar según los propios impulsos:

«Todo cuanto le recomiendo es que siga las reglas ordinarias, y que no se aparte de ellas so pretexto de devoción. Mientras siga el parecer de las personas de experiencia y que se comportan según las reglas corrientes, espero que Nuestro Señor bendiga su trabajo»!

Luis escapa irresistiblemente a esta paciente lección. Su conducta es cada vez más opuesta a los criterios de la sabiduría: pobreza extrema, que desdice de todo sentido de decoro sacerdotal, métodos nuevos, atrevidos, de desarrollo y esa inestabilidad, ese exceso de celo, que le impide atarse a un guía seguro... Ahora Leschassier toma la pluma y escribe una carta cortés pero firme, que tendrá que hacer sufrir al hijo lejano:

«Ud. me presenta en su carta muchos puntos acerca de los cuales tengo dificultad de responder: 1) porque no siendo del todo según la conducta ordinaria, me queda difícil salir garante de cuanto hace, no queriendo por lo demás, y no atreviéndome a poner límites a la gracia que quizá le lleva a ese género de prácticas; 2) porque estando lejos de Ud. es imposible que me consulte sobre multitud de cosas que creará útiles para los empeños que tiene, como aconteció ya durante las pequeñas misiones, cosas de las cuales yo sería en cierta forma responsable a los ojos del pueblo, puesto que Ud. suele decir en toda ocasión que no hace nada sin mi parecer y que vive en plena dependencia de mi dirección.

«Le aconsejo, pues, señor, y le ruego que escoja un buen director en el lugar donde reside, y de quien reciba luz y consejo en todas sus dificultades. Ud. sabe cuáles deben ser las cualidades de un buen director. Se halla en una gran ciudad donde la elección no debería ser difícil.

Quedo siempre, señor, con la misma estima y amistad todo suyo, Leschassier».

Es el fin de una dirección espiritual en la que Luis se ha apoyado con el abandono y pesadez de las almas ansiosas y fácilmente angustiadas. Sin arrogarse el derecho de juzgarlo, Leschassier renuncia a seguirlo y salir garante de él. Tras el motivo de la distancia, se manifiesta el otro mucho más significativo, el de la duda acerca de la autenticidad del camino que Luis recorre «... la gracia que quizá le lleva» y el rechazo resuelto a dejarse involucrar, dada la delicadeza de su propia posición, en la problemática suscitada por el joven P. de Montfort. Quien experimenta entonces las primeras opciones «singulares» y advierte, con el corazón oprimido, el peso de la soledad.

El jesuita Padre La Tour reemplaza en este momento a aquel a quien Luis se obstina a pesar de todo en considerar como su propio «oráculo», el irremplazable. Pero la crisis de

las relaciones con San Sulpicio se manifestó sobre todo, en forma muy definida por el comportamiento de Luis en el Hospital de Poitiers. Es en su corazón la crisis de un proyecto sacerdotal y ascético cada vez menos apto para canalizar totalmente las energías e ideales del joven Grignon. Que se mueve en Poitiers, en esta alba de su ministerio, con una ingenuidad y plenitud de inspiración que nunca quizá encontraremos en los años posteriores, cuando ese rostro juvenil de poeta y de profeta aparezca socavado y agotado por una madurez que llevará a dulcificar los rasgos misteriosos y equilibrar sus ocultas tensiones.

Al comenzar el ministerio en el Hospital de Poitiers no conoce incertidumbres: muestra desde el principio una fisonomía bien definida.

La podemos definir como una actividad «contestataria», si la palabra mal utilizada no sonara pobre frente al ímpetu de la acción de Montfort. Luis, entre intendentes, administradoras y eclesiásticos comprometidos con la Poitiers «bien», inventa una nueva forma de estar entre los pobres. Es uno de ellos: comparte su vida «encerrada», su inseguridad, su situación humillante. En la generosidad de este comienzo se halla todo el genio de este sacerdote inconformista. No recibe salario fijo por su ministerio. Sus vestidos no son mejores que los de los pobres. Parte cada mañana, arreando un asnillo cargado de canastos, rodeado de un enjambre de mendigos, para dar vuelta a la ciudad recogiendo limosnas. En el hospital, su pieza, a la que día acceso una corta escalera de madera, no es objeto de la envidia de nadie. En el refectorio, su ración consiste en los restos de la comida común. Y todo esto es la expresión de una disponibilidad y de una «compasión» que abren la corriente de una comunicación profunda entre el sacerdote y su humilde rebaño. Los pobres se sienten amados. Luis, que todavía no ha cumplido los treinta años, tiene para con aquellos hombres frecuentemente ancianos, para aquellos dolientes y poco atractivos ejemplares de humanidad, ternuras de madre. Los cuida con sus propias manos, se desprende incluso de sus cobijas para calentarlos.

Las relaciones humanas, bien que restringidas dentro de ciertos esquemas de oficialidad y conveniencia, son con frecuencia un tanto tensas, difíciles y a veces un fracaso completo. Pero el encuentro con los pobres resulta exitoso al primer golpe, espontáneamente, canalizando su riqueza afectiva y los recursos más tiernos de su caridad. ¿Qué impulso de solidaridad se desencadena en Luis –cuya soledad psicológica conocemos– frente a los maltratados de la vida? Sin esfuerzo alguno se identifica con ellos, lee en sus reseos corazones, libera con su propia voz el lamento no expresado:

«Nos rechazan y alejan, ninguno nos día nada,
y hay quien piensa obrar bien si nos hiere y golpea:
nos ahuyentan o apresan y hasta nos encadenan
y llegan a prohibirnos expresar nuestra angustia...
Los grandes nos maldicen, nos tratan de canallas;
'¡Malditos haraganes, raza de pordioseros!
nos gritan muchas gentes...»

Poitiers representa para el austero y joven sacerdote, apenas salido de los estudios y de la compañía de «personas selectas, razonables, fervorosas» un encuentro humano incomparable. De pronto se halla sumergido, con una viveza de impresiones, difícilmente mensurables, en el vórtice de una sociedad de la cual hasta ahora ha conocido un semblante que es todo armonía. Es la oportunidad de lecciones sociales penetrantes: *El Amor de la Sabiduría Eterna* y los cánticos pondrán pronto de manifiesto en Luis un observador fino y

apasionado de la fisonomía social del propio mundo. Sabemos ya, por lo demás, cómo este hombre que parece no ver nada, puede ser en realidad un juez penetrante y realizar análisis precisos. En Poitiers se harán más profundas ciertas pinceladas vívidas y despiadadas, que califican la imagen que Luis se forma del ambiente y del siglo en que vive y que descubierta en el fondo del hospicio de Poitiers conservará la fuerza ruda, cáustica, del ángulo desde el cual fue contemplada.

Al leer el cántico que Montfort tituló *Los gritos de los pobres*, queda uno impactado por el realismo de la visión monfortiana de los pobres y por la amplitud de la gama de comprensión que les brindó. Penetró el drama de una condición humana cuyo aspecto más grave no es la miseria material. Aceptó esa situación con una disponibilidad ilimitada, varonil y dulce al mismo tiempo en que ha desembocado la juventud del P. de Montfort más generosa, positiva y creadoramente.

En efecto, —es preciso decirlo— en el caminar de Luis hacia los pobres hay tanta dureza como dulzura: la dureza de quien acepta una posición límite respecto de la sociedad de su tiempo. Con la madurez y refinamiento de los años, se hará más dúctil, más amplia — regresando, por lo demás a una exigencia inicial— su noción de los «pobres»; hoy le es fácil identificar ante todo, impulsivamente, a los preferidos del Evangelio con la clase de los marginados, los barbudos del hospital, con 'sus' pobres amados en su carne nada amable y cuya desadaptación resalta más la dulzura de Luis al llamarlos hermanos.

Hay que esforzarse por imaginar, por ver a ese sacerdote pobremente vestido, macilento, de comportamiento «original» con más que un matiz de tosquedad, con sus ojos ardientes en los que brilla un fulgurante desafío, que arrastra en pos de sí a gentes de aspecto poco recomendable, a quienes trata como 'príncipes'. No es pura leyenda lo que narramos. Luis se mueve en carne y hueso sobre un trasfondo muy concreto, que es la sociedad francesa de las gentes «bien», en una ciudad de provincia donde la vida social es teatro y chismografía, donde en particular se educa al clero desde hace más de medio siglo de reforma para posar con gestos decorosos y seguros. Enviado por Dios, ciertamente, este sacerdote que, en su apostolado particular, se pone al margen del clero de la ciudad; es además extraño y 'loco'. Calificativo que Luis se adosará plenamente, trasformándolo en el gozne de una visión espiritual y que pesa desde el comienzo como una interrogante que inquieta y que la ciudad le ha impuesto a Luis Grignon.

Sin perder tiempo, Luis se dedica a una obra de reforma que devuelva la tranquilidad a la «casa de desórdenes»: los superiores del hospital, a quienes Luis sigue sumiso, dan carta blanca a este sacerdote que tiene «un talento peculiar para serenar a los pobres», y la acción de Luis comienza impetuosa, facilitada por el entusiasmo de los humildes.

¡Qué amonestadoras y realistas resuenan las palabras de Leschassier que describen a Luis: «comportamiento que no agrada a muchos, una idea elevada de la perfección, mucho celo y poca experiencia...»! La reforma avanza al momento a velas desplegadas, comenzando por los pormenores de la organización exterior. Dicta, por ejemplo, un reglamento para el servicio del refectorio que hace más racional la distribución de los víveres e introduce en el hospital un orden ignorado hasta entonces. Aplauden al reformador que ha «logrado ganarse el corazón de los pobres y ponerlos a raya». Los habitantes del hospital «bendicen a Dios por haberles dado un ecónomo tan santo...».

¿Qué paso falso de Luis, qué gesto sin ponderación, qué oculto conflicto de prestigio, qué ceguera o ingenuidad suya ante las dimensiones complejas y múltiples de los problemas que enfrenta, alimentan bajo la ceniza el fuego que comienza a incubarse contra él? Con su indiscreta estatura que hace crujir los marcos demasiado estrechos, Luis llega a

las manos con la ecónoma-intendente, con la «Demoiselle» que maneja la escuadrilla de las administradoras, figurillas todas de una comedia humana de aspectos a veces humorísticos, a veces tristes. Al cabo de tres meses el P. de La Tour aconseja prudentemente a Luis que abandone lo que había constituido el primer campo de batalla del P. de Montfort, el servicio a las mesas.

«Irritado contra mí, dicho señor (el intendente), sin motivo legítimo que yo sepa, me despreciaba, contrariaba y ultrajaba en casa continuamente y denigraba mi conducta en la ciudad ante los administradores. Lo que, extrañamente, suscitó en contra suya a todos los pobres, los cuales me aman, a excepción de uno que otro libertino o libertina que se habían conjurado con él en contra mía».

Luis expone desde el fondo de su buena fe la propia versión de los acontecimientos. Una inconsciente animosidad se siente transpirar no obstante en estos cándidos relatos. Sí, la bonanza inicial se ha transformado ya en tempestad y el sacerdote con la intención de traer la paz ha suscitado en el hospital un juego de alianzas belicosas. Carente de demagogias, ha sublevado a los pobres «que lo aman» contra las figuras autorizadas de los responsables del hospital... Por su parte, Luis se revela tal cual es: un luchador. Pero con armas imprevisibles que escapan totalmente a la lógica de sus adversarios. En efecto, en lo mejor de la borrasca, abandona tranquilamente el campo y se retira a la casa de los jesuitas para ocho días de silencio y oración.

El choque con la realidad ha sido angustiioso. Luis necesita tomar aliento, distanciarse, colocar en manos más seguras una causa candente. Cuando sale, después de haber derramado en Dios toda la angustia de éstos tres meses difíciles, regresa a su trabajo desbordante de serenidad. Inmediatamente, un golpe de escena suscita gran estupor y murmuraciones interminables en la ciudad. Dado que en una epidemia que cruzó el umbral del hospital perecen en dos por tres el intendente y la superiora intrigantes, y el suceso demasiado clamoroso vuela de boca en boca, elevado de un golpe en la crédula imaginación popular a la dimensión de juicio de Dios. La peste ha invadido el hospital: más de ochenta pobres caen enfermos y la muerte siega víctimas entre sus filas. La maldición de Dios –susurran y gritan las gentes– pesa sobre la casa «donde no reina la paz». Y todos los gestos del P. de Montfort –que, con su físico robusto ha evitado fácilmente el contagio del mal– gestos puros cuyo mensaje no es exterior sino interior son aferrados, forzados, proyectados en la pantalla deformante de una ambigua popularidad de parte de la ciudad infinitamente habladora, crítica y estupefacta.

Es un momento evanescente, cuyo encantamiento temporal, rompe con sencillez el P. de Montfort siempre atento a proseguir la obra de la reforma. Tras la tentativa de establecer un orden externo, llega la verdadera hora del sacerdote que, en la tranquilidad dolorosa de la casa devastada por la epidemia, ataca abiertamente las miserias morales que trata de mantener una minoría 'libertina' de pobres. Por primera vez se evidencian incómodas realidades: «Con firmeza y dulzura al mismo tiempo, les cantó la verdad, es decir, sus embriagueces, riñas, escándalos, etc. Casi ninguno de los administradores –a pesar de que en casa no tomo ni un pedazo de pan, pues los de afuera me alimentan por caridad– se preocupa por castigar estos vicios y corregir tales desórdenes internos, porque casi todos piensan sólo en el bienestar temporal y externo de la casa...».

¡Pobre P. de Montfort, cuyo rostro está marcado todavía por el trabajo de asistencia que ha prodigado a los pobres! Derrama la palabra sagrada, pone en juego la parte más amada de su tarea. La ola de la reacción que se estrella contra él lo hace vacilar. Aquellos pobres que se sienten cuestionados, capitaneados por uno de ellos 'instruido y orgulloso', se

dedican a golpear la figura del capellán, formando cadena con los numerosos intendentes y con las administradoras, para quienes la presencia del mismo es una espina en la carne. Una muchacha «que tiene el espíritu a la vez más astuto, sagaz y orgulloso que jamás he visto» –escribe Luis– se convierte en alma de la resistencia al P. de Montfort, que en su pesada candidez es la persona más indefensa del mundo frente a la astucia y el engaño. Para colmo, acaba de morir el Obispo Girard, hombre santo que gastó su salud en el cuidado de la diócesis y que había invitado y protegido a Luis.

Luis es, en el hospital de Poitiers, como un árbol sacudido por la tempestad. Maligna e insidiosa tempestad, contra la cual no sabe combatir sino un tanto a la manera de don Quijote con los molinos de viento. Mientras sufre, el rasgo de su ingenuidad presente hasta en el fondo de su naturaleza le lleva a reconstruir el desarrollo de los acontecimientos según una lógica excesivamente lineal. Entre tanto, tras un comportamiento amable, la valentía del propósito inicial se consolida en Luis. El estado de ánimo de este hombre nacido para combatir se evapora vivazmente: en el fondo, un gran sentimiento de soledad, que le obliga a enviar a Leschassier una de esas sus páginas intensas, con una frase que es súplica, reproche y lamento («Señor y amado Padre, hónreme con una de sus cartas. Hoy más que nunca le estoy sumiso. Sólo la necesidad me obliga a verme privado de sus consejos...»). Pero se siente también el fervor y cierta alegría de la primera batalla, reavivados por el fluir de afectos que se siguen levantando hacia él, por la verificación positiva de la propia acción, incluso en medio de las oleadas que le contradicen, y de una cotidiana y continuada experiencia de contacto con las almas.

«Es cierto –sin embargo– que, en medio de tantas turbaciones y contratiempos –que sólo en grandes líneas le comunico– Dios ha querido servirse de mí para hacer grandes conversiones dentro y fuera de casa. La hora de levantarse, la del descanso, de la oración vocal, del rosario y las comidas en común, de los cánticos y hasta las meditaciones para quienes desean hacerla, siguen en pie todavía a pesar de las contradicciones.

«Desde mi llegada estoy en una misión continua: confieso habitualmente desde la mañana hasta la tarde y aconsejo a infinidad de personas. Y mi Padre, el Dios todopoderoso –a quien sirvo, aunque infielmente– me ha concedido luces espirituales que antes no tenía, como son: gran facilidad para expresarme e improvisar sin preparación, perfecta salud y gran amplitud de corazón para todos...».

Extraña ciudad, semejante por lo demás a esa gran nación que es el mundo, ésta de Poitiers que se entusiasma y murmura, que se adueña de Luis para convertirlo en signo de contradicción, que corre en ríos de almas frente al confesionario del sacerdote sospechoso de originalidad y de locura. En cuanto a Luis, experimenta, no sólo a nivel personal sino también, por primera vez, en el desempeño de su ministerio, la fecundidad que nace de las amargas y de las contrariedades. Al entrar al hospital, ha aceptado la cruz. Como hombre sensible que es, recibe el golpe en pleno pecho. El hecho de superar aquel sufrimiento en una «gran apertura de corazón para con todos», según la ilímite generosidad de fondo que corrige ciertas durezas del joven P. de Montfort, es el signo luminoso que se posa sobre este pasaje de su historia.

Luis se día cuenta de «que la actividad incesante desarrollada por él con formas nuevas de pastoral en favor de las clases marginadas no sólo no ha debilitado en él el ritmo de la ascesis y de la unión con Dios, sino, al contrario, ha realizado progresos espirituales: luces nuevas que antes no tenía, «facilidad de palabra», y, sobre todo, el aumento de apertura fraterna, madurada, autenticada por la contradicción, que representa para el misionero una señal luminosa en el camino. El abrirse de la «terrible» personalidad sale al encuentro de

los temas de una espiritualidad misionera. Las circunstancias y la gracia dan una primera respuesta a los grandes interrogantes del P. de Montfort.

Capítulo 4

EN EL BANQUETE DE LA SABIDURÍA

Entre las quintas de la ciudad de Poitiers, turbulenta e indolente al mismo tiempo, avanza una figura femenina, destinada a convertirse en protagonista de primer plano dentro de nuestro relato.

En Poitiers, vive un hombre piadoso y honesto, Julián Trichet, procurador en la sede presidial de la ciudad. Pertenece a una «noblesse de robe» ideal que reúne a los mejores nombres de la magistratura de la ciudad: los Decazes, los Constants, los Filleaux, bajo cuya directiva ejerce Julián Trichet sus propias funciones. «La tranquila mediocridad de su fortuna fue una prueba de que no buscó enriquecerse por caminos oblicuos, considerados a veces como el privilegio o la ciencia de su estado».

Este hombre justo es cabeza de una familia patriarcal. Su esposa, Francisca Lecoq, se halla fundamentalmente en sintonía con los sentimientos del marido, aunque sin tener un temperamento tan claro e integral como el de él. Seis hijos vienen a adornar la casa del procurador, seis retoños que crecen rectos, alegrando con su presencia una atmósfera serena. La fe de los padres se vuelve en los hijos más plena y profunda. Dos niñas abren fila: Juana, de una piedad profundamente mariana, Isabel delicada y recogida, que es el «ángel» de la familia. El sexto hijo será Alejo, alcanzado en su adolescencia por la llamada sacerdotal: morirá apestado, en la flor de los años, «como todo sacerdote debe desear morir», es decir en el ejercicio de su ministerio al lado de un grupo de soldados acantonados, apenas a la salida de la ciudad, en el Hospital llamado de los Apestados o «de los Campos».

El P. de Montfort encuentra a Alejo Trichet en un grupo de estudiantes que representa la elite del colegio de Poitiers y los reúne, conforme al hilo de una actividad comenzada en Nantes, para conferencias semanales, encontrándose en ellos él mismo, el adolescente de otros tiempos pronto a deleitarse en las conferencias de Julián Belier. Es una pausa en el ministerio del hospital y una verdadera restauración para Luis, que encuentra a la ciudad en sus hijos más amados.

La cuarta hija se llama María Luisa. Nació en 1684: tenía, pues, diecisiete años, cuando el Padre de Montfort entra al hospital del Poitiers. Reservada, parca en el hablar, no se parece a las niñas de su edad. Su madre querría que fuera más enérgica, más despierta, un tanto frívola y, creyéndola medio tonta, se lamenta a su esposo con bastante amargura: «¿Qué haremos con esta niña...?» Julián Trichet lee con mayor claridad que su esposa, a través de los gestos tranquilos de la joven, la realidad interior de María Luisa. Hereda un poco el carácter del papá, con esa nota fundamental y sencilla de rectitud; «un corazón recto, generoso, compasivo, un espíritu justo y sólido». La dulzura que completa en ella, en forma muy femenina, estas dotes francas y casi varoniles, le comunica equilibrio y armonía. Ama el trabajo y es también físicamente fuerte: una joven sana con más sentido práctico que imaginación y que opone a la gracia de sus contemporáneas el discreto atractivo de su sencillez.

María Luisa, tan silenciosa, no es una aislada en el seno de una familia animada. Isabel, Alejo y María Luisa forman un terceto perfectísimo. Tienen en común el gusto por las cosas interiores, lo mismo que una actitud reservada frente a las distracciones habituales de la juventud brillante de Poitiers: las reuniones, los paseos al campo, la danza. María Luisa a pesar de su «natural benigno» no teme dar pruebas de su firmeza de voluntad y de cierta austeridad. Se resiste, a veces, frente a ciertos rechazos que marcan la medida de la fuerza de su carácter; escoge las propias amistades sobre la base de afinidades profundas. Isabel, mayor que ella un solo año, es su confidente insustituible.

¿Quién habló por primera vez del Padre de Montfort en la casa Trichet? ¿Acaso Alejo, hermano de María Luisa, al regresar de las reuniones de los colegiales? Cierta día, María Luisa ve entrar a su hermana Isabel, inflamada y desbordante de entusiasmo: «¡Oh! ¡Luisa! Si supieras qué sermón tan bello acabo de escuchar; no, jamás había oído nada tan conmovedor. El predicador era un santo». Mientras Isabel busca las palabras para expresar sus sentimientos, María Luisa formula de repente dentro de sí misma una decisión: pedir a ese sacerdote que se encargue de su dirección espiritual.

María Luisa se halla toda entera en la claridad repentina de esta resolución que cambiará el curso de su juventud. Al día siguiente acude a la iglesia. El Padre de Montfort está confesando. María Luisa espera su turno y cuando éste llega, queda sorprendida ante las primeras palabras que escucha: «¿Hija mía, quién te ha enviado a mí?» «Mi hermana», responde extrañada. «¡Oh no, hija mía! No fue tu hermana, sino la Virgen María...».

Durante seis meses, María Luisa no habla con nadie de sus encuentros con el sacerdote del hospital. Silencio que manifiesta que es muy consciente de los problemas que suscita la figura «extraordinaria» del Padre de Montfort y que asume plenamente en la soledad el riesgo de confiarle su propia alma. Cuando la buena de la señora Trichet llegue a conocer el subterfugio de su hija, se lo reprochará o lamentará en forma muy significativa: «¡Te volverás loca como ese cura...!» No sabía, observa el antiguo biógrafo, hasta qué punto resultarían ciertas esas palabras.

María Luisa recorre muchas veces el trayecto que lleva al hospital. El trato asiduo con la casa del dolor hace que esta joven de buena familia, protegida por una vida doméstica sana, se acostumbre a espectáculos que no pueden menos que impactar su corazón «compasivo».

El encuentro con la pequeña penitente perdida en la hilera anónima de almas que buscan al sacerdote del hospital constituye una fecha memorable en la vida del Padre de Montfort. Dos jóvenes resueltos y límpidos, dos obstinados diligentes, dos caracteres que no se parecen, pero maravillosamente aptos para colaborar mutuamente. Al temperamento impetuoso e indomable del Padre de Montfort, surcado de secretos tormentos, responde el equilibrio fino y sólido y la natural modestia de María Luisa, que contrapone su tranquila disponibilidad al genio de Luis, a su imaginación constructiva, a su valor para lo nuevo: terreno fértil y acogedor para una rica siembra, María Luisa se nos presentará como compañera reflexiva e infinitamente disponible ante la «locura» del sacerdote del hospital.

Luis espía, no sin trepidación, el corazón y las disposiciones de su penitente. La escruta y martillea con «tests» que son también premoniciones de una inexorable lectura interior. Como preparación a la fiesta de Pentecostés de 1702, reúne en el hospital a un grupo de fieles para un retiro de algunos días. Luisa participa en él. Todos los días, a la hora de las comidas, el capellán pide a alguien que lea en voz alta. Cierta día no designa a la persona encargada, sólo pide que alguien se haga presente. María Luisa, en la sencillez de su carácter, se adelanta, con la aprobación interior del Padre de Montfort, quien sin embargo, la hace volver bruscamente a su lugar, como si se tratara de un gesto de orgullo, y atento

secretamente a la reacción de la joven. La ve regresar tranquilamente a su puesto y tomar la comida «con modesta alegría», como si nada hubiera pasado.

Pequeños episodios, que nos conducen al comienzo de un trabajo de formación y preparación cuya finalidad es la de moldear rasgos espirituales inequívocos en un semblante sereno de mujer y en una vocación femenina. Luis mismo se halla también al comienzo de su camino. Los temas mayores de la espiritualidad monfortiana los asumió María Luisa palpitantes de novedad, en el crisol de existencia en que fueron formulados. Por primera vez, mientras confiesa al Padre de Montfort su propio anhelo «de una vida escondida, abyecta y crucificada», él verifica en ella –lo que es una señal más que sale al encuentro de las dudas y problemas del joven– la fuerza comunicativa, el contagio de un ideal.

María Luisa, realista y resuelta como es, luego de escoger la vida religiosa, se propone entrar en ella sin demora. Dado que encuentra la oposición de su familia, pide naturalmente la ayuda de su confesor y se encuentra con una reacción sorprendente. Luis ha sufrido mucho, y padecerá todavía frenazos y dudas que personas y acontecimientos imponen al ritmo de su caminar y, a su turno, impone una espera indefinida a esta joven tan resuelta. Se enciende una delicada escaramuza entre el Padre de Montfort y María Luisa, quien se enardece hasta el punto de lanzarle un reproche: «Muestra Ud. tanto celo para hacer entrar a otras en las comunidades y hablar de su vocación al señor Obispo; conozco a muchas que se han hecho religiosas, gracias a Ud.; soy la única de quien de Ud. no se ocupa...».

En realidad a partir de este momento la vida de María Luisa queda como hechizada por el peso de la singularidad y de la soledad que caracterizan la carrera del sacerdote a quien se ha confiado ciegamente. «Soy la única de quien Ud. no se ocupa...»: María Luisa madurará lentamente a la sombra de un vínculo cuyo misterioso reverso probativo y negativo irá saboreando. En cambio de la fuerza y esperanza que ella le brinda, Luis María parece devolverle solamente tinieblas, perplejidades, y la dulzura impenetrable de las palabras con que la tranquiliza y confirma: «Serás religiosa, hija mía, consuélate, serás religiosa». Con esta predicción enigmática, que no satisface el anhelo preciso de María Luisa, se cierra esta primera etapa de las relaciones de Luis con la hija del procurador.

En el verano de 1702, Luis Grignon deja de improviso a Poitiers, encaminándose a París: otra «Luisa» desde la capital imploraba su ayuda.

La situación de Guyonne-Jeanne, huésped nada bien acogida en la Comunidad de San José y ahora despedida, se ha vuelto insostenible. Luis emprende por ella el viaje, la búsqueda de una protección y de una limosna, aprovechando por otra parte, para interrumpir con una breve pausa el tejido agotador de las dificultades que experimenta en Poitiers.

Bajo un sol que cae vertical, el viaje resulta lento y penoso. El calor ha endurecido su calzado: al llegar a París, los pies del viajero son una sola llaga. Luis ha perdido los rastros de Guyonne-Jeanne y, antes de comenzar su búsqueda se dirige por instinto al Hostal de Dios, único lugar de París donde se siente en casa. Quince días después, ve ante sí a un hombre quemado por el sol, cuya delgadez acentúa el conocido e inconfundible perfil: es su hermano...

Luis vuelve a descubrir, como a sus veinte años, la dureza de París: su Luisa vestida un tanto más decentemente que él, revela más que él en su aspecto todas las privaciones padecidas. El P. de Montfort sube y baja las escaleras de muchas moradas. Pero sólo encuentra puertas cerradas y saborea numerosos rechazos. Nadie sabe dónde duerme y cómo calma el hambre, en esa París donde había vivido ocho años y a la que ahora regresa

como extranjero.

¿Tendrá, pues, que decidirse a remitir a Guyonne-Jeanne a Rennes, poniendo fin a sus sueños de vida religiosa que siguen brillando en sus ojos suplicantes? Quizá nunca como ahora, mientras se juega la última carta del porvenir de su hermana, percibió Luis la desolada impotencia de los pobres.

Se alza un grito hacia «mi Madre, la Providencia» que parece haberse olvidado de los hermanos Grignon. Y la Providencia toma los rasgos de un antiguo discípulo de San Sulpicio, el señor de Bargeville, para señalar a Luis la puerta de una casa que se levanta en la calle Cassette: se trata del monasterio de las Benedictinas del Santísimo Sacramento fundado cincuenta años antes por la Madre Matilde –muerta apenas en 1698–. Ella le había dado una atrevida regla y un gran ideal eucarístico, que encuentra en Luis una profunda resonancia. Las religiosas se «ocupan en adorar día y noche al Smo. Sacramento, con la cuerda al cuello y la antorcha en la mano, para desagrar a Jesucristo por todos los sacrilegios y profanaciones que padece en este misterio».

La Orden es joven. Vive todavía del espíritu de la fundadora. En la comunidad de la calle Cassette existe la costumbre de ofrecer a diario una porción de comida a un pobre: cuando se presenta Luis con su aspecto agotado, confesando «el lamentable estado a que se hallan reducidos su hermana y él», la priora le invita a venir a tomar cada día en el refectorio esa porción. Luis acepta gustoso el pan de la limosna, pidiendo sin embargo poder compartirlo con un mendigo. Cada día se presentan los dos, puntualmente a la puerta del monasterio, y esta costumbre diaria ata el corazón de Luis a las figuras que aparecen detrás de las rejas.

Cierto día, el sacerdote aparece más cansado: viene a despedirse. Lo llaman de Poitiers: no le queda esperanza alguna de poder regalar a Luisa la realización de su único sueño. «Una dama de sociedad», presente en el locutorio, ofrece a Luis el óbolo de un escudo. Él acepta humildemente esa limosna que debe parecerle insignificante, ilusoria, y pide poder entregarla a su hermana. Una vez más la historia de Guyonne-Jeanne aflora en la conversación y se convierte en ocasión de un tentativo extremo que Luis se atreve a realizar. ¿No podrían las benedictinas aceptar a Guyonne-Jeanne en su monasterio, sin dote, como simple hermana conversa?

A ciertos aspectos que revelan la verdad de un dolor, no se puede decir no inmediatamente. Las benedictinas piden conocer a la joven. Cuando Guyonne– Jeanne se presenta frágil, enfermiza, el rostro ajado por las penas, las religiosas la miraron con compasión: jamás tendrá la robustez necesaria para desempeñar los trabajos de una hermana conversa. La aceptarían, sin embargo, como religiosa de coro, destinándola a una nueva fundación en los Vosgos, tan pronto logre conseguir algo de dote. Por otra parte, el tiempo apremia: dentro de pocos días dos postulantes parten para Rambervilliers, y Guyonne-Jeanne debería acompañarlas para participar en la fundación.

Para los Grignon son días extenuantes. Hasta el final quedan pendientes del hilo de una confianza que no debe más nada a garantías terrenas. La víspera del día señalado para la partida, una señora a quien no se había pedido nada, mucho menos acomodada que otras a quienes se había solicitado y suplicado, al conocer a Guyonne-Jeanne se ofrece a correr con todos los gastos de la dote y del viaje, «por temor de que Dios le pidiera cuentas de esa alma». La espléndida solución desencadena un tumultuoso y gozoso precipitarse de acontecimientos: la frágil hija de los Grignon abandona París, al alba del nuevo día, con las otras dos postulantes, adelantándose a Luis que le escribía desde Poitiers una carta conmovedora –una de esas cartas que sólo «Luisa» recibe de él– capaz de dar sentido y

valor a los acontecimientos pasados:

«Deja que mi corazón se anegue con el tuyo en la alegría, que mis ojos derramen lágrimas de consuelo y que mi mano estampe en esta carta la dicha que me embarga.

No fue inútil, ciertamente, mi viaje a París. Ni tampoco tu abandono y cruces del pasado; ¡el Señor tuvo piedad de ti! Esta pobre hija gritó, y el Señor la escuchó inmoldandola verdadera, interior y eternamente.

Que no se te pase un solo día sin holocausto ni víctima. Que el altar te vea con más frecuencia que el lecho y la mesa. ¡Ánimo! ¡Mi querido suplemento! Pide con insistencia perdón a Dios y a Jesús –el Sumo Sacerdote– por los pecados que he cometido contra la divina Majestad al profanar el Smo. Sacramento.

Saludo a tu ángel de la guarda, compañero único de tu viaje. Soy tuyo tantas veces como las letras que contiene esta carta, con tal que tú seas otras tantas sacrificada y crucificada con Jesucristo, tu único amor, y con María, nuestra Madre bondadosa».

«¡Ánimo, mi querido suplemento! Luis y su hermana viven ante todo entre sí la comunión de los santos. No olvidaremos esta velada presencia en la historia de Luis, presencia que lo reclama, en silencio y con dulzura, en la sustancia interior del servicio y de la inmolación activa. La intimidad con Guyonne-Jeanne recalca en la experiencia de Luis una zona ardorosa en la que se abren los temas más profundos de su atormentada línea exterior.

Luis ha regresado a Poitiers, llevando la nueva cicatriz que imprimió en él el paréntesis de París y probado por el golpe del conformismo social de los ambientes, incluso religiosos, en que ha tenido que moverse. Cuántas comunidades, en la misma Poitiers, abiertas sólo a muchachas nobles o acomodadas (y, por otra parte, de físico perfecto: ¿no ha tenido una hermana de Luis que abandonar el claustro a causa de una enfermedad de los ojos?), comunidades instaladas y que en cierta forma van mezclando con agua la vitalidad del carisma originario. Mientras en Luis se abre paso la identificación del «mundo» marcado a fuego por el Evangelio, con el rostro de la sociedad contemporánea suya, se forma su exigente eclesiología, a través de la lentitud del clero y de los fieles: visión de una Iglesia pura, tanto más espiritualmente de 'elite' cuanto más tensionada por el dinamismo apostólico y misionero: sacramento de la absoluta Novedad que, al fermentarse, rompe los odres del mundo.

El sumergirse por primera vez en la realidad de Nantes había arrancado a Luis María un grito que revela la mirada del profeta y el germen de la personalidad del fundador. Poitiers, donde lo espera Luisa Trichet, donde la presencia de las administradoras laicas compromete la buena marcha del hospital, donde los pobres casi necesitan menos un padre que una madre, Poitiers permite a Luis encarnar en un proyecto diferente este anhelo de lo «nuevo» que se revelará como el aliento profundo de una existencia sacerdotal.

Monseñor de La Poype, pastor generoso y muy espiritual, acogió paternalmente a Luis, luego de llamarlo personalmente de la capital. Este prelado que practica ampliamente la caridad y la limosna y que vive personalmente una auténtica expoliación, apoya a Luis con su fervor ante el clero de la ciudad. Y Luis tiene la osadía de ensayar un paso que revela una intención total de reforma religiosa para la casa en que vive: constituirá en congregación religiosa a las administradoras del hospital. Proyecto que, como era de prever, fracasa rápidamente ante el rechazo decidido y sin contemplaciones de aquellas jóvenes.

Entonces, el Padre de Montfort se desquita con uno de esos gestos en extremo atrevidos y palpitantes de poesía que volveremos a encontrar en su vida misionera. Las jóvenes de la

burguesía de Poitiers, que recibieron en un primer momento la invitación, la han rechazado. Luis escoge entonces de entre las cuatrocientas pobres del hospital, una veintena de mujeres jóvenes cuidadosamente seleccionadas entre las más desfavorecidas de la naturaleza, pero sanas de espíritu. «Fiel servidor del Padre de Familia, reúne a personas débiles, cojas, ciegas, para hacerlas entrar en la sala del banquete», invitándolas a la fiesta nupcial del amor de Dios.

Congrega a este grupo humano dolorosamente pintoresco en un pequeño local del hospital destinado a convertirse en la cuna de la congregación religiosa en que sueña. día a este local el nombre de «Sabiduría». Instala en el centro del mismo una cruz para «recordar incesantemente a las jóvenes el misterio adorable que parece sólo locura a los ojos del mundo». El increíble esbozo de comunidad vive sus días siguiendo una regla precisa: oración, meditación, lectura, trabajo, comida, recreación; todo se desarrolla en común, en una atmósfera de gran serenidad. Una superiora ciega guía los pasos de las congregadas. «La unión reinante entre ellas es encantadora»: la sabiduría es un oasis de paz en medio del hospital atormentado: las jóvenes forman un solo corazón y una sola alma.

El gran tema de la Sabiduría, expresado no en un plano doctrinal y teórico, sino en «una impresionante lección de la realidad» (Le Crom) y utilizando un simbolismo vital, se impone así en la vida del Padre de Montfort. Se impone como valor de choque y contradicción en el binomio neotestamentario sabiduría-locura que es la clave de bóveda del misterio del acceso al Reino de Dios. Desde ahora Montfort va a preferir el concepto de «locura» evangélica, por ser más fecundo y realista que la noción misma de pobreza, para expresar la condición de aquellos que acogen la Buena Noticia del Reino adhiriendo a la lógica divina que Cristo vino a traer al mundo.

Tal parece ser el sentido del apólogo profético que Luis ha narrado sirviéndose de un lenguaje concreto de hechos e imágenes, congregando a la sombra de la Sabiduría a las jóvenes más vitalmente asociadas al misterio de la humillación y de la pobreza de Jesucristo. Expresan elocuentemente que la relación con la Sabiduría pasa por la cruz; ese madero colocado en el centro de la sala con sus líneas cruzadas, manifiesta la arquitectura esencial de la sabiduría monfortiana. Una sabiduría que proviene de la gloria de la cruz en la que un Dios se hizo débil en la locura del amor y es un juicio sobre el mundo.

Una señal que corona así la morada de los pobres. Se desencadena aquí una tensión profunda que atraviesa hasta el presente la vida de Luis. La creación de la comunidad de la Sabiduría –primer núcleo, en su pensamiento, de una Orden dedicada al cuidado de los pequeños y humildes– parece hoy el primer paso de una admirable fantasía espiritual. En realidad, su carácter anormal y utópico lo convierte en un acto de audacia cuya importancia es difícil de evaluar. La presencia de las congregadas deformes, conducidas por una superiora ciega, es una contestación en hechos no sólo a las administradoras del hospital, sino también a las comunidades femeninas existentes en Poitiers, con sus seguridades y su tradicional buen comportamiento humano.

Es un acto, que ratifica entre otros, la ruptura definitiva con la espiritualidad sulpiciano moldeada por el signo de interioridad pura, del decoro y de la regla, liberando en él la corriente profética de los gestos «excesivos cuyo énfasis hace presentes y vivientes los contenidos de un simbolismo liberador.

Luis ha obrado con la espontaneidad y la audacia de sus veintiocho años: utopía, parábola, símbolo, la comunidad de las Hijas de la Sabiduría sólo vivirá por algunos meses. Incluso, quizá nada perduraría de esta siembra sugestiva, si la historia de las humildes congregadas no se entrecruzara con la de una joven de la burguesía que no se le parece por

la solidez física, las maneras agradables y la experiencia serrana: María Luisa Trichet.

Hace algún tiempo que María Luisa presiona dulcemente al Padre de Montfort para que le permita realizar su anhelo de vida retirada, «abyecta y crucificada». Hay en su anhelo una intensidad que manifiesta claramente lo ponderado y maduro que es; cierto día María Luisa se acerca al Padre de Montfort que acaba apenas de celebrar la misa y se le enfrenta audazmente con el argumento supremo: ¿en qué monasterio va ella a realizar su vocación?

Piensa en las comunidades femeninas de Poitiers, que conoce y ha estudiado una tras otra, en las que Luis, en el pasado ha «establecido» a tantas postulantas. El Padre de Montfort clava los ojos en los de esta joven que no quiere diferir más su ofrenda, como si quisiera medir la generosidad y firmeza de su proyecto. El momento ha llegado, Luis se lo va a hacer comprender con gran delicadeza. Rápidamente y como sonriendo, lanza, a modo de «humorada» unas palabras que no quieren obligar a María Luisa, ni violan su libertad: «¡Bueno!, ¡vete a vivir al hospital!»

De momento, María Luisa no presta atención: tan inverosímil parece la perspectiva. Pero de regreso, comprende el sentido de esas palabras, y de repente ya no le parecen extraordinarias ni inesperadas. Durante algunos días, en silencio, las medita y comprende toda su profundidad. Comprende cuánto el Padre de Montfort ha querido decirle con esa invitación que él no quiso pronunciar abiertamente. «Entre más piensa en ellas, más y más se persuade de que Dios le ha dado a conocer su voluntad» y una gran paz reina en su espíritu en lo concerniente a su vocación.

Una vez ganada la batalla, María Luisa, acude sin demora a encontrar al Padre de Montfort en el hospital: «He reflexionado en lo que me dijo hace unos días, y quiero venir a vivir con los pobres».

Es un gran momento para Luis, que no obstante esconde su alegría. Una vez más, día pruebas de una discreción inesperada, si se considera la osadía externa de su comportamiento. A María Luisa aconseja la prudencia: «Temo las consecuencias de semejante paso. Tu entrada en esta casa suscitará muchas dificultades; desde ahora, las preveo». Toca, pues, a María Luisa patentizar la solidez de su decisión; pide permiso de ir al episcopado y alcanzar la autorización de ingresar al hospital.

Monseñor de La Poype recibe bondadosamente a la singular postulanta. «No creo, le dice, que en el hospital necesiten administradoras; iré y hablar al Buró». La respuesta de los administradores, que María Luisa espera con impaciencia, es una desilusión: dado que el hospital pulula de administradoras, no están dispuestos a recibir más. Ante la respuesta negativa que el obispo le transmite, María Luisa encuentra palabras que debieron dejar pensativo al hombre de Dios: «Monseñor, si ellos no quieren recibirme como administradora, quizá no se rechacen a recibirme como pobre».

La respuesta es de tal naturaleza que hace adivinar al obispo de Poitiers la estatura de la mujer que se halla frente a él. Sin objetar nada, escribe una carta recomendando a los administradores del hospital que la acepten: «Extrema fue su sorpresa cuando vieron a la hija de una familia honorable pidiendo lo que los pobres consideraban generalmente como el postrer remedio a sus males». Con vivo desagrado, estudian la forma de camuflar la entrada de María Luisa bajo un tinte de conveniencia: crean especialmente para ella un puesto de prestigio que se asemeje a un subsuperiorato. Pero el Padre de Montfort tiene para ella otros designios: «requiere» a María Luisa para la pequeña comunidad de la sabiduría; y cuando la superiora del hospital le recomienda que al menos la coloque al frente de las congregadas, replica con firmeza y desconcierto: «No, no, señora, antes tiene que aprender a obedecer...».

Con su aspecto amable y sus sobrios vestidos pero de buen gusto, María Luisa ingresa tranquilamente en el círculo de las Hijas de la Sabiduría, compartiendo punto por punto la vida y la regla de las congregadas. Habiendo rechazado las invitaciones reiteradas de la superiora de compartir la mesa de las administradoras, come gustosa, con el apetito de sus diecinueve años, el pan negro y la sopa de los pobres. Todas las mañanas, con el consentimiento del Padre de Montfort, se acerca a la Eucaristía; en su rostro florece la serenidad que largos meses de incertidumbre habían turbado.

Y las olas de murmuración se rompen contra la roca de la decisión de la joven. Toda la ciudad está involucrada en el drama tranquilo cuyos actores son el Padre de Montfort y María Luisa. Que el capellán reúna al pie de una cruz un grupo de inválidas y les dé una regla, pase todavía; pero que la hija del procurador se cuente entre ellas, está del lado de los pobres, al ingresar al hospital, es una noticia adecuada para que salte por las encrucijadas y las calles, hasta los claustros y salones mundanos, suscitando la oposición de la opinión como sólo pueden hacerlo a veces acontecimientos pequeños. Poitiers se divide en dos partidos: uno, pequeño, en verdad, admira el valor de la señorita; «Siendo el mayor número el de los que intentan conciliar el Evangelio con el mundo, hallan siempre en ese valor esplendente algo exagerado que no pueden aplaudir de todo en todo...».

Sin preocuparse por la ola de curiosidad que lo envuelve, Luis sigue trazando el camino de la virgen prudente. Un día, le dice, luego de haber oído su confesión: «Hija mía se me ocurre hacerte cambiar de hábito. Acabo de recibir diez escudos como limosna de una persona piadosa. Y quiero emplearlos en eso». María Luisa, jubilosa, pero comprendiendo, «dada la suma destinada para el nuevo hábito, que la tela no será muy preciosa ni la hechura muy elegante», alcanza de su madre consternada el permiso para obedecer al deseo del P. de Montfort. Se confecciona el hábito rápidamente. Es un hábito gris-ceniza con un manto negro, divisa monacal que no obedece a ningún dictamen de la vida corriente. Luis lo bendice y entrega a María Luisa, con gran alegría el día 2 de febrero de 1703, cambiándole el nombre por el de María Luisa de Jesús, que llevará de hoy en adelante hasta la muerte.

Esos fueron el noviciado y la primera profesión de la Primera Hija de la Sabiduría. Sin programas, sin claustro, sin garantías, en lo precario de la vida común en el hospital, sobre el fondo agitado que hemos podido entrever y bajo los ojos de la ciudad malqueriente y extrañada. El P. de Montfort ordena a la joven vestida de gris que vaya a dar una vuelta por la ciudad. Y ella obedece, encostada en la rústica vestimenta que la hace ver semejante a las campesinas, sintiendo llover sobre sí las miradas punzantes como agujas. «Quienes conocían a la señorita Trichet no sabían a qué atribuir esa metamorfosis. Algunos estaban persuadidos de que era efecto de una alteración del juicio, y se mostraban tan indiscretos para hacérselo percibir, manifestándole compasión por su estado...».

Todo este conjunto de noticias, que vuelan de boca en boca, llega a la señora Trichet, que había dado sin embargo permiso a su hija para cambiar de hábito, «pero no se había imaginado que iba a vestir uno de esa clase». Jadeante, irrumpe en el hospital, corriendo el riesgo de caer sin conocimiento a la vista de María Luisa «tan extrañamente vestida». Apenas se recupera, la acomete, temblando de indignación: «¿Cómo es posible, hija mía, que hayas perdido la cabeza? ¿Quieres deshonorar a toda tu familia con un vestido tan ridículo y poco conforme a tu categoría? ¿Qué significa este vestido? Quítate todo eso en seguida y obedece a tu madre».

Pobre señora Trichet enfrascada en una batalla sin esperanza contra el hábito de María Luisa, –cuyo fuerte significado, intuye ella en su amor propio herido–, contra las opciones

solitarias de su hija y su ciega obediencia al P. de Montfort... Esta madre que llora examina como nunca una y otra vez en torno «al caso» de María Luisa la atención de la ciudad, y el alma de la Poitiers miope y bienpensante se encarna en el dolor humanísimo de la buena señora. Que, en su lucha sin cuartel, encuentra todavía dos inesperados adversarios: el primero es el procurador mismo, que aceptó con dignidad, en su corazón cristiano, la opción de María Luisa, y trata de frenar las manifestaciones del dolor indiscreto de su esposa; el segundo es el Obispo La Poype. La señora Trichet furibunda y entre gemidos viene a postrarse a sus pies, invocándolo como juez entre ella y su hija. La reacción del prelado la hace enmudecer y cerrar la cuestión: «¡Está bien, señora!, Ud. ha querido quitarle la vocación a su hija» –le dice–. Y dirigiéndose «bondadosamente» a Luisa, añade: «Hija mía, hija mía querida, no dejes nunca ese hábito».

Humilde y llena de dignidad, María Luisa, profesa de la Sabiduría, regresa al grupo de las postulantes, donde encuentra ahora a una nueva recluta proveniente de su mismo ambiente: Catalina Brunet, hermana, como María Luisa, de uno de los jóvenes reunidos por el P. de Montfort. Es una joven enérgica, de carácter «vivo, valeroso, emprendedor»; pronta a respuestas audaces que revelan el alma alegre de esta amiga de María Luisa Trichet. Cuenta algunos años más que su compañera. Se inserta tranquilamente en el mundo doloroso del hospital, atacando con flechazos maliciosos al P. de Montfort, casi como para domesticarlo. Éste la escucha hoy con indulgencia; mañana le hará confeccionar un hábito gris igual al que ha dado a María Luisa Trichet.

El mundo del Padre de Montfort ha estado poblado por figuras femeninas prontas a brindarle una fidelidad indefectible. Un hilo tenue pero luminoso se extiende en el curso de largos meses de contradicción. «En lo más fuerte de la tempestad y la desgracia, escribe De Luca, Luis construía no sólo para sí sino para la Iglesia». Como una aventura o un romance, la fundación de las Hijas de la Sabiduría tuvo por cuna una pieza de hospital. Esta fundación existe como semilla, como alba, en el espíritu de los protagonistas; existe en esa fiesta silenciosa de los corazones en torno al símbolo de la cruz; existe en su adhesión al banquete del amor que las sabias y las fuertes han rehusado; existe, finalmente, en ese alejamiento del mundo representado no en una reja, sino el anhelo de vivir el Evangelio con radicalidad.

Pero todo es precario e irreal, como una piedra angular sin edificio, como una comunión de soledades: como los pasos de un Abrahán sin posteridad y sin tierra, en la oscuridad de una promesa que sólo paga mañana. El Padre de Montfort atrajo a las jóvenes a un torbellino, y la mirada gozosa de ellas quizá poco a poco percibirá su profundidad.

En la primavera de 1703, la posición de Luis en el hospital de Poitiers se hacía insostenible.

Tres acontecimientos perturban el hilo de nuestro relato, manifestando de repente la gravedad de una crisis que se vive a la vez en circunstancias extremas y en el corazón de Luis: intolerancia del ambiente respecto a él y replanteamiento de su sacerdocio respecto de su propia vocación.

El primero es la disolución de la comunidad de la Sabiduría, que decreta –no sabemos con precisión por qué motivos– la administración del hospital.

El segundo es una breve fricción provocada por un episodio insignificante, entre Luis y el bondadoso obispo La Poype, que hemos visto alinearse discretamente a su lado en la defensa de María Luisa Trichet. Luis ha reaccionado con dureza contra el comportamiento indecente de un muchacho. Esto desencadena una tempestad de lamentaciones. El obispo mal informado y reaccionando a su vez por impulso, fatigado frente a este sacerdote que le

pone en dificultades, prohíbe a Luis celebrar Misa. Tan pronto se aclararon las dimensiones reales de lo acontecido, en el curso no de días sino de horas, se levanta el entredicho.

El tercer acontecimiento es la partida del P. de Montfort hacia París, en torno a la Pascua de 1703.

Ya en 1702 ha tenido Luis que alejarse del hospital en dos ocasiones para que allí regresara un poco de paz. La salida para París, sólo en apariencia repentina, pone de manifiesto qué drama fueron para él la disolución de su comunidad y el gesto brusco del buen obispo. Una facultad desproporcionada de sufrir se halla a la base de ciertos impulsos del P. de Montfort. Tan pronto tuvo noticia del entredicho se presentó al P. de La Tour, manifestándole su intención de abandonar a Poitiers. Pero el buen sentido del jesuita supo allanar el terreno entre él y el obispo. Además, Luis advierte un profundo endurecimiento del clero y de la ciudad respecto de él: una vez barrida también la comunidad de la Sabiduría, los dos años transcurridos allí le parecen cruelmente como un fracaso a su sensibilidad ya probada.

Luis no había jamás considerado su permanencia allí como una solución definitiva. Mientras señalaba el camino a María Luisa Trichet, se acercaba él mismo a una encrucijada que fatalmente tendría que afrontar. La situación demasiado tensa llegó al punto de romperse y para Luis se plantean de nuevo con gran fuerza los problemas que sólo se habían adormecido. Y así, la gran cruz de la Sabiduría, desaparecida del pequeño cenáculo al que Luis había aplicado todo su genio y amor, alarga su sombra sobre el camino del Padre de Montfort.

Capítulo 5

VOZ QUE GRITA EN EL DESIERTO

Luis se dirige a París, porque no sabe a dónde ir. Dentro de algunos años, en circunstancias parecidas tomará el camino de Roma. Busca consejeros, jueces: implora certezas. Busca además compañeros, quizá seguidores. Se diría que tiene miedo a la soledad en que parecía sumergirse en Poitiers.

Este hombre atormentado no se desvía, sin embargo, de su coherencia fundamental. «¿Quién ha dicho –escribe De Luca– que Luis era extravagante? Toda su vida fue fiel a su vocación... No hacía otra cosa que decirles a todos: No puedo instalarme, debo ir a los pobres del campo y de los pueblos. Pero nadie se proponía otra cosa que instalarlo...».

Con el viaje a París, se juega, en cierto sentido una carta decisiva: impacta la imagen de este sacerdote de treinta años que, alcanzado por las primeras desilusiones, regresa a paisajes y senderos juveniles, para buscar en ellos una liberación de sus propias ideas más profundas. Un ansia de novedad, de reforma, lo tortura y se concreta en el anhelo de la «pequeña y pobre compañía» de misioneros que cataliza todas las tensiones del P. de Montfort. Dicha compañía apagaría tanto su realista impaciencia organizativa cuanto el ardor de ideales que está a las raíces de sus iniciativas y que va madurando en un fulgor exigente a través de las vicisitudes del encuentro con las grandezas y las debilidades de la Iglesia en su rostro histórico.

Regresa a París con las manos vacías. No tiene que ofrecer sino su manojito de aspiraciones e inquietudes. Lleva ya las huellas de los repetidos fracasos. Es el caso de

recordar el ataque de pavor que lo hizo dudar en el umbral de la ordenación: «lo echo a perder todo, cuando me mezclo en algún asunto...». A los treinta años, en la crisis de identidad que hace tiempo lo atormenta, íntimamente mezclada con su antiguo problema humano, Luis Grignion corre el riesgo de ofrecer en cierta forma la imagen de un «bloque errático en la superficie de la Iglesia» (Pérouas).

Como siempre, entra a París a modo de caminante agotado, con su aspecto semejante al porte salvaje de los mendigos itinerantes. En la incertidumbre acerca del camino que debe seguir, se repliega sobre la solución más espontánea para él: se dirige al hospital de la Salpêtrière. La experiencia de Poitiers no ha borrado «su gusto por los hospitales y la abyección reinante en ellos». Lo cautiva el encanto de la miseria y de los pobres, al borde de la gran ciudad en la que, tras semejante viaje, no se resuelve a entrar.

En su espíritu, se trata sólo de una pausa. Pero que se prolonga revelando las incertidumbres y disponibilidad de Luis.

En 1656, un edicto de Luis XIV, que marca una fecha importante en la historia del pauperismo del siglo XVII, exigía la organización de un hospital general, para encerrar a los vagabundos y mendigos que infestaban entonces las calles de la capital en número de muchas decenas de millares.

Los edificios de la Salpêtrière, ubicados en la orilla izquierda del Sena –habían sido dedicados en otros tiempos a la fabricación de pólvora de cañón– fueron readaptados y ampliados para la nueva fundación. «Gran siglo», espléndido y triste: para arreglar a esta ciudad de la miseria trabajaron Le Vau y Liberal Bruant, los arquitectos del Rey Sol, los creadores de las Tullerías y de los Inválidos. Un toque soberbio, una nota de majestad distingue los cuerpos del inmenso hospital que toman el nombre de ilustres benefactores: Mazarino y Foucquet, Belière y Monyton...

Un nombre más amable se inscribe en la historia de la Salpêtrière. Es el de san Vicente de Paúl que, ya anciano, rechazó para sí y para sus hijos la dirección del hospital. Pero aceptó escribir un reglamento para las jornadas de la informe comunidad humana – comunidad de dolores– congregada en la orilla izquierda del Sena.

La cúpula negruzca de la capilla San Luis domina la arquitectura de la Salpêtrière. Dentro: la iglesia, amplia caverna de estructura especial, consta de cuatro naves y cuatro capillas que permiten tener separados los diversos grupos de pensionados. El conjunto produce una impresión grandiosa y nada hospitalaria. La rica ornamentación no logra disipar ese efecto de desolación: «grandes santos de piedra levantan sus ojos de ciego hacia la luz avara y fría de las bóvedas».

«En este sitio, mendigos desterrados, mujeres dementes o marginadas, niños mal amados acudían tumultuosos para expresar con sus lágrimas, una oración que sólo Dios comprendía».

En ese mismo lugar, se arrodilló Luis Grignion –teniendo todavía en el oído el eco de gemidos y gritos enloquecidos y riñas desesperadas– y elevó hacia el Crucificado esa carga de sufrimiento, que oprime como peso su corazón capaz de amar.

Cuando Luis entra a la Salpêtrière, casi cinco mil pobres habitan en él. Espiritualmente los asisten veintitrés capellanes a quienes se asocian otros sacerdotes como voluntarios: en el número de estos últimos se inscribe Luis Grignion. Quien al obrar así, ni siquiera sabe con precisión lo que espera, fuera de una purificación y abandono más ciego en «Dios solo» a quien busca en la persona de los que sufren:

«Me encuentro ahora en el Hospital General con cinco mil pobres, –escribe a María Luisa Trichet– tratando de hacerlos vivir para Dios y procurando morir a mí mismo. No me

acuses de inconstancia o frialdad respecto de los habitantes de Poitiers. Porque mi Maestro me ha traído acá como a pesar mío. Tiene en esto sus planes, que adoro sin conocerlos».

En su apostolado con los huéspedes de la Salpêtrière tiene como en Poitiers un doble objetivo: «consolarles en sus aflicciones», con sus delicadezas de madre, y «comunicarles una elevada idea de Dios y de la enormidad del pecado», cortando a fondo, corrigiendo. Pero en Poitiers el sacerdote se hallaba solo. Aquí, con sus métodos originales, sus carismas para 'apaciguar' y conquistarse a los pobres, tiene que competir con veintitrés capellanes y con otros sacerdotes que van y vienen. Aquellos se sienten incómodos por la colaboración del desconocido, y experimentan estupor y celos por el éxito que logra con los humildes.

Pero Luis no se encierra en el hospital. Lo consume ese pensamiento suyo: hallar compañeros. Y una espiral de luz le llega a través de la confirmación de una antigua amistad, una de esas raras y grandes amistades de su juventud: encuentra en París a Claudio Poullart des Places.

Claudio es un clérigo de veintitrés años, que conserva bajo el vestido talar, su aspecto de adolescente. Quizá nunca se habían perdido de vista, a juzgar por las palabras de un biógrafo que describe largos encuentros de los dos condiscípulos con un antiguo proyecto de colaboración. Parecen todavía esos dos muchachos de Rennes que en la sombra, como quien se pone a conjurar, desarrollan el plan de sus devociones infantiles. Su juego se ha hecho ahora mucho más serio. Y sus relaciones de otros días parecen haberse invertido: Luis, el estudiante encantador y avasallador de otro tiempo, ahora aprisionado y agotado ya por su carrera de adulto, golpea a la puerta del pequeño condiscípulo que hoy se halla quizá en situación de ayudarlo.

Claudio Poullart des Places, hijo de gente noble y acomodada, nunca tocado siquiera por el espectro de la necesidad, ha escogido para su propia juventud el objetivo más generoso: ponerse al servicio de las vocaciones pobres. Y ahí está este clérigo tan joven que no se limita a socorros pasajeros, sino que en pocas habitaciones recoge a sus propios seminaristas, los instruye y vela por ellos. El ardor creativo que, como el ala gigante del albatros, incomoda y consume a Luis, se traduce en obras fáciles y suavemente en las manos de Claudio. El Seminario del Espíritu Santo nace y se inaugura precisamente el 20 de mayo de 1703, quizá en presencia del mismo P. de Montfort.

Luis fue, pues, a visitar a Poullart des Places. Las luchas y aspiraciones del misionero – estas últimas condensadas en la imagen de la «pequeña y pobre compañía» que sólo existe en sus sueños proféticos– constituyen el objeto de la conversación. Una invitación quema los labios de Luis. Y Claudio, siempre reservado, pero impactado profundamente por la confesión del hombre que se halla frente a él, responde por su parte con sencillez: «No siento atractivo alguno a predicar misiones, pero conozco perfectamente el bien que se hace en ellas para no concurrir a ellas con todas mis fuerzas y aferrarme inviolablemente a ti. Sabes que desde hace algún tiempo distribuyo cuanto se halla a mi disposición para ayudar a alumnos pobres... Si Dios me concede la gracia de alcanzar el éxito, puedes contar con misioneros».

Luis ha recibido de manos del joven fundador el óbolo de una esperanza. Hablan largo y tendido, elaboran proyectos, con la prodigalidad de quien se apresta a invertir un capital aún no existente. Se despiden unidos por una esperanza. El uno regresa a sus propios estudiantes en la intimidad del diminuto seminario; el otro vuelve, por calles y senderos de periferia, recorridos con los largos y veloces pasos del hombre acostumbrado a caminar sin compañeros, hacia la ciudad de cinco mil pobres.

No ha escogido una morada que otros pudieran envidiarle. Se ha ubicado, como de

costumbre, en la última grada. Pero, cierto día, algunos meses después de haber entrado a la Salpêtrière, sufre la desilusión más ruda que hasta ahora le haya acaecido: del hospital, incluso del hospital, lo echan fuera. Los servicios del sacerdote incómodo y 'loco' no son del gusto del personal que se ocupa de los pobres. «Encontró escrita su despedida, debajo de su servilleta, mientras estaba sentado a la mesa comiéndose un trozo de pan».

Sin alarmas, Luis recoge los pocos objetos que representan en la Salpêtrière todos sus haberes, para distribuirlos entre los pobres. Cambia un sombrero nuevo que le han regalado por el viejo sombrero del portero, «y, siguiendo el Evangelio, sacude el polvo de su calzado, dejando el lugar adonde Dios lo ha conducido y de donde el mundo lo hace salir». Desde ahora, en cualquier ciudad a donde llegue, hallará al menos un sitio adonde le guía su instinto, un techo –con el derecho de entrada que le día su inmensa miseria– donde sentirse en casa. Hoy, por primera vez, al salir por la noche de París que se asemeja a su propia noche, Luis no sabe a dónde ir.

Es la primera señal de la fosa que se cierra en torno a él, en esta hora de prueba y que representa el punto culminante de la parábola o el abismo más hondo de la crisis iniciada hace ya tiempo.

París, y no Poitiers, se convierte en el escenario apropiado para este drama. No una quinta mediocre de teatro de provincia, sino la capital europea, donde Luis se formó, a donde vuelve a encontrarse con sus amigos, a donde se ha dirigido cuando quiere recibir la respuesta a sus propias interrogantes cruciales. Los espléndidos significados de semejante escenario, al que Luis queda vinculado por una laboriosa dialéctica de amor-rechazo, confieren al acontecimiento exquisitamente personal del sacerdote demacrado y errante parte del énfasis que lo ubica en la historia.

Durante este año (1703), en París donde ha tratado de romper el cerco de su propia soledad, Luis atraviesa un verdadero calvario de rechazos, el viacrucis del aislamiento. «No conozco a más amigos aquí que Dios solo: los que tuve en otro tiempo me han abandonado».

Lamento de un hombre herido como hasta ahora no había creído poder serlo. La pasión de su Señor la comparte Luis a través de las gotitas de dolor que ha formado el mundo de sus obsesiones juveniles: la incompreensión, la marginación, el abandono de los amigos, con la repercusión profunda de una crisis personal, de una ceguera acerca de los propios caminos. Eran, entonces, los acordes de un inmenso coral por el que se desgrana totalmente hoy nuestro relato.

Al salir de la Salpêtrière, escogió por morada el 'hueco' en una paupérrima casa en la calle del Pot-de-Fer, al lado del noviciado de los jesuitas.

«Estaba allí tan escondido y desconocido –escribe Juan Bautista Blain– que me costó mucho encontrarlo, en ese lugar tan parecido al establo de Belén. No era, en efecto, otra cosa que un pequeño refugio debajo de una escalera que apenas iluminaba el sol. No vi allí más muebles que un vaso de barro cocido y, me parece, un lecho miserable propio, lo mismo que el lugar, para mendigos y miserables».

Luis pasa el umbral de esta habitación y entra en su propio desierto. Y ¡sorpresa!, entretanto acaece un fenómeno singular. «Escondido y desconocido» en la calle del Pot-de-Fer, Luis ignora que la París devota y menos devota, especialmente la que rodea a San Sulpicio, habla de él. Mientras él se retira y esconde, su dialéctica con el mundo circundante se hace más estrecha: se amontonan en torno al P. de Montfort, suscitados por su persona, un fermento de masas, un sucederse de comparsas, un movimiento de multitudes. Es la paradoja que brinda esta página de su vida: un sacerdote harapiento y sin

techo, y en derredor suyo la ciudad que se interroga acerca de él, que se divierte o inquieta por su presencia, que va inventando su novela, que fatalmente lo acepta como signo de contradicción.

En la mayoría de las veces, lo envuelve un viento de ridículo, hasta el punto de desfigurar los rasgos del aquel rostro adolorido. Episodios grotescos circulan a cuenta del P. de Montfort, en los que algún detalle auténtico –¿cómo no reconocer en ciertos gestos una marca auténticamente monfortiana?– es recogido y exagerado por la ágil fantasía del narrador. Luis Grignon, con su perfil sugestivo, se presta a maravilla para ser la comidilla de las brillantes conversaciones de espíritus cáusticos. París, capital del decoro, anda sedienta de caricaturas y 'caracteres', y estamos en el siglo de los libertinos y volterianos, de Bayle y de la Enciclopedia: un fino e incandescente tamiz de buen gusto y racionalismo se ensaña contra ciertas grandezas y ciertos valores. Si en Poitiers los gestos del P. de Montfort hacían ruido, en París de un mes a otro se va creando la leyenda del P. de Montfort...

«Cierta vez –decían– habían visto a Montfort predicar en las plazas públicas y el Sr. Arzobispo para detener semejantes desbordes de celo, le había decretado el entredicho. Contaban que en otra ocasión había atacado a los cantores del Puente Nuevo y a gentes como ellos que divierten al pueblo, provocando así gran ruido y desorden, razón por la cual habría sido arrestado y encerrado en las cárceles de la Oficialidad».

Un sacerdote a quien la leyenda adorna con semejantes rasgos de fanatismo y gestos tan exagerados y que acaba precisamente en la cárcel: anécdotas de esta clase acreditadas y difundidas una y otra vez en ambientes bienpensantes no resultan adecuadas para ganar las simpatías del clero parisiense en favor del ermitaño de la calle del Pot-de-Fer.

Víctima no tanto de calumnias estudiadas cuanto de las habladurías mundanas, Luis se convierte en la fábula de la gente y el «problema de las personas espirituales». Aprisionado en esta máscara tragicómica, día un paso increíblemente ingenuo, en busca de luz: va a golpear a la puerta de San Sulpicio.

Se ha dado cuenta, en realidad, por diversos indicios de que los 'directores de San Sulpicio' han cambiado con él. Pero, por su parte, se obstina en considerar a Leschassier como su guía y oráculo, y la comunidad de la calle Ferou sigue siendo su familia. Su corazón ha quedado vinculado a ellos; por otra parte, una carta de Leschassier recibida en Poitiers antes de partir, contenía todavía acentos de benevolencia...

Leschassier descansaba en la casa del campo con sus seminaristas, inocentes primogénitos protegidos con amor inteligente, cuando la gran figura del hijo pródigo aparece en medio del grupo. Hasta el aspecto de este hombre que con sus harapos deshonra la dignidad sacerdotal es capaz de contrariar al P. Leschassier. Recibe a Luis «con rostro de hielo y lo despide vergonzosamente con ademán seco y desdeñoso, sin dignarse hablarle ni escucharlo». Juan Bautista Blain, allí presente, asiste «anonadado» a la humillación de su amigo: que la soporta con impasible dulzura, y se retira, mientras lo acompaña un buen trozo de camino el compasivo Blain, que ante aquel rostro seco y tranquilo, siente ahogarse en sus labios tanto los reproches como las palabras de aliento.

En realidad –hay que decirlo– ese hijo de San Sulpicio sobre el cual se habían forjado tantas esperanzas aparentemente no presenta a su antiguo director sino un balance de cabezonadas y derrotas. Comienza, pero no logra perseverar. La inestabilidad de Luis es para Leschassier una aguda desilusión: abandonó al P. Lévêque; en Poitiers, con su desprecio por los caminos ordinarios se ha colocado en situaciones insostenibles; llega a París en estado lastimoso; se pierde en la quimera de nuevas fundaciones. Un pobre

sacerdote discutido y discutible, que sigue obstinadamente aferrado a sus maestros sulpicianos, y arriesga proyectar sobre el glorioso seminario la sombra de sus ademanes de héroe del exceso, de acróbata de la santidad...

Leschassier es demasiado buen conocedor de las vías espirituales para cerrar los ojos ante ciertos aspectos inequívocos de la virtud personal de Luis. ¿Pero cómo filtrar la infinidad de rumores que circulan acerca de él? En realidad, Leschassier sólo pide una cosa: ¡que Luis no se deje ver más en San Sulpicio!

Para Luis, el rechazo de San Sulpicio es el derrumbe de todo un mundo. Logra encajar con paciencia los golpes provenientes del clero de Poitiers o de los capellanes de la Salpêtrière: «pero verse rechazado por el sulpiciano que durante sus años de seminario, encarnó para él la autoridad y la sabiduría, es una crueldad».

La calle del Pot-de-Fer no dista mucho de San Sulpicio. Y, otro día Luis se presenta en calle Ferou donde la comunidad se halla reunida a la hora de la recreación: quedan aún tantos jóvenes que conocieron a Luis, tantos que han oído hablar de él. Ahora el P. de Montfort, en carne y hueso, se hace presente en medio de ellos, transformado por esos pocos años de peripecias, en un desconocido... Una curiosidad palpitante envuelve a este hombre objeto de las miradas y ambientes conocidos. Los presentes aprovechan la oportunidad para tratar de formarse de él una opinión personal: «lo estudian, lo examinan, lo interrogan», mientras la desconfianza se embota frente a aquel que padece este asalto indiscreto.

La gran pregunta vuelve sobre el tapete: ¿conduce a Luis el buen espíritu? ¿No es acaso víctima de ilusiones? ¿No se está descarriando? El seminario se divide en dos facciones: una favorable, contraria la otra al P. de Montfort (hay también quienes con mayor prudencia suspenden el propio juicio, esperando una respuesta del futuro). La discusión se interna por vueltas y revueltas enmarañadas. En efecto, pronto brota cordial de la boca de los seminaristas el elogio de la humildad, del espíritu de recogimiento, de la caridad, del fervor mariano de Luis Grignon, sin que de tantas premisas brote la conclusión: «lo creen santo, pero no lo creen en la vía de los santos...».

Luis carga con el peso de las palabras sin número que dicen de él las «personas espirituales». Como un hombre marcado, se día cuenta de que suscita por donde quiera que va una ola de curiosidad, de desconfianza e incluso de terror. La extrema delicadeza de los problemas que le conciernen forma una barrera entre él y los hombres de Dios. Con la muerte en el corazón, escucha las palabras del P. Sanadon, director de la casa de retiros de los jesuitas y eminente conocedor de la vida espiritual, que no «se atreve» a aceptar la dirección de conciencia de un sacerdote tan discutido. En tan grave desolación, dos amigos le permanecen fieles. El primero es el P. Descartes, el jesuita de Rennes, quien se encuentra en París y no se niega a asistir espiritualmente al hombre cuyos rasgos infantiles recuerda. El segundo, es el obispo de Quebec Saint-Vallier que, de paso por París, mientras sus dificultades personales se convierten en tempestad, —él, a su vez, desaprobado y contestado— no deja de tener «muchos vínculos y relaciones» con Luis Grignon, amándolo y honrándolo y dando testimonio de que el espíritu que anima a Luis es el de Dios.

La profundidad de esta crisis de opinión en torno a la figura del P. de Montfort se puso de manifiesto en un pormenor picante. Un joven que habla poco, pero escucha mucho, fija ávidamente en la memoria cuanto se dice de Luis. Se trata de Juan Bautista Blain, el hombre arrastrado por dos fidelidades: fidelidad al ideal y al ambiente sulpiciano y fidelidad a esa amistad que transformó su juventud. Luego del encuentro de Issy, siguió penosamente, como ya vimos, a Luis escondido en el nicho de la calle del Pot-de-Fer. Se dirige a él no como quien consuela, sino como quien pide que le confirmen y reconforten:

en forma despiadada le refiere las críticas y reproches que corren a costa suya, suplicando a Luis que se explique y justifique. A las objeciones ajenas añade las suyas propias, que no son pocas, aligerando el corazón de un peso que se le va acumulando día tras día. Y cuando Juan Bautista Blain se halla tan «alterado», la calma de Luis no acaba de sorprenderlo. Por propia iniciativa, se convierte en árbitro en el proceso que la ciudad de París le hace a Luis Grignon. Escucha en la oscuridad, bajo la escalera, palabras que lo sacuden y persuaden. Al oír hablar a Luis, parece muy fácil hacer callar a sus adversarios... Pero una vez que sale de allí, Juan Bautista Blain es de nuevo el hombre honesto y perplejo que no se atreve a confiarse totalmente al encanto de su amigo. Y vuelve a sus maestros, sin cansarse de tratar de saber cómo evalúan en definitiva al P. de Montfort.

La incertidumbre del amigo de Luis, cercana a la angustia, nos permite percibir lo profundo que es el surco que va abriendo el «caso» Grignon. Pues no se trata para Blain de reevaluar, o poco menos, una de las amistades más fuertes de su vida. En realidad, el vigor del ejemplo de Luis se convierte para él en una especie de invitación. Ese joven sin imaginación y poco inclinado al radicalismo experimenta, como lo confiesa él mismo, una atracción profunda «a seguir a Luis y hacerse su compañero», jugándose el propio porvenir, como hombre y como apóstol, sobre la confianza en la lección espiritual que le llega del P. de Montfort. Si por lo menos pudiera saber lo que hay que pensar de este sacerdote incómodo, «con justicia y verdad...».

Presas de esta inquietud, Blain se convierte en investigador. Afronta sin temor las figuras mayores de San Sulpicio, sin saber que presta el mejor servicio al historiador que él mismo va a ser. Trata en primer lugar de sondear a Brenier, «ese hombre impenetrable». Que a los asaltos y maniobras de Blain opone solamente el silencio. Piense lo que piense de Luis Grignon, se cuida mucho de hacerlo saber a Juan Bautista o a cualquier otro. En un código cifrado y por alusiones, deja entrever que estima a Luis; no habla mal de él, no parece considerarlo sospechoso; pero no se manifiesta, no toma posición, como si no se diera cuenta hasta qué punto se discute y murmura de Luis Grignon. ¿Qué oscura reparación para el seminarista humillado quieren ser esos silencios de Antonio Brenier?... Se trasparenta en ellos, pero como algo que no hay que revelar, camuflada en una reserva profunda, una casi 'veneración' íntima respecto del P. de Montfort.

Leschassier, en cambio, deja escapar aquella célebre frase que sintetiza todo el problema Montfort: «Es muy humilde, muy mortificado, muy recogido, y, sin embargo, me cuesta creer que lo conduzca el buen espíritu...». Más reticente, más amarga que los mismos silencios de Brenier respecto del hijo mal comprendido, esta frase desconcierta a Juan Bautista Blain, como si fuera una condenación de Luis y su ideal.

...A tantos años de distancia, cuando la voz del pueblo proclame santo al P. de Montfort, cuando se haya hecho célebre, cuando se cuenten sus milagros, cuando el mismo Blain, tras rehacer los caminos de Luis a la luz de un ocaso que ponga 'caución' a toda su vida, se dará cuenta horrorizado de todo lo que su amigo ha tenido que sufrir de parte de San Sulpicio. Se atreverá, entonces, a recordar a Francisco Leschassier sus palabras y el episodio de Issy, no dudando despertar uno de los recuerdos más penosos en la vida del anciano... El Superior de San Sulpicio ofrecerá a la muda requisitoria de Blain una respuesta espléndida por la humildad: «Dése cuenta de que no conozco a los santos...».

Tremenda respuesta, observa De Luca. Pero que rescata la figura de Leschassier, que tantas veces ha protestado con verdad «no tener gracia alguna para dirigir a las almas extraordinarias». En el largo malentendido de su comportamiento con Luis, Leschassier no ha buscado otra cosa –¿cómo no hacerle justicia?– que desprenderse, liberarse, rompiendo

el nudo de contradicciones y sufrimiento que desde siempre ha ligado a estos dos hombres tan diferentes uno de otro. En realidad, haber colocado en la senda de Luis la delicada figura de este sulpiciano agotado por el peso del gobierno –a quien Luis mismo con cariño sin fronteras ha tributado el más alto homenaje– es uno de los medios atrevidos de que se ha servido la gracia para esbozar, en un rudo bloque, el perfil interior de un santo.

Pero hoy la palabra de Leschassier penetra, severa, en lo íntimo de los turbados pensamientos de Juan Bautista Blain, sonando como una respuesta y un reproche. El resultado es no sólo apartar a Blain de su proyecto loco y luminoso, apenas mencionado, de acompañar a su amigo, sino también poner en guardia a Juan Bautista frente al hombre de la calle del Pot-de-Fer; hace que disminuya las visitas y coloquios ardorosos y sinceros; le hace ver como peligroso el trato frecuente con ese sacerdote «singular»; rompe el hilo de una amistad, la más cálida que Luis haya tenido hasta ahora.

Se cierra así una página de juventud, con el velo que llega a separar, más y más hondamente, a los dos antiguos discípulos. De hoy en adelante sus caminos se separarán cada vez más, volviendo a unirse sólo por un momento, en una de las circunstancias más patéticas de la vida del misionero. Mientras espera inútilmente, desde su escondrijo, ver reaparecer en el umbral de la puerta la figura de Juan Bautista, Luis gusta hasta las heces su propio cáliz.

El abandono de Blain sella el final de la penosa confrontación entre el P. de Montfort y el ambiente de San Sulpicio. Poco a poco, mientras se extingue el año de 1703, en la calle Ferou y en torno al seminario de San Sulpicio se van apagando las discusiones encendidas por la persona del P. de Montfort. De la llamarada, sólo quedará un montón de cenizas y el silencio que rodea a las personas olvidadas.

Y, sin embargo, ocurre que, en la calle Ferou, alguien, por ejemplo el P. Lefebvre, superior del Pequeño Seminario, hable de Luis... Esto sucede a veces «cuando el frío es más punzante y más rudo el invierno» y, entonces, revolotea en el recuerdo, insistente como un remordimiento, la imagen de Luis «Grignon que nunca se acerca al fuego, poco abrigado y con los pies sin medias en los zapatos, aterido de frío en un rincón de la casa pobre y húmeda, y carente a veces de todo».

Esta historia verdadera frisa lo increíble. La soledad afectiva, el rechazo de los amigos son solamente un aspecto de la prueba que Luis experimenta. Existen muchos otros y esta hora de rechazo y soledad se inscribe en el surco ya abierto de su profunda crisis personal. Luis vino a París «incierto de sus caminos», atormentado por la tensión de sus relaciones con la sociedad laica y eclesiástica. Cae en la parálisis de la inacción, en la indecible frustración de esa posición suya de marginado, de sacerdote inútil. Y aún más, la prueba penetra más adentro, provocando fuertemente un drama que Juan Bautista Blain supo describir bien:

«Juzguen Uds. cuánto sería el dolor del P. Montfort al ver a hombres tan santos e iluminados en los senderos de Dios dudar de su camino, no atreverse precisamente a hacerse cargo de su dirección por temor de no poder conducirlo por senderos perdidos o alejados o de atraer sobre sí mismos la censura de sus acciones singulares. Quien no ha experimentado esta prueba no la conoce. Cuanto más de Dios es uno, más sensible es esa prueba, más llena el alma de dolor y espanto. Al respecto, San Pedro de Alcántara dijo a Santa Teresa que ella había experimentado una de las penas más grandes que sea posible sufrir sobre la tierra».

Este dolor y espanto penetran el alma de Luis y representan la esencia de su noche. No sólo quedan golpeados sus afectos, ni sólo las exigencias sociales, sus talentos de hombre y

de apóstol, la poderosa y confiada libertad de escoger y construir el propio camino. Es alcanzado hasta en el último rincón del espíritu, en la conciencia de su propia certeza de responder al Amor. Un hombre que lo ha dado todo ve puesta en duda la autenticidad de este don supremo. Un hombre que, en la delicadeza de su conciencia, lleva cicatrices de inseguridad, de desconfianza en sí mismo, que ha llevado la humildad a extremos destructores: una vez más, como en los duros días de seminario, –pero, entonces, menos gravemente– corre Luis el peligro de salir destrozado de la prueba. Piensa con toda seriedad abandonar del todo el trabajo apostólico y dedicarse sólo a la contemplación.

Noche de los hombres, noche del espíritu. Hay quien ha pensado que Luis –dada su reserva acerca de su propia experiencia mística– era inmune a las dolorosas pruebas del alma a través de las cuales pasa generalmente el itinerario de los santos. Un testimonio indirecto y muy discreto nos ayuda, en cambio, a entrever la vertiente interior del desierto de Luis, revelando en este corazón sacudido por la prueba, «una disposición a cruces íntimas muy penosas, a privaciones, abandono, arideces, anonadamiento y muerte...».

Tantos sufrimientos suscitan interrogantes rebeldes. ¿Cómo, por qué ha sucedido todo esto? ¿Cuál es el misterio de este hombre que atrae sobre su persona los rechazos y las incomprendimientos? ¿Qué clave se nos ofrece para poder penetrar en el sentido de una existencia anormal incluso en la historia de los santos?

Ante todo, debemos renunciar a una respuesta unitaria y simplificante, en nuestro afán de «descubrir» a Luis y el sentido de la noche que vive. Mejor dicho: la respuesta existe, pero brota de tantas respuestas parciales, aptas a hacer percibir la extrema complejidad de una situación humana.

Contemplemos a este sacerdote de treinta años: tiene, como escribe Pérouas, el perfil retorcido de un árbol que crece en la roca. Cada centímetro de este perfil revela trabajo, carencia de facilidad. La cadena de fracasos de Luis encuentra más de una raíz en la personalidad arrugada de un hombre que ha sabido no obstante suscitar amistades inviolables. Lo conocemos rico de posibilidades de simpatías profundas y raras reservas de ternura; pero poco inclinado a componendas; gusta de ir de frente; lejos de evitarlas, suscita dificultades en su camino. Marcado por el gusto del absoluto y un temperamento excesivo, es, sin remedio, indiferente a la alabanza y a la crítica. Luis es joven, vive aún esa fase más fatigosa de su lucha por la conquista del equilibrio y la dulzura, lucha de donde brotará un santo. No nos extraña, pues, verlo envuelto en el torbellino de afectos y resentimientos suscitados por su figura patética y generosísima de «extremista», de idealista apasionado, de amante solitario.

Y, sin embargo, la lectura psicológica es sólo el primer aspecto de una explicación. Imposible comprender a Luis, caña sacudida por el viento, fuera de la dialéctica de su tiempo y de su historia. El hecho es que Luis, con su carácter, sus gustos muy personales y sus actitudes externas, no encarna el tipo de hombre ni de sacerdote aceptado comúnmente en la sociedad de su tiempo. Vuelve una vez más el sentido moderno, actualísimo de la palabra «loco», aplicada al P. de Montfort. Este sentido nos ilumina acerca del que asume el rechazo que padece Luis María de parte de su mundo. Se ha colocado resueltamente en una posición de avanzada y constata que detrás de él se van cortando los puentes. Ha tratado de encarnar en un estilo «sencillo», carente de oropeles, una familiaridad extrema con la pobreza y con los humildes, para descubrir de nuevo todo el sabor de la «novedad» inherente al Evangelio de Jesucristo. La fuerza de su mensaje repercute contra él hasta el punto de confinarlo a la celda donde no tiene otros muebles que un vaso de terracota y una litera buena para «harapientos y miserables». Su situación de extra-legal neutraliza su afán

por la renovación de la Iglesia y su eficacia misionera.

Esta operación de marginamiento la ha realizado una época, no los hombres. Pocos temas –notémoslo de paso– como el debate integración-marginación tan familiar a nuestro siglo, tremendamente maltratado por el florecimiento de contestaciones y disensiones y la profundización del «underground»; pocas generaciones como la nuestra en grado de percibir lo sugestivo del grito de Luis Grignon por un mundo diferente, y la impostación que día –lo veremos mejor– al problema de devolver a los hombres de su tiempo, mediante un empobrecimiento radical de todo seudovalor, la dimensión de la esperanza.

Esto nos prepara, por lo demás, a captar el tercer aspecto de la explicación, que es el más complejo, porque hunde las raíces en una zona delicada y decisiva de la experiencia espiritual de Luis. Es la suya casi una vocación particular, dentro de la más amplia vocación cristiana: convertirse en señal, apóstol, profeta, del misterio de la cruz y con mayor precisión de la sabiduría, o locura, de la cruz, según la «alternativa» realmente radical que vive: hay que caminar a la sombra de este misterio para descubrir el sentido último de la existencia del P. de Montfort.

Esa caña sacudida pero no rota, se convierte, de ese modo, en voz de uno que grita en el desierto. Este sacerdote anticonformista revela en todos sus rasgos la tendencia a asemejarse al Hombre divino que lo ha llamado en seguimiento suyo. Y utilizando el derecho que nos brinda esta clave, podemos tratar de penetrar en la intimidad, por lo demás velada, de la pobre habitación a la cual la doble dimensión de «underground» y de celda eremítica brinda una fisonomía tan original.

Si alguien quiere espiar por la única ventana en el 'hueco' de la calle del Pot-de-Fer, una vez que el ojo se acostumbra a la penumbra, percibirá en ese pequeño local a un hombre en oración.

Su inmovilidad se prolonga horas y horas. El solitario no tiene horarios que respetar; en su desierto sólo Uno vela con él. Luis, sacerdote del pueblo, predicador itinerante, se dedica totalmente, con un movimiento rectilíneo, a la contemplación.

Habrán siempre en la vida del misionero, tiempos fuertes más o menos largos de recogimiento y soledad. Destrozado en proyectos en los que había gastado tanta vitalidad, a lo largo de días y noches vuelve a convertirse en pura disponibilidad a Dios.

¡Qué desconcertante este Luis! Si, excavando, pudiéramos llegar hasta el fondo de su alma, encontraríamos la alegría. Que se rehace bajo la zona de la sensibilidad ulcerada y tiene un rostro activo, una nota hecha grito, algo que va irrumpiendo.

Una pasión unitaria sostiene su oración y se hace perceptible a través de frases que lanza a dos almas profundamente dispuestas a recibir las: María Luisa Trichet, sola, con su hábito gris, emblema de una orden inexistente, entre los pobres del hospital y Guyonne-Jeanne, que a causa de una grave enfermedad corre el riesgo de ser despedida del monasterio donde había encontrado la paz y enviada de nuevo al mundo.

Dos hijas de la paternidad monfortiana, dos almas en espera, dos fidelidades pacientes. ¡Cuán aliadas tuyas las siente Luis y cómo les restituye el óbolo de su propia plegaria, mientras cada día «tiene entre sus manos criminales al Santo de los Santos»!

Al escribirles, se les revela él mismo: su 'padecer' por Dios no en la quietud de la posesión, sino en el gemido, en la espera, en la vigilia penetrado –a través de la experiencia de la cruz– por una profundidad de alegría que sólo pertenece a quien acepta en sí la coherencia pascual.

Una imagen enfoca hoy toda la experiencia interior de Luis: la búsqueda de la Sabiduría. Tema propuesto en sordina quizá por el P. Surin y manifestado en su vigorosa originalidad

a través de la creación del cenáculo que ha representado su parábola viviente. Desde ahora ese tema domina totalmente el horizonte de Luis, que hasta hoy nos tenía acostumbrados a otra terminología: la pobreza, la cruz, la Providencia, las potentísimas definiciones de la paternidad de Dios.

A la vertiente existencial representada por la hora de la calle del Pot-de-Fer, corresponde en su meditación la exigencia de una síntesis nueva. Cuando, en las cartas y en los cánticos oímos a Luis introducir el nuevo tema de la sabiduría, ignoramos todavía qué connotaciones asume el término en el léxico del Padre de Montfort, qué liberación de los pensamientos madurados en la lógica de la vida y de la experiencia busca en él y, a la vez, qué anticipación de los significados definitivos expresa con él.

Ya al comienzo de su permanencia en París había escrito a María Luisa Trichet, clarificando la orientación del período que vendría en seguida:

«La experiencia personal –más que tu propia carta– me hace saber que oras con insistencia a tu Esposo por este miserable pecador... Sigue, más aún, redobla las súplicas en mi favor. Que se trate de extrema pobreza, de una cruz muy pesada, de abyecciones y humillaciones: todo lo acepto, con tal que –al mismo tiempo– pidas a Dios que está a mi lado y no me abandone un solo instante a causa de mi infinita flaqueza. ¡Oh, qué riqueza!, ¡qué gloria!, ¡qué placer!, ¡si con todo esto alcanzo la divina Sabiduría por la cual suspiro día y noche!».

Estas palabras se hallan confirmadas por otras escritas el 24 de octubre de 1703 a la misma María Luisa Trichet:

«Te quedo infinitamente agradecido. Experimento los efectos de tus plegarias, porque me encuentro empobrecido, crucificado y humillado como nunca. Hombres y demonios, en esta gran ciudad de París, me arman una guerra muy amable y dulce. ¡Que me calumnien, que me ridiculicen, que hagan jirones mi reputación, que me encierren en la cárcel! ¡Qué regalos tan preciosos! ¡Qué manjares tan exquisitos! ¡Qué grandezas tan seductoras! Son el equipaje y cortejo de la divina Sabiduría, que Ella introduce en casa de aquellos con quienes quiere morar. ¡Oh! ¿Cuándo lograré poseer a esta amable y desconocida Sabiduría? ¿Cuándo vendrá a morar en mí? ¿Cuándo estaré tan engalanado que pueda servirle de refugio en un lugar donde se halla sin techo y despreciada?»

¡Oh! ¿Quién me dará a comer ese pan del entendimiento con el que Ella alimenta a sus mejores amigos? ¿Quién me dará a beber ese cáliz con el que calma la sed de sus servidores? ¡Ah! ¿Cuándo me hallará crucificado y perdido para el mundo?»

Discurso entrecortado y apasionado, matizado de interrogaciones y exclamaciones que revela con abandono y transparencia insólitos la intimidad de Luis Grignon. Una necesidad absoluta de gritar los propios sentimientos, que hallan un eco en un alma hermana, guía la pluma del solitario. Aquel hombre aprisionado descubre en el fondo de su propio ser una pasión de amor, la misma que, en un cántico de aquella época sobre la sabiduría, le ha dictado a Luis el lenguaje delicado del amor esponsal:

«Dime, Sabiduría: ¿en dónde está tu casa?
¡Volaré allá en seguida, mi ley es el amor!...
Si eres tú, Reina mía, la que me hiere el alma,
amo tan honda pena cual mi mayor solaz...».

¿Cómo no pensar, ante la agilidad con que Luis transforma el sentido de la propia noche, en las expresiones que en San Juan de la Cruz marcan el ritmo de la descripción de la subida del monte del amor?

«El primer grado de amor hace enfermar al alma provechosamente. En este grado de amor habla la Esposa cuando dice: *Conjúroos, hijas de Jerusalén, que si encontráredes a mi Amado, le digáis que estoy enferma de amor...* Se causa en el alma, por razón del Amado, un ordinario *sufrir sin fatigarse*, porque... todas las cosas grandes, graves y pesadas, casi ningunas las hace el amor... En este grado en el amante tanta es la vehemencia que tiene por comprender al Amado y unirse con Él, que toda dilación, por mínima que sea, se le hace muy larga, molesta y pesada, y siempre piensa que halla al Amado. Y cuando se ve frustrado su deseo (lo cual es casi a cada paso), desfallece en su codicia, según, hablando en este grado, lo dice el salmista diciendo: *Codicia y desfallece mi alma a las moradas del Señor*» (Noche oscura 2,19, nn. 4-5).

El cuarto y quinto grado de amor, en la escala de san Juan de la Cruz, el amor de sufrimiento y el amor unitivo, se entrelazan en el movimiento que ha dictado a Luis los textos de este período. La fuerza de las expresiones allí contenidas va medida por las pruebas que Luis experimenta. Además, encontramos aquí el eco de una dialéctica típicamente monfortiana, no sólo el estremecimiento belicoso que recorre sus escritos, en el gesto que se granjea toda la enemistad del mundo –«que me calumnien, que me ridiculicen, que se haga jirones mi reputación, que me encierren en la cárcel... Los hombres y los demonios me hacen una guerra muy amable y dulce»–, sino también en la insistencia en la sugestiva inversión de valores (pobreza-riqueza, dolor-gozo) capaz de brindar como sentido último de la «novedad» cristiana la experiencia misma de Luis que ha vivido como hombre «perseguido» y «crucificado».

Y, sin embargo, la más notable originalidad de las expresiones monfortianas, respecto al lenguaje variado de los místicos, se halla en la designación de la sabiduría como objeto de los ardientes deseos y compañera del itinerario esponsal.

En su escondite de la calle del Pot-de-Fer –tal parece, por lo menos, la hipótesis cronológica más probable– Luis escribió un libro, para sí mismo y para la Iglesia. Se llama *El Amor de la Sabiduría Eterna*. En este libro, donde recoge los temas desarrollados en conferencias a los seminaristas del Espíritu Santo, consignó su respuesta a la crisis que amenazaba asfixiarlo. Es el triunfo sobre la crisis y –a contraluz– una lectura de la crisis misma, hecha en el amor y la contemplación. Abrir este librito se convierte, pues, en algo indispensable para captar el auténtico secreto de la calle del Pot-de-Fer.

Capítulo 6

VIGILIA NUPCIAL

Hay en las páginas de Luis, una primera definición de la sabiduría, como «*sapida scientia*, o gusto de Dios y de su verdad»: es decir, con rostro activo, afectivo, concienzal del tema de la verdad, con la intención de formular un arte de vivir.

Luis se ubica en continuidad profunda –pero también en contraposición con los «sabios del siglo», cambiando totalmente de signo– con ciertos aspectos prácticos y antiespeculativos de la civilización que lo ha formado. ¿Qué fue el Seiscientos francés todavía palpitante y moribundo en el horizonte de Luis, con sus apólogos y «máximas», su teatro y epistolarios, las «memorias» y «caracteres», los «pensamientos» y la novela, sino un programa complejo y muy articulado del arte de vivir? Notemos también el corte –

incluso él– antiespeculativo de la amplia modulación espiritual y poética de Luis sobre el tema de la Sabiduría. Notemos cómo palpita en las páginas de Luis –y sobre todo en la consideración frontal, a través de la identidad de sabiduría y cruz, del misterio del dolor– el problema humano de la alegría.

«Los tuyos sufren, lloran, ven a mi pecho;
sus armas son las cruces, tiende tu vuelo.
Perdona mis pecados: corta, echa al suelo.
Buscas una morada, ven a mi pecho;
sin tardar, a toda hora, tiende tu vuelo.
Sea mi pecho tu casa: ¡qué hermoso y bueno!
Tú mi vida y mi estrella, ven a mi pecho;
tú, mi Madre y Esposa, tiende tu vuelo.
Tendré la paz contigo y el gozo eterno.
Eres incomparable, ven a mi pecho;
el oro, ante ti, arena, tiende tu vuelo.
Contigo estoy –sin oro– rico y contento...»

Luis, en toda la primera parte de su itinerario, se nos ha presentado en lucha con el problema más profundo de su existencia: «encontrarse» en el plan de Dios: encontrando, palpando el valor esencial. El gráfico externo de la vida de Montfort viandante y peregrino perpetuo, vagabundo y apóstol, expresa también simbólicamente el sentido de esa búsqueda incansable. «Busco la Sabiduría, ayúdame a encontrarla... Acepta los movimientos de mi pluma como si fueran otros tantos pasos que diera en busca tuya». Antes que una carrera misionera, una oblación en favor de los demás, el itinerario monfortiano traduce a la letra, en forma visible, la «inquietud» agustiniana que Dios sólo puede aplacar.

Un hombre que busca. La naturaleza y las circunstancias han predisuesto a Luis a una visión singularmente dinámica de los senderos del espíritu y de la misma experiencia mística. Conocemos su temperamento activo, apasionado, rico en iniciativas, sediento de libertad y sus luchas interiores, su espíritu de combate, sus manos fuertes que construyen a lo grande, su soledad de centinela para descubrir tierras nuevas.

En los escritos de Montfort, con su estilo nervudo y directo, sobreabundan los verbos de actividad, de afecto, de movimiento. Otro tanto, en la descripción de la experiencia cristiana, los calificativos suavemente redundantes, que sugieren no tanto los aspectos estáticos e intrínsecos de la verdad cuanto su rostro vuelto hacia el hombre, su caminar al encuentro de gemidos profundos. Baste considerar la importancia en la fraseología monfortiana de temas como «el gusto» y «el deseo». El movimiento hacia Dios responde en esa forma al que de Dios viene hacia sus creaturas, a la amorosa búsqueda que del hombre hace la Sabiduría. Que es, escribe De Fiores, «el Hijo de Dios hecho hombre, considerado en su dinamismo hacia el hombre: es la persona que encierra en sí todos los tesoros de Dios y concreta la iniciativa divina de hacer feliz al hombre: 'la Sabiduría es para el hombre y el hombre es para la Sabiduría'».

En el girar de este dinamismo, de esta mutua «búsqueda» se realiza para Luis Grignon la vida interior. Allí se origina otro dinamismo, el del hombre hacia el hombre, el del apóstol hacia la inserción activa y salvífica en el mundo: «No habiendo nada más activo que la Sabiduría... no deja marchitar en la tibieza y la negligencia a quienes poseen su amistad. Los hace totalmente de fuego; les inspira grandes empresas por Dios y por la salvación de las almas».

En el centro, pues, del texto monfortiano hay un tema que brota del corazón del escritor y es clave del itinerario y del destino de un santo: Cristo Sabiduría y Sabiduría crucificada. Las sugerencias de los libros sapienciales, tan caros a Montfort, que muestran a la Sabiduría divina en busca del hombre y como objeto de los anhelos humanos, se completan con la temática de la primera carta a los Corintios, que es la página bíblica esencial para comprender a Luis Grignon:

«Cristo... me mandó... a dar la buena noticia, y eso sin elocuencia, para que no pierda su eficacia la Cruz del Mesías.

«De hecho, el mensaje de la Cruz para los que se pierden resulta una locura; en cambio, para los que se salvan, para nosotros, es un portento de Dios, pues está escrito: *'Anularé el saber de los sabios, descartaré la cordura de los cuerdos'*.

«... Pues mientras los judíos piden señales y los griegos buscan saber, nosotros predicamos un Mesías crucificado, para los judíos un escándalo, para los paganos una locura; en cambio, para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Mesías que es portento de Dios y saber de Dios; porque la locura de Dios es más sabia que los hombres y la debilidad de Dios es más potente que los hombres».

Bajo el pensamiento de Montfort se halla ciertamente el de los Padres. Dos corrientes espirituales influyen, sin embargo directamente sobre él: la primera, el filón ignaciano al que Luis se ha llegado desde la adolescencia y en cuyo radio entra quizá más a fondo ahora que frecuenta la biblioteca de la «Casa del Tercer Año» de los jesuitas contigua a su refugio de la calle del Pot-de-Fer. En esa biblioteca ha podido encontrar algunas obras que tuvo presentes durante la redacción de *El Amor de la Sabiduría Eterna*, tales como *De la connaissance et de l'amour du Fils de Dieu*, de Saint-Jure; escritos de Nepveu, Boudón, etc.; *L'homme d'oraison*, de Jacques Nouet, y las Máximas de Bonnefons, resumidas por él o incluso citadas literalmente en su propia obra.

La otra corriente es la Escuela Francesa, especialmente representada, en lo que se refiere al desarrollo del tema de la sabiduría y la apropiación teológica de ese atributo de parte de la segunda Persona de la Trinidad, por Bérulle, Olier y San Juan Eudes.

Siempre presente en la milenaria literatura cristiana, el tema de la Sabiduría ocupa un sitio importante aunque no decisivo en el pensamiento espiritual del Seiscientos francés. Bérulle señala sus cadencias trinitarias y lo relaciona con el misterio de la encarnación; Olier, insistiendo en el aspecto moral de la Sabiduría, la pone en relación con el espíritu de infancia espiritual, que se consigue mediante la vida de unión y de dependencia filial. San Juan Eudes presenta a la Sabiduría como «la esencia misma de Dios», la luz en la cual se conoce Él perfectamente a sí mismo y de la cual María es «una expresión maravillosa». La personificación de la Sabiduría encarnada aparece también insistentemente en otros autores del siglo XVII, tales como Lallemand, Saint-Jure, etc. Saint-Jure –quizá tras las huellas de Don Claudio Martin– puede haber sugerido a Luis la idea de un desposorio con la Sabiduría. A fines del siglo XVII, la idea del Cristo Sabiduría se precisa más aunque permanece fragmentada por medio de obras diferentes. Los puntos de vista parciales no se organizan en una perspectiva general, de amplio aliento, sobre la Sabiduría eterna, encarnada y crucificada, cuya consecución significa vivir la vida de Cristo conocido y abrazado en el misterio de su anonadamiento.

El P. de Montfort llega en un período meridiano, uno de esos períodos en los cuales parece que ya todo está dicho y se ubica en forma directa en esta perspectiva reunificadora: es el fulgor original que día a la contemplación del Verbo encarnado, piedra angular de la espiritualidad de la Escuela Francesa. Y efectivamente, su contemplación realiza un

teocentrismo puro, tocando en la expresión el lirismo sencillo de la Escuela Francesa, con su apertura a los ritmos de la alabanza desinteresada, con la identidad teológica de las fórmulas devotas, según la nota claramente beruliana de «unir la piedad con el dogma y viceversa» (Bremond). Volvemos a encontrar todo esto en la «actitud interior, despojada, silenciosa» en donde mana y a la cual regresa la meditación monfortiana sobre la Sabiduría: «Aquí es preciso cerrar los ojos para no quedar deslumbrados ante luz tan viva y resplandeciente... Aquí es preciso que todo espíritu se anonade y adore, temeroso de verse oprimido por el peso inmenso de gloria de la divina Sabiduría al intentar sondearla».

Ya se advirtió cómo el P. de Montfort utiliza en los cánticos y en *El Amor de la Sabiduría Eterna*, el lenguaje amoroso propio de su tiempo, para delinear la imagen femenina de la sabiduría, esposa que se alza en el horizonte del misionero hasta ahora dominado por la figura de María, la Madre bondadosa. Una delicada evolución íntima brota en Luis de la profundización teológica y espiritual respecto de Cristo Sabiduría, profundización que revela una comprensión nueva de la «relatividad de María en relación con Cristo y con la vida cristiana, y de la devoción a Ella como desapego de sí mismo» y camino de unión con el Hijo.

El encuentro con la Sabiduría aparece, escribe Pérouas, «como una transformación del psiquismo de Luis, como un avanzar de su fe y una conquista intelectual». En la perspectiva fundamental de los Libros Sapienciales leídos como «carta de un amante a la amante, para conquistar su amor», se descubre toda la historia de la salvación, bajo un ángulo visual autónomo respecto al que Luis había asimilado en San Sulpicio.

Esta premisa, esta opción unificadora, es un acto creativo, genial, en el que se revela la grandeza del autor espiritual. Pero si las páginas de Luis tienden a desarrollar con amplitud la sustancia doctrinal y teológica del tema de la sabiduría, la vibración más profunda se despierta en él gracias a la fusión de la temática sapiencial con la de la cruz: paradoja cristiana sobre cuyo fundamento construye el propio edificio y a cuya luz penetra en el misterio del Hijo de Dios.

La estructura del libro refleja el enlace de un doble ritmo: el primero es el de la meditación cristológica: «Contempla –escribe Poupon– a la Sabiduría divina, personificada en el Hijo del Padre; contempla a la misma Sabiduría que se expresa en el plano temporal, mediante la creación del universo. La contempla encarnada y anonadada en su vida mortal, gloriosa y triunfante en el cielo. Bajo el fulgor del luminoso tríptico, descubre los medios para comunicar a la Sabiduría, especialmente la mediación de María, o más bien la unión constante a esa mediación providencial y necesaria».

Este ritmo se entrecruza, en la obra de Montfort, con una sucesión de pasajes que focalizan las mismas realidades en la clave de un itinerario espiritual, que culmina en la unión con el Crucificado. La sabiduría es, dice Luis, «una ciencia sabrosa, *sapida scientia*, o sea el gusto de Dios y de su verdad», ciencia de las cosas de la naturaleza y de la gracia «nada ordinaria, árida y superficial, sino extraordinaria, santa y profunda». Es «un ojo del corazón» abierto a la lógica de Dios: es, en realidad, el conocimiento de Cristo, la participación de la luz de Él como Sabiduría sustancial y encarnada. No se la obtiene sino en una comunión de vida con Él: porque «la Sabiduría es Dios mismo: ésta es la gloria de su origen». Tiene un nombre propio, el del Hombre-Dios: Jesús. El objeto real de esta obra dedicada a la Sabiduría, es el problema –fundamental en la experiencia de fe– del conocimiento vital de Jesucristo y del camino de unión con Él. El asunto inicialmente doctrinal desemboca en cadencias apasionadas propias del lenguaje místico: incluso aquí canta a la Sabiduría con palabras que sugieren el misterio nupcial. Es la esposa cuyas bodas

se celebran en la Cruz.

Porque en la terminología del P. de Montfort, «poseer y conservar la Sabiduría» y «unirse a Jesucristo para llevar la cruz en su seguimiento» son expresiones equivalentes. «Este es el mayor secreto del rey, el mayor misterio de la Sabiduría eterna: la Cruz». La cruz pone de manifiesto la íntima y absoluta diferencia entre la sabiduría del mundo y la de Dios, que es la sabiduría del Amor. Ella es el abismo en el cual se pierden los pensamientos humanos, y la suprema revelación del misterio del amor de Dios. La Sabiduría «se ha unido tanto y como incorporado a ella (la cruz), que ni ángel, ni hombre, ni creatura alguna del cielo y de la tierra pueden separarla de la cruz. Su vínculo es indisoluble y su alianza eterna...». Y con mayor insistencia: «Jamás la cruz sin Jesús ni Jesús sin la cruz».

Cuando vino a nuestra historia a revelar la «sabiduría» de la verdadera caridad, del ser y no del tener, de no guardar para sí nada celosamente, de la cercanía sin fronteras; cuando vino a abrirnos los ojos sobre las cosas humildes y verdaderas que son grandes a los ojos del Padre, invirtiendo el razonamiento humano acerca de la grandeza y la gloria, este Dios rechazado e incompreso muere en la cruz: el Hombre que ha recorrido esa experiencia, ser mudo compañero de camino de Luis Grignon.

Poco santos quizá han sentido tan fuertemente el escándalo de la cruz y el juicio que irradia el misterio del Gólgota. Si hemos podido comenzar con una página de san Pablo sobre la Sabiduría este breve excursus sobre la meditación monfortiana, otro texto paulino la recoge y explica toda. Es el himno cristológico de la carta a los Filipenses: texto que contempla la cruz, la «kénosis» y la gloria. Son los temas que atraviesan de una parte a otra no sólo El Amor de la Sabiduría Eterna, sino la experiencia y la vocación de Luis: este apóstol que, queriendo hacer suyas «las más tiernas inclinaciones del Corazón de Jesús» – en primer lugar, su opción por los pequeños– siempre se encontrará más involucrado en el ritmo profundo del misterio pascual.

Se impone una reflexión. Luis comprende la sabiduría como origen de un juicio –una «crisis», en sentido bíblico y juánico del término– y en la perspectiva de ese juicio se ubica la meditación monfortiana. Pero el autor insiste casi exclusivamente sobre el atractivo, dignidad y amabilidad, sobre la «dulzura» de la Sabiduría increada y encarnada: «esta ciencia supereminente de Jesús es la más noble, la más dulce, la más útil y necesaria de todas las ciencias y conocimientos del cielo y de la tierra...». No el temor, sino la «gracia» intrínseca, la belleza irresistible del acto divino y gratuito de amor, suscitan en el hombre la dinámica del seguimiento, de la ofrenda y de la fidelidad. Esto responde ciertamente a la más profunda experiencia de Luis y pasa, intacta a la pastoral del misionero.

Luis Grignon, con sus ojos fijos en la cruz, con su dramático y notabilísimo sentido del bien y del mal, podíamos imaginarlo, en el púlpito y por los caminos, como un apóstol severo, de acentos fácilmente ásperos y dolorosos: y, sin embargo, lo que ha proclamado –tendremos de ello la mejor confirmación profundizando en la acción del misionero– es este cántico del amor o de la alegría, esta invitación que llama a los pobres a la fiesta nupcial, a los sedientos a la fuente, a los niños a la danza. Este rescate ofrecido, con infinita disponibilidad en el servicio, a la pregunta que se levanta desde el hombre sobre los significados y valores, sobre el dolor y las derrotas. Más aún que una advertencia y una consolación, es un «Magnificat» cantado por el mendigo de la calle del Pot-de-Fer al Dios que se revela como Amor.

Ese fue el P. de Montfort. La obra de juventud en su fragancia nunca apreciada, muestra la fisonomía del sacerdote, animada por la Buena Noticia que sabe proclamar: y nos parece decisiva para conocerlo a él, a Luis Grignon, –el hombre que anuncia la humildad de

Dios—, cómo debe haber sido en lo íntimo, plasmado, transformado, martillado por las exigencias de semejante anuncio. ¿Hasta qué punto su meditación sobre la dulzura de Jesús refleja la tensión constante de la existencia del apóstol que un día de cara a la muerte — ¿coincidencia o signo?— pronuncia sobre este tema su última predicación? Desde El Amor de la Sabiduría Eterna hasta el sermón final sobre la dulzura de Jesucristo, veremos incendiarse y consumarse la aventura del misionero y revelarse como entre dos polos la corriente unificadora que la atraviesa.

La prosa del P. de Montfort se presenta como un tejido denso de citas sobre todo escriturísticas, a veces explícitas, en otras ocasiones capaces de nutrir veladamente el pensamiento del escritor. día amplio espacio a la interpretación figurada de los pasajes bíblicos. Y, curiosa constatación: este férreo adversario del jansenismo ha leído la Biblia en una traducción de un hijo de Port-Royal: Le Maître de Sacy.

Fuera de las referencias a la Escritura y a la liturgia, las páginas del P. de Montfort llevan las huellas, más o menos evidentes, de las lecturas del misionero. El trasfondo de la preparación cultural está no obstante como reabsorbido por un aliento de otro orden que guía la mano del escritor: «la ciencia del doctor —escribe Christoflour— aparece como inflamada y febricitante a causa de la pasión del místico. Pertenece al número de aquellos de quienes dice Pascal, que la verdad les entra por el corazón antes que penetrar por la inteligencia».

Dado que la obra del P. de Montfort pertenece con pleno derecho a la «historia de la literatura» de la experiencia religiosa, nos proponemos aquí un breve encuentro con el escritor y el poeta de la Sabiduría, teniendo en cuenta que Luis se entrega con intención muy particular al trabajo literario: a modo de sello de sus escritos se podrían colocar las palabras del cántico «A los poetas del tiempo», una especie de «arte poética» que expresa la estética del misionero:

«Mis cantares no son para encantaros,
que vosotros pensáis en rimas bellas,
grandes poetas, gentes importunas...
¡Otros carguen allá con vuestras reglas!
...Os ofrezco mis versos y mis cantos;
no son hermosos, pero sí son buenos;
no acarician sonoros el oído,
pero cantan altísimos portentos».

No escribo para Uds., hombres de mundo, dice el P. de Montfort. No tengo ambiciones formales ni aspiro a enseñorearme de los secretos de la belleza. Escribo para los pequeños y sólo para comunicarles las palabras de la verdad. De esta impaciencia, de este propósito de sencillez, quedan las huellas en la hechura misma de la obra monfortiana, deliberada e inmediatamente colocada al servicio del Evangelio, «para que no se inutilice la cruz de Cristo».

Luego de estas premisas, no esperaremos encontrar en el P. de Montfort a un escritor de raza, hijo de una cultura literaria madura, que añade al decoro del estilo una fuerza personal excesiva y algunos filones de poesía.

Esa es la paradoja que presentan los libros monfortianos. Si ahondamos más allá de la superficie de la escritura, terminaremos por reconocer una tensión de fondo: sí, tensión o compenetración entre la sabiduría del escritor y la «pasión del místico», de donde brota la

tonalidad propia del estilo monfortiano. Que se desborda, en los momentos más afortunados, con un poder concentrado, encadenado en el aliento regular de la expresión. Tiene la dignidad del «gran siglo» y, además, algo que sólo un hombre de gran carácter e intensa oración logra infundir en ella. Sabemos que el P. de Montfort escribe sobre todo en el retiro y el silencio; fruto de vida y de interioridad, la obra monfortiana lleva la marca del recogimiento obstinado y transformador de un santo.

Tiene al escribir una múltiple redundancia de apóstrofes, exclamaciones, vocativos, que caracterizan una retórica vivida, una dialéctica del sentimiento. Dos procedimientos califican su estilo: el uso frecuente de una imagen circunstanciada, analítica, guiada en su movimiento de notable fuerza de significado; la repetición que intensifica o el retomar rítmicamente los puntos iniciales, en los largos períodos del siglo XVII, frecuentes bajo la pluma del P. de Montfort. No encontraremos jamás en los labios de Luis el olvidadizo balbucir de los místicos en lucha con lo indecible: el grito de Jacopone, las palabras entrecortadas de María Magdalena de Pazzis son desconocidas para este escritor, que, incluso cuando compone oraciones, y «súplicas ardientes», las desarrolla en un discurso de una sintaxis recargada, en una amalgama de vida y doctrina, de pensamiento y pasión. Plegarias éstas destinadas a la lectura, a la meditación; páginas éstas que no entregan sus secretos al primer acceso. A una de ellas, el himno en que culmina El Amor de la Sabiduría Eterna ha podido dedicar Poupón todo un volumen de exégesis, encontrando en ella todas las líneas principales de la espiritualidad monfortiana.

La obra juvenil sobre la Sabiduría posee su propio encanto: la impregna un perfume de Cantar de los Cantares, posee la transposición –dentro de la grave y exquisita dignidad del siglo XVII francés– del ritmo de un salmo o un pasaje sapiencial. Leída de principio a fin, presenta un fresco amplio y sencillo, palpitante de movimiento y dramatismo. Luis es un pintor maravilloso de paisajes del alma: miremos, por ejemplo, la sugestiva escena de la creación y de la caída, y la del «combate» entre la Sabiduría eterna y la Justicia en el «gran consejo» donde se decide la Encarnación.

Una particularidad literaria más concreta la encontramos en una vena que serpentea a través de los escritos de Montfort, emparentándola con tanta literatura del siglo XVII francés: es la observación moral, severa, un tanto despiadada, psicológicamente penetrante, una mirada que ahonda en el corazón partiendo de la consideración del comportamiento social, conforme a una antigua y persistente inclinación de los autores franceses. Una fina y amarga experiencia de los hombres, una fuerza satírica puesta al servicio de su hondo rechazo del mundo, se encuentran en el P. de Montfort con un vívido y llamativo realismo, de sello popular. Figurillas del gusto de los «caracteres» de La Bruyère se recortan en sus páginas. El Amor de la Sabiduría Eterna ofrece de ello el ejemplo más importante en la descripción del sabio según el mundo, que hay que citar en su totalidad, porque representa uno de los puntos nucleares de la temática monfortiana:

«Consiste esta sabiduría mundana en una perfecta armonía con las máximas y modas del mundo; en una tendencia continua a la grandeza y estimación; en la búsqueda constante y solapada de los propios caprichos e intereses; pero no de modo patente y provocador con algún pecado escandaloso, sino de manera habilidosa, astuta y engañosa; de lo contrario, ya no sería sabiduría ni siquiera según el mundo, sino libertinaje.

«Sabio, según el mundo es quien sabe desenvolverse en sus negocios y consigue sacar ventaja de todo, sin dar la impresión de buscarlo; quien domina el arte de fingir y engañar astutamente, sin que nadie se dé cuenta; quien conoce perfectamente los gustos y cumplidos del mundo; quien sabe amoldarse a todos para conseguir sus propósitos, sin preocuparse ni

poco ni mucho de la honra y gloria de Dios; quien armoniza secreta pero funestamente la verdad con la mentira, el Evangelio con el mundo, la virtud con el pecado y a Jesucristo con Belial; quien desea pasar por honesto, pero no por devoto; quien desprecia, interpreta torcidamente o condena con facilidad las prácticas piadosas que no se acomodan a las suyas. Finalmente, sabio según el mundo es quien, guiándose sólo por la luz de los sentidos y de la razón humana, trata únicamente de salvar las apariencias de cristiano y hombre de bien, sin preocuparse en lo más mínimo por agradar a Dios y expiar, por la penitencia, los pecados que ha cometido contra la divina Majestad.

«Tiene siete móviles que considera inocentes y en los cuales se apoya para llevar una vida tranquila: la honra y la fama, el qué dirán, la moda, la buena mesa, el interés personal, la afectación en los modales, el chiste fino.

«Tiene virtudes particulares que le valen ser canonizado por los mundanos: la valentía, la delicadeza, la diplomacia, la sagacidad, la galantería, la cortesía, la jovialidad. Mira, en cambio, como pecados enormes la insensibilidad, la simplicidad, la pobreza, la rusticidad, la santurronería.

«Sigue con la mayor fidelidad posible los mandamientos dictados por el mundo:

Conoce bien el mundo;

Vive como hombre honrado;

Conduce bien tus negocios;

Conserva bien lo que tienes;

Procura salir del polvo;

Procura ganar amigos;

Frecuenta la alta sociedad;

Como y bebe bien;

No seas causa de melancolía;

Evita la singularidad, la rusticidad y la santurronería».

Esta página seca, realista, irónica ofrece –paradójicamente– la contraluz necesaria para captar el núcleo más original del mensaje de Luis, y valorar los aspectos proféticos y carismáticos de su vida.

Resulta una página insuperable, este retrato despiadado y, sin embargo, casi divertido del «mundo», cuyas grandes tinieblas no se evidencian, como tampoco su pecado en toda su profundidad de negación, sino más bien el rostro «burgués» y la medida mediocre; no el rechazo, sino ese modo más sutil de rechazar que es la componenda; no el ateísmo, sino un Dios redimensionado, encerrado en el marco macizo de los egoísmos humanos; una Palabra que ya no habla, un Amor del que ya no se vive, una Presencia velada que no devora ya; un universo desflorado por la pérdida del insustituible, es decir, la nostalgia del Santo de los santos.

La descripción de Luis presupone un largo y doloroso codo a codo con este hombre sin grandeza. Ha renunciado, para trazar su retrato, al azote del profeta, y descendido a una escritura descarnada y muy sabrosa dentro de su nervuda brevedad. Una vez más te sorprende este hombre de violentos claroscuros, cuyos análisis, sin embargo, son intensamente agudos y delicados, este idealista que ha sabido asumir la realidad prosaica y ver las cosas demasiado cercanas que ojos acostumbrados ya no logran percibir.

Esta página escrita en 1703 te desconcierta más aún. La puedes repetir, casi sin cambiar una coma y aplicarla a ti mismo y al mundo en que vives. Tiene la fuerza de la palabra que discrimina y juzga. Quizá ella sola bastaría, con el poderoso pensamiento en que se apoya, para dar a Luis María un puesto entre los «moralistas» del gran siglo y sin lugar a dudas

entre los clásicos de la vida espiritual.

Aparece en estas páginas de Luis una expresión que las caracteriza totalmente, que es imposible de traducir o reemplazar y las ubica en la historia, dándoles una edad y una patria, como una fecha de nacimiento: «*tu vivras en honnête homme...*». El «honnête homme», ese exquisito producto del gran siglo, ídolo polémico cuya presencia nos ayuda a comprender, por absoluto contraste, a Luis Grignion y la «sabiduría» que vive.

Revisa la figura del «honnête homme», un tanto inquietante e inaferrable, a través de los escritos mayores o menores del siglo XVII y a través de la imagen de la moral y de la convivencia social que ellos sugieren... e inútilmente buscarías una definición unívoca: cada uno la interpreta a su manera. Tenemos, como escribe Juan Macchia, un «honnête homme» de Nicolas Faret, un «homme de qualité» de De Chalesme, el «honnête homme» de Pascal y de Chevalier de Meré... En general, heredero de una tradición renacentista, es la proposición de un humanismo y designa un umbral de armonía en la que el orden mundano y el aspecto formal resultan decisivos.

El *honnête homme* que cita el P. de Montfort no es el «hombre de bien» cargado de inquietudes religiosas de Chalesme, sino el sutil y genial epicúreo de Meré o de Molière, protagonista ideal de una civilización de salón que, no obstante, abrió al joven Pascal encerrado en los límites febriles de la ciencia algún camino hacia el auténtico conocimiento del hombre.

No aparecen demasiado analizados ni repulidos el decálogo monfortiano que describe el mal moral del mundo, ni sus «recetas» a veces bien pormenorizadas para alcanzar otra sabiduría. Una teoría de la «honnêteté» obediente a una técnica minuciosa había sido construida por Chevalier de Meré e hizo época en la historia del vestido y la comida, a lo largo de este siglo de «artes de vivir». Es una técnica de la felicidad que no prescinde de la «nobleza del corazón», de la «sublimidad del espíritu» y, en general, de la virtud, pero la filtra a través del criterio de la «bienséance», noción sólidamente autónoma en sí misma respecto de la exigencia moral, «como ley que imponga apaciblemente un nuevo comportamiento social» (Macchia). Es una técnica para encontrar en forma muy pensada las condiciones de la felicidad en el corazón de la vida social a través del «sueño universalista de un hedonismo enteramente racional», coronado por una serenidad intelectual y sensorial que no se deja perturbar por la pasión ni la piedad y que se expresa a través del respeto supremo al simbolismo de la forma.

¿Quién es entonces el «honnête homme»? En el plano psicológico es el hombre del cálculo no el del riesgo: el que ignora la irrevocable generosidad de la apuesta final. Es el hombre de lo útil, no de la piedad y, además, el que hace del lenguaje de la convención su código primario de comunicación con los demás.

Así aparece el humanismo laico reinante en la sociedad que ha constituido, al menos en parte, el horizonte de la vida de Luis Grignion. Y ¡qué aguda conciencia de la fisonomía de su propio tiempo ha manifestado este caminante soñador, al denunciar con amargura la tibieza, la hipocresía, la mezcolanza de la verdadera fe con la religión ambigua y profana de la «honnêteté»!

«Nunca ha estado el mundo tan corrompido como hoy, porque nunca había sido tan sagaz, prudente y astuto a su manera. Utiliza tan hábilmente la verdad para inspirar el engaño; la virtud, para autorizar el pecado; las máximas de Jesucristo, para justificar las suyas... que incluso los más sabios según Dios son víctimas de sus mentiras».

Con el corazón inflamado por esta amargura, en la calle del Pot-de-Fer, Luis puso mano a *El Amor de la Sabiduría Eterna*. La elección de la sabiduría –sabiduría-locura de la cruz y

del amor– como perspectiva para una síntesis del misterio cristiano es en sí respuesta, no sencillamente a la lógica del mundo, sino a la de un mundo refinadísimo, donde hay un punto culminante de civilización y valores immanentes; un mundo que va consumiendo hasta la quintaesencia el lenguaje de la ciencia y de la filosofía, de la utilidad y de la belleza... El oro luminoso de esta gran civilización, con sus componendas absolutas, sus delicadezas decadentes forma el marco proporcionado a los gestos rudos de primitivo del P. de Montfort, el hombre que ha gastado sus pies por los caminos de Francia, el hombre de las manos vacías, el evangelizador de los pobres.

No se trata de presentar realmente a Luis en contraste con la figura del libertino ateo, o del gran pecador. Sino en contraste con el «honnête homme», que no arriesga nada, que no se atreve a nada, que no ama, que es un monumento delicado de consistencia humana en cuyo rostro el decoro estético y la fascinación de la razón enmascaran la futilidad de las pupilas vacías.

A este hombre opone Luis Aquel que Pilato presentó «sin gracia ni belleza», en la desnudez de su don total. Es lo que significa para él cargar la cruz, gritar ante su siglo las bienaventuranzas y aceptar en su propia vida las consecuencias de la lógica de Dios. No clamaría tan fuerte, si no sintiera una urgencia tan profunda. Paga en su persona, vinculado a su tiempo por hilos invisibles de una corresponsabilidad devoradora. A esta luz debemos leer, también en lo sucesivo, toda la carrera del misionero: calibrar sus «calvarios gigantes», comprender sus gestos furibundos de amor; gestos que endosan por medio de un lenguaje que posee el dramatismo de la simbología profética, el riesgo y la pasión espiritual que una civilización cada vez más laica ha rechazado.

Capítulo 7

«AQUEL QUE AMA TANTO A LOS POBRES»

Al oeste de París se levanta el Monte Valeriano, un cerro cubierto de nieve en invierno, recortando contra el cielo su fuerte y claro perfil a modo de centinela de la región circundante.

No es muy elevado, pero el aire parece ya más limpio. El lugar respira también otro encanto: ha sido durante siglos cuna de experiencias de fe y oración. En el siglo XV, un solitario llamado Antonio vivió allí por largo tiempo y construyó un oratorio. Y Juan Gersón escribió un reglamento para sus jornadas de amplia libertad. A comienzos del siglo XVII una comunidad de ermitaños, renueva sobre la colina la tradición de esas presencias.

Son figuras blancas, vestidas de lana como frágil protección contra el rigor del invierno. Cada uno de ellos habita en su propia celda y se une a los demás para los actos comunes y para la Eucaristía. Son pobres y penitentes, obedecen al más anciano de ellos, que, en 1704, se llamaba Fray Juan. Por intermedio de un eclesiástico dependen del Arzobispo de París. Reparten el tiempo entre oración y trabajo manual. Han afrontado rudos trabajos, logrando cambiar poco a poco la fisonomía del lugar devastado en otros tiempos por los derrumbes. Un inmenso calvario, desnudo e imponente, domina la cumbre y día amplitud al horizonte del contorno.

Fray Juan mantuvo la tranquilidad y el orden por años en aquel grupo de hombres instalados en la montaña. Pero hace unos años atraviesan una crisis. Quizá nadie que no la

haya experimentado lograría decir en qué desierto puede convertirse semejante soledad, cuando los corazones no se hallan en paz.

La crisis debida a ecos del mundo que suben hasta allá, implica un fermento de discordia y una disminución del fervor y oscurece la llama en su fulgor propio y característico. M. Madot, designado por el cardenal de París, trató inútilmente de hacer volver la vida espiritual de los ermitaños al fervor de los comienzos. Hoy quiere enviar a lo alto de la montaña a un reformador, confiándole una tarea muy delicada que exige no sólo el tacto de la caridad, sino también una inteligencia completa de la profundidad de aquella vocación.

La elección que M. Madot acaba de realizar tiene que sorprendernos. No se dirige a ningún eclesiástico o religioso con años de experiencia y ampliamente estimado, sino a un sacerdote de treinta años que encuentra frenadas todas sus esperanzas de apostolado, Luis Grignon.

«Si el grano de trigo cae en tierra y no muere...». Macerado en el surco de la prueba, aquel hombre que ha pensado seriamente en renunciar para siempre a la acción se prepara a una fecundidad nueva, cuyo primer testimonio es la misión desarrollada con los ermitaños del Monte Valeriano.

El estilo sigue siendo el de la calle del Pot-de-Fer, en la renuncia a todo espejismo de eficacia. ¿Cómo asume Luis su misión? Se dirige a los ermitaños del Monte Valeriano con las manos vacías. No lleva palabras ni exhortaciones renovadoras. Entra en la atmósfera de silencio que envuelve la vida de ellos, allá arriba en la colina. El reformador se limita a participar en los actos comunes, en el trabajo, en las horas de oración, ofreciendo a los ermitaños no un mensaje sino un modo de ser y una presencia.

Se convierte así en uno de ellos. En esto se manifiesta una característica genuina de su acción apostólica: en otras partes lo hemos visto pobre entre los pobres, hasta mendigar y vestir sus atuendos. Esta necesidad de encarnarse en la realidad del otro, donde la voluntad misionera se eleva a gesto de amor y ansia de comunión, acapara hoy, después de una larga pausa de oración, todo el ardor de actividad de Luis. Raramente utilizará un lenguaje más puro, para evocar ese deponer a los pies del otro las vestiduras y la vida que es el gesto de Cristo en el cenáculo y en el calvario, en el lavatorio de los pies y en la Eucaristía.

Nos hallamos en el corazón del invierno. Luis gusta de un sabor olvidadizo de las cosas claras y humildes: el del aire de limpidez sin fronteras, el del agua congelada que hay que romper y calentar al fuego para utilizarla, el de la pobreza tan evidente en el amoblado modesto de la capilla y de las celdas. Los mordiscos del frío amenazan con cortar la respiración cuando se ora largamente inmóvil. París con el peso de sus hombres, sus glorias y contradicciones se agazapa en la llanura y se pierde en la claridad de las mañanas que vuelven trasparente el universo o en la niebla de nieve que aísla del resto del mundo a los solitarios del Monte Valeriano.

Los ermitaños ven a Luis con su sotana raída palidecer y temblar a causa del intenso frío. Compadecidos le ofrecen entonces uno de sus hábitos que lo protegerán un tanto mejor. Así desaparece completamente en el grupo, y a su alrededor todo es blanco: blanca la nieve, blanco el aire, blancas las figuras encapuchadas, que en la majestad del escenario invernal parecen casi irreales.

El éxito de la misión de Luis es total. Todo se realiza pacíficamente en el gran silencio del desierto. La descarnada figura del hombre que carga con el sacrificio de su vocación y lo lleva con valor y paciencia como ellos no han sabido hacerlo es para los ermitaños la llamada viviente que necesitan. Durante el invierno, aquellos héroes que han sido ya heridos por la fatiga, celebran una fiesta de reconciliación, en la solemnidad de la

naturaleza que se hace presente como un signo de la antigua alianza.

Cerrado apenas este paréntesis de poesía, cuyo perfume llega intenso, después de tanto estancamiento, los acontecimientos toman para Luis un ritmo rápido. Todo se reinicia con una carta dirigida no a Luis sino al P. Leschassier. Que puede clasificarla entre las más curiosas e inesperadas de su correspondencia, al menos a causa de los signatarios: «los pobres de Poitiers».

¿Qué está sucediendo en aquella «Babilonia»? ... Nos lo dirán los pobres mismos, con una cuidada y conmovedora carta, toda ella un grito de cariño y nostalgia por el capellán a quien a gritos reclaman, dándole un título inolvidable «ése que ama tanto a los pobres...».

«Nosotros, cuatrocientos pobres, le suplicamos muy humildemente, por el mayor amor y la gloria de Dios, que nos haga venir a nuestro venerable pastor, ése que ama tanto a los pobres, el P. Grignon.

¡Ay! Señor, sentimos como nunca la pérdida que hemos sufrido para la salvación de nuestras almas. Porque en cuanto a los bienes de este mundo, no son éstos los que nos inquietan: la Providencia provee a nuestras necesidades y creemos que él con sus oraciones nos ha alcanzado de Dios una nueva superiora que posee todas las condiciones que se pueden desear para las cosas temporales. Es de elevada condición, viuda riquísima, que ha provisto ricamente a sus hijos. El demonio sólo busca nuestras almas... La mies es muy abundante y hay pocos obreros; él preveía bien todo esto...

Carísimo señor, ¿no lograrán nuestras necesidades apremiantes conmover su corazón que ama a Dios y su gloria y la salvación de las almas? Ud. recibirá gran gloria por ello: ¡qué bien tan grande hará al enviarnos a nuestro ángel! Los pobres son siempre despreciados y no se escuchan sus humildes súplicas. Lo pedimos también a nuestro ilustrísimo y reverendísimo obispo, quien nos dice que ya lo ha llamado dos veces...

¡Señor! Si él estuviera aquí, con la nueva superiora, ¡qué reglamentos y qué justicia no haría reinar en esta casa! Perdón, bondadoso señor mío, por el atrevimiento que nos tomamos: es, de todos modos, nuestra indigencia la que nos impulsa a importunarle, y también las grandes penas que padecemos.

Por último, Dios mío, consuélenos y perdónenos nuestros grandes pecados que nos han merecido semejante desgracia. Si podemos verlo de nuevo, seremos más obedientes y fieles en consagrarnos a Dios a quien imploraremos, señor, le conserve a Ud. y le aumente las bendiciones y perseverancia final.

'Los pobres de Poitiers'».

Sabemos así que en Poitiers las cosas han cambiado. Que, si Luis regresara, tendrá a su favor las circunstancias y una activa y benéfica superiora. Que ya Mons. de La Poype ha reclamado a Luis con dos cartas, quizá perdidas mientras éste permanecía en el Monte Valeriano. Que, de todos modos, el corazón de los pobres ha permanecido fiel al sacerdote a quien llaman con tanta dulzura «nuestro venerable pastor», «nuestro ángel».

¿Qué peñasco se derrumba en el pecho de Luis mientras lee esta carta? Su respuesta es pronta y resuelta: partir...

Estamos a mitad de marzo. Sobre el Monte Valeriano, la nieve se disuelve ante el anuncio de la primavera. El desierto y el invierno llegan a su fin. En su monasterio de Rambervilliers, Guyonne-Jeanne, convaleciente de una enfermedad que había puesto en duda su permanencia tras las rejas, ha hecho con algunas compañeras su profesión.

En la variedad de tonos que colorea la correspondencia de Luis con su hermana – estímulo, consuelo, grito de exultación, subrayados con una invitación a multiplicar el amor

y la confianza— éste es el momento de la gran alegría: Luis la testifica a Guyonne-Jeanne, convertida ahora en sor Catalina de san Bernardo, con una carta en la que demuestra más que nunca sentir en su humilde protegida un compañero, un varonil aliado, el «suplemento», dándole, por otra parte, en forma breve la noticia que le atañe: «parto en seguida para el hospital de Poitiers».

La poca luz que entra por la ventana a iluminar el hueco de la calle del Pot-de-Fer ilumina ahora una celda vacía. En la vida de Luis termina una etapa. Estos largos meses, transcurridos en esta especie de sepulcro y en los que Luis ha conocido lo que significa morir a sí mismo, no se volverán a repetir para él.

En una atmósfera matinal, un día en que todas las cosas se renuevan —efectivamente el tiempo litúrgico de Pascua (23 de marzo) trae de regreso a Luis así como el año anterior se lo había llevado— el caminante vuelve a Poitiers, al hospital y a sus pobres. Recordemos que Luis tiene «el corazón tierno como nadie». Recibe una acogida grandiosa: hay algo febril y efímero en tanta exultación, pero, de momento, todo se resuelve en novedades importantes: la imagen del capellán no fue nunca tan popular; nunca se sintió mejor el deseo de reforma; desde el primer día, el sacerdote rechazado y contradicho recibe el cargo de director del hospital.

Acude a su lado como auxiliar un excelente sacerdote, el P. Dubois. La superiora, eficiente y un tanto extravagante, coloca en manos de Luis su propia conciencia —pronta a retirarla tras los primeros nubarrones—. El obispo apoya a Luis, los pobres lo aman; María Luisa Trichet y Catalina Brunet le han dado la bienvenida desde el fondo de sus fieles corazones.

El trazado de los caminos de Dios no corresponde al de los nuestros. Toda la vida de Luis desde el momento de su ordenación se parece a un largo zigzaguar y como tal la ha vivido él que es hombre de claros proyectos y resoluciones radicales. El regreso a Poitiers nos parece ahora como una promesa, una esperanza y señala en seguida un culmen de actividades. En realidad, representa para Luis —aunque él quizá aún no lo sabe— la liquidación definitiva de su experiencia en el hospital.

Luis tras tan larga abstinencia, experimenta el entusiasmo de la actividad. Fuertemente apoyado en su cargo de director, restablece con un reglamento que traza él mismo las antiguas disposiciones que se habían convertido en letra muerta, describiendo pormenorizadamente los «deberes» de los administradores, de los eclesiásticos, de las administradoras, de la superiora, de los pobres, conforme a ese talento suyo de organización que en el hospital lo había llevado ya a una primera batalla. La jornada del capellán está llena a desbordar.

«Un pobre a quien la miseria había llevado al hospital general, se encontró cubierto de infecciones y putrefacción, a causa de un mal vergonzoso, sin parientes y amigos y rechazado por los enfermeros públicos, a punto de verse abandonado y arrojado del hospital general a causa de lo peligroso de su enfermedad y sin hallar a nadie que quiera cuidar de él. Nuestro santo sacerdote se encargó de toda la asistencia de este enfermo. Lo hizo colocar en un sitio separado donde le sirvió de médico y enfermero. Él solo le prestó todos los servicios que requería una enfermedad tan peligrosa y repugnante, lo limpió y arrojó sus inmundicias, él solo, etc., hasta la muerte ».

Si el hospital es en cierta forma el último círculo, el de los pequeñitos, en medio de él hay aún quien tiene mayor necesidad, es decir, el que también allá es rechazado. El «flash» recogido por el P. Dubois, presentando a Luis inclinado sobre el hombre enfermo como sobre un símbolo de miseria y marginación, nos restituye un tanto toda la imagen del

capellán: recoge, no en un pensamiento o en un mensaje, sino en un momento de vida el significado de la experiencia de Luis en el hospital.

Luis que cuida, con manos de madre, al desgraciado afectado de una enfermedad vergonzosa; Luis que tiembla de frío en el Monte Valeriano, abrazando las asperezas de la vida de los ermitaños: es ciertamente ahora de adulto el mismo que de muchacho cedía al compañero su buena sotana de lana y que se descubría con gesto tímido y grave ante los harapientos. Pero, desde los gestos tímidos del adolescente hasta la actitud del sacerdote que, tras haber superado el punto más bajo de la crisis, sale de su desierto y regresa hacia los demás, midamos –como delante de la encarnación y la verificación de un proyecto– la importancia de los años transcurridos en la vida de Luis Grignon.

¿Por qué falló también el último intento en el hospital de Poitiers? Sabemos solamente – y esto se asemeja a un «adagio» monótono– que los mismos administradores que, a su regreso a Poitiers, lo han promovido a director del hospital, al cabo de algún tiempo se declaran en contra suya. Una vez más nuestro gigante con sus gestos desproporcionados, se encuentra inmovilizado por constricciones, prohibiciones, ironías, enredado en relaciones humanas deterioradas. Pero hoy, va a liberarse total y definitivamente.

En realidad, simplemente adelanta una decisión que el Buró del hospital amenaza tomar respecto de él, y, sin embargo, un paso tan importante como éste para él le cuesta enormemente al hombre que había recibido la carta de cuatrocientos pobres. Semejante resolución no la tomará Luis solo. Pide consejo a Monseñor de La Poype, que no le ha retirado su favor, y que evalúa objetivamente la posición insostenible del capellán. Pide consejo al P. de La Tour que lo exhorta sin ambages a salir de la atmósfera cerrada en que se agota y despilfarra sus fuerzas de misionero. Finalmente, pide consejo a una mujer a quien está vinculado por una inmensa responsabilidad, María Luisa Trichet.

El antiguo drama de subidos colores que ha visto como protagonistas, frente a toda una ciudad, al sacerdote del hospital y a la hija de procurador, alcanza su punto más delicado, pero en sordina y en una esfera totalmente interior. María Luisa Trichet ha sufrido, durante la ausencia de Luis, y casi en paralelo a la agonía que él ha atravesado, el calvario del aislamiento y la inseguridad. ¿Cuándo regresará el P. de Montfort? ¿No correría ella el riesgo, al confiar ciegamente en él, de malgastar la propia vida y perder su vocación? ¿Qué preguntas para una joven de veinte años sometida al fuego de las críticas de toda una ciudad! Pero Luis ha regresado y todo le ha parecido otra vez fácil a María Luisa, incluso la áspera rienda con que el sacerdote –que sabe también tratarla con tanta delicadeza– la guía habitualmente. Le ha parecido fácil sobrecargarse de pesados trabajos, correr por el patio con el canasto de ropa que lleva a las lavanderas, será en el hospital en cierta forma la servidora de todos y recibirá en pago mortificaciones en vez de reconocimiento. Le ha parecido fácil la espera incondicional en que contemporiza, sin saber cómo ni cuándo se llevará a cabo su vocación se aferra a una frase que Luis le escribió, en la que se sintetiza toda la sustancia de la enseñanza del P. de Montfort: «Tienes que poner tu confianza en Dios; ten la seguridad de que recibirás más de lo que te imaginas. El cielo y la tierra pasarán antes que Dios falte a su palabra permitiendo que una persona que confíe en Él con perseverancia se vea frustrada en sus expectativas».

Esta pequeña esposa en hábito gris vive totalmente en la dimensión de la esperanza. Pero tener cerca a ella al Padre de Montfort, apoyarse en su cálida energía, recobrar el fervor en coloquios siempre breves –porque ése es su estilo– pero frecuentes e incisivos que él le concede, descansar en la palabra y el ejemplo del hombre de Dios, todo eso era ya la realización de la promesa. El P. de Montfort sabe lo que significaría para María Luisa el

hecho de quedarse una vez más y definitivamente sin él.

No tiene garantías que darle respecto de la realización de su proyecto común que tanto se parece a un sueño. A María Luisa Trichet que ya ha dado tanto, no hace otra cosa que pedirle más y más. Ese es también su propio drama orientado hacia un dintel de tensión y de pureza donde las muchas palabras resultan superfluas y donde las miradas indiscretas no logran penetrar.

El Padre de Montfort tendrá la osadía de pedir lo imposible, pulsando sin embargo, con respeto y delicadeza difícilmente mensurables, la libertad de su interlocutora. Su decisión de salir del hospital, que ya representa para él un viraje urgente, una exigencia inapelable, la coloca, en un gesto extraordinariamente filial, entre las manos de María Luisa.

Está acostumbrado a hacerle confidencias. Ella sabe ya, a través de los hechos que presencia y a través lo que cuentan de él, sus dificultades y sus penas. Un día le habla él con entera franqueza describiéndole la condición en que se encuentra y le pide consejo acerca de lo que debe hacer. El corto coloquio toca lo esencial. María Luisa, con el corazón lleno de «amargura» – podemos apenas adivinar lo que experimentó en ese momento– pero con prontitud y sencillez, como si la pregunta no le concerniera de ningún modo, aconseja al Padre de Montfort que salga del hospital.

«La dejaba sin guía, sin consuelo, sin recursos: sin tener todavía estado fijo; vestida con un hábito que ella sola llevaba; superiora de un instituto que sólo existiría muchos años después; Madre de una posteridad que subsista sólo en las promesas; expuesta a ver recaer sobre ella las persecuciones a las que él se sustraía; sin saber a quién recurrir para que la sostuviera en las adversidades, la guiara en las iniciativas, le diera firmeza en las incertidumbres, la proveyera en las necesidades; casi extranjera en su propia patria...».

María Luisa no había seguramente hecho su sacrificio el día en que había dejado su casa para ir a vivir en el hospital, en una atmósfera que para ella, a pesar de la tristeza de las circunstancias, era una aurora y una fiesta. Lo realiza ahora, en este día gris, semejante a todos los días en que hay que cruzar realmente el dintel del heroísmo. Su semblante, bajo la mirada del Padre de Montfort, no tiembla ni cambia. Conocemos a Luisa, sus resoluciones claras y su sencillez. A la generosidad de esta mujer debe hoy el Padre de Montfort la libertad de seguir su propia vocación.

La «amargura» de María Luisa crece en su corazón. Es en cierta forma para Luis la ofrenda de la hija de la promesa, de su Unica. María Luisa Trichet y el P. de Montfort no estuvieron nunca tan unidos como en esta hora de laceración y despedida.

«Hija mía, tienes razón –le dice con sencillez–: seguiré tu consejo». Ese mismo día presenta su dimisión a los administradores del hospital.

Se cierra así este ciclo de cuatro años que, humanamente hablando, no han sido un fracaso para Luis María sino gracias a la presencia de María Luisa, gracias a la formación de ella, maravillosamente lograda, y gracias a la esperanza que ella sigue representando. En ella, se prolongará la experiencia –ahora concluida– de entrega a los más pobres y sólo gracias ella, estos años tormentosos no habrán sido estériles.

Luis Grignon recorrerá caminos nuevos. Si el ministerio en el hospital de Poitiers se llevó a cabo al precio de su ruptura con su propia juventud guardada a la sombra del ideal sulpiciano, la actividad del misionero nace de una nueva ruptura y de un nuevo desarraigo. Una vez más, la llamada de Dios, tal como él la ha recibido y vivido, convierte a Luis María un extranjero en medio de los suyos (exigencia rigurosa de la fe a la cual él no se sustrae, no menos que María Luisa Trichet) y un peregrino. Es difícil penetrar en lo que experimenta el corazón del hombre a través de tales vicisitudes.

Dentro de poco escribirá en uno de sus cánticos, que hace eco a unas palabras del Padre Surin:

«Por fin, me voy por el mundo,
presa de ardor vagabundo,
a salvar a mis hermanos...» (CT 22).

Esto constituye para él un regreso a los comienzos: es volver a encontrar el antiguo y único pensamiento que aflora en cada etapa importante de su vida. Pero en él se injertan todas las crueles interrogantes concernientes al sentido del paréntesis que se ha intercalado, ese recodo profundo en el que ha entrado la vida de Luis para no salir sino más despojada, más probada, más pobre todavía.

A lo largo de este itinerario constantemente interrumpido, que no conoce las líneas rectas, brotan como sentido y valor alternativos –madurados precisamente en el crisol de los años que pasan– los temas de la sabiduría y de la locura, de la cruz y de la novedad evangélica, del lavatorio de los pies y de las opciones proféticas por los pequeñitos; aquellos años han representado para Luis una etapa no vinculada a una época de primavera espiritual, sino a una espiral en la que se ha dejado atrapar para gritar a voces la verdad que, gradual pero irreversiblemente, a través de formas y tareas nuevas, irá proclamando este pobre sacerdote.

De Luca escribe: «Quizá Luis mismo ignoró por qué el Señor quiso hacerle atravesar este período. Pero nosotros vemos hoy con claridad a dónde apuntaba Dios. Entre tanto quería hacerle *tocar el fondo* de la amargura humana: y este fondo se halla en el pobre, no sólo pobre, sino además enfermo. Lo hace vivir como uno de ellos por algunos años». Conservemos las palabras que hemos resaltado: *tocar fondo*.

«Dios quería desapegarlo, a través de rudas experiencias, de toda concepción muelle y prudente del ministerio. A la salida del hospital de Poitiers, ninguna compañía influyente lo apoyaba. Tenía treinta y un años, y ni siquiera los maestros de su juventud querían saber nada de él.

Ahora, estaba listo para la misión que Dios le había confiado. Dios, que había llevado a madurez al niño y luego al adolescente, quiso ahora llevar también a madurez al sacerdote y extraer de él al misionero».

Capítulo 8 LA OBEDIENCIA Y LA MISIÓN

El año siguiente hace marca la línea divisoria en la vida de Luis, constituye en cierta forma –como lo ha definido un biógrafo– el «año decisivo».

Al pie del flanco rocoso de la colina que se alza sobre el río Clain, se apretujan agarrándose cerro arriba, las casitas de Montbernage, uno de los suburbios populares de Poitiers. Artesanos, terrajeros, panaderos y vendedores de pescado. Es un «pueblo humilde» que no tiene iglesia parroquial y depende, junto con los otros barrios bajos que rodean el río, de la jurisdicción del vicario Mons. Revol, un amigo y protector de Luis Grignon.

Luis no se ha ido de Poitiers. En Poitiers hay quien lo sigue y quien lo ama. «Caminaba

por nuestras calles, con aire beatífico, seguido siempre de numeroso cortejo». Así lo describe Le Normand, procurador del Rey. Pocos testimonios evocan tan vivamente el rostro de este «loco» y su forma de comportarse con las gentes. Su ascendiente tiene hondas raíces: «le basta mandar, para que le obedezcan». Sin poder y sin recursos, tiene estampa de capitán.

Habita –así lo ha dispuesto Mons. de La Poype– en la casa de los Penitentes, calle de Feuillants. En 1705 y hasta comienzos de 1706, reparte su actividad misionera entre Montbernage, San Simpliciano, San Savino, Santa Radegonda, Santa Catalina y La Resurrección.

Es un comienzo. Todo se desarrolla en ambiente de fiesta. Luis había soñado siempre, desde su llegada a Poitiers, «extenderse» por la ciudad y por el campo, para la predicación y el catecismo. Un aire de libertad irrumpe así en nuestro relato. Estos suburbios con sus casas pequeñas y rústicas, con sus callejuelas que son el verdadero teatro de la vida local, con su lento ritmo campesino cargado de envidias y rencores, con sus trabajos pesados, con los juegos y riñas de los niños, son como un mundo aparte, muy diferente al de la ciudad más sofisticada. Gentes humildes, gentes que no cuentan. Y Luis se halla entre ellos, «en forma pobre y sencilla», poniéndose en sintonía con la vida que palpita por esas callejuelas, entre los gritos de las pescaderas y el parloteo de las amas de casa, barahúnda humana que al atardecer se va callando lentamente en la tranquilidad que llueve de las estrellas transparentes, cuando las tabernas quedan vacías y las casas de ojos iluminados se entregan al sueño.

Recojamos la fragancia de este afectuoso encuentro que abre el diálogo entre un sacerdote y un pueblo. Hasta hoy hemos visto a Luis moverse entre grupos restringidos, dirigirse a categorías muy especiales de miserables, e incluso ir a encerrarse en el «claustro» del hospital. El nuevo escenario encierra en colores locales y domésticos un tanto de la amplitud universal del pueblo de Dios. El estudiante de San Sulpicio, el sacerdote del hospital, el misionero de Montbernage: tres etapas y una fisonomía transformada, un hombre nuevo, que ha sufrido años y años buscando su propio camino...

La misión de Luis en Montbernage se desarrolla fuera del cuadro rígido de las parroquias. Comienza en las calles y tiende a abarcar, más allá de todo esquema, situaciones humanas concretas. Solicita al máximo la participación popular y se apoya en un empeño ilimitado de cercanía. Sus armas son, en principio, las que utilizará Luis en seguida, tomándolas en gran parte de la tradición misionera de su tiempo. Por ejemplo, la renovación pública y masiva de las promesas bautismales se convierte en el momento culminante que brinda todo el sentido y valor de la misión; el rosario y la imagen de María ofrecidos al pueblo como secretos de perseverancia; la restauración de las iglesias o, como sucede en Montbernage, el compromiso de dar una iglesia a quien no la tiene.

La iglesia parroquial de Santa Radegonda –encantadora iglesia medieval, aristocrática en su arte, con sus ábsides románicos largos y estrechos– queda lejos y es poco frecuentada por los cristianos del suburbio. En el corazón de Montbernage se levanta, en cambio, un henil –La Grange de la Bergerie (La granja del redil)–, que es para los jóvenes un lugar de encuentro y danzas. Luis lo «compra» y lo restaura, con dinero recogido para esta finalidad entre la gente: con el girar de los días, en lugar de la casucha surge una capilla –cuadrada, sencilla– a la que el P. de Montfort da un nombre denso de sobreentendidos teológicos y capaces de subrayar el sentido de la fiesta de amor que corona la misión en el suburbio: «Reina de los corazones». Cuando llega el momento de los adioses, mira a su alrededor: ¿querrá alguien comprometerse a recitar el rosario en el oratorio, en los días de fiesta? Luis

dejará en Montbernage la propia imagen de la Virgen y con ella «su corazón». Un obrero, Santiago Godeau, se adelanta: cuarenta años más tarde, quien visite la iglesita destinada a convertirse, con el tiempo, en un pequeño santuario, encontrará a este humilde trabajador en su puesto siempre fiel a su consigna.

San Savino, Santa Radegonda, La Resurrección, San Simpliciano, Santa Catalina, la iglesia de los Penitentes... Abarcando otros ambientes, llegando a toda una franja de la población, la acción del misionero se hace más intensa. Las misiones de 1705 son la afirmación de una capacidad pastoral trastornadora.

«Las poblaciones lo seguían en tropel y quedaban tan penetradas de su predicación que prorrumpían en lágrimas, estallaban en suspiros y sollozos, gritando en voz alta: ¡Misericordia! Se había adueñado de sus corazones en tal forma que hubieran estado prontos a seguirlo hasta el fin del mundo, si hubiera querido llevarlos allá, y a tomar partido por él en cualquier circunstancia».

Este movimiento de cariño, se apoya en el alma sencilla, primitiva, de comunidad popular: encierra tanta autenticidad, y a la vez algo ardiente y violento. En este entusiasmo, Luis mismo domina con dificultad ese poder sobre los corazones y casi corre el riesgo de ser arrastrado por los ritmos intensos que ha desencadenado.

Pero tras este salto inicial, el primer frenazo y la primera ruptura.

Luis predica en la iglesia de Nuestra Señora del Calvario, sede de la Congregación del mismo nombre, fundada por el P. José Tremblay que es el verdadero nombre de la Eminencia Gris de Richelieu. La iglesia se levanta en la parte alta de la ciudad: la rodean hermosos barrios de la mejor parte de Poitiers; la misión que ya dura tres semanas llega a su término y se prepara una espléndida manifestación a fin de expresar la renovación de las conciencias. El P. de Montfort visitó los hogares, realizó reconciliaciones, arrebató con persuasión a los «libertinos» una gran cantidad de literatura e imágenes picarescas. Estos libros y cuadros serán quemados en forma solemne en una hoguera levantada delante de la Iglesia, y sobre sus cenizas, se plantará, finalmente, la cruz de la misión.

Dentro de la iglesia el P. de Montfort prosigue su predicación. En la plaza preparan la hoguera. Llegada la tarde, las llamas brillarán en el crepúsculo. En torno a la pila de objetos indecentes, se intensifica la barahúnda de la multitud. El espectáculo tiene que ser completo. Entonces se iza en la cima de la hoguera un muñeco de paja que quiere representar a una mundana, con una gran peluca y todos sus adornos, indecente y pintoresca; gritan que es un símbolo del diablo. En la atmósfera superexcitada se confunden las ideas: adornan la cabeza del grotesco diablo con salchichas atadas como pendientes a las orejas. La escena de la hoguera, aquel ingenuo y gráfico símbolo de purificación, toca los linderos de un carnaval popular, cuyo carácter licencioso y ridículo hace estremecer a un sacerdote que ha ayudado a Luis en la misión.

En Nuestra Señora del Calvario, Luis predica todavía, cuando se siente sobre la plaza un ruido de carroza. Una figura inesperada aparece en la puerta: es el señor Villeroi, vicario de la diócesis y uno de aquellos que nunca sintió simpatía hacia el P. de Montfort. Informado del espectáculo que se prepara, acude en persona. Su llegada es un gesto teatral que deja aterrados a los asistentes. Ataca con severidad al predicador, humillándolo e imponiéndole silencio.

Luis se ha puesto de rodillas. Su rostro color ceniza no cambia de expresión. Cuando el otro se aleja, dice solamente: «Hermanos míos, nos preparábamos a plantar la cruz en la puerta de esta iglesia. Dios no lo ha querido, nuestros superiores se oponen. Plantémosla en

medio de nuestros corazones».

... Una vez solo, luego que la multitud se ha retirado lentamente, Luis gusta el sabor amargo de lo acontecido. Pasa insomne una noche a los pies del altar, en un estado de «violenta agitación». Lo ha golpeado no tanto la humillación personal, cuanto el riesgo del fracaso de la misión, a causa de la desaprobación pública lanzada contra la persona del misionero precisamente la víspera del día crucial que es el destinado a las confesiones y comuniones. La delicada sensibilidad de Luis aumenta la dimensión de lo acontecido. ¿Tendrá que irse a fin de quitar a los fieles todo motivo de escándalo? ¿Estará mañana desierta la iglesia? ¿Cómo reparar, cómo hacer olvidar?

A la mañana siguiente la iglesia está repleta. Todos han venido: manifiestan su solidaridad, los trae también la curiosidad de saber en qué terminará el asunto. Luis sube al púlpito, marcado el rostro por la noche insomne y pide perdón a sus oyentes, con tales acentos que llegan al corazón de todos los asistentes. Sigue la Misa solemne en la que Luis llama como diácono suyo al sacerdote que, quizá de buena fe, lo ha denunciado ante el señor Villeroi. Al momento de la comunión los fieles avanzan hacia el altar. Es la conclusión de la misión, solemnísima, en una atmósfera insólitamente conmovedora.

Mons. Revol, el vicario amigo de Luis, acudió a Nuestra Señora del Calvario. Sube al púlpito y da las gracias al P. de Montfort, con delicadeza, utilizando palabras que en la tensión que se vive vibran cargadas de sentido. El drama pequeño pero intenso se cierra, pues, de momento con esta reparación explícita y gran armonía de sentimientos entre el vicario, el misionero y los fieles. Pero ha quedado delineada la ruptura entre el proyecto apostólico de Luis fundado en la iniciativa personal y en un inmenso empeño de participación y el cuadro razonablemente más prudente de la pastoral diocesana: el surco sutil amenaza, en realidad, hacerse más profundo.

Transcurren algunas semanas. Mons. de La Poype, de regreso de una estadía en Versalles, ha vuelto a la diócesis. Mons. Revol no se encuentra ya en Poitiers: ha sido nombrado hace algún tiempo Obispo de Olerón y se halla ya en su diócesis. Pero está el señor Villeroi, y la familia de los Villeroi es poderosa en Versalles y amiga de Luis XIV. El eco del episodio de Nuestra Señora del Calvario ha llegado, efectivamente, hasta París por diferentes canales. Alguien «mal informado» escribió al respecto a San Sulpicio, ridiculizando el asunto, con un relato en el que Luis no resulta tan bien librado. Mons. de La Poype aprecia y comprende a Luis a quien ha sabido brindar protección generosa en otros momentos difíciles. Pero, por otra parte, el amor a la paz y el interés de la diócesis aconsejan a este pastor conciliador que sacrifique al P. de Montfort.

Este acaba apenas de comenzar la predicación de un retiro en casa de las dominicanas de santa Catalina, cuando le llega un pliego, con la orden, de parte del obispo, de abandonar inmediatamente a Poitiers.

El golpe es duro para Luis. No sólo a causa de la ruptura con un ambiente familiar, sino porque la sombra de la nueva prueba pesa y se clava en el ideal más precioso en la vida del P. de Montfort: el ministerio de las misiones.

Poitiers lo rechaza de lleno, esta Poitiers donde las multitudes lo aman, donde la voz popular lo llama «santo»: la paradoja tiene tonos de crueldad. Mil vínculos vitales lo atan a la ciudad que, durante cinco años, ha sido el teatro de su acción apostólica. Otra vez, desarraigado, otra vez «la dura prueba de la inacción», y esto en el momento mismo en que Luis ha encontrado el hilo de su verdadera vocación.

Ya está acostumbrado a sufrir, a plegarse y perseverar. Y, sin embargo, en los virajes delicados de su carrera, los golpes recibidos cuestionan indefinidamente el sentido de un

ministerio y de una vocación.

Cada vez se perfila más neto, en la vocación de Luis, un profundo valor: suscitar la renovación espiritual de la Iglesia en que vive. Este es su primer ideal, al salir de San Sulpicio. Los ensayos desafortunados de reforma del hospital han llevado a un resultado sorprendente: la creación de una comunidad humildemente contestataria y profética. Donde Luis aparece, con sus silencios y gritos, llega un fermento de crisis, de ruptura y renovación. Nantes, Poitiers, Monte Valeriano, Montbernage... ¿Qué otro secreto de unidad buscar a la carrera vagabunda del joven sacerdote, sino esta gracia puesta en sus manos ardientes: la pasión por una Iglesia más semejante a Cristo, el servicio de su santidad?

Este hombre que en San Sulpicio aprendió a obedecer, sin lograr desprenderse del cilicio de una «singularidad» que madura a la luz del Espíritu, debe intentar a cada momento confrontar su carisma con la institución en una dolorosa tensión de unidad.

Y se siente cansado. Se ha estrellado contra tantas barreras. Necesita un espacio más amplio. Luis tiene todavía el valor y la impaciencia de ciertas opciones radicales, que no encajan en realidad con la vía verdadera de su ascesis, al martirio continuo que lo aguarda en las diócesis de Francia. Vuelve a florecer la generosa tentación de Luis de emprender caminos libres y lejanos y la tierra de misión. Es, en cierta forma, el sueño personal, «humano», del hombre que se ha entregado a Dios. Años atrás lo había sometido a su director espiritual. Hoy, el debate no es ya con San Sulpicio ni con uno u otro de los obispos en cuyas diócesis ejercerá su misión.

Un giro espectacular cambia de un golpe el horizonte de sus caminos. Viajará a Roma. El viaje iniciado el día en que junto con el P. Lévêque salió de San Sulpicio concluye para él a los pies del Papa: fue ciertamente un largo camino.

Cinco años de contradicciones culminan en este resultado no imaginado. Cinco años, o toda una vida, una disponibilidad sacerdotal, a los pies del Vicario de Cristo. Luis, respondiendo a la propia vocación y consciente de la misión recibida de Dios, va a pedir que la Iglesia lo envíe a la Iglesia. Gesto simbólico, en el que la figura del hombre «singular» nos parece humilde y grande como nunca, y en que el sentido del accidentado y tormentoso itinerario del P. de Montfort se nos presenta, de momento, en forma transparente, aclarando el sentido de su obstinada confrontación de las exigencias del servicio, la obediencia y la comunión con su genio personal, las asperezas de su carácter y lo inevitable de su misión. A través de este esfuerzo –que invadirá los años siguientes– Luis Grignon, el árbol que crece en la roca, encontrará, en la profundización de su inmolación al «Cristo total», el secreto personal de su santidad.

Antes de partir escribe una tiernísima carta a los «hijos» que deja en Poitiers: los acentos de dolor y ternura y, a la vez, el sentimiento solemne del momento que se prepara a vivir se funden en el tejido de una expresión de las más cálidas que hayan salido de la pluma de Montfort.

«Queridos habitantes de Montbernage, San Saturnino, San Simpliciano, La Resurrección y demás parroquias que se han beneficiado de la misión que Jesucristo, mi Maestro, acaba de darles, ¡salud en Jesús y María!

No pudiendo hablarles de viva voz –pues me lo prohíbe la santa obediencia– me tomo la libertad de escribirles, antes de partir, como lo haría un padre afligido a sus hijos, no para enseñarles cosas nuevas, sino para confirmarles en las verdades que les expuse.

El cariño cristiano y paternal que les tengo es tan grande, que les llevaré siempre en el corazón, en la vida, en la muerte y en la eternidad. ¡Que me olvide de mi mano derecha

antes que de Uds. en cualquier lugar en que me halle, hasta en el altar! ¡Qué digo! ¡Hasta en los confines mismos del mundo, hasta en las puertas de la muerte...!

Acuérdense, pues, queridos hijos míos, mi alegría, mi gloria y mi corona; acuérdense de amar ardientemente a Jesucristo, de amarlo por medio de María, de hacer brillar en todo lugar y a la vista de todos, la verdadera devoción que tienen a la Santísima Virgen, nuestra bondadosa Madre, a fin de ser en todas partes el buen olor de Jesucristo, de llevar constantemente su cruz en seguimiento de este buen Maestro y alcanzar la corona y el reino que les aguardan...

Ruego a mis queridos amigos de Montbernage, poseedores de la imagen de mi buena Madre y de mi corazón, que conserven y aumenten el fervor de sus plegarias, no toleren impunemente en su barrio a los blasfemos, perjuros, cantantes de canciones obscenas o borrachos... Es preciso que sean buen ejemplo para todo Poitiers y sus alrededores... Ruego a mis amadas pescaderas de San Simpliciano, a las carniceras, revendedoras y a las demás que continúen dando el buen ejemplo que dan a toda la ciudad por la práctica de lo que aprendieron durante la misión. Ruego a todos, en general y en particular, que me acompañen con la plegaria en una peregrinación que voy a emprender por Uds. y por otros muchos. Digo por Uds. porque emprendo este largo y penoso viaje a expensas de la Providencia, para alcanzar de Dios, por intercesión de la Santísima Virgen, la perseverancia de todos Uds. Y añado, por muchos, porque llevo en el corazón a todos los pobres pecadores del Poitou y otros lugares... Amigos míos, oren también por mí, a fin de que mi malicia e indignidad no obstaculicen cuanto Dios y su santísima Madre quieren realizar por mi ministerio».

Se hace, pues, peregrino, por los caminos que tantos «romeros» han recorrido, siglo tras siglo. Por todo bagaje: una pequeña mochila, una Biblia, un bastón, un rosario.

Desde el comienzo, un estudiante español, peregrino como él, se le ofrece por compañero. Y Luis lo acepta de buen agrado, asumiendo maliciosamente el cargo de ser ecónomo y cajero entre los dos: lo que en su lenguaje significa distribuir entre los mendigos su poco dinero y vivir de limosna.

Así preparados corren al encuentro de dificultades quizá no imaginadas. Francia e Italia están en guerra: cruzar las fronteras es empresa peligrosa. Los campos se hallan despoblados, las calles desiertas. A veces el hambre apremia en tal forma que Luis se ve obligado, contra su costumbre, a aceptar algún estipendio por la celebración de la Misa. Pasan la noche en albergues casuales. Las dificultades se multiplican en el sendero de los jóvenes alegres y agotados que, tras herirse los pies con las piedras de las rocosas fronteras, se asoman finalmente a las campiñas italianas.

No conocemos el trazo del camino recorrido por los dos peregrinos. Probablemente no llegan a Roma a través de las regiones pantanosas de Toscana, sino que se dirigen a Umbría cuyos sencillos paisajes aligeran el cansancio. Luis Grignon, ese áspero bretón de figura de leyenda, con su bastón, su rosario, sus cánticos, roza la tierra de San Francisco, pasa por Asís, para llegar a las Marcas y, finalmente, detenerse en Loreto en los muros diminutos de la casa de la Virgen.

Es la primera meta de su peregrinación que recibe allí una luz particular. En el tiempo de que hablamos, Loreto es el santuario mariano más importante. Ha sido por siglos punto de llegada de los pasos de los santos. Luis que va a manifestarse como uno de los grandes enamorados y apóstoles de María, toca esa tierra, la más impregnada de recuerdos marianos, centro viviente de la ternura de la Iglesia hacia la Madre de Dios. Y esto en vísperas de un grandioso día, en el dintel de Roma, donde su doloroso servicio en la Iglesia

va a asumir su forma definitiva.

Con el corazón palpitante celebra la Misa en el altar de la Santa Casa. Y los fieles de la basílica observan por varios días el rostro «transfigurado» del extranjero.

¿Qué promesa y qué seguridad significa esta hora mariana tan secreta y elocuente en la vida de Luis Grignion? Con el corazón rico de la pobreza de María ante la 'buena noticia' del Ángel, que espera su «fiat», Luis reemprende a pie, tras el dulce descanso, el camino a Roma.

A dos leguas del ingreso en la ciudad, emerge San Pedro, dominando las demás cúpulas barrocas y parece llenar el horizonte. Pocos espectáculos más impresionantes y amados para aquel que ha hecho tan largo camino a fin de contemplarlos: Luis cae de rodillas y comienza a llorar.

Una reflexión típicamente monfortiana ocupa este momento. De la historia bimilenaria de Roma, revive un solo instante: la llegada a ella del apóstol Pedro y sus compañeros. Era entonces la capital del mundo y los galileos llegaban a ella «sin séquito, sin dinero, sin amigos, no teniendo más que un bastón en mano y como único bien la pobreza de un Dios crucificado...».

Con los ojos ennegrecidos todavía por las lágrimas, Luis se descalza y a pie limpio recorre el último trozo del camino que lo separa de los muros de Roma. «Más grande que todos los príncipes cuando entraban solemnemente en Roma, ingresa el humilde sacerdote en la ciudad eterna por la Puerta Real (hoy Puerta del Pueblo).

Luis en Roma. La Roma de 1700, con su impronta de indiferencia milenaria, hospeda entre sus glorias derruidas y los recientes fulgores barrocos, lujo y harapos. Son gentes que hacen la historia y los indescriptibles habitantes del Transtévere y del Campo Vaccino, que es el antiguo nombre del Foro Romano, poblado de vacas que reflejan en sus ojos la paciencia de los siglos.

Luis la recorre, con el ardor juvenil moderado por el viaje, dándose apenas cuenta, a causa del pensamiento poderoso que lo encadena, de los muros y monumentos, de lo pintoresco y majestuoso. No podemos imaginar ver a Roma con los ojos de Luis Grignion, porque esos ojos, fieles a un antiguo pacto, la han mirado muy poco.

No se lo reprobaremos. Ante cúpulas hermosas y huellas de fasto temporal, cierra los ojos para ver más. Roma, casi «un sacramento del Cristo-Iglesia», como la define una apóstol laico de nuestro tiempo, Roma con su corazón plurisecular que pesa sobre el corazón de Luis: todos los santos han sido «portadores» en parte de la navicilla de Pedro, sumergiéndose dulcemente bajo el peso de su misterio –hasta el punto de quedar a veces derruidos– como Catalina de Siena hecha hostia por la Iglesia, junto a la tumba del apóstol.

El itinerario de este hombre de sotana gastada, en la blanda opulencia de la primavera romana, no nos es bien conocido. Única huella segura es una firma suya en el registro de las Misas de la Iglesia de San Blas de la Pagnotta. Parece, en cambio, carecer de fundamento la tradición que lo muestra como huésped de San Andrés del Valle, con los PP. Teatinos y en particular con el P. Tommasi, teólogo, futuro cardenal y santo. Lo cierto es que la audiencia papal quedó fijada para el 6 de junio. El sueño en que se apoyó Luis durante el viaje está a punto de realizarse. A los pies del Papa, el curso agitado de esta existencia se detiene para una pausa profunda, mientras se realiza un encuentro que con todo derecho entra en la historia.

Juan Francisco Albani, nacido en Urbino (1649), nominado cardenal diácono (1690) por el Papa Alejandro VIII, ha sido elevado al solio pontificio en el año 1700, al término de un

agitado cónclave que vio al colegio cardenalicio dividido en tres partidos: «franceses», «españoles» y «ardorosos», o sea, cardenales de riguroso sentir eclesiástico. A estos últimos se debe la candidatura de Albani, humilde, recto y prudente nada hostil a las buenas relaciones con la Francia de Luis XIV, una vez que éste dejó de favorecer las tendencias galicanas. Por varios días estuvo Albani dudando ante la suprema dignidad. Sólo la intervención de cuatro teólogos romanos consultados por él logró plegar la humilde voluntad del cardenal.

Es un hombre de armoniosas cualidades: humanista, poeta, orador elocuente, maestro de estudios jurídicos, equilibrado conocedor de problemas políticos; una bondad amplia y generosa que se refleja en el trato muy cortés y dúctil que subyuga a quien se le acerca lo distingue y contradistingue. Posee el don de entrar en sintonía: «su hermosa presencia con esa jovialidad de su naturaleza y ese arte propio de adaptarse a su interlocutor... lo hacen amable a todo el mundo». Su pontificado de veinte años, será uno de los más largos y dignos, pero tempestuoso y surcado de graves amarguras.

Luis se halla, pues, a los pies de este Papa humildemente señor, de mirada infinitamente acogedora, y tiembla reverente. Fija sus ojos llenos de fe en la figura del Pontífice: «Cree ver a Jesucristo mismo en la persona de su Vicario». Expone en latín el motivo de su visita, resumiendo en breves y conmovidas palabras, en las que a veces se le corta la voz, su propia historia, los propios anhelos, la expresión de su disponibilidad.

El Pontífice escucha y mide dentro de sí la estatura de un hombre que no conoce. ¿Sufre «el embrujo de la santidad» del sacerdote bretón? ¿Desconfía de la apariencia «un poco exaltada» (Pérouas) de este peregrino? El coloquio prosigue en francés, y Clemente XI se muestra paternal. Interroga a Luis, permitiéndole extenderse largamente sobre la devoción mariana, la impostación que daría a las misiones, los proyectos de fundación. Y piensa entre tanto en las diócesis de Francia, esa tierra difícil, que las corrientes galicanas alejan de Roma, y que el jansenismo, cuyo debate apasionado atraviesa todo el pontificado del Papa Albani, corroe la fe y la fidelidad. Del 16 de julio [1705] es la bula *Vineam Domini*; de 1713 será la *Unigenitus*, y entre estas dos fechas están comprendidas las etapas cruciales del florecimiento de la herejía jansenista.

El Papa escucha, pues, a Luis Grignon llegado a Roma para pedir que lo envíen como apóstol a tierras lejanas. Heredero de la doble tradición ignaciana y sulpiciano, este misionero «exaltado» tiene un corazón leal. El gran torbellino de los acontecimientos contemporáneos presentes en el fondo de su diálogo confiere una portada histórica al encuentro entre un Papa y un Santo. Cuando Luis calla, como maravillado de haber dicho tanto, la respuesta del Papa colma el silencio:

«Señor, Ud. tiene un campo bastante amplio en Francia para ejercitar su celo. No se vaya a otra parte. Trabaje siempre en perfecta sumisión a los obispos, en las diócesis a donde lo llamen: y Dios bendecirá su trabajo».

Le confiere a Luis el título de «misionero apostólico» y bendice gustoso un pequeño crucifijo de marfil que éste le presenta y que colocará, más tarde, en la punta de su bastón de peregrino.

Termina así el coloquio que decide la vida del P. de Montfort. Ha sido sencillo. Veremos hasta qué punto va a tomar Luis a la letra las palabras de Clemente XI haciendo de su propia vida una obediencia a la «misión» confiada por el Pontífice. Un proyecto muy amado se derrumba: había esperado hacer de Roma una etapa hacia nuevos horizontes; en cambio, volverá a Francia con una sola consigna: obedecer. El hecho de consumarse día tras día en la Iglesia a lo largo de los diez años siguientes se halla ya todo contenido y

anunciado en su obediencia eclesial primera y fundamental que él deseó y quiso fuertemente realizar al servicio de la misión y ministerio a él confiados.

El regreso de este hombre en parte desilusionado es un itinerario tranquilo. Ha dejado en tierra el fardo que cargaba durante cinco años. A pesar de los golpes y vicisitudes incluso muy amargos, no volvería a experimentar las crisis que han cruzado los primeros años de su sacerdocio. Recibió en la forma más amplia y precisa una investidura. Que, a través del ministerio de las internas misiones concierne al servicio de la renovación eclesial. Ésta será la preocupación que poco a poco se hace más candente y en torno a la cual veremos polarizarse la experiencia y espiritualidad de Luis: ¿no han sido, en efecto, las misiones internas el arma privilegiada de la Reforma durante un siglo?

Había empeñado su pasión sin fronteras en la humilde reforma de un hospital, mientras soñaba, «vistas las necesidades de la Iglesia», en un movimiento apostólico que rejuveneciera el rostro ensombrecido de la Esposa. De rodillas a los pies del Papa, Luis alcanza finalmente su verdadera talla. Con el sí que da a la «misión de las misiones», la semilla cae en el surco, comenzando la historia de dulce humillación a fin de hacer granar un día en la historia un Nuevo Pentecostés.

TERCERA PARTE

Capítulo 1

LA AVENTURA APOSTÓLICA POR UNA IGLESIA SANTA

A comienzos del siglo XVIII, la Francia a la que Clemente XI envía al P. de Montfort ha sido ya hondamente trabajada, durante más de un siglo, por el surco de la Reforma Católica. Que ha tenido en Francia una historia particular, tras el período dramático de las guerras de religión. Los primeros decenios del siglo fueron testigos sobre todo de la restauración de un orden antiguo en la estructura de las diócesis y en la iniciativa pastoral. Sin embargo, la Reforma explota realmente hacia 1640, con la creación de los seminarios mayores, la renovación de la catequesis, el nuevo dinamismo pastoral que renovó capilarmente las diócesis. Hacia 1690 la onda creativa había llegado a su máximo nivel. Comienza ahora (mientras entre las "querellas" que acompañan el ocaso del siglo, declina el florecer de los místicos) una nueva etapa, no tanto en el sentido de un regreso al pasado cuanto de un momento de sistematización y estabilización. Es el momento en el que Luis Grignon lleva a cabo su corto apostolado.

La Reforma católica encontró a lo largo de todo el siglo XVIII un instrumento característico y una poderosa expresión suya en la obra de las misiones internas que vieron sucederse generaciones de misioneros desde Le Nobletz a Vicente de Paúl y hasta Leuduger.

Esta importante tradición, palpitante de vida en la Bretaña de donde viene y a donde va a volver Luis, no tiene un rostro único. Sus etapas históricas corresponden a las diferentes circunstancias de la Reforma. La primera mitad del siglo fue la de la «generación de los pioneros», dedicados a responder a la miseria espiritual de las poblaciones mediante un apostolado intensamente activo que, en el anuncio de la Palabra y el despertar de las prácticas sacramentales, realiza un deber de «suplencia» ante la inercia del clero local. Son los grandes roturadores, los creadores de métodos nuevos: Miguel Le Nobletz a la cabeza, «el último de los bardos» (Bremond), héroe característico, con su figura ya gastada, de la epopeya misionera.

«Se trataba, escribe Bremond, antes que nada, de enseñar a las multitudes, en ocho, quince o treinta días los elementos de la fe y de la ciencia de los santos». La gran elocuencia popular viene sólo en segundo lugar en esta obra catequética, en que la tropa de misioneros, especie de humilde universidad ambulante, explota recursos ingeniosos e ingenuamente ricos de poesía, como el uso de grandes cartelones pintados –retablos de la Pasión, del Padrenuestro, de la vida del Señor y también del Caballero errante, de las Seis ciudades de refugio...– y la composición de cánticos.

En la lúcida Francia cartesiana, la irrupción de un «cristianismo de los orígenes» acompaña la nueva evangelización de la región que Saint-Corentin y otros seis obispos habían ganado para el cristianismo y donde, siglos más tarde, san Vicente Ferrer había reavivado aquella impronta primordial. Ciertos recuerdos del P. Maunoir, palpitantes de sencillez y elevado valor dramático de lo primitivo, evocan una atmósfera de Hechos de los Apóstoles.

La situación de las poblaciones cambia hacia la mitad del siglo.

«Es el momento en que la reforma tridentina pasa al clero, en que los párrocos adoptan poco a poco, con la enseñanza del catecismo, exigencias acrecentadas por el culto y la

recepción de los sacramentos». La misión, no tiene ya como tarea la de suplir las deficiencias del ministerio parroquial; se desarrolla evolucionando hacia una nueva forma de pastoral. Se convierte en el despertador periódico del fervor de los fieles; se convierte en la invitación a recorrer hasta el fondo la senda del compromiso cristiano. Insiste sobre todo en los retiros, en la pedagogía de la oración, en la renovación de los votos bautismales. Favorece las manifestaciones aptas a romper el tejido de la costumbre, conquistando la imaginación y el sentimiento para llegar hasta las conciencias. De este concreto léxico popular forman parte las ceremonias espectaculares, el acento firme y patético dado a las grandes verdades.

Esta evolución del ministerio misionero se localiza de modo especial en los decenios de 1660-1680 gracias al empeño catequístico con una pastoral del fervor, presente, por lo demás, en la experiencia de los primeros pioneros. Bremond subraya la orientación ascética de esos «ejercicios»: «a los pecadores, a quienes se busca instruir y convertir, se les quiere llevar al mismo tiempo a la santidad». La fuerte presión de un ministerio de la Palabra realizado, con instrumentos incluso nuevos y llenos de imágenes, en la ruda tierra virgen de los corazones, explica la fascinación que conserva a los ojos del historiador el capítulo de las misiones bretonas y representa una herencia que veremos acogida plenamente por el P. de Montfort.

«Se prepara una última evolución: a medida que el apostolado de las misiones va realizando el cambio de la fisonomía espiritual de un pueblo, pierde su dinamismo original. Se fijan e institucionalizan los métodos misioneros. Casi cien años de experiencia han permitido la formación de una tradición digna de conservarse. Las grandes figuras misioneras del siglo XVII han desaparecido y la generación que les sucede revela sobre todo «la preocupación de permanecer fieles a las fórmulas heredadas del pasado».

El entumecimiento de los métodos traduce, por lo demás, una transformación en el plano de los objetivos de la misión, encuadrada en el crepúsculo de la Reforma católica y su repliegue sobre los resultados alcanzados que vale la pena, tratar de evaluar muy rápidamente. Somos deudores para este capítulo sobre todo a los estudios de Pérouas que ha descrito con precisión el ambiente histórico de la misión del P. de Montfort.

Nos encontramos, pues, en las regiones del oeste de Francia, en los primeros años del siglo XVIII. Tendremos ocasión, en el curso de nuestro relato, asomándonos a conventos y casas curales, de entrevistar figuras de párrocos, religiosos, misioneros. Menos numeroso que en el pasado, este clero está mejor calificado cultural y espiritualmente. La disminución cuantitativa, cuyo movimiento va en proporción inversa del progreso cualitativo, no impide a las poblaciones campesinas o ciudadanas gozar en general de una suficiente asistencia pastoral. Casi toda parroquia cuenta con el servicio de más de un sacerdote: un párroco, un vicario, uno o más capellanes. Incluso en las regiones menos fecundas en vocaciones autóctonas, como las llanuras del Aunis y del Poitou, donde veremos trabajar a Luis, los sacerdotes son suficientes para garantizar el ministerio parroquial.

Al pueblo se ha llegado ampliamente por medio de la catequesis de las verdades cristianas. Raramente le acontecerá al P. de Montfort –en especial en Nantes, Poitiers y La Rochelle– encontrarse con minorías calvinistas: unos centenares o, en alguna ocasión, algunos millares de «correligionarios» que viven aislados y huraños, amargamente hostiles a la Iglesia católica. El apostolado de Luis no se dirigirá a ellos en forma preferencial. La masa de la población es católica y fiel a sus prácticas religiosas. Se observa en forma universal el precepto pascual, si exceptuamos la exigua categoría de los «pecadores públicos». Los parroquianos acuden el domingo a las iglesias, aunque algunos celebran el

día del Señor con diversiones menos castas. La fe popular no está exenta de aspectos folclóricos y supersticiosos. Sin embargo, se transparenta un auténtico fervor en las expresiones de una religiosidad que, según Pérouas, «sufre el estar todavía al mismo tiempo demasiado encarnada en la realidad de la vida y no lo suficientemente comprometida con la vida misma».

El catecismo transformó la conciencia religiosa de las poblaciones, brindando a todos un conocimiento mínimo de las verdades de la fe, incluso sin transformarse siempre en evangelización real. Tradición e instinto religioso suplen con frecuencia las deficiencias de una decisión madura y personal. Y, sin embargo, los retiros de Rennes, Nantes, Saint-Maló, Saint-Brieuc, La Rochelle reúnen anualmente a millares de participantes, que pertenecen también a las clases humildes. Enemistades, riñas, procesos, según se perpetúen los antiguos rencores que surcan los ambientes pequeños, son indicio vistoso de la lentitud de la penetración del Evangelio, que choca contra pasiones inmóviles del alma popular. No faltan los «libertinos»: lejos de la irradiación cultural de la capital, este término designa sencillamente una práctica moral relajada e involucra tanto a los pecadores públicos como a una juventud descuidada y desenfrenada, sensible a la atmósfera del siglo que se inicia.

En ese pueblo alcanzado no superficialmente por la catequesis cristiana y, sin embargo lento, para acoger el Evangelio, algunas categorías o grupos sociales se han quedado al margen del fermento de la reforma religiosa. A veces el retardo puede contemplar a regiones enteras: así las llanuras del Aunis y del Poitou, culturalmente diversas de los pueblos del macizo armoricano. Allí la práctica religiosa es más tibia, las hermandades del rosario que florecen un tanto en todas partes, son raras, el clero poco numeroso, los fieles se resienten de la falta de una pastoral adecuada a su diversidad psicológica y cultural. Más lenta es todavía la penetración cristiana en determinados niveles sociales, sobre todo la identificación con los «pobres» a los que Luis ha dedicado los primeros años de su ministerio.

Es el pueblo de los desarraigados, de los indigentes, de los jornaleros que un año de crisis económica transforma en mendigos, de los vagabundos ansiosos de libertad. Un pueblo de algunos miles de habitantes los cuenta entonces a centenares. Expulsados a los «hospitales generales» por la sociedad, gozan de un servicio religioso irregular e insuficiente. Los demás mendigos escapados a los «caza-mendigos» siguen tendiendo la mano a lo largo de las calles, vagabundean de ciudad en ciudad, y a causa de su inestabilidad y marginación, no llega hasta ellos ninguna asistencia religiosa y permanecen totalmente extraños al fermento del renacimiento espiritual. Borracheras, riñas y holgazanería expresan sordamente la protesta contra la sociedad donde los consideran como los «mendigos», los menospreciados y los pobres.

Una sombra gigante –que tiene múltiples repercusiones sobre la vida de la Iglesia– se extiende sobre el horizonte espiritual de Francia a donde Clemente XI remite al «misionero apostólico»: es el jansenismo.

«Parece extraño y nadie lo hubiera imaginado, mucho menos Jansenio, que una doctrina austera y torva, y tan diversa de la suave vitalidad del genio francés, haya encontrado en Francia y en los países latinos una amplia y venturosa conquista».

En 1671 Pascasio Quesnel había recogido capciosamente, con sus Reflexiones morales, la doctrina de Jansenio y Arnauld. El libro, condenado por Clemente X en 1675, a consecuencia de una intensa polémica, circuló en diversas ediciones. Y todavía en el contexto de la misma polémica explotó el «caso de conciencia» formulado así: ¿se debe absolver a quien mantenga un «obsequioso silencio» acerca de la condenación de las cinco

proposiciones jansenistas?

El 12 de febrero de 1702 Clemente XI se declaró en favor del «obsequioso silencio». Tres años más tarde [julio de 1705] con la bula *Vineam Domini* renovaba frente al jansenismo las condenaciones de sus predecesores.

La discusión alcanza en estos años una decisiva intensidad. La herejía jansenista, que encuentra, como observa Mons. Matteucci, en la psicología más que en la metafísica religiosa su razón de ser, lejos de quedar dominada por los anatemas de Roma, resulta estimulada y reavivada por ellos. Recorramos brevemente las fechas principales de la última y más activa fase de la vitalidad jansenista en Francia: en 1710 el monasterio de Port Royal, «hogar de agitación frondosa» es arrasado por decreto real y las monjas se dispersan. Entre tanto, la ambigua actitud del cardenal de Noailles, que aprobó y defendió las Reflexiones de Quesnel atiza las cuestiones jansenistas ante los parlamentos, los obispos, las órdenes religiosas y el clero secular. En 1713, la Santa Sede intervendrá en forma definitiva con la bula *Unigenitus*, que representa la explícita condenación de las 101 proposiciones de Quesnel y, por tanto, de todo el programa –doctrinal, teológico, ascético, moral, eclesiástico– del jansenismo.

En 1717 se constituye el partido de los «apelantes», que reclaman contra la autoridad pontificia, la convocación de un concilio. Clemente XI los excomulga, al año siguiente, con la *Pastoralis Officii*. Muerto el regente Felipe de Orleans (1723), muerto el cardenal de Noailles (1729), los jansenistas, apoyados ahora sólo por el parlamento, asumen cada vez más la fisonomía de una secta político-religiosa, agresivamente polémica sobre todo frente a la Compañía de Jesús y las doctrinas y devociones que ella sostiene, tales como el probabilismo y la devoción al Sagrado Corazón.

El P. de Montfort sólo verá las primeras de estas etapas. Es conocido cómo utilizan sus biógrafos el fantasma del jansenismo para explicar el camino accidentado del misionero y las luchas que sostuvo. Esta óptica simplista queda ahora corregida por un examen más cuidadoso de la condición real del oeste francés al que Luis evangeliza y al que atraviesan efectivamente corrientes pastorales divergentes del agustinianismo y anti-agustinianismo. «Sería confusión y grave error de perspectiva –escribe todavía Pérouas– reducir esta confrontación a la del jansenismo y la ortodoxia. La verdadera «querrela» jansenista del siglo XVIII no estallará en el oeste sino después de la aparición de la *Unigenitus* [1714], en Nantes en 1716, en Saint-Maló y La Rochelle en 1718. Entonces se vivía todavía en el beneficio de la Paz Clementina. La cuestión se planteaba menos en términos de ortodoxia que en el plano de la pastoral».

Por otra parte, caeríamos en el error contrario, si renunciamos a considerar las indudables repercusiones de la lucha jansenista sobre la existencia de Luis, enviado por Clemente XI al corazón de la Iglesia galicana, surcada por la rebelión. ¿Gran parte de las hostilidades que Luis padece nos resultan menos inverosímiles a la luz del origen romano y de la coherencia doctrinal y disciplinar de su misión?

La corriente de los agustinianos, algunos de los cuales se deslizarán muy pronto hacia el quesnelianismo o el cisma, fuertemente intelectualista, alimentada por el conocimiento directo de la Biblia y de los Padres, en relativa continuidad con el berulianismo y se inscribe más directamente en Saint-Cyran. Subraya el aspecto absolutamente gratuito de la salvación en Jesucristo y clama por una vida cristiana pura e interior. Revela cierto menosprecio por los aspectos institucionales y humanos. Su óptica sobre la Iglesia minimiza la visión jerárquica con el fin de subrayar la realidad del Pueblo de Dios. Esta «elite» de espirituales cultos no se preocupa por un apostolado popular ni por la elaboración

de fórmulas prácticas que salgan al encuentro de los sencillos.

La reacción anti-agustiniana se anima sobre todo en «una preocupación de ortodoxia integral y el sentido de las necesidades de los hombres». En un afán de seguridad doctrinal, insiste en la formulación escolástica de la verdad y acentúa el aspecto jerárquico de la Iglesia. El esfuerzo pedagógico frente a las masas –que se sirve de la enunciación clara de los dogmas, de un culto exterior que golpea los espíritus, de devociones que van en contra de la piedad popular– orienta a una visión antropocéntrica del cristianismo.

El enfrentamiento de las dos corrientes representa el mitigado reflejo, sobre la vida de las iglesias locales, de un debate más obligante y más grave que alcanzará en Francia el extremo dramático de la herejía y del cisma. Los Obispos, los rectores de seminarios y los párrocos, encarnan –más allá de los problemas estrictamente concernientes a la ortodoxia– una u otra de estas mentalidades. Y Luis Grignon, alumno de los jesuitas y de los sulpicianos, hijo espiritual de Bérulle, de Olier y Surin, «enviado» por el Papa, con su cristianismo teocéntrico y profundamente interior, menos institucional que profético, con su vocación de misionero popular, con su genio de servir la Palabra a los humildes y a las multitudes, con su dulce y tradicional, a la vez que nueva presentación de María, se encontrará en el cruce de esas corrientes e inmerso en la levadura que hace fermentar la masa de la Iglesia de Francia en ese comienzo del siglo XVIII.

Hombre de vanguardia y de tradición, pero sobre todo de fidelidad, alcanzará en el ejercicio pastoral un equilibrio propio suyo que lo hará sentir incómodo ante hombres y ambientes de muy variada mentalidad.

En el marco de esta hora histórica atormentada, Luis toma sobre sus hombros, con las humildes y gigantescas manos de los santos, el encargo de la Reforma y el compromiso de la evangelización.

La fuerza de choque que ha caracterizado sus primeros pasos en el ministerio se canaliza ahora en la tensión obstinada de servir a la fuerza del Espíritu, que extiende esa parte de la Iglesia que pasa a través del corazón de todo creyente.

¿Cómo ha entendido Luis la «misión», cuya investidura solemne ha recibido de «Cristo en la persona de su vicario»? Para comprender la densidad traumática de las vicisitudes de este sacerdote entredicho o rechazado en siete diócesis, hay que darse cuenta de la constante más característica de su apostolado: una disponibilidad plena –que constituye el único capital del pobre– a las directivas de los obispos a quienes ofrece los propios servicios misioneros.

«A comienzos del siglo XVIII, escribe Pérouas, los grupos misioneros se apoyaban en bases institucionales». Se trata, en general, de la institución conventual. Existen, además, «fundaciones misioneras», es decir, de capitales destinados a financiar periódicamente ese apostolado particular.

Jesuitas, capuchinos, eudistas, lazaristas trabajan en sumisión a los obispos, disfrutando de un fondo propio de seguridad y autonomía.

La dificultad de integración y una sutil indiferencia de la institución alejan a Luis de este modo de concebir el ministerio. Tal es, por lo demás, el fulgor más profundo que se capta en el alma de este hombre integral por la ascesis de servicio y que restituye a este caminante desarraigado una morada en la Iglesia. Su estilo de vida «a la Providencia», que lo induce a financiar las misiones con pequeñas limosnas diarias de gentes humildes, y el hecho de ofrecerse con las manos vacías al beneplácito de los pastores revelan en él un sentido personal y valeroso de la jerarquía, sancionado un día solemnemente en la Regla de la Compañía de María.

Luis de Montfort, viandante sin dinero, depende de los ordinarios diocesanos en forma radical y directa: en esta opción, hay un eco de la espiritualidad de entrega, de «esclavitud», de «desapropiación», que a lo largo de los años plasma a un santo. ¡Paradoja perpetua en la vida del misionero! ¡A causa de su compromiso demasiado directo, «Montfort sufrió ciertos contragolpes en los múltiples entredichos que han caído sobre él con la violencia de un azote», dado que ninguna mediación institucional ha protegido a este sacerdote completamente disponible!

Obediente y, sin embargo, elevadamente libre en la forma de concebir su propio ministerio, incluso después de un siglo de grandes modelos: en la tensión entre estas dos características residen el secreto y el drama del misionero.

Mientras en torno a él aparecen cada vez más fijos los lineamientos y métodos de la misión interna, Luis Grignon utilizó su terminología con ductilidad y variedad insólitas. Su punto de partida es una definición muy amplia y sencilla: «La finalidad de la misión es renovar el espíritu del cristianismo en los cristianos». Como se ha dicho, la misión es el arma de la Reforma, cuyas instancias ha vivido Luis como servidor de la Palabra, dedicado a establecer por todos los medios en los creyentes la plena disponibilidad bautismal y la vocación a la santidad.

En ello revive la lección de un Maunoir, de un Leuduger, de generaciones misioneras. Por otra parte, frases juveniles de Luis ayudan a comprender toda la compleja articulación de su temática personal. Por ejemplo, esta frase suya escrita en 1700 a Leschassier: «Anhelaba... formarme para las misiones, y sobre todo dar el catecismo a las gentes sencillas, que es lo que más me atrae...».

El catecismo a las gentes sencillas. Cinco años en un hospital han puesto de manifiesto la ardiente predilección de Luis por los niveles sociales a quienes menos llegaba, en hechos y en palabras, el mensaje evangélico. Las dos coordenadas de la vocación de Luis –un ansia de universalidad, en la misión del Pueblo de Dios, y la opción preferencial por los más abandonados, los más pequeñitos– generan todavía una íntima bipolaridad, presente en el concepto monfortiano de «misión». En ciertos aspectos se revela cercano más bien a los pioneros, a un Le Nobletz, que a los apóstoles de la estación floreciente. Tiene el temple del roturador, de quien lanza, con originalidad de métodos, la primera semilla en un terreno seco.

Ahora podemos entresacar de la compleja existencia de Luis y de su riquísima concepción espiritual tres secretos que forjan la unidad.

Al primero, lo llamaremos el carisma de la reforma de la Iglesia. Estuvo presente, como fermento de inquietudes y como motivo dilatador, durante las primeras peripecias del ministerio de Luis; se manifestó en Roma en forma nueva; sostendrá como un valor claro y perentorio –veremos con qué resultados– toda la misión del P. de Montfort.

El segundo secreto es la inspiración fundamental que anima el pensamiento y la oración de Luis, es decir, el amor de la Sabiduría revelada en Cristo obediente y crucificado, esa Sabiduría cuyo profeta humillado en medio de las glorias y miserias de la Iglesia de su tiempo parece ser el P. de Montfort.

El tercer secreto, el camino de la santidad que ha vivido y propuesto: «la esclavitud» mariana, sacrificio filial en las manos de la Llena de Gracia, de la cual la meditación de Luis comprende profundamente la presencia que brinda la vida en el corazón del misterio redentor.

Y este es el momento en el que los varios motivos hasta ahora presentes en la espiritualidad monfortiana se fusionan en perfecta unidad. Renovar obedeciendo;

evangelizar entregándose; vivir los significados sacrificiales de la «esclavitud», en el sacramento humilde del servicio eclesial. Esto significa cada vez más para el P. de Montfort pagar en el propio corazón y en la propia carne ese anuncio de la Sabiduría –de la lógica del amor y de la humildad que actúa en la redención, hasta el misterio del Gólgota– que, en la primera parte de su vida, ha proclamado Luis como poeta y como profeta.

Capítulo 2 «ÁBRANLE A JESUCRISTO»

A una legua de Poitiers, se levanta la abadía de San Martín de Ligugé. En 1706 la habitan los jesuitas. Allí un muchacho del pueblo de 18 años de edad, el Hermano Maturín, a quien el P. de Montfort ha enrolado en el apostolado, espera hace largo tiempo el regreso del peregrino.

En la punta de los pies, entra en nuestro relato una humilde y sugestiva figura: tendremos ocasión de hablar en seguida nuevamente del Hermano Maturín. Es el primero a quien llama el P. de Montfort y, en forma muy peculiar, el primero en participar en la vocación monfortiana. La presencia de este adolescente laico, al comienzo de la carrera misionera de Luis, hace presagiar cuál será el éxito final de la misma: en el Hermano Maturín, humilde amigo y obrero de la primera hora, está en germen la Compañía de María...

Maturín ve cierto día una gran figura que a duras penas logra reconocer: «llevaba el calzado en la mano, tenía los pies destrozados, el sombrero bajo el brazo, el rosario entre los dedos». Trae el rostro ennegrecido por el sol y la garganta quemada por el polvo del camino. El regreso del «misionero apostólico» crea la alarma en la Poitiers calmada desde su ausencia: una orden de Mons. de La Poype invita a Luis a alejarse sin demora de la ciudad.

Se refugia en una casa cural no lejana, para seis días de oración, en preludio al próximo gran viraje que va a dar. Deja en seguida definitivamente el Poitou y se dirige a Bretaña tras las huellas de recuerdos y esperanzas, acompañado del fidelísimo Maturín.

Se detiene en Fontevrault, como hace cinco años, en otro momento de comienzo y despedida.

«Imploro la caridad por amor de Dios», repite obstinadamente el pobre sacerdote de aspecto inquietante a la joven hermana tornera que investiga, curiosa y perpleja, tratando de saber el nombre y origen del desconocido.

Al fin va a llamar a la abadesa, Luisa Francisca de Rochechouart –nieta de la hermana ya difunta de la Sra. de Montespán–. Y la joven abadesa, chocando contra el mismo refrán: «imploro la caridad por amor de Dios», despide como un loco al visitante, que se aleja pronunciando una humilde y maliciosa expresión: «Si 'Madame' me conociera, no me rehusaría la caridad».

La conversa Silvia, al oír el relato de lo acontecido y la descripción de la fisonomía del forastero, exclama: «¡Pero si es mi hermano...!» Tratan, entonces, de alcanzarlo con mensajes que lo obliguen a regresar. Pero Luis sigue su camino con una sonrisa un tanto amarga: «La señora abadesa no quiso darme limosna por amor de Dios. ¿Ahora me la ofrece por amor mío? Se lo agradezco...».

Muy diferente fue el encuentro con las Hermanas de santa Ana de la Providencia de Saumur, fundadas por Juana de La Noue, pequeña comunidad inquieta a causa de la fulgurante pero desconcertante santidad de su joven fundadora. Es digno de notarse el siguiente episodio, porque nos ayuda a palpar en la historia de este hombre impulsivo, un momento de quietud. Se encuentran dos santos, ambos jóvenes y mal comprendidos. La religiosa llama al sacerdote y le expone la vía heroica por la cual, tras cuidadoso discernimiento, se siente atraída. Nos equivocariamos si pensáramos en una fácil 'vía libre' de parte del P. de Montfort. Tras el primer coloquio, Juana a quien Luis ha dejado en suspenso, pasa insomne una noche de angustia... que para Luis es noche de oración. Sólo, después de esta intensa vigilia, sale con una faz nueva al encuentro de Juana de La Noue y la tranquiliza totalmente.

De Fontevault sigue a Saumur, y a Angers, donde el P. Brenier, en otros tiempos director de San Sulpicio, trabaja ahora como director del seminario. Y Luis en la constancia tenaz de sus afectos, va a visitar al P. Brenier sorprendiéndolo, como de costumbre, en el momento de la recreación comunitaria...

Anger está cerca de Poitiers. Y los chismes se propagan de una ciudad a otra. La acogida de Brenier, prevenido en contra de Luis, no es ciertamente cordial, mientras se niega la hospitalidad al sacerdote hambriento y vagabundo que la pide.

Luis queda con el corazón «herido» como si fuera el primer rechazo que le sale al paso. Vulnerable bajo su dura corteza, deja escapar quizá por primera vez una queja: «¿Posible que en un seminario se trate así a un sacerdote...?».

Y de nuevo en camino, con un sabor amargo en la garganta. El paso de Maturín se acomoda al paso largo del P. de Montfort. Alcanzan a un mendigo que camina lentamente bajo un pesado fardo.

«Amigo, su maleta pesa mucho –le dice Luis– deje que le ayude un poco». Todo el día avanzan juntos, el pobre aligerado de su carga y el sacerdote de espaldas robustas que lleva el peso del otro –delicioso encanto de una parábola el que brota de esta interpretación literal de un pasaje bíblico– hasta que por la tarde, Luis, con su prodigalidad de rey sin tierra, deja vacía su propia bolsa ligera para pagarle a su compañero de un día un cuarto en la posada.

Así, de etapa en etapa, hasta la primera meta de este itinerario-peregrinación: el Monte San Miguel. Estamos a fines de septiembre y es la víspera de la fiesta de san Miguel, cuando Luis Grignon y el Hermano Maturín llegan a ver las playas lavadas por el ir y venir de la marea: en la vela de armas a los pies del arcángel implora Luis, como escribe Le Crom, esa caballería que será su fuerza durante su inminente campaña misionera.

Quince días pasa Luis en la ciudadela fortificada, colgada entre el cielo y el océano. Quince días entre el vuelo de las gaviotas y el canto de los monjes que colma las vetustas bóvedas de la iglesia abacial. Sus ojos contemplan y su corazón «vive» el maravilloso espectáculo: de la poderosa base rocosa se alza un movimiento vertical que culmina en la flecha de la torre, en la estatua del arcángel, casi perdida entre las nubes, que lleva en su mano el arma suave de la justicia divina. Miguel, el que es «como Dios», dulce, humilde y purísimo: los temas del bien y del mal, la inquietud de la ascensión, se apaciguan en un simbolismo inimitable.

Quince días pasa en el Monte San Miguel un sacerdote silencioso que celebra la Eucaristía en la iglesita del pueblo, dedicada también ella al ángel protector. La vela de armas representa un punto culminante en la vida del hombre enamorado de los santuarios y viajero interminable: quizá, a las imágenes y el espíritu del Monte San Miguel se hallan vinculadas algunas características del apóstol: la pétrea y, a la vez, dulcísima intransigencia

de su lucha, que es algo de su clamorosa pasión por Dios.

El Monte San Miguel marca la frontera entre Normandía y Bretaña, un paso más y Luis entrará en su propia tierra, que lo acoge revestida de los encantadores colores del otoño.

¡Primer regreso después de una ausencia de trece años! Luis vuelve a descubrir su Bretaña nativa, cuyas casas de piedra con su austero aspecto asumen un color casi cálido cuando el sol moribundo derrama sobre ellas su más suave fulgor. Bretaña cuyo único gasto es el lujo de los paisajes, la profusión de las encinas, la profundidad de los bosques de Brocéliande que guarda las leyendas más gentiles y heroicas del mundo.

Luis Grignion ha recorrido ya caminos innumerables. Pero cada paso lo hace temblar, mientras se cruza con su gente que lleva en el rostro la estampa de su fuerza, de la sencillez y la paciencia. Mientras contempla las flechas de los campanarios, lanzadas hacia arriba como una oración, sobre los mudos poblados que, a veces, saben que son encantadores gracias a algún modesto ornamento y a alguna gracia de pobres.

Se encamina hacia Rennes, donde permanecerá dos semanas. Entra allí como un extraño, alojándose en casa de una viuda que alquila una habitación. Y antes de ir a visitar a su familia, se dirige al hospital donde un día conoció a los pobres como «sacramento» de Dios.

¡San Ivo, primer hospital que conoció Luis, en la antigua Rennes de los libertinos y las fiestas, de los canónigos y las imágenes de María! Por instinto, el recién llegado se dirige allá, como quien busca las huellas de un primer amor. Y mientras se inclina sobre algún lecho, llevando en la mano, como en otro tiempo, la escudilla de los pobres, encuentra –¿a quién?– nada menos que a Julián Bellier...

Cierto día, una figura amada, cambiada por los años aparece en el hueco anónimo en que Luis vive. Es su tío Alán Robert que dirige a ese hijo suyo de otros tiempos un delicado reproche: «¿Por qué nos has hecho esto?...» Entonces, suavemente, Luis se deja conducir a visitar a los suyos, a quienes al partir había dicho un adiós tan radical. Papá y mamá Grignion, en cuyos rostros descubre, con profunda ansiedad, una red de sutiles arrugas. Los Grignion ponen la mesa y una gozosa conversación alivia la emoción del reencuentro. Pero al final de la comida, Luis exige humildemente para sus pobres lo mejor de los festivos manjares.

Y así lo vuelven a perder y esta corta fiesta de afectos queda impregnada de la tensión de un nuevo adiós. Luis no logra detenerse largamente en Rennes. Pero recibe de Julián Bellier una sugerencia –quizá en vista de ella emprendió tan largo viaje–: incorporarse a la tropa misionera de Leuduger que va recorriendo a Bretaña.

Parte, pues de Rennes, junto con Maturín, tras las huellas de aquel célebre clérigo. Durante el recorrido, pasa a lo largo de la aldea de Montfort, de modo que su itinerario bretón asume cada vez más el aspecto de remontar la propia corriente, en vista de quién sabe qué secreta verificación.

Octubre está por terminar. La tarde cae y los campos se distienden en esa hora íntima en que las aves buscan sus nidos y los campesinos sus hogares. En las fronteras del bosque de Brocéliande hay un puñado de casas: no un poblado, sólo algunos techos de pizarra y un nombre –Heurtebise– que habla de viento áspero y de refugio, en la forma pintoresca de ciertos nombres de localidad bretones.

Un hombre y un muchacho avanzan por el sendero de Heurtebise, mientras de los húmedos campos sube una ligera neblina. La gracia modesta y tranquilizante del crepúsculo los envuelve también a ellos y les hace sentir la necesidad de un poco de pan, un poco de amistad y un poco de sueño.

En una de las casas de Heurtebise, un ama de casa de cabellos grises se afana en torno al fogón preparando la cena. Es la madre Andrea, muy diferente ahora de la ágil nodriza que tuvo a Luis Grignion en los brazos. Abandonó la Bachelleraie, retirándose a este lugar, junto a su yerno. A su puerta golpea Maturín, pidiendo hospitalidad «por amor de Dios». El yerno de la madre Andrea, con dureza campesina niega la entrada al humilde vagabundo desconocido.

Luis esperaba aparte. Sin decir palabra, prosiguen el camino. Las demás familias de Heurtebise reservan la misma acogida a aquel que calla su nombre, evitando presentarse como el hijo del abogado Grignion.

La última casita, la más aislada, la habita un viejo campesino llamado Pedro Belin. También él oye golpear a la puerta: no rehusará a los dos caminantes un poco de paja para descansar y los restos de una cena. Lo que para él significa quizá una tarde menos solo. Pero, mira, poco a poco, al fulgor de fuego del fogón, el rostro enjuto del huésped resulta familiar al viejo papá Belin.

A la mañana siguiente, en Heurtebise, hasta las piedras susurran la misma noticia: ha vuelto el P. Grignion... Y la madre Andrea, hecha un mar de lágrimas, se presenta a la puerta de Pedro Belin, suplicando a 'su niño' de otros tiempos que acepte albergarse bajo el techo que lo había rechazado.

Más indulgente con la anciana nodriza que con la abadesa de Fontevrault, Luis no niega a Andrea el gozo de hospedarlo. «¡Madre Andrea –la amonesta suavemente– olvídate del P. Grignion; éste no merece nada: piensa en Jesucristo que lo es todo; reconócelo en sus pobres...!»

Dinán es una minúscula ciudad, pero altiva y graciosa. Tiene las características de todas las ciudades bretonas hechas en piedra y, además, una poesía especial. Cada esquina conserva un motivo de encanto: aquí un humilde indicio de pórtico de madera, allá la mole de una iglesia cuyas líneas se multiplican en fuertes y fantásticos diseños góticos.

Se levanta, con sus contrafuertes de curvas armoniosas, sobre el flanco de una colina lujuriente de árboles, a cuyos pies se desliza un pequeño río, con su puente que visto desde lo alto parece de juguete.

Cuando Luis llega a Dinán, un grupo de misioneros se prepara a «asaltar la ciudad». Aceptan gustosos la colaboración del P. de Montfort.

Cierta mañana, poco después de su llegada, va a celebrar su Misa en la capilla de los dominicos. Tiene para ello un motivo oculto: José, su hermano a quien en otro tiempo ayudó en los estudios, se encuentra en Dinán y viste el hábito blanco y negro de los frailes de santo Domingo.

Precisamente José, encargado de la sacristía, sale al encuentro del sacerdote que pide permiso para celebrar. Luis reconoce fácilmente a su hermano, pero éste no logra identificar al forastero, ¡tanto ha cambiado Luis Grignion, durante su ya larga aventura!

«Querido hermano, prepáreme por favor los ornamentos para la Misa; querría celebrar en el altar del beato Alano de la Rupe»– le dice Luis. El dominicano, sombrío y sensible, ofendido por oírse llamar «hermano» –es sacerdote y no laico– ofrece a Luis los ornamentos más gastados y trata en vano de informarse con el Hermano Maturín, que mantiene la consigna del secreto acerca del nombre del sacerdote a quien fray José no duda en acusar de descortesía.

Al día siguiente, la misma escena. Finalmente, el Hermano Maturín estalla ante la insistencia del sacristán: «Se llama el P. de Montfort... Luis Grignion, de Montfort-la-

Cane...».

«¡Pero si es mi hermano...!»

El malentendido se disuelve en un abrazo. Y ya que el P. José reprocha a Luis el presentarse de incógnito, éste concluye la velada burla, que le permitió sondear a su hermano y en la que se mezclan una brizna de malicia y un tanto de melancolía, con estas delicadas palabras: «Te he llamado 'hermano mío'. ¿Qué más debía hacer? ¿Podía darte mejor señal de cariño?»

Mientras en Dinán avanza la misión, predicada por numerosos sacerdotes, Luis asume para sí el cargo de catequista. Se dirige a los niños, pero sin olvidar la guarnición de soldados residentes en la ciudad y, sobre todo, sin descuidar a los pobres, para quienes organiza la famosa «sopa popular», que se convertirá en característica de su misión.

... Cae la tarde. Dinán descansa. Sobre el pavimento de las calles se apaga el eco de los últimos pasos y en las fachadas de las casas se cierran las últimas ventanas. La negruzca torre del reloj, vinculada al recuerdo de Ana de Bretaña, ha repicado quizá la hora tardía, como subrayando el silencio que puede llegar a ser tan profundo en una ciudad pequeña y antigua. También los misioneros han concluido su intensa jornada. Sólo Luis de Montfort anda aún por las calles: regresa a casa, tal vez de algún encuentro de caridad que nadie ha relatado.

De pronto, entrevé en medio de las sombras una forma humana acurrucada en tierra y percibe un lamento. Un temblor sacude al P. de Montfort. Se inclina sobre el pobre descubriendo un rostro devorado por una lepra repugnante. El cronista refiere: «No aguardó a que el infeliz le pidiera ayuda: le habló primero». ¿Qué hacer? ¡Es ya tan tarde! Luis recoge al enfermo y se dirige a casa de los misioneros: sus pasos resuenan más lentos, más pesados, sobre el pavimento de las calles.

El portero duerme profundamente y los golpes repetidos no logran despertarlo. Entonces surge en medio de la oscuridad la súplica temblorosa, el grito en que se expresa todo el corazón de Luis Grignon: «¡Abran..., ábranle a Jesucristo!» Algún vecino se habrá despertado seguramente sobresaltado, al escuchar esa voz que rompe el silencio y las tinieblas.

Finalmente, un chirrido de cerrojos..., y un suspiro de alivio de parte de Luis... Esa noche, el hombre desfigurado por la tristísima enfermedad dormirá en el lecho del P. de Montfort.

A la misión de Dinán está ligado el recuerdo de otra historia sugestiva. No lejos de la ciudad, se levanta, ahogado entre el verdor, el castillo de la Garaye, cuya fachada asimétrica se realza en una pequeña torre: esculturas y frisos ornamentales comunican movimiento y ligereza a la mole de granito gris. En esta morada encantadora se está desarrollando una de esas aventuras cuyo secreto parece tenerlo la Francia de los místicos y de los caballeros, incluso en el siglo del iluminismo.

Cierto día, Claudio Toussaint-Marot, conde de la Garaye, bisconde de Beaufort y Taden, vio pasar en carroza a una dama joven, cuyo nombre conoce: Margarita La Motte-Picquet. Siguió largo rato con la vista esa carroza. Luego, volviéndose a un amigo le dijo: «¡Cien mil libras de renta y la mano de aquella señorita me harían feliz!».

En 1701, Claudio y Margarita, casados, vienen a habitar en el castillo de la Garaye, donde se desarrollaría su legendaria historia de amor.

La Garaye es escenario ideal de las cacerías y las danzas, de la hospitalidad refinada, el lujo y la cortesía que, de la mañana a la tarde, llenan la vida del brillante hogar. El conde de la Garaye recibió de adolescente una formación cristiana cuyas huellas suavizó una

juventud demasiado movida. Se batió como un valiente entre los mosqueteros en el asalto a Namur en 1692, cuando aún no tenía 18 años. Deportivo, activo, gran espadachín, ama apasionadamente la caza. A su lado, la joven esposa, es una fuente saltarina de vitalidad.

Unos meses después del matrimonio, una terrible caída de un caballo amenaza con destruir la salud de la señora de la Garaye. Se repone lentamente, pero la esperanza de una maternidad se disipó para siempre. Y la angustia comienza a torturar el corazón de los dos jóvenes hasta ayer demasiado felices. Poco a poco la vida de la Garaye comienza a recobrar el antiguo ritmo despreocupado, pero nada vuelve a ser como antes. Acontece que, en los momentos de soledad, Claudio y Margarita se lanzan uno a otro una gravísima interrogante: ¿Qué hacer con la propia vida?

Sobrevienen otros dolores y otras advertencias. La bolsa de los señores de la Garaye, naturalmente generosos, se abre en medida más amplia a la limosna. Claudio se dedica al estudio de la cirugía y de la química y emplea los recursos de su inteligencia en favor de los pobres, distribuyendo gratuitamente los remedios que prepara. Y un día –en 1706, durante la misión de Dinán– Luis de Montfort encuentra, cerca del castillo que es todavía el lugar de cita de las más alegres compañías bretonas, al conde y la condesa de la Garaye.

Dos fisonomías abiertas y amables manifiestan su secreto tormento al P. de Montfort. Ningún testigo ha podido contarnos lo que se dijeron en sus coloquios, la versátil pareja y el misionero de ojos de fuego. Ciertamente han encontrado un tema de interés común: los pobres. Invitado por los señores de la Garaye, Luis predica un retiro a un grupo de mendigos recogidos en las dependencias del castillo.

Tras este inolvidable encuentro, su historia proseguirá haciéndose cada vez más insólita. En 1710, sonará la hora decisiva. Un nuevo dolor, –la súbita desaparición de Silvia de Pontbriand, hermana de Claudio, y del esposo de ésta– traspasa los dos corazones que han perfeccionado tanto su capacidad de sufrir. El castillo de la Garaye se convierte en teatro de una gran transformación: no más cuadrillas de perros de caza, no más ricas escuderías. La mesa sigue servida, pero para quitar el hambre de centenares de pobres. Los locales anexos al castillo serán utilizados como un pequeño hospital y, enfrente a la graciosa fachada gris, una capilla, donde se reúnen los enfermos para la Eucaristía, se convierte en el corazón de la Garaye.

Claudio de la Garaye, atrayente figura de «honnête homme», se nos muestra en una talla muy diferente, mientras responde, con el valor desplegado en tantas batallas, a las solicitudes del Evangelio. Los dos esposos se habían «equivocado de grandeza». Ahora optan por la verdadera: míralos, cansados y felices, en medio del pequeño grupo de sus asistentes, poniendo a disposición de todos amor y dinero y los conocimientos médicos que transforman su caridad en inteligente servicio social. El laboratorio de Claudio sigue produciendo preciosas medicinas. Las manos enérgicas y finas de la condesa de la Garaye saben realizar, en poco tiempo y con poco dolor, operaciones de ojos que cirujanos mucho más célebres no se atreven a afrontar. Y la fama de aquellos ricos para quienes el ojo de la aguja no ha sido demasiado estrecho, se extiende por toda Bretaña.

¿Qué parte tuvo el P. de Montfort en la conversión de los señores de la Garaye? Cuando el castillo ya no sea más que un hospital, Claudio se acordará de Luis y de las Hijas de la Sabiduría, y se esforzará por hacer ir a Dinán, para una fundación en favor de los pobres, a las hijas espirituales del apóstol. A comienzos de febrero de 1707 Luis se reúne con Don Leuduger y se enrola bajo su bandera misionera.

La figura de Juan Leuduger, escolástico de Saint-Brieuc, a quien Maunoir, Champión, Huby habían entrenado en el trabajo apostólico, director ahora de misiones y retiros en las

diócesis de la alta Bretaña, había dominado como un ideal la adolescencia de Luis. Es heredero de una prestigiosa tradición y codificador de métodos misioneros.

Así, la madurez de Luis recobra totalmente los grandes temas de su juventud. Un grupo de una veintena de sacerdotes milita bajo la dirección de Leuduger. Otros se les añaden de tiempo en tiempo: tales como alguna vez Julián Bellier y, hoy, Luis Grignon. Vigorosamente centralizado y organizado, este ejército misionero reúne en realidad a sacerdotes de origen y formaciones variadísimos, que llegan de todos los ángulos de la región: «bachilleres, doctores de la Sorbona, recortes, clérigos dedicados a toda clase de buenas obras», una muestra multicolor del clero bretón, afectuosamente fiel a las tradiciones de la misión.

Siguen para Luis meses de intenso trabajo. Es el primer abrazo del P. de Montfort con su pueblo, ese pueblo reservado pero capaz de profundos entusiasmos. A Luis le gusta este ambiente: las iglesias de la región, con sus muros arrugados que conservan a veces las señales de la pobreza; los caminos por los cuales circula el equipo misionero, que parecen perderse en el infinito entre campos bañados de paz; los amaneceres y los ocasos sobre los pueblos apenas tocados por la historia y sobre las casas anónimas de tierra donde viven los más humildes.

El grupo de Leuduger trabaja en las diócesis de Saint-Maló y Saint-Brieuc, pasando a través de las parroquias de Baulón, Le Verger, Medrignac, Montfort, La Chèze, Plumieux, Saint-Brieuc, Moncontour... Luis, uno de los más jóvenes colaboradores de Leuduger, se dedica a una doble tarea, que refleja perfectamente sus predilecciones: el catecismo a los niños y el cuidado de los pobres.

Se trata para él un importante aprendizaje. Por primera vez desde que lo conocemos, se le ve inserto activamente en un grupo y dedicado a una colaboración: el camino recorrido junto al equipo de Leuduger es uno de los momentos más constructivos de su empeño de integración y aceptación de los demás. Por otra parte la historia de estos meses es la historia de una eclosión progresiva de la personalidad de Luis Grignon.

«Su lecho era una piedra y tres haces de madera. Sus camisas manchadas de sangre permitían ver que no se ahorraba disciplinas... Siempre alegre en la adversidad», Luis se revela, como ya había pasado en las predicaciones hechas en los arrabales de Poitiers, un animador de multitudes. Se enfrenta a empresas siempre audaces, lanza trastornadoras palabras de orden. En la Chèze, donde la capilla de la Virgen de los Dolores se va arruinando desde hace siglos, una tradición local cuenta una profecía de san Vicente Ferrer, quien [1417] preveía la llegada de un hombre –anónimo y combatido– que la reconstruiría. Luis no duda en asumir públicamente la misteriosa herencia: «Yo soy ese hombre». Se hace arquitecto, jefe de obra, y, al que no tiene nada, paga puntualmente salarios a los obreros y lleva a cabo, con la ayuda de las gentes, la empresa de erigir un digno edificio en lugar de los destartalados muros.

Se encariña profundamente con aquel lugar, su capilla y los fieles que lo siguen. Allí querría morir y ser enterrado. Pero la tropa misionera está en camino: en Plumieux, donde vive, con el Hermano Maturín, en la posada de los «Cuatro Vientos», la puerta del P. de Montfort está siempre abierta, para una continua cita con los fieles.

Recordemos unas palabras escritas por Luis a Leschassier en la ansiedad del primer contacto con el ministerio: «mi naturaleza corrompida gustosa de hacerse ver...». ¡Ahora se halla libre de las dudas que lo habían vencido! Casi cincuenta años más tarde, el P. Jagu, rector de La Chèze, brindará un testimonio sobre el paso de Luis, tanto más eficaz cuanto que los recuerdos han resistido la prueba del tiempo: «No acabaría nunca, señor, si tuviera

que escribir todas las maravillas que personas dignas de crédito relatan del P. de Montfort...».

«Lo miraban como un hombre poderoso en palabras y obras...». La fama más persistente que acompaña al P. de Montfort es la de un hombre «extraordinario». Narran hechos prodigiosos acontecidos por intercesión suya: enfermos que se curan, cuando sus manos los tocan... El trasfondo nos ayuda a comprender a Luis: la Bretaña del milagro y los amplios horizontes, de los héroes y caballeros antiguos; la Bretaña del granito puro, de los corazones fervientes y las costumbres sencillas.

Durante las misiones, da de comer hasta a doscientos pobres. Recita el rosario y proclama la Palabra de Dios. Una señorita de condición acomodada, impactada por el estado lamentable de su sotana, se ofrece a regalarle una nueva, pero recibe un rechazo: «Yo puedo pasarlo sin una sotana nueva, pero los pobres de Jesucristo no pueden pasarlo sin pan».

Nos quedan instantáneas, que nos acercan a un P. de Montfort más familiar, con una fuerza seductora más humilde. Las Hijas de la Cruz de Saint-Brieuc, comunidad de religiosas cuyo nombre encanta a Luis, recordarán a distancia de veinte años la dulzura con que les presentaba arduos temas de espiritualidad:

«Cuando nos veía realizar algún ejercicio penoso y humillante según el mundo, nos decía con su agradable seriedad, como si fuera el mismo Jesucristo: '¿Es ruin y bajo su estado? ¡Alégrense, amadas mías! Su estado tan semejante al mío es señal de que les amo mucho'. Palabras que todavía hoy producen entre nosotras frutos maravillosos, animando y sosteniendo a aquellas a quienes las dirigía...».

En el verano de 1707, Leuduger con sus compañeros se encuentra para dar la misión en Montfort –la Montfort de los notables y de los artesanos, antigua plaza fuerte decepcionada y tranquila–. El hijo del abogado Grignon sube al púlpito, en la antigua iglesia de San Juan, seguido por la mirada curiosa de la multitud. No tiene miedo de desconcertar las expectativas de los espectadores, y, en lugar de predicar, presenta un gran crucifijo, lo adora, lo ofrece con intensa ternura al beso de cada uno de los presentes... Es quizá la «predicación» más eficaz de la misión.

En esos días Luis encuentra nuevamente a los suyos. En efecto, la familia Grignon ha dejado Rennes, para regresar al campo donde los primeros de sus muchos hijos transcurrieron su infancia. La nueva y modesta casa se encuentra en Couascavre, en los límites de la parroquia de Montfort con la de Breteil y casi a la sombra de la antiquísima abadía de Santiago –ubicada en un dulce y verde valle– donde, dentro de algunos años, el cuerpo cansado de Juan Bautista Grignon encontrará su sepultura.

El P. de Montfort aceptó la invitación a almorzar en casa de sus padres, con una condición: llevar consigo a sus amigos. En la casa Grignon hierven los preparativos y se hace trepidante la expectativa del amado huésped y de aquellos desconocidos que, pertenecen quizá al prestigioso equipo misionero.

Imaginémonos pues, a Luis Grignon en el camino que de Montfort conduce a la abadía, seguido de un cortejo de mendigos de rostro famélico. Veámoslo ahora presentarse tranquilamente con su comitiva a la puerta de la casa e invitar a sus «amigos» a tomar puesto en el hogar y al rededor de la mesa servida de los Grignon.

Algo de Evangelio vivido a la letra puede dar lugar, a veces, a escenas pintorescas. ¿Con qué expresión habrá recibido el señor Grignon a los indescriptibles huéspedes de su hijo? Pero Luis se comporta como si todo fuera lo más natural y, poco a poco, en torno a la mesa de familia la fiesta se va haciendo más cálida en aquel interior burgués donde una parábola

se ha convertido en realidad. A lo largo de los siglos, la tradición conservará celosamente el recuerdo del lugar donde aconteció el banquete con los pobres en casa del señor de la Bachelleraie.

En Moncontour, otras iniciativas, otras sorpresas y algunas ásperas tomas de posición – por ejemplo, a las parroquianas demasiado bien vestidas no las admiten a besar al crucifijo– que suscitan olas de estupor y de críticas. Y el P. Leuduger comienza a darse cuenta de que siete meses de colaboración con un joven «extraordinario» han sido difíciles para su equipo misionero.

Gradualmente, su figura ha ido diferenciándose por la originalidad e independencia de sus métodos y su carisma personal. Este humilde misionero hace sombra o sencillamente suscita el roce cotidiano con quienes no logran realizar esos gestos suyos libres e impulsivos. Don Leuduger con su consumada experiencia, conoce el valor de la ponderación y las ventajas del equilibrio. Estima y benevolencia universales aureolan el rostro maduro del «escolástico de Saint-Brieuc», que se ve obligado a obstruir con una nueva cruz el camino del hombre rodeado de la admiración apasionada de las multitudes y de las críticas veladas.

En Moncontour, luego de una querrela sin importancia por causa de una colecta de limosnas, Leuduger despide de su grupo de operarios evangélicos a Luis de Montfort.

Se derrumba para Luis un arquetipo vital, un sueño de juventud, al tener que separarse de aquel que es quizá el mayor misionero que aún vive. Si la desilusión es profunda, le permite por otra parte correr completamente el riesgo de su estilo apostólico personal, alejándose de la base institucional y del contexto de seguridad en que se mueven los seguidores de Leuduger.

Una vez más el P. de Montfort y el Hermano Maturín, pareja que hubiera merecido atraer la atención de algún juglar de la bohemia o de algún romancero de los humildes, vuelven a encontrarse solos por los caminos de Bretaña.

La imagen de este caminante, a la vez, tan extraño y tan cercano a su propia tierra es de las más sugestivas para comprender el corazón del P. de Montfort. En transparencia leemos en ella la historia de un hombre desapegado y errante que se ha convertido en hombre libre.

¿Cómo no reconocer un tinte de amargura y melancolía, una arruga de desencanto, en el rápido pasar de Luis por en medio de los suyos, en el hecho de no encontrarse, de no lograr hablar el mismo lenguaje? Conocemos la profundidad humana de la soledad de Luis. Haber recobrado este «misterio doloroso» de su cuerpo y de su alma en el plano de una caridad mayor, es la obra, la lucha y el secreto de la vida del misionero.

¿Cómo no reconocer un aspecto dramático en la frustración continua de ideales y afectos, que este hombre sensible ha ido encontrando a lo largo de su ministerio? No obstante, hay que respetar su verdadera imagen, que es la de una frente abierta, de un «corazón que canta», de un «hombre sereno», cercano a los demás, con esa cercanía propia de aquellos a quienes Dios ha escogido. Quitemos a la figura de este vagabundo su aureola de leyenda, sigámoslo a lo largo de los caminos inundados por la lluvia o quemados por el sol, y veremos a un joven que asume el aspecto de un viejo a quien sus parientes no logran reconocer.

«Cuando me voy de viaje
con mi bastón en mano,
descalzo y sin bagajes,

camino con gran pompa,
como un rey en su corte.

Por el mundo camino
como un niño perdido,
tengo ardor vagabundo,
y lo he vendido todo.
Avaros, yo os engaño,
me llevo lo mejor.

Vuelo de rama en rama
como los pajaritos,
mi corazón no teme,
pues avanzo sin carga...

Dios me ha dado cien padres
por los dos que he dejado;
cien hermanos y hermanas,
llenos de caridad.

Mi pasión y mi gloria
son los pobres mendigos;
al comer y beber
yo comparto con ellos.

Si alguien quiere seguirme,
que sea bienvenido...
¡que me siga sin pompa!
Cantemos jubilosos:
¡Que viva la pobreza!...» (CT 144).

La soledad de Luis por los caminos que llevan a los hombres prefigura un misterio de expoliación. Alguien ha dicho que el camino es para él la celda del monje. Es igualmente – como en los días del Pot-de-Fer– para este hombre fuera de lo común que carga la predilección de un Dios celoso, el lugar para morir a sí mismo, el sepulcro para vivir, en la dinámica psicológica que le es característica, el terrible y suave nudo de la liberación pascual.

Capítulo 3

UN ESTILO DE VIDA

Por tercera vez en el espacio de un año, regresa Luis a los paisajes de su niñez. El ritmo agotador de los últimos meses se rompe bruscamente y una pausa transparente llena la vida del misionero.

Luis toma sus vacaciones. Para ello, vuelve a casa: es decir, busca en los campos de Montfort una morada y la encuentra en la ermita de San Lázaro, utilizada, en otro tiempo, como leprosería.

Hay que familiarizarse con esta geografía restringida: Montfort, la abadía de Santiago, Couascavre donde tuvo lugar el banquete de los pobres, Heurtebise, y por último San Lázaro, a pocos pasos de distancia, exactamente en las fronteras de Brocéliande. Horizonte familiar para Luis, que de un solo golpe abraza tantas cosas amadas: los encantos del bosque y la humildad de las construcciones, el campo trabajado y el hermoso claustro de la abadía que carga juvenilmente siglos de historia.

Hay que contar las tres o cuatro casas de Heurtebise y ver al sol poniente acariciar las piedras, para comprender hasta el fondo este aspecto del corazón de Luis: su amor a la tierra, a las cosas humildes, a los «pobres del campo». La ermita de San Lázaro es, pues, la presencia abandonada y callada en aquel círculo de vida sencilla.

Es otoño, y bosques y campos viven su suave humillación que prelude la paz invernal. La ventisca atormenta las landas brumosas y silba en las encinas de Brocéliande. En la ermita, Luis no está solo: el Hermano Maturín comparte su vida y otro recluta –el Hermano Juan– recogido también en el camino, completa el diminuto grupo.

Visto en la perspectiva de los acontecimientos que van a seguir, la pausa de San Lázaro reviste valor peculiar. Allí nace la primera comunidad monfortiana. En San Lázaro aparece en germen, en toda la pureza de la «utopía» del P. de Montfort, la Compañía de María, ese cenáculo de pobres, reunido en la imploración del Don de lo alto y en la transmisión de la Palabra, pequeña Iglesia de los «Hechos de los Apóstoles» orante y misionera.

Los tres conocen el despertar de los bosques, cuando la aurora hace cantar a las aves. Las jornadas están dedicadas a la oración, al trabajo manual –restauran y adornan la capillita en ruinas de la ermita– y a la predicación a las gentes del lugar, que comienzan a tomar a San Lázaro como meta de peregrinaciones. La vida de los tres solitarios experimenta el desasimiento hasta lo esencial: como las aves del cielo no se preocupan del mañana. Viven de la caridad de los pobres. Puede suceder que se sienten a la mesa sin tener siquiera un trozo de pan y tengan que esperar, para matar el hambre, el infalible envío de la Providencia.

Luis saborea el gusto matinal de una experiencia que tiene una suave impronta franciscana: el hecho de colocarse «fuera», al margen –pero muy cerca de los pequeños– su contestación enamorada, encuentran aquí una encarnación nueva. San Lázaro, donde el sacerdote y los dos laicos, que tienen como almohada una piedra, realizan lo esencial de una comunión, es quizá lo más semejante al sueño de Luis. Es la enunciación perfecta de un programa de vida liberada a través de una expoliación que –en la oración y en la acción apostólica– tiene una finalidad única: el amor.

Los rústicos y sólidos muros de la capilla restaurada y de la ermita –la primera morada donde Luis se ha sentido como en casa– impiden que se esfumen los sueños del P. de Montfort. De repente, en este rincón de tierra donde se vive tan intensa y humanamente, en forma tan humilde y variada, Luis ha logrado realizar una síntesis, que exige la soledad con Dios y la tierna cercanía a los hombres. Sobre el altar de la capilla, algunas imágenes nuevas ofrecen un resumen perfecto de la espiritualidad monfortiana: la paloma del Espíritu abre las alas sobre un gran nombre de Jesús y sobre María –Nuestra Señora de la Sabiduría– que tiene al niño entre los brazos, y aquel Niño, con su mano pequeñita, sostiene el mundo.

El retiro de los solitarios resulta interrumpido cada vez más por las necesidades de los

hombres. Acuden ahora en tropel campesinos y vagabundos. Si no caben todos en la capilla, Luis los reúne a la sombra de una gran encina que protege el santuario y les habla de Dios o recita con ellos el rosario. En el trasfondo, el bosque de Brocéliande es majestuosa catedral para la más primitiva de las misiones. Las cosas están así cuando Mons. Desmarets, obispo de Saint-Maló viene a pasar por los parajes de Montfort.

Este obispo revela claras simpatías jansenistas. Y sin embargo, hay otros motivos –más precisamente, su lucha contra ciertas autonomías excesivas del clero local, su larga diatriba contra los canónigos...– que le inducen a escuchar desfavorablemente los rumores que circulan sobre el apostolado del solitario. Convocan a Luis Grignon al decanato de Montfort. Él ignora el motivo de la llamada: se arrodilla a los pies del obispo y oye que le prohíbe inmediatamente cualquier ministerio en la diócesis de Saint-Maló.

Queda mudo. Ante el carácter repentino de aquella orden, cualquier intento de autodefensa muere en la garganta. «Trabaja siempre en total dependencia de los obispos...»: quizá resuenan en su memoria las palabras de un obispo llamado Clemente XI. Está a punto de retirarse, cuando tiene lugar un pequeño golpe teatral: «*messire Hindré*» rector de la iglesia de Breal se presenta a Mons. Desmarets con la finalidad concreta de conseguir una misión del P. de Montfort en su propia parroquia. Presentada en tales circunstancias, su petición desencadena, por algunos momentos, un profundo silencio.

Luego, Mons. Desmarets da su asentimiento.

El cambio de opinión del prelado se explica quizá por el mismo motivo que provocó el entredicho: no una desconfianza personal hacia el P. de Montfort sino la voluntad de eliminar lo que le parece un abuso: en la cátedra de una iglesia parroquial, la ermita de San Lázaro ya no le causa temor.

Luis fijó su mirada de niño, respetuoso y admirado, en el rostro del obispo. En lo molesto del momento, lanza una de esas peticiones coloreadas de provocadora ingenuidad: «Monseñor, ¿si otras personas se acercan a mí, me concede el permiso de absolverlas?»

«Lo autorizo para ello» responde secamente el prelado, cuya humildad y flexibilidad de espíritu se vieron seguramente puestas a prueba.

San Lázaro se convierte así para el P. de Montfort en base para nuevas partidas. Luego de Breal, las parroquias de Breteil, de Talensac, de Landjan, de Romillé piden y obtienen su predicación. Al anciano párroco Hindré, estupefacto ante la constante eficacia de la palabra de Luis, revela éste –según narra Besnard– en un momento de abandono, un secreto de su carrera: «He recorrido más de dos mil leguas en peregrinación para pedir a Dios la gracia de mover los corazones, y Él me ha escuchado...».

Durante los intervalos de las misiones parroquiales, Luis prosigue con corazón alegre, sus predicaciones a la sombra de una encina y su apostolado por los caminos. Es una característica de su acción el desbordar el riguroso esquema del ministerio parroquial, y esto tanto más cuanto que su sentido de la misión se identifica con un estilo de vida. En la primavera de 1708, Mons. Desmarets vuelve a visitar a Montfort. Su intervención es, esta vez, neta y precisa: prohíbe a Luis predicar fuera de las iglesias parroquiales, comprendiendo en su prohibición la capilla de la ermita.

Luis responde dejando definitivamente la diócesis de Saint-Maló.

¿Cree que obedece más alejándose? ¿Ser simplemente la imposibilidad de renunciar a un espacio original, creativo y libre?

Le parte el corazón el pensamiento de dejar la Virgen de San Lázaro y cerrar para siempre la puerta de la capilla. Un grupo de jóvenes viene de Montfort a escuchar la palabra del misionero. En el momento de despedirse, Luis escruta uno por uno aquellos

rostros atentos y pregunta:

«¿Quién de Uds. quiere ser la guardiana de Ntra. Sra. de la Sabiduría?»

Las muchachas callan sorprendidas. Luis pasa entre ellas, escoge a una mujer de unos cuarenta años y le dice con dulzura: «Tú serás, hija mía, la guardiana de nuestra Madre...».

Guillermina Rouscel levantó sus ojos limpios como los de una niña al rostro del P. de Montfort. Con toda sencillez, sin preguntarse quién le dará el sustento para vivir, traslada su morada a la ermita de San Lázaro, convirtiéndose así en la humilde guardiana de María. Durante veinte años, solitaria, alimentándose con las limosnas de los peregrinos, mantendrá abierta la puerta de San Lázaro y su vida humilde y pura arderá como un cirio siempre encendido ante la Virgen de la Sabiduría.

Luis se despide, pues, de San Lázaro donde se han deslizado algunas de las mejores horas de su vida. Saluda, al pasar, los campos de Montfort a la que, como quien no tiene familia, se ha vinculado para siempre cambiando su propio apellido y se dirige a la diócesis de Nantes adonde lo ha llamado un amigo, el P. Barrin.

En Nantes había comenzado, apenas salido de San Sulpicio, su tímido apostolado de joven sacerdote. A Nantes lo devuelven hoy, después de ocho años, las líneas destrozadas de su itinerario.

El P. Lévêque, el anciano de San Clemente, murió en 1704. Dos presencias se consolidan en la ciudad: la de la Compañía de Jesús, consagrada en forma especial a la formación del clero y a la dirección de las almas, y el Oratorio, que será dentro de algunos años –nos dice un historiador– «el punto neurálgico por donde va a penetrar en la diócesis el segundo jansenismo, el de Quesnel».

En 1708, los ánimos están tranquilos. Pero en el contexto espiritual tan rico de la ciudad, se adivinan una brecha y ciertos fermentos.

Al lado de Juan Barrin y del P. du Moulin-Henriet, entre los vicarios de la diócesis, figura un personaje conocido e importante, M. de la Noe-Menard, «gran formador de sacerdotes», que en 1717, siguiendo la inclinación de su rigorismo moral y de su augustinianismo acentuado, se alinearán al lado de los «apelantes» y no se retractará ni en su lecho de muerte.

Mons. Gilles de Bauveau está a la cabeza de esta diócesis difícil. Celoso y de recta doctrina, es un obispo gran señor, a quien el celo de autoridad empuja hacia posiciones coloreadas de galicanismo. Su gobierno acomodadizo, carece a veces de coherencia: «trata de neutralizar las influencias, oponiendo unas a otras, las tendencias que dividen a su clero» y que repercuten en opiniones que chocan hasta en el seno del consejo episcopal.

Juan Barrin está vinculado a Luis Grignon por una antigua amistad. Pertenece a una numerosa familia bretona. Las relaciones con los Grignon remontan, realmente, a varias generaciones y su estima por Luis es profunda. En Nantes, la figura del vicario está rodeada de una aureola de prestigio: la categoría de su familia, una educación humanística y literaria que se revela tanto en su oratoria como en sus escritos y sobre todo una elevada estatura espiritual contribuyen al encanto de superioridad que ejerce en el ambiente que lo rodea.

Madurado por sus anteriores experiencias, Luis conoce en Nantes una estación floreciente. Trabaja primero con el P. Joubart, célebre jesuita que camina tras las huellas de Maunoir. Pronto, sin embargo, se encuentra Luis por primera vez convertido en jefe de fila y organizador de la misión.

En efecto, tuvo lugar un episodio mínimo pero decisivo: el P. Barrin, ese sacerdote gentilhomme y finamente intelectual, se mezcló cierto día –junto con otro eclesiástico amigo suyo– con la multitud que escuchaba a Luis en la parroquia de San Similiano. Su

propósito era un tanto crítico y malicioso: evaluar y pesar fríamente la capacidad del misionero... Habían venido a juzgar, salieron transformados, llorando como los más sencillos de aquellos feligreses que se dejaban arrebatarse el corazón por las palabras de Luis.

Desde ese momento, la protección del vicario da vía libre al P. de Montfort.

Por entre las viñas de la región de Nantes, de una a otra de las populosas y ricas parroquias que reaccionan en formas diversas a la invitación misionera, resuena el tintinear de la campana y el canto transparente de Maturín:

«Alerta, alerta, alerta,
la misión está abierta.
Vamos todos, mis buenos amigos,
a ganarnos el cielo».

Así comienza la misión. La clausura en Fromenteau, Renaudière, San Pedro de la Boisière, en San Cristóbal-la-Couperie... es la construcción de un calvario, representación muy sencilla que parece perpetuar, donde una altura domine la región circundante, un misterio medieval de la pasión. En las estatuas que lo forman se encarna la fe de un pueblo, que vuelve a consagrarse, como una ola de vida cristalizada en una imagen.

Juan Barrin ofrece a Luis la compañía de un sacerdote ordenado no hace más de un año, «el P. Pedro Ernaud de Bastières», hijo de una familia acomodada de Moustiers-en-Retz. Este joven lleno de buena voluntad, de apacible carácter, será uno de los mayores y más fieles amigos de Luis Grignon. Pocos conocerán más a fondo que él a nuestro misionero, en la intimidad de los viajes, de las fatigas, de las amarguras y alegrías vividas por ambos. Y no es para el P. de Bastières una amistad fácil: este hombre tranquilo experimentará lo arduo que puede resultar el colaborar con un santo. Entre temores, fatigas y pruebas repetidas lo veremos admirar a Luis, comunicarle confianza y entrar con él en una extraña y amable relación que le permite bromear, consolar y recoger preciosas confidencias.

La misión con el vórtice de afectos que suscita resulta con frecuencia movida y dramática. A ello contribuyen no sólo el calor del sentimiento popular, sino también la energía de Luis, la forma que tiene para abordar de frente el pecado y el desorden y su reacción apasionada contra la prevaricación. Tras su predicación, antiguos pecadores llorosos y puestos al desnudo caen a sus pies. Pero un día, el misionero sale de la iglesia y vacila bajo el golpe de una piedra que de improviso silba en el aire: un grupo de estudiantes que tienen motivos de rencor contra el P. de Montfort las emprende contra él.

¿Qué intenciones tiene este grupo violento? La lluvia de piedras hubiera podido costar la vida a Luis, si no hubiera habido tanta gente en la calle y si los presentes no se hubieran precipitado a defender al misionero. La reacción de aquellos corazones devotos de Luis es furibunda, y él ha tenido que poner en juego toda su autoridad para evitar un castigo irreparable a los jóvenes rebeldes:

«Hijos míos, por favor, ¡déjenlos ir! Son más dignos de lástima que Uds. y yo...».

Párrocos molestos toleran penosamente en su «rutina» aquella presencia a veces impuesta por el vicario episcopal pero no deseada por ellos. La misión de la Chevrolière, por ejemplo, resulta penosísima para el P. de Montfort que siente aumentar día tras día la sorda oposición del rector de la parroquia. La enemistad de aquel sacerdote de alma ruin explota con toda dureza: se presenta en la iglesia, disuade a los fieles de participar en la misión y espera luego a Luis en lugares apartados para injurarlo tranquilamente al abrigo de la reacción de los feligreses.

La situación se prolonga varias semanas. Luis padece lo indecible. «Apelo al Juez de

vivos y muertos respecto a cuanto me achaca –responde, pálido y resuelto, esperando desarmar al párroco agresivo–; ¡le pido perdón, si en algo le he incomodado!» De todos modos, hay que clausurar la misión. Y llega, finalmente, tras un pequeño calvario de humillaciones el día de despedirse.

Luis se presenta, con Pedro de Bastières, al párroco hostil, lo mira serenamente a los ojos, lo abraza: «Perdóneme, si lo he hecho sufrir... Le aseguro, señor, que oraré por Ud. toda mi vida. ¡Le debo mucho!». Habló con un timbre de voz inolvidable, cariñoso y sincero. El pobre párroco ingenuo y turbado renunció definitivamente a comprender algo del P. de Montfort.

La humildad, la desconcertante mansedumbre de aquel recio caballero del absoluto, hecho a tantas batallas, dan un sabor de poesía a episodios penosos y amargos que ritman la crónica de las misiones. En la fusión sutilísima de amargura y sonrisa que hay en el fondo de su naturaleza humana, Luis, demasiado avezado a la cruz, se alarma cuando las cosas andan solas, y no sienta sobre sí la sombra, la protección del símbolo que ama y que es su razón de vivir. «¡Qué mal estamos aquí!» –dice cierto día, durante la tranquila misión de Vertou, agarrando la mano de Pedro de Bastières.

«Nada de eso –replica él con estupor– ¿dónde podríamos hallarnos mejor?»

«Exactamente, estamos demasiado bien: nuestra misión no tendrá frutos. ¡Qué cruz vivir sin cruz!» Y el bueno de Bastières casi no logra detenerlo para que no se vaya inmediatamente para otra parroquia...

Llegamos al terrible invierno de 1708-1709: invierno de miseria y carestía. Una grave crisis económica, que repite el drama de 1694, tiene postrada a la nación francesa. Las heladas devastan los campos, echando a perder sin remedio las cosechas. No, las cruces no faltan en el camino de Luis. Tienen como nombres, entre otros, los de frío y ayuno, cansancio físico y enfermedad. En la Chevrolière, la última semana de la misión, fiebres y cólicos asaltan al misionero. El pueblo llora al verlo, con la cabeza descubierta y los pies descalzos bajo el cielo inclemente, tomando su turno para llevar con otros la cruz que se va a plantar en lo alto del «Calvario».

Luis Grignon toca así continuamente, con auténtica prodigalidad, el umbral del heroísmo. Y éste es quizá el motivo que explica más profundamente la fascinación que ejerce el misionero y su casi inquietante poder para «mover los corazones».

Esa fascinación se debe a diferentes razones, cada una de las cuales nos acerca más al secreto íntimo del apóstol. Ante todo, la llamada a la conciencia, a una esfera de sentimientos vitales, realizada por quien sabe escrutar con penetración y delicadeza los fenómenos psicológicos y espirituales y sabe utilizar magistralmente el lenguaje de los sentimientos. Añade a ello su aspecto físico altivo y singular, la voz, la expresión, –que nos describen como extraordinariamente dulce– de ese rostro de sugestiva fealdad, quemado y ennegrecido por el sol y la intemperie. Añade también el genio para hablar la lengua de los demás. ¡Cómo olvidar, por ejemplo, a Luis catequista de los niños! Casi juega con ellos mientras imprime en las pequeñas memorias impresiones realistas, claras y decisivas. Añade todavía el calor de la imaginación y el tesoro no explotado de esas dotes que emparentan a Luis con los artistas, pero sin dejarle franquear el espacio que lo separa de ellos. Y sin embargo, todo lo que hemos dicho hasta ahora no basta para darnos la razón profunda de su «fascinación».

La verdad es que en su impetuosa e inflamada elocuencia, Luis se abre, se revela, en el secreto de su alma, en su pasión por Dios. Se muestra al desnudo: está en la verdad. Se funde con su mensaje: este sacerdote con su sotana remendada, con su caridad heroica, es él

mismo el mensaje, la palabra viviente que «mueve los corazones». Por ello Luis puede de vez en cuando, en lugar de predicar, hacer sencillamente su meditación ante una multitud. Ese genio natural para «aparecer», para sostener las miradas, para moverse en plataformas elevadas, queda reabsorbido en la autenticidad de una presencia convertida en grito por el Evangelio, en servicio de las almas.

Un grito. Los misioneros, en especial Luis Grignon, no conocen los tonos medios, ni saben hablar en voz baja. Toda la vida de Luis, sus opciones, sus penitencias, sus gestos de disponibilidad, hasta lo que lo ha llevado a los pies del Papa, se han desarrollado en una tonalidad elevada: la acción del misionero conoce la misma intensidad. Si las palabras son de fuego, las iniciativas son audaces y desbordantes de pasión. Algunas escenas narradas por de Bastières describen suficientemente el estilo avasallador del P. de Montfort.

«... Con frecuencia me ha llevado a lugares de mala vida sin que yo me diera cuenta, temiendo con razón que si lo supiera, no querría ir allá... Cuando entrábamos en esos sitios desdichados, ante todo se ponía de rodillas en medio de la sala, con un pequeño crucifijo en las manos; yo seguía su ejemplo; rezábamos un Avemaría y luego de besar el suelo nos poníamos en pie; él les predicaba en seguida con tal fuerza que aquellos señores y sus 'creaturas' no sabían qué decir ni qué hacer, tan consternados quedaban; la mayoría salían sin decir palabra, las mujeres se quedaban; algunas lloraban amargamente; las demás estaban inmóviles como estatuas; pero el P. de Montfort les hacía arrodillarse y se arrodillaba él también...

Sucedió en cierta ocasión que mientras el P. de Montfort recitaba su Avemaría en medio de nueve o diez personas de mala vida, una de ellas cayó a sus pies para orar a Dios; todos los hombres salieron, menos uno, que se lanzó contra el P. de Montfort como un lobo sobre un cordero, con la mano izquierda lo agarró de los cabellos, y teniendo en la otra la espada desenvainada, le dijo entre execrables juramentos que si no salía inmediatamente, le atravesaría el cuerpo con la espada. El P. de Montfort, sin intimidarse en lo más mínimo, le dio esta sabia respuesta: 'Acepto, señor, que me quites la vida y te perdono gustoso mi muerte, con tal que me prometas que te convertirás; porque amo mil veces más la salvación de tu alma que diez mil vidas como la mía'. Estas palabras fueron como un rayo que hirió a aquel infeliz. Quedó tan aterrado que temblaba de pies a cabeza, tanto que le costaba reenvainar la espada y todavía más encontrar la puerta de salida. Quedamos solos en la sala con aquella pobre infeliz arrodillada como nosotros y que como yo estaba más que medio muerta; el P. de Montfort la llevó con nosotros...».

Ese hombre impetuoso que se introduce, como sacerdote, inerme, a riesgo de su propia vida, ignorando el «qué dirán», en una covacha de mala vida; ese hombre que hace llorar a las prostitutas, ha poseído el don de comunicar el amor a las almas más allá del ascendiente que ejerce su personalidad valerosamente inconforme.

Amor-dulzura: ésa es la sorpresa, la conquista, la madurez del P. de Montfort. Que Luis –cuyos cánticos manifiestan cierta intemperancia rigorista de lenguaje– haya sido en el contacto personal, el más dulce de los padres, lo confirman muchos testimonios. Lo hemos visto ya, con María Luisa Trichet, servirse en el trato de una especial delicadeza. Él mismo acostumbraba decir que preferiría sufrir en el purgatorio por haber sido demasiado suave con las almas, que por haber sido demasiado riguroso. Y los grandes pecadores o las almas atormentadas –así nos dicen los colaboradores de Luis– acuden en masa al confesionario del P. de Montfort de preferencia al de cualquier otro sacerdote de la misión.

El capítulo de la dulzura, en la vida del P. de Montfort, es demasiado importante para que no volvamos más tarde sobre él. En ella se consume el fuego del temperamento de

Luis, esa fuerza empleada toda su vida en dominar y transformarse él mismo; por ella fue el P. de Montfort inmensamente amado por los pueblos. Ha lanzado sobre ellos el sortilegio del amor. Lo que no eliminó, sino que le acrecentó las contradicciones. Ha sido al mismo tiempo, venerado y considerado sospechoso, ultrajado y bendecido. Hay quienes lo trataron «de ladrón, impostor, charlatán, perturbador del orden público, añadiendo que hacía misiones sólo para enriquecerse a expensas de los pobres; que seducía a los sencillos con sus encantamientos...».

Palabras como éstas revelan en contraluz el clima de la misión de Luis, el apóstol que «embujaba» los corazones. El ascendiente que tenía en otros tiempos sobre los pobres crece más y más con el correr de los años hasta involucrar a las poblaciones. Concurren a ello las dos cualidades profundas de la naturaleza de Luis: ímpetu y pasión, y delicada ternura. Si se quiere penetrar en el punto más íntimo del «secreto» monfortiano, hay que irlo a buscar no en contenidos doctrinales ni en métodos pedagógicos sencillos aunque geniales: hay que buscarlos en la transformación de las cualidades rudas de un hombre «extraordinario» en «disponibilidad teologal» – humanamente muy dulce– para con las almas.

Capítulo 4

AL SERVICIO DE LA PALABRA

Pero el secreto del P. de Montfort es rico y exige una reflexión más detenida. En un plano de maduración humana, esta personalidad sorprendida en un momento vital de su nunca agotada dinámica, entre «singularidad» y equilibrio, revela ahora una plena posesión de los instrumentos de la misión, el dominio de ricas posibilidades, que justifica –más allá de la fascinación carismática de sus gestos– la impronta de su acción en los corazones.

El P. de Montfort tiene treinta y cinco años. Cuando empieza a trabajar en la diócesis de Nantes ya lleva a las espaldas tres o cuatro años de experiencia misionera. Por primera vez se encuentra él mismo como responsable de la misión, libre de utilizar plenamente los propios medios y poner en juego los propios designios apostólicos.

No podemos formarnos una idea exacta de Luis sino teniendo en cuenta sus conflictos y su tenso y dinámico equilibrio. Relatar qué misionero era, significa excavar en un contraste o dialéctica de elementos íntimos: su «religión» pura, teocéntrica, su exigencia de conversión total, su anhelo de una Iglesia santa, la fusión de dogma y piedad, de doctrina y oración, la búsqueda de medios sencillos y populares, la capacidad pedagógica frente a las masas, un sincero anti-intelectualismo y un sentido agudo de las necesidades de los hombres.

Sacerdote maltratado que ha optado por la vida de los desesperados, socialmente cercano a los más humildes, ha sido no sólo un gran contemplativo sino el heredero de una elevada escuela de pensamiento espiritual. Predicador de rudos efectos espectaculares, ha «leído casi todos los libros» religiosos de su tiempo, es humanista y poeta, animado del espíritu de precisión (*esprit de finesse*) y poseedor de la lengua de los clásicos... La síntesis flexible, compleja, de los valores intelectuales y humanos se simplifica por lo demás en el gran soplo unificador que guía la existencia de este hombre psicológicamente tan completo, que ha conocido una sola coherencia, y se ha propuesto ser, con firmeza y en todo el sentido de

la palabra, un hombre sencillo:

«Quiero actuar sencillamente
según tú, Sabiduría,
sin máscaras ni artificios,
sin finuras ni políticas...
Yo quiero hacer profesión
de devoción verdadera,
de alcanzar la perfección
hasta donde pueda yo,
sin mirar hacia otras partes,
quiero ir a la santidad.
... Con eficacia al hombre tras su caída,
lo ayudaré suavemente,
sin temer que me persigan;
mas contra la iniquidad
mi energía redoblaré...» (CT 38).

¡Qué retrato de sí mismo ha trazado Luis, esparciéndolo en sus cánticos! «Gran gigante nacido en el campo», lo define De Luca, con su opción sencilla y poderosa —«Dios solo»— a la que convergen los polos de la personalidad del misionero: el teocentrismo puro y la religión de los santos, y un alma popular sana, ruda, primitiva y casta.

Los instrumentos que Luis utiliza en la misión caracterizan su figura humilde y multifacética. «Entronizó» a María como reina mediante ingenuas estatuas pintadas, de ojos extasiados, en los santuarios que restaura o levanta en uno u otro lugar con sus manos de constructor. La colocó como guardiana a la entrada de los poblados, dedicándole un cuarteto de esos versos que se graban naturalmente en la memoria, con rimas espontáneas que exhalan un perfume de ciertas flores del campo, pobres, muy pobres:

«Si el amor de María
en ti se llegó a grabar
no te olvides, al pasar,
de decirle Avemaría».

La llevó en triunfo en las procesiones, de cándido fasto espectacular, adornadas con estandartes, que él alista con el rigor y la precisión de un capitán que ordena sus ejércitos. Colocó a la Virgen de los Dolores en la cumbre de las colinas, al pie de la cruz de sus calvarios. Ató los pueblos a Ella con las cadenas del rosario, la oración humildemente contemplativa y suplicante que familiariza los corazones con los «misterios» de Jesús y de su Madre.

Si buscáramos una clave para interpretar los métodos y el lenguaje pastoral de Luis, la hallaríamos en su deseo de educar y promover con una insistencia particular la acción y la participación de aquellos a quienes se dirige. Los fieles son los protagonistas de la misión, pero para solicitar esta adhesión activa, es preciso que el gusto de Luis se ponga de acuerdo con el de las multitudes dispuestas a penitencia; es preciso que todo en él se ponga al unísono con ellos. Conocemos las exigencias y la facultad de Luis para abajarse, poniéndose a la altura del otro, como quien comparte o como quien sirve. La acción del misionero es la prueba más evidente de esta posibilidad de entrar en sintonía.

Por ello, el sacerdote enamorado de un culto puro, auténticamente «religioso» e interior, no rehuye el énfasis persuasivo de ceremonias exteriorizadas hasta el exceso. Porque así

estaríamos tentados a decir, si no supiéramos que a sus ojos el «espectáculo debía ser la expresión de un nuevo orden, de una redención», de una recuperación espiritual y que el cuidado que pone en orquestar la misión como acontecimiento resonante y memorable en la vida de un pueblo no tiene otra finalidad que dar carácter particular a la inexpresable solemnidad de la hora en que nos reconcilia con el mismo Dios.

El mensaje del misionero, lo reconstruimos a través de los nada numerosos esquemas o planes de sermones que nos han quedado; pero sobre todo, a través de una parte de la obra monfortiana sobre la cual llega la hora de fijar la atención, o sea, los numerosos cantos.

Durante siglos, las masas campesinas los han cantado, entremezclados con los de otros misioneros –dado que innumerables colecciones han precedido y seguido a la selección del P. de Montfort– sobre los motivos musicales de antiguas canciones en boga, sugeridos por el autor con total indiferencia ante los contenidos incluso escabrosos de la canción profana. El candor de esas composiciones y su humilde destino no deben oscurecer el laborioso trabajo intelectual que permitió al P. de Montfort poner en verso el contenido teológico y dogmático de la fe cristiana:

«Predicadores en mis cantares
pueden hallar sus sermones;
ya digerí la materia
para ayudarles
y para agradecerles» (CT 2).

El P. de Montfort hubiera sonreído, observa Fradet, si hubiera podido prever que, a distancia de siglos, la crítica se interrogaría acerca del valor artístico de sus cánticos. A propósito de éstos se han realizado análisis y valoraciones literarias muy diferentes. Ramón Christoflour afirma que son claramente inferiores, en su ingenua versificación, a la prosa de Montfort. José De Luca reconoce en ellos el «opus majus» del misionero, y los emparenta al realismo de la poesía medieval francesa, evocando, para darle una familia, la gran figura de Villón. Hay que decirlo: los cánticos del P. de Montfort pueden encantarnos, aunque sea imposible reconocerles honestamente un elevado valor poético. Se inclina uno a emparentarlos a los «calvarios» poblados de grandes imágenes, que el misionero gustaba de esparcir en los campos: una ruda, elemental poesía de vida debía desprenderse de esos espectáculos, en los que la fe popular reconocía la propia exaltación.

En los cánticos monfortianos, la poesía entra –por decirlo así– como de sesgo, sin que se la busque directamente, como intrusa. Una primera constatación nos deja estupefactos: Montfort poeta tiende a dejar de lado la imagen rica o de amplia perífrasis, que sostiene y da prestigio literario a su prosa. «La poesía no era para él, escribe De Luca, asunto de cultura y de lujo, sino inmediato, sencillo, cotidiano; era asunto de todos». El movimiento más espontáneo y franco del corazón del misionero se desborda en estas estrofas de métrica rápida, apoyada generalmente en versos cortos y que rehuye el demasiado culto y amplio alejandrino, que frenaría el entusiasmo, el «primer efecto» de la canción insólita.

No nos quedemos, pues, buscando en estos versos secos una plenitud artística, sino el encanto de una «teología viva» y filtrada a través de la emoción religiosa de un santo.

Sí, los cánticos del P. de Montfort no tienen sólo una finalidad didáctica o apologética. Fueron hechos para caldear el corazón de los sencillos, para hacer más dulce la vida de los pobres. El pueblo de los campos avaros, atormentados, a veces miserables, al cantar, «echa fuera del corazón todo humor negro» y se encuentra con Dios. Estos cánticos no se limitan,

pues, a enseñar, sino que incendian y dan serenidad.

«Cantad aunque os halleís tristes
y encontraréis la alegría.
Dios baja al alma que canta
y le da gracias sin cuento» (CT 1).

«El alma que canta»: la extensión misma del cancionero, construido en el curso de los años, demuestra que es en cierta forma el diario íntimo del misionero. Y esta fuerza del corazón, que alimenta la vena del poeta, calienta su lenguaje sin adornos y le comunica una espontánea felicidad. Nuestro buen Dios siempre alegre: éste es un verso suave que difícilmente nos habrían dado los mayores poetas cristianos. Y este otro de un cántico sobre Navidad: *El Eterno es ya de un día, la Palabra se ha callado*. La sombra de la elevada poesía pasa así, como sin quererlo, sobre el humilde cancionero del misionero.

Tampoco ignora Luis el espíritu de finura que le permite traducir en ritmos populares cuanto habían dicho acerca del hombre Pascal, y el Eclesiastés:

«La creatura es inconstante
como juncos, como el agua.
... El hombre no dura nada,
es un viento inaferrable,
es una espuma ilusoria».

¡Rostro de asceta que sabe enternecerse y sonreír! Aparecen aquí y allá rasgos de verdadera delicadeza, se oyen los ecos de palabras de los niños:

«Toma, Rey del cielo,
nuestros corazones plenos de niñez» (CT 59),

se perfilan paisajes delicados, llega el eco de músicas pastoriles:

«Arriba una llanura,
iglesias y castillos,
praderas y riachuelos,
que encantan las miradas
y calman el dolor.
... Se escucha la armonía
de las aves y el eco» (CT 157).

No se acabaría nunca de hojear los cánticos del P. de Montfort en busca de momentos fuertes o deliciosos, de palabras persuasivas. Se transparenta continuamente un rico temperamento de hombre y de poeta que cambia la monotonía de la larguísima canción. Estas páginas que escapan a una valoración estrictamente estética y siguen siendo un documento denso de un rudo material poético. Por otra parte, una vez confiados a la escritura estos cánticos de vocación claramente popular y coral se convierten sólo en pálido reflejo de una realidad que estaba echa de una música que arrastra, de un palpitar de multitudes, de un entusiasmo colectivo. Semejantes al esqueleto de una emoción, mantienen fuerza suficiente para hacer comprender cuán viva y abierta estuvo a contenidos sencillos y profundos.

La presentación que hace Luis en su predicación y cánticos de las verdades cristianas —o mejor de los «misterios de la fe», como él prefirió expresarse— es ampliamente deudora a

los métodos y esquemas de generaciones de misioneros. Tendiente a convertir a los pueblos, se centra en una visión más moral que doctrinal, y encaminada a alimentar la piedad, se inclina a las formas devocionales. Sufre las limitaciones propias del pensamiento teológico de su tiempo. Además, algunos acentos deficientes o muy fuertes son reflejo más particular de la experiencia, el pensamiento y el carácter del P. de Montfort mismo.

Un aliento profundo y una perspectiva totalizante animan la catequesis del misionero. Como ya lo hemos dicho, esta catequesis trata no tanto de «verdades» cuanto de «misterios». El puesto que concede en general la predicación misionera a los «mandamientos» es sustituido por el abierto a las «virtudes», participación de las virtudes de Hombre-Dios. En los planes de predicación (nos quedan tres trazados por Montfort), el exordio renuncia a apuntar al efecto de los temas más impresionantes (las «grandes verdades», los «novísimos»: la muerte, el juicio, infierno y paraíso...) para dar el primer puesto a Dios y a su Palabra. Estos pormenores preparan a percibir la íntima característica sobresaliente de la predicación del P. de Montfort frente a la catequesis de otros misioneros: la centralidad del «misterio» de Jesús: él pone el acento, con lenguaje conciso, en el sentido cristocéntrico de la vida cristiana, sobre la relación personal con el Hijo y la participación en sus misterios.

El «vivir en Él», en la «adhesión», en el «abandono», en el seguimiento, que ha dado alas a la gran temática mística de la Escuela Francesa, Luis Grignon –como en otros tiempos Pablo a los curtidores de Éfeso– lo propone a las pescaderas de Montbernage, a los campesinos de Iffendic, a los soldados descubiertos en sus guarniciones y a los harapientos recogidos a lo largo de los caminos. Este cristocentrismo y esta exigencia de interiorización de la vida cristiana, quizá más acentuados en Luis que en cualquier otro misionero de su tiempo, se expresan con una humilde transparencia de lenguaje, con una franqueza fontal de fórmulas:

«Oh Jesús que vives en María,
ven, vive y reina en nosotros,
que expresemos tu vida
y sólo por ti vivamos.
Danos parte en tus misterios
e imitarte en este mundo,
comunícanos tus luces,
para caminar a ti...» (CT 111).

Por tanto los «misterios» de Jesús, tales como un santo los ha contemplado, esos misterios de los cuales dice Bérulle que son en sí mismos radiantes y «operativos», se hallan en el corazón de la pedagogía monfortiana desplegada en la predicación y en los cánticos. Se los resume y percibe en cierta forma, de Navidad hasta el Calvario, a través del tema que cruza y define totalmente la experiencia espiritual de Luis: el anonadamiento, la «kénosis» del hijo de Dios.

Se ha dicho que el P. de Montfort con su mirada severa sobre el hombre, no ha expresado totalmente en su catequesis el significado de la Encarnación. Su contemplación del nacimiento del Señor, profundamente «religiosa» y suavísima, contemplación de un hijo de la Escuela Francesa que ha sentido el pesebre como lo percibe el pueblo humilde, modula insaciablemente el motivo del anonadamiento del Verbo divino: es la devoción beruliana y eudista, doctrinalmente tan rica, a la infancia de Jesús, pero es aún más un

acento propiamente monfortiano, que vincula la humillación de Belén con la de la cruz y con la de todos los pobres, unificando la presentación de cada uno de los misterios en la contemplación de una sabiduría, que es un desafío divino a la historia de los hombres:

«Yo con ser Dios como soy
amo la indigencia,
amo el menosprecio,
amo el sufrimiento» (CT 59).

«Príncipes del mundo,
que tenéis palacios,
donde abunda todo,
donde tenéis criados.
El establo es el refugio
del Señor de los señores,
que se encuentra en la miseria
y no tiene servidores» (CT 62).

«Para colmarnos de bienes,
su Majestad se empobrece ...» (CT 64).

Esta contemplación del anonadamiento de un Dios, donde nace la invitación a la conversión y a la transformación de todos los valores, se realiza, como es natural, frente al Calvario. Un triunfo «grandioso de la cruz» orientado a sacudir con los sentimientos más fuertes los corazones de quienes reciben la invitación a la penitencia, es por tradición la cumbre de toda predicación misionera. La perspectiva escogida por Luis, con su insistencia en el aspecto misterioso y sapiencial, con la mejor inserción de la «hora de Jesús» en el marco del plan divino de la creación y de la salvación, aparece más teológica, menos afectiva y devocional que las representaciones corrientes. Prevalecen en cierta forma los misterios dolorosos sobre los de gloria, un imperfecto «equilibrio pascual»: es decir, lo que nace, a la vez, de las exigencias del apostolado misionero y del hecho de que Luis está ligado, abandonado como quien responde a una vocación o se consagra a un amor, a la «scientia crucis» y a la locura de la caridad revelada en Jesús Crucificado:

«Cruz querida, en esta hora,
ya que al fin te conozco,
pon en mí tu morada,
concédeme tus leyes...

Escojo por riquezas
tu pobreza tan rica;
escojo por ternuras
tu dulce austeridad.

Que tu loco saber,
tu santo deshonor
sean de toda mi vida
la gloria y la grandeza...» (CT 19).

Se crea una ósmosis entre la aventura íntima del misionero y los ritmos espirituales que transmite a su pueblo, a veces con el sencillo intermedio de versos dulces, fáciles, perpetuamente oscilantes entre un puro lirismo de alma y la intención puramente didascálica para la cual fueron hechos:

«Ven, pecador, y considera
al dulcísimo Jesús que muere en cruz,
y te pide en su miseria
que pienses en tu tormento.

¡Ah! Lo veo entregar el alma
lanzando un fuerte suspiro:
mi pecho se desvanece
viendo morir a mi Dios.

Busquemos la paz profunda
con Jesús en su sepulcro,
vivamos lejos del mundo
y con un corazón nuevo» (CT 72 y 73).

«Un corazón nuevo en el Señor, una vida nueva». Pérouas escribe: «quien dice misión dice conversión, los primeros misioneros interiores del siglo XVII lo sabían bien». No por nada toda la misión rueda habitualmente, como en torno a su propio eje, sobre la renovación de las promesas bautismales, con la solemne y clásica ratificación de la renuncia «a Satanás, a sus pompas y a sus obras», que el P. de Montfort ha sustituido con una fórmula más incisiva, más positiva, más rica y capaz de resumir todo el jugo del mensaje del misionero: «Renuncio para siempre al demonio, al mundo, al pecado y a mí mismo... Me consagro totalmente a Jesucristo, por las manos de María, para llevar mi cruz en su seguimiento todos los días de mi vida».

El amplio aliento de esta fórmula nos deja pensativos. El ritmo beruliano de la desapropiación y de la «adherencia» se condensa en ella con todos los ecos de la gran Escuela Francesa captados en la línea de un verbo revelador: «me consagro a Jesucristo...». Ritmo pascual de muerte y de vida, que culmina en una consagración de todo el ser al seguimiento del Obediente crucificado, a quien nos unimos por el camino real de la mediación mariana.

Quien lee, hoy, la parte de la obra monfortiana más estrictamente ligada a la predicación del misionero, percibe todavía la desconcertante intensidad de la invitación a la conversión hecha por un santo. La «novedad» evangélica le quema los labios: enamorada apologética, grito, promesa, debate... esta obra impacta los corazones, con una extraña profundidad de acentos humanos, como una tentativa de persuasión: el lenguaje se despoja hasta el umbral de la más extrema sencillez, como si vertiera una en otra –y es íntima característica del cancionero monfortiano– la lírica desplegada de la santidad y el balbucir de quien comienza «de corazón, con sinceridad» a comprometerse en la vía del Señor.

La renovación pública y solemne de los votos bautismales va unida a la confesión general que hacen los participantes en la misión. La dimensión coral colectiva de la misión como camino de conversión de un pueblo está subrayada con signos y ritos con los que el P. de Montfort gusta coronar su propio ministerio de la Palabra y, más aún, del carácter público y social de las consignas a las que atribuye desde el punto de partida la tarea de

señalar y cambiar la vida de comunidades comprometidas a perseverar.

El P. de Montfort utiliza contra el mundo, del cual quiere estén libres sus hijos, la esfera de un realismo humilde, sencillo y directo, montando un fresco que constituye el trasfondo constante de su misión y el contraluz de su invitación a la coherencia de la santidad. La óptica típica de Luis Grignion, la dialéctica con su tiempo, incluso sus dones artísticos que hemos visto desarrollarse en dirección de una observación psicológica y moral tan semejante a la de los ensayistas del gran siglo, encuentran aquí su expresión más amplia. Es tanto más fuerte cuanto que nosotros no captamos un momento de reflexión, de pausa, sino, en lo vivo, la dinámica propia de la palabra-acción del misionero, que se ha definido a sí mismo con una ruda y maravillosa reminiscencia bíblica «perro que ladra del Señor» (CT 32). Una extensa resonancia, impetuosa y doliente, hace más profundo el timbre de su ironía e intensifica la marca del retratista:

«El pecador mundano danza y ríe,
en el borde del precipicio...
Lo escuchamos hablar noche y día,
de la gaceta y las noticias,
del ejército y la corte,
y mil bagatelas más.
De plata, cenas y de adornos,
juego, moda y pasatiempos.
Cuando juega, gusta velar:
cuando ora, hay que despertarlo.

Es duro con su prójimo
al verlo en la miseria,
le habla al pobre con desdén,
si le da algo, es por cólera,
tendrá comida para su perro
para su hermano, no tendrá nada» (CT 29).

En la fórmula que expresa la opción fundamental de quien quiere vivir en plenitud su propio bautismo, otro inciso llama la atención: «por las manos de María», que nos prepara a captar el elemento más original en la catequesis de Luis Grignion, o sea, el puesto dado a María en el «arco» de los misterios de la fe cristiana. María se halla en el centro de la Buena Noticia que Luis proclama a los pueblos: la esparce a manos llenas en las tierras de Nantes lo mismo que en el macizo armoricano o en las llanuras del Aunis y del Poitou donde la fe está acorralada y cansada: la ofrece al pueblo cristiano, como instrumento de salvación y de victoria, como un sacramento.

Seguiremos más tarde leyendo las obras mariológicas de Luis, el desarrollo de su contemplación de la Madre de Dios, Esposa del Espíritu. Baste por ahora constatar la inserción profunda de la contemplación de María en la de la economía divina de la salvación, que constituye el contexto maduro de la fidelidad mariana de Luis Grignion. Cuando Luis coloca la mediación mariana en el corazón mismo de la consagración bautismal con la que el creyente «se consagra totalmente a Jesucristo», el pensamiento espiritual del P. de Montfort y su pedagogía de la vida interior se hallan plenamente formados: la visión propia de la nueva Eva, que ha llevado en su seno a los hijos de la Iglesia, domina netamente a uno y otra.

Tocamos aquí el fondo de la relativa novedad del mensaje monfortiano respecto a la catequesis misionera de su tiempo. No sólo se ha hecho heraldo y promotor de la devoción mariana ante los pueblos a los que ha evangelizado, sino que, mucho más radicalmente, ofreció el don de la salvación por las manos de la Llena de Gracia, modelo y madre de los santos: una íntima y personalísima experiencia de los caminos de Dios se ha convertido con el tiempo, en alma del apostolado del misionero, fructificando en favor de las multitudes.

Se ha recreado así en la predicación y catequesis de Luis, la polarización unitaria que se articula en dos nombres: Cristo, Sabiduría amante y anonadada en la cruz, y María, «sacramento materno, vivo y eficaz de la sabiduría redentora» (Poupón). Una visión teológica rica y exigente, a donde confluye el aporte de siglos y el de una meditación personal que dura toda la vida, se esconde bajo el lenguaje transparente con el que Luis de Montfort rompe el pan de la Palabra al pueblo y a los pobres.

De estos dos puntos capitales de la experiencia interior de Luis irradian como es natural, también los fundamentos de vida espiritual que propone: es posible resumirlos en la propuesta de «esclavitud» mariana –en toda la riqueza de la fórmula, que hemos entrevisto en otra parte– y en la invitación a la Comunión frecuente, que Luis ofrece a los creyentes, según una interpretación divergente de pensamiento de las corrientes agustinas y jansenistas, como pan que da fuerza a los débiles y respuesta del Dios de misericordia a las necesidades de los hombres. Uno y otro de estos «secretos» espirituales convergen a la temática consumadora, oblativa y unitiva, que es el punto culminante de la espiritualidad del P. de Montfort y el punto de apoyo de su obra de evangelización.

Capítulo 5

EL CRUCIFIJO EN LA EXPLANADA

Entre 1708 y 1709, Luis se dedicó a la evangelización de la región de Nantes, trasladándose de un lugar a otro a través de los campos. Tiene ahora la impresión –tras de haber absuelto y consolado a ríos de almas– de sentir palpitar entre sus manos, abrazar y estrechar a toda una región. En todos los pueblos ha ido dejando algo de sí mismo. Toda misión ha tenido áspera o suave, su historia diferente. Nadie podrá recoger, reunir y hacer ver el trabajo esparcido a través de días y días. Lo realizó totalmente gratis. Pero Luis quería dar al pueblo nantés algo más. Cuando contempla el panorama de la tierra que palmo a palmo ha recorrido, algo como un sueño va fermentando dentro de él. Busca un vínculo poderoso de unidad y novedad que ofrecer a las poblaciones que han plantado parroquia tras parroquia las cruces de la misión. Debe ser un símbolo de reconciliación que domine sobre el suave horizonte y se convierta, para las generaciones futuras, como en un memorial.

Así, poco a poco, va tomando forma en la mente de Luis un recuerdo y un proyecto. El recuerdo es el del calvario del Monte Valeriano que por su altura domina a París: espectáculo que ejerció en el corazón de Luis una profunda impresión. El proyecto, que es su consecuencia, es levantar la misma imagen en la región evangelizada por él: una cruz única de inmensas dimensiones, plantada en la altura.

En mayo de 1079, durante la misión de Pont-Château, el P. de Montfort anuncia primero al clero, luego a los fieles, su intención de erigir el monumental calvario.

La población de la llanura de Pont-Château responde con entusiasmo a la invitación que le lanza el P. de Montfort, y que en 1709 tiene sabor de cruzada y de oportunidad histórica:

«¡Ay! Los turcos retienen el santo Calvario
en que Jesús murió.

Precisa, cristianos, lo hagamos aquí...

Hagámoslo, pues,

hagamos un Calvario» (CT 164).

El P. de Montfort esboza el plano de la obra. En la landa circundante de la Magdalena – un vuelo de palomas ha señalado, así reza la leyenda, el lugar idea para la construcción– se tratará de levantar una montaña, formada por tres círculos concéntricos: en el último, el más alto, se alzarán las tres cruces: una, la de Cristo, pintada de rojo, color de la sangre, de la llama y del Espíritu Santo; verde la del buen ladrón y negra la tercera. A los pies de las cruces, las estatuas de María, la Magdalena y Juan. Entre el segundo y el tercer círculo, se abrirán fosos y terraplenes. La elevación estará protegida por un cinturón de ciento cincuenta abetos separados de diez en diez por quince cipreses, destinados a formar un rosario inmenso en torno a la cruz.

Con el tiempo la estructura de la obra se hace más precisa y se enriquece con ideas nuevas: capillitas levantadas en la cinta de árboles evocarán los misterios de Jesús y de María. La subida al Calvario se convertirá para los fieles que la realicen en un recorrer, mediante las estaciones del Via Crucis, la historia de la pasión.

De este modo, la cruz, la gran cruz inmersa en la naturaleza, quedará inserta en el misterio, en la totalidad de los misterios de Jesús y representará a todos –según la óptica típicamente monfortiana– el triunfo y el punto culminante de los mismos.

Es una característica del genio bretón, esculpir un pensamiento, un amor, en un monumento que no le tema al tiempo, como los menhires gigantescos y misteriosos que brotan del silencio de edades remotas. Más aún, la obra de Pont-Château conserva la impronta del genio personal de Luis: un filón de su vida –filón de gestos-símbolo, de vigorosas «lecciones de las cosas»– culmina en esta expresión que nadie había emprendido aún.

La ejecución del proyecto ha consumido un año de la existencia de Luis: un año inolvidable en guerra con su «utopía», con su sueño que no se realizará jamás de verdad, sino a un alto precio, en una dimensión íntima y sustancial («queríamos plantar una cruz... plantémosla más bien en nuestro corazón»).

La empresa del Calvario de Pont-Château llegará hasta los pies del Rey Sol y será debatida en la cumbre de la pirámide del poder en Francia. Esta resonancia inesperada de una utopía personal, que se tradujo en iniciativa popular y fermentó por un momento como levadura activa en la historia, nos ayuda a ver la sombra del proyecto de Luis alargarse sobre su tiempo y su país: el Calvario de Pont-Château tal como Luis lo pensó, se levanta frente a una sociedad y a un siglo.

A una región que se extiende a sus pies, el Calvario le indica la dirección de Dios. Es – según la imagen de santa Catalina– «puente» que une con el cielo; ese grito de fe de un pueblo, estampado en una materia y en un símbolo para desafiar estaciones y adversidades. Como un sello de Dios, transforma en misterio cristiano toda esa vida que se desliza por la llanura de Pont-Château –el trabajo de los campos, las dichas y las penas, el comercio honesto, los afectos y la muerte–.

El madero, las figuras esculpidas, inmóviles en su danza estilizada sobre la colina, encierran en síntesis visible las tensiones y anhelos del misionero. Su anuncio del Dios crucificado se encarna para siempre en la escenografía erigida para significar una callada lucha de amor. Ninguna fantasía de poeta ha encontrado tradición más ingenuamente poderosa para transmitir una fidelidad. El Calvario de Pont-Château lo construye un hombre que se ha consagrado a la dulce locura de la cruz, que se consume en la fidelidad al Dios humillado y su lógica de redención. Desde su niñez, experimentó Luis la exigencia de esculpir en arcilla sólida su más elevado ideal. La obra de Pont-Château es la obra maestra de este artista que rechaza la belleza artificial, que tiene las manos aferradas a la tierra y las cosas reales; en esa obra se concreta la palpitación que constituye el último e inexpresable secreto de la aventura de un santo.

En pleno aire, a la faz del pueblo, el Calvario de Pont-Château surge de dos exigencias profundas del corazón de Luis: contemplación y apostolado. Contemplación por los caminos: la creación es el templo donde se erige este crucifijo, el altar donde se consuma el sacrificio de la adoración; apostolado en alta voz con destellos de universalidad. El Cristo de la explanada de Pont-Château representa el esfuerzo supremo realizado por Luis en dirección de una pedagogía evangélica que todos los sencillos podrán percibir.

Por tales motivos, el «drama del calvario» asume un relieve absolutamente único en la historia del P. de Montfort. Pont-Château será la gran obra inconclusa de Luis; y como ciertas obras inconclusas del arte, recoge las fulguraciones más profundas del espíritu que las concibió.

Luis no ha interrumpido sus empresas misioneras. Se halla, sin embargo, presente en Pont-Château donde está aconteciendo un fenómeno grandioso: la palabra de orden que lanza el P. de Montfort recorre como una ráfaga campos y regiones, y acontece que se ven cada mañana procesiones de hombres que se dirigen al lugar designado, con carrozas tiradas por bueyes e instrumentos de trabajo. Día tras día el fermento se hace más desconcertante. Luis ha logrado transmitir el pensamiento de su corazón al corazón de un pueblo: ya no sólo trabajadores del campo, sino familias enteras, amas de casa y jovencitas y luego «caballeros y damas de sociedad e incluso muchos sacerdotes», se dejan contagiar de su fiebre.

En la landa de la Magdalena se formó un taller donde gentes diferentes se hermanan en el trabajo. La empresa absorbe centenares de brazos. Se trata de cambiar de lugar grandes piedras, transportar montones de tierra... Peregrinos flamencos, españoles de camino hacia algún santuario y de paso cerca al taller de Pont-Château se detienen a contemplar la maravilla y ofrecen su colaboración.

En Pont-Château se está realizando un milagro no pequeño: se llama trabajo gratuito, fraternidad. Por la tarde, como única recompensa de la dura jornada, el P. de Montfort o quien lo reemplaza permite a cada uno ir a arrodillarse ante el crucifijo colocado en una pequeña gruta, iluminada por un cirio encendido. Allí aparecen entre sombras las estatuas que hallarán sitio en el calvario; las lágrimas corren por los rostros de hombres y mujeres que se inclinan a besar su crucifijo.

Las gentes llevan por la mañana su trozo de pan negro que les servirá de refección para el trabajo del día. Pero algunos no tienen siquiera eso y el P. de Montfort va a pedir en factorías o haciendas a fin de asegurar a cada uno lo indispensable. Golpeados por la dura crisis de las cosechas, los habitantes de los alrededores soportan, sin embargo –no siempre de buena gana– el desacostumbrado esfuerzo. El pan, cuando se lo comparte fraternalmente

nunca falta: hay tradiciones que narran que se multiplica prodigiosamente en los cestos ya vacíos por actos de caridad.

La tradición conserva, por ejemplo, el nombre de una pobre y generosa viuda, Juana Guigán, que nunca rehusó nada al P. de Montfort. Sólo en cierta ocasión, al sentir llegar a Luis y sus hambrientos huéspedes, presa de pánico se escondió detrás de la puerta. Allí fue descubierta, llena de confusión, pero no corta de argumentos:

«¡Padre, no tengo tiempo... nuestro pobre millo está ahogado por la hierba, tengo que ir a escardar, si no quiero que se pierda!»

¡«Oh Juana! No te preocupes por tu millo. ¡Nunca tuviste cosecha semejante!»

Una vez más, Juana creyó ciegamente en esa palabra serena y no se arrepintió...

La cruz del Cristo de Pont-Château echa sus cimientos sobre este empeño diario de un pueblo. En el que el proyecto de Luis se hace realidad vital, más que en las piedras y en la gleba. Con el correr del tiempo, la empresa del calvario, aun cuando de él no queden huellas sobre la landa, será legendaria. En ella, un pueblo sin historia sale del anonimato y se hace protagonista. Tanto trabajo gratuito tiene los visos de un rescate, de un precio de dignidad. Y se lo paga en nombre de aquella fe que es patrimonio de quienes son pobres según el espíritu, pero no tolera monopolios, ya que en el taller de Pont-Château se ven también «damas de la nobleza» –quizá estigmatizadas por Luis en algún momento a causa de sus perifollos– excavando la tierra...

Al comienzo, Luis está presente en el taller todos los días. Luego vuelve allá una vez por semana a vigilar los trabajos, en los intervalos que le dejan las misiones que sigue dando en los poblados de la región de Nantes. Esta obra de evangelización es, en realidad, el medio que le permitió cambiar a todo un pueblo: la misión en la región de Nantes y el calvario de Pont-Château forman una compacta unidad, la una se vierte en la otra. Así se forma su humilde epopeya personal, la fama del misionero vuela por la región. Luis no se nos presenta nunca con gestos tan amplios, con entusiasmo tan claro, en su poderoso dominio sobre los corazones. El sacerdote mortificado no estuvo nunca tan cerca al reconocimiento y a la gloria.

De mayo de 1709 a agosto de 1710 se prolongan los trabajos en el calvario de Pont-Château. El verano se halla en su apogeo, cuando Luis de regreso de la misión de Bouguenais, contempla la obra casi concluida, entre los postreros preparativos febriles. Sobre los campos quemados por el sol canicular, en el aire inflamado por la luz estival, se perfila clara, inmensa, la sombra de la cruz. A fin de encontrar un tronco adecuado para formar el árbol de la cruz, Luis recorrió toda la región. Un castaño fuerte y recto servirá para ello. Aminorando el ritmo después de la tensión de un año, Luis y sus colaboradores contemplan con satisfacción de enamorados su obra maestra. La altura elevada a fuerza de brazos no parece imponente vista desde abajo. Pero quien la sube descubre un horizonte: el paisaje se desvela de repente, hermoso y amplio, punteado por las torres de tantas iglesias, minúsculas dada la lejanía pero flechando el aire con la audacia de los campanarios de Francia.

Subir significa distanciarse un tanto de todo y encontrarse solo en el azul soleado con el Cristo humanísimo, de cabeza inclinada, que el P. de Montfort ha hecho esculpir guiando la mano del artista.

Significa percibir con frescura de sentimientos lo que expresa toda una amplia pedagogía evangélica de Pont-Château desplegada en torno al triunfo de la cruz: el anonadamiento del Señor humilde y amante –hombre nuevo cuyo patíbulo se levanta sobre la tumba de Adán– revela la gloria, la humilde gloria de Dios.

Esa cruz que oscila en el aire limpio, con la imagen del Cristo dolorido y sereno que el P. de Montfort amó, recuerda en su forma inimitable la aureola de la luz pascual que rodea el tema del Calvario en la espiritualidad monfortiana. Difícil imaginar un «triumfo de la cruz» más puro y más sencillo. Pont-Château, santuario natural creado por el pueblo y para el pueblo, será un lugar de paz y de oración, donde habitan los misterios de la humanidad del Señor, bajo la protección del Signo que revela el corazón de Dios.

Ora en torno toda la naturaleza: oran los abetos que forman el genial rosario; los espacios, el verdor y el reposo que el P. de Montfort ha convocado para marcar el ritmo de la sublime y humilde peregrinación hacia la cruz.

Y comienza solemne la última etapa: Luis fija el 14 de septiembre, fiesta de la Exaltación de la Cruz, para la bendición del calvario. Se prevé para ese día una extraordinaria afluencia de gentes. Por millares y decenas de millares, fieles y peregrinos se vuelcan sobre Pont-Château desde la región de Nantes y las circunvecinas. Un pormenor que conmueve: entre esta multitud se hace presente la familia de Luis: el anciano abogado Grignion ha venido de Rennes para la fecha gloriosa y contempla, con los ojos velados por lágrimas de ternura y orgullo, la obra de su hijo, la obra maestra inesperada...

Hacia las cuatro de la tarde del 13, Luis recibe un despacho del obispo que prohíbe la bendición del calvario al día siguiente.

Luis parte al momento para Nantes. Parte a pie: el tiempo apremia, y camina toda la noche. Por la mañana, temprano se halla ante Mons. de Bauveau. La fatiga, la emoción, el rocío helado de la noche alteran los rasgos de su rostro. No logra que se revoque la prohibición que ha caído como un rayo.

En Pont-Château el programa se desarrolla según lo previsto, entre misas, procesiones y cánticos, pero no se bendice el calvario. Y la ausencia de Luis, cuyo regreso se espera en vano, oscurece como una nube aquel día de sol.

Por la tarde, papá Grignion cena en medio de «numerosa asamblea de religiosos y eclesiásticos y otras personas de mérito». La tristeza oprime los corazones. No se habla sino de Luis. Juan Bautista Grignion renueva en forma insaciable los propios recuerdos acerca de ese hijo mal comprendido. Todo el pasado se ilumina con nueva luz: humilde ante su primogénito, ante la triste euforia de la hora, el anciano «señor de la Bachelleraie» le rinde el más paternal de los testimonios: «Nunca me causó molestias...».

Al día siguiente, avanzada la mañana, regresa Luis. Muchos lo han esperado al pie del calvario. El misionero los despide a todos confirmando la prohibición episcopal. Permanece algunos días más al lado del Cristo de Pont-Château, y el domingo siguiente comienza una misión en una población no lejana. Está profundamente convencido de poder dar curso dentro de algunos días a la ceremonia interrumpida de la bendición.

Mons. de Bauveau llamó a Luis el motivo real de la suspensión de la inauguración del calvario. Precisamente en esos días ha recibido la noticia proveniente nada menos que de la corte de Versalles: una orden del rey exige la demolición del calvario de Pont-Château.

La verdad es que el calvario monumental tiene otra historia, distinta de la que acabamos de contar.

Hay un hombre que desde el principio no quiso al Cristo de la Magdalena. Se llama Giscar de La Chevrolière, senescal del duque de Coislin que es el propietario del terreno en el que se construye el calvario. La protección del obispo de Quebec, Saint-Vallier, logró para Luis el asentimiento del duque de Coislin, Enrique obispo de Metz, para poner en marcha el proyecto. Pero la hostilidad de La Chevrolière ha sido sólo el punto de partida de una especie de cábala de los poderosos contra la «loca» iniciativa del misionero.

Nombres de alta resonancia se mezclan con esta historia popular. Tras el nombre del duque de Coislin, el del mariscal de Châteaurenault, comandante de la alta Bretaña, antiguo soldado y marinero a quien se presenta el proyecto de Pont-Château como sospechoso. El calvario, con sus grutas, sus fosos, sus muros circulares, se asemeja demasiado a una fortificación, y el océano, frente a San Lázaro, ha sido incluso en época reciente teatro de escaramuzas entre flotillas inglesas y naves francesas. El viejo mariscal de Châteaurenault transmite su relación al mariscal de Torcy, ministro de relaciones exteriores. La sombra del calvario de Luis se proyecta, deformada y fantástica, ante los hombres de la corte del Rey Sol, el soberano que declina en un horizonte humillado, después de tantas glorias y derrotas.

El Sr. Ferrand, intendente de Bretaña, recibe el encargo de inspeccionar a Pont-Château. Se presenta allí con la fría dignidad del funcionario, acompañado por algunas damas cuya gracia desenvuelta despierta recelos en el P. de Montfort. El pequeño grupo desentona mucho en medio de la multitud fervorosa: ninguno de ellos se pliega a honrar al crucifijo. Luis, indignado, los recibe con frialdad. El Sr. Ferrand envió a París una relación que da crédito a los rumores insidiosos respecto de la naturaleza y finalidades de la construcción de Pont-Château.

En esta forma, toda una serie de hombres importantes, hombres de guerra, de estado, de derecho, se remiten uno a otro, inflándolo cada vez más, un proyecto-fantasma. A ninguno de ellos se le ocurre que una obra como el calvario de Pont-Château pudo haberse emprendido simplemente por la fe y el amor. Les parece una obra extravagante y loca, ambigua y peligrosa. Buscan el hilo de una madeja muy fácil: buscan un doble sentido a lo que sólo tiene uno. Tratan el asunto a la ligera, como una bagatela, como un motivo de distracción, y a la vez, se inquietan, se dedican a una verdadera caza de brujas. Y Luis... ¡Ay! Luis no se preocupa lo más mínimo de lo que pasa en las altas esferas, no se preocupa por negociar: los poderosos de la tierra deben parecerle muy pequeños frente a Cristo a quien quiere exaltar en la llanura. El obispo de Bauveau, que tratará, no obstante, de defender a su misionero, no puede menos que tachar, en su corazón, de «imprudencia» el comportamiento del P. de Montfort.

El anciano Rey, enfermo, herido profundamente en sus afectos, resignado y digno, hojeó por un momento el dossier del calvario de Pont-Château. Un momento de perplejidad y cansancio, una reacción inapelable: esa obra que perturba el sueño de tantos no debe existir más.

Una bagatela. Una brizna de fastidio en el horizonte inquieto de los hombres de estado. Una cábala subterránea que, localmente, se refuerza por hostilidades o desconfianzas personales respecto al P. de Montfort. Así camina la historia, nuestra historia, donde los sueños de los pobres no se realizan: y el «drama del calvario» explota para un pueblo y para un santo. Luis se encuentra en Saint-Molf predicando una misión cuando el P. Olivier, colaborador suyo, lo alcanza con un pliego del obispo. El P. Olivier ya conoce el contenido. Al leerlo, el rostro del P. de Montfort se baña en lágrimas. Son quizá las únicas lágrimas derramadas tan abierta, tan humildemente por uno de los hombres que ha poseído el más férreo autocontrol. Mons. de Bauveau prohíbe a Luis todo ministerio en la diócesis de Nantes, le ordena alejarse del calvario de Pont-Château, no volver más y retirarse de Saint-Molf donde el P. Olivier queda encargado de terminar la misión.

Luis viaja a Nantes. Una vez más se halla a los pies del obispo. Y éste que está buscando inútilmente una mediación entre Versalles y Pont-Château –destruir las 'fortificaciones', dejar en pie el crucifijo...– se decide finalmente a comunicarle la orden de demolición

llegada de lo alto. Los jesuitas residentes en la ciudad, amigos de Luis desde siempre, lo ven golpear a su puerta, pidiendo hacer un retiro de ocho días: arma de reposo a la cual acude cuando tiene el corazón destrozado. No habla, no cuenta nada; no revela en el comportamiento signos de alteración. Las lágrimas que sorprendió el P. Olivier han sido en él el único grito no contenido de la naturaleza. Algunos días más tarde, los jesuitas conocerán por casualidad gracias a las habladurías de la ciudad, lo sucedido al calvario.

El señor Ferrand, el intendente de Bretaña, que ha tenido en la aventura una de las partes menos generosas, escribió interpretando la opinión de todos: «Grignon morirá de dolor ante esto». Los amigos sufren por la humillación de Luis y por la ruina de su iniciativa. Pedro de Bastières, anonadado como si el golpe lo hubiera recibido él personalmente, va a visitar a Luis:

«Creía hallarlo oprimido de tristeza y me disponía a hacer todo lo posible para consolarlo. Pero me sorprendí mucho cuando lo vi mucho más alegre y contento que yo, y que yo necesitaba más que él ser consolado. Le dije riendo:

–Te haces el fuerte y generoso: siempre que no sea afectación, ¡felicitaciones!

–No, no soy ni fuerte ni generoso –respondió–; sino que, gracias a Dios, no siento ni pena ni aflicción; simplemente estoy contento.

–Entonces, ¿estás satisfecho de que destruyan tu calvario?

–No, no estoy ni satisfecho ni contrariado. El Señor permitió que lo hiciera construir. Hoy permite que lo destruyan. ¡Bendito sea el nombre del Señor! Si el asunto dependiera de mí, duraría tanto como el mundo. Pero, como depende directamente de Dios, que se haga su voluntad y no la mía».

El P. de Prefontaine, jesuita, que lo acogió, dará luego un testimonio conmovido acerca del estado de ánimo de Luis:

«Aquella paz, aquella tranquilidad, aquella igualdad de ánimo que no desmintió nunca un solo momento durante ocho días me sorprendió. Lo admiré. Lo que había visto y sabido de él me lo había hecho considerar como gran hombre de bien; pero esa paciencia..., esa serenidad, más aún el gozo que se manifestaba en su rostro, no obstante un golpe tan doloroso para él, me lo hicieron considerar entonces como un santo».

Tal es el lenguaje de los hechos, al que no hace falta añadir comentarios. Quien así reacciona, acaba de padecer una de las frustraciones más candentes que haya encontrado. La pasión desplegada en la obra se vuelve contra el rostro del misionero, como una bofetada sangrienta. La desilusión de un pueblo le repercute en el corazón como el dolor de un hijo. Un grupo de soldados, enviados a demoler el calvario, transmiten la orden a una asamblea de algunos centenares de personas, las mismas que lo construyeron: todos se arrodillaron y comenzaron a llorar. Nadie se atreve a empezar la destrucción. Pasan los días y las semanas. Sólo ante la amenaza de ver partido en dos con un hacha el cuerpo del crucifijo, los obreros de Pont-Château se deciden a «deponer» su Cristo. La población asiste de rodillas a la ceremonia realizada por algunos de ellos con delicadeza infinita. Estos hombres tocan el cuerpo de Cristo como si fuera de carne: semejante escena, humana, dramática, es el digno complemento y el éxito final de la contemplación-pedagogía monfortiana expresada en el proyecto del calvario.

Los brazos que trabajaban tan vigorosamente, se han hecho de plomo en la obra de la demolición. Ésta no terminará nunca: el otoño y el invierno caerán sobre el calvario mutilado, la lluvia y los vientos lo golpearán. Despojado de las figuras que le daban vida, desnuda la cruz del crucifijo, desierto de fieles, arruinándose lentamente a causa de la intemperie, simboliza ahora realmente un lugar de desolación y de dolor.

La imagen final del calvario de Pont-Château, con ese tronco de cruz, entra como un emblema en la vida de Luis. En el que se desnuda y trasparenta la lógica que guía la existencia del misionero. Todos los santos han conocido la cruz: la de Luis parece haber sido, de modo especial, la amargura de lo inconcluso. Es el misterio de esa vida destrozada y vagabunda, carente de continuidad, marcada por coros de humillación, constantemente dedicada a trazar pasos nuevos que no llegarán a la meta. Un día, escribiendo a Guyonne-Jeanne dejará escapar a este propósito una confesión que hace temblar: «Siempre alerta, siempre sobre espinas, siempre sobre guijarros afilados, soy como una bola en juego: apenas arrojada de un lado, ya se la rechaza del otro con rudos golpes». En realidad, todas las etapas que Luis ha recorrido hasta ahora, y las que vendrán –incluso cuando llegue a conocer horas mejores y menos tensas– permiten una lectura unitaria, como sinfonía de temas inconclusos: inconcluso el de sus proyectos personales, inconcluso el de sus compromisos eclesiales, inconcluso el de sus sueños de fundaciones –y en el fondo, la imagen del calvario que es casi un sacramento, humilde apoteosis del misterio de la redención en que el P. de Montfort arroja todas sus fuerzas y su vida–. Un sueño hecho pedazos por las circunstancias en forma gris y, si se quiere decir, sin grandeza, así como los proyectos de Luis –y en especial el primordial y fundamental del misionero, vinculado a una desconcertante novedad de vida con la cual bendecirá de nuevo al mundo– lo han sido a lo largo de los caminos recorridos: no de otro modo muere el grano de trigo bajo una capa de tierra irrespirable.

De esta manera, el verdadero sentido de la cruz y del calvario invade cada vez más la vida de Luis, marcando el ritmo de un progresivo anonadamiento de realizaciones propias y autoconsistentes. Servidor de una Palabra que nunca acaba de escuchar, de un plan de amor que sólo se realizará mañana, Luis nos parece cada vez más, a medida que el designio de su vida se anuncia irreversible, un hombre con las manos vacías. Esa es la traducción existencial de su proclamación y de su contemplación de la sabiduría de Dios. Es la cruz de Pont-Château que –conforme a una imagen que él mismo utilizó ya– «se planta en su corazón». Precariedad y fracaso, bajo cuya insignia se desarrolla la vida de Luis, irán madurando hacia un éxito más profundo, atando día a día la vida de este hombre probado al misterio de su Señor.

Capítulo 6

UN HOMBRE PARA TODAS LAS ESTACIONES

El «drama del Calvario» parte en dos los diez años de apostolado misionero de Luis. Cuando lo reinicia, tiene, por ciertos aspectos, un ritmo diferente: se parece a una espiral que devora, al avanzar, cada vez más las energías del misionero y, sin embargo, resulta menos sacudido y atormentado. Algo nuevo acontece. A ello contribuirán dos diversas órdenes de circunstancias –una externa, la otra interna–.

Los primeros meses que siguen a la jornada fatal de septiembre son uno de los períodos más negros en la historia de Luis, uno de los que más le han martirizado el alma. Como en la calle del Pot-de-Fer, como tras la salida de Poitiers, una vez más, ha tocado fondo. Vive en Nantes en la «casa Cathuy», una casa que le ofreció la madre de Gabriel Olivier. Una orden del obispo le prohíbe ejercer el ministerio de la palabra, quizá también celebrar la

Eucaristía. El fantasma del calvario lo sigue persiguiendo. No renuncia ni siquiera ahora a la esperanza de llevarlo a término. Espera las respuestas de amigos influyentes a quienes – en vano– ha interesado en cuanto ha sucedido.

Si personalmente se mantiene sereno, incluso alegre, es a precio de un vuelco total de la realidad natural, que es la de una amargura sin ocaso. Ha madurado en el ministerio. Ya no lo roza siquiera la tentación de abandonar el campo y retirarse a una celda. Quizá regresa sí el otro sueño, el que las palabras del Papa apagaron para siempre: buscará las tierras de las misiones lejanas. El hombre herido por el drama de Pont-Château parece implorar: permítanme comenzar de nuevo, emprender en otra parte cosas mejores... Sabemos que en algún momento de su común camino, Luis ha intentado persuadir a Pedro de Bastières a acompañarlo en una nueva peregrinación a Roma. Quizá esto sucede cuando se consuma el drama de Pont-Château.

En la incertidumbre de su situación, que la suspensión del ministerio hace más penosa, Luis aguarda una señal para reemprender la marcha. Entre tanto, en la ciudad donde permanece en penumbra, todo su instinto profundamente afinado por el dolor lo lleva hacia quienes sufren más. Aunque a Luis no le quedaban otros amigos, lo encontraremos siempre en medio de la humanidad herida y de quienes no tienen esperanza: entre el otoño y el invierno, en Nantes, en la «casa Cathuy», se ponen las bases para un hospital de incurables que, al comienzo, es sólo una pequeñísima comunidad en la que Luis y sus auxiliares laicos viven con sencillez la caridad heroica con algunos moribundos recogidos en calles y caminos.

El 10 de noviembre de 1710, el P. de Montfort hizo profesión en la Tercera Orden de santo Domingo, en manos del prior José Le Gault. En enero, una aventura peligrosa saca de su escondite al hombre humillado, colocándolo en el escenario de la atención de la ciudad: el Loira crecido a causa de las lluvias ha sumergido los suburbios de Nantes y un grupo de personas ha corrido el riesgo de perecer en el aluvión. En medio de la parálisis de los aterrados espectadores, Luis se coloca a la cabeza de unos pocos voluntarios, guía a través del vórtice de la corriente la barca que realiza el salvamento.

Nantes conservará esta imagen de él. A principios de la cuaresma, Luis, invitado por el párroco, acude a predicar en La Garnache, en los límites de la diócesis de Luçon.

Limítrofes, las diócesis de Luçon y La Rochelle –pequeña la primera, extensa la segunda– forman el territorio de la futura Vandea militar. En las dos ciudades vecinas – Luçon y La Rochelle– residen al comienzo del siglo XVIII, dos obispos profundamente amigos y afines por la posición ideológica, especialmente en la batalla candente de la hora: el jansenismo. Mons. Esteban de Champflour y Mons. Juan Francisco Salgues de Lescure han sido conjuntamente seminaristas en San Sulpicio. Aún antes, han sido alumnos de los jesuitas, el uno en el colegio de Clermont-Ferrand, el otro probablemente en Albi, su ciudad natal. En 1699, Lescure recibió la investidura de la diócesis de Luçon; tres años más tarde Mons. de Champflour se le unió en la sede episcopal de La Rochelle.

Publicaron conjuntamente en 1710 una ordenanza contra un libro de Quesnel, que les valió una áspera reacción de parte del cardenal de Noailles inclinado en favor del queneslismo. La intransigencia doctrinal de los dos preladados los convierte en campeones de la fidelidad integral a Roma.

Estos obispos amigos abrirán las puertas de sus diócesis al misionero que ahora carga consigo una colección de entredichos y limitaciones en el ministerio. Tal es la primera circunstancia que modifica el curso de la carrera del P. de Montfort. Él, que se ha consagrado y en qué forma –lo sabemos– al beneplácito de la jerarquía episcopal, encuentra

por primera vez a los dos pastores, los cuales sabrán demostrarle un favor perseverante y sin decaimiento. Prelados santos como el obispo de Poitiers, sabios como el de Nantes, incluso sin perder la estima personal para con Luis, se han dejado influenciar por opiniones contrarias a él. Los dos obispos valerosos de Luçon y de La Rochelle le seguirán siendo fieles.

Por ello, Luis, con excepción de un viaje a París y un episodio en Normandía, no volverá a retirarse ya del territorio de la futura Vandea. La diócesis de La Rochelle será desde ahora su principal campo de apostolado. Esta constatación nos deja pensativos: la misión de Luis, tan preocupada y universal, en los años más fecundos de una madurez operante, no desborda en mucho las fronteras de una diócesis. El hombre que ha sido tachado de inestabilidad, que ha rechazado vigorosamente vínculos y fronteras, se mueve en el radio del territorio de una ciudad de provincia, sin sentirse aprisionado y sin frenar por ello el ritmo de su carrera.

Reconozcamos en ello, una señal de madurez humana y el dulce cumplimiento de una afinidad con Aquel a quien Luis se preocupó por imitar. Afronta la evangelización de un territorio, peregrinando lentamente, viajando humildemente a pie, de una a otra de las poblaciones que solicitan su predicación. Ningún pueblecito se puede descuidar. No hay que desperdiciar las migajas. Veremos a Luis emprender un arriesgado y casi dramático viaje por mar, para llegar hasta los habitantes, hace tiempo olvidados, de una pequeña isla perdida. Entra profundamente en la vida de las comunidades que lo acogen. No se contenta con pasar: se queda, vuelve: su relación con las multitudes que lo llaman con ávido afecto «el buen P. de Montfort» es, hoy como nunca, de dimensión personal, de dimensión humana. En efecto, se trata de relaciones personales, especialmente de dirección espiritual, que se multiplican en torno a él. Variadísimas, expresan bien, aunque en los límites concretos y discretos de una existencia tamizada en la criba del Evangelio, el afán de hacerse todo para todos que ha sido el motivo dilatador del apostolado del P. de Montfort.

Esta visión amplia sin problemas de eficiencia, esta atención a todos y cada uno, este esforzarse sin prisas por recorrer todos los caminos para llegar al corazón de los hombres y de aquel pueblo, representan para Luis poner en juego y quizá revisar sus dones de galvanizador de multitudes y líder popular. Un estilo sensiblemente diferente del de Pont-Château parece ser el punto de llegada de la misión del P. de Montfort. Apenas se ha dado vuelta a la página, la historia nos presenta una imagen de Luis un tanto inesperada. Suben a la superficie verdades que van germinando como secretas líneas dinámicas a lo largo de una existencia orientada desde ahora hacia su culminación.

Entonces, una realidad de maduración y plenitud se transparentará en signos casi imperceptibles, en ademanes sencillos.

Vamos a recorrer rápidamente la crónica de las misiones de Luis durante el primer período de su ministerio en las diócesis de Luçon y de La Rochelle. Lo hemos dejado en cuaresma de 1711 en La Garnache: lo volvemos a encontrar ante la puerta de la casa cural de Saint-Hilaire-le-Coulay, en un día de lluvia y viento. El párroco, que había solicitado la predicación de Luis, se rechaza a recibirlo a consecuencia de voces calumniosas acerca de él. El misionero sigue hasta Montaigu, donde predica en un convento de benedictinas de Fontevault. Pasa a Luçon y se detiene para un retiro de algunos días en casa de los capuchinos, se presenta al obispo Lescure y predica el domingo en la catedral. El 11 de mayo se halla en La Rochelle. Un jesuita, el P. Colussón, lo presenta a Mons. de Champflour. Una misión en Lhoumeau y otra, grandiosa, en La Rochelle inauguran la

colaboración entre el prelado y el P. de Montfort.

La misión de La Rochelle –en la ciudad de historia apasionante, de pórticos claros, de un puerto multicolor– es una de las más felices en la carrera de Luis. Testimonios pormenorizados evocan la hábil y conmovedora estrategia del misionero, la sabiduría consumada de una dirección que no descuida ningún detalle a fin de que toda la ciudad quede involucrada en el drama sagrado, vital y digno, que es la misión. El P. de Bastières, amigo ahora inseparable, Gabriel Francisco Grignon, hermano de Luis, un pequeño grupo de dominicos forman el equipo de sacerdotes, a quienes se añaden Maturín y otros laicos. La misión a las mujeres, la de los hombres, la de los soldados se suceden en buen orden y con pormenores pintorescos. Una procesión que quedó célebre y que un contemporáneo nos ha transmitido en una descripción viva y un plan bien elaborado. Una y otro no carecen de humor y sirven de conclusión a esta fiesta de penitencia, alegrada con cánticos, banda de música, el espectáculo de las «damas mejor contorneadas» encargadas de llevar los estandartes. Así es este rigorista menospreciador de las cosas de los hombres: a los músicos de la banda les paga con amplia generosidad con una buena cena, al terminar su presentación...

«Toda la ciudad de La Rochelle –éste es el lado interior de la fiesta grata a los ojos– queda impactada, conmovida, casi del todo transformada. Los sollozos estallaban en medio del auditorio y no pudiendo entonces hacer oír, se veía obligado a detenerse y decirles: “hijos míos, no lloren: me impiden hablar. Es, sin embargo tan necesario, enseñarles e iluminar su inteligencia, como tocar sus corazones”. Los pecadores más endurecidos iban, al finalizar la predicación, a postrarse a los pies del misionero. Los demás confesores apenas bastaban para escuchar las confesiones generales. Es imposible creer cuántas restituciones y reconciliaciones se realizaron. La sola fama de su santidad y de su manera de hablar eran como una predicación continua que se repetía en todas las familias. Los mismos protestantes quedaron impactados».

La última frase merece un momento de atención. La Rochelle alberga, en efecto, un grupo numeroso de «correligionarios». Y el P. de Montfort los encontrará por sus caminos. El que dejó escrito un método sabio «para convertir a los protestantes», no se especializa sin embargo en este apostolado. Con los calvinistas que encontró, se mostró humano, más atento a la caridad que a las controversias. Siguió en esto la línea misma que había trazado Mons. de Champflour, ortodoxo riguroso de una pastoral flexible. Pero al encuentro con los hugonotes está vinculado, como veremos, un episodio extraño y dramático de la vida de Luis.

Entre tanto, también en La Rochelle, Luis se ha creado adversarios y se incrementan las acusaciones soterradas. Tres canónigos, doctos en teología a quienes Mons. de Champflour da el encargo de examinar la predicación de Luis defienden su rectitud. A partir de este momento, el obispo da confianza total al misionero.

En 1712 se ubica la expedición aventurera de Luis a la isla de Yeu, adonde Mons. Lescure lo envía en misión. Un P. de Bastières que, en su tranquila naturaleza siente escalofríos todavía con sólo recordar las peripecias de ese viaje, nos brinda los pormenores. Estamos durante la guerra de sucesión de España; naves corsarias inglesas infestan el brazo de mar que separa la costa bretona del islote.

«Nos aconsejaron que fuéramos a Sables-d'Olonne, asegurándonos que allí encontraríamos chalupas que nos llevarían a la isla de Yeu. Decidimos ir allá; pero cuando llegamos, no encontramos a nadie que quisiera llevarnos. Nos aseguraron que, desde hacía quince días, la isla estaba por todos lados infestada de corsarios de Guernesey, que

rondaban en los contornos. Tuvimos que ir a Saint-Gilles a tres leguas de Sables. Todos los marineros de ese puerto nos repitieron lo mismo y todos se rechazaron a llevarnos, de modo que ya estábamos a punto de regresar a La Rochelle.

El P. de Montfort pareció recibir por ello una aflicción extrema; yo, en cambio, una alegría increíble. Pero antes de partir, hizo una última tentativa, y se acercó al dueño de una chalupa y le hizo tantas súplicas y tan bellas promesas –asegurándole que no corríamos ningún riesgo y que ciertamente no seríamos apresados– que aquel buen hombre finalmente consintió en transportarnos.

Tuvimos, pues, que embarcarnos al día siguiente. Pero cuando estuvimos a tres leguas de la costa, avistamos dos naves corsarias de Guernesey que venían hacia nosotros a velas desplegadas. Nosotros teníamos el viento contrario, y sólo avanzábamos a fuerza de remos.

Todos los marineros gritaron: '¡Nos cogieron, nos cogieron!' Los pobres daban gritos lastimeros, capaces de mover a compasión a los corazones más endurecidos.

Sin embargo, el P. de Montfort entonaba cánticos de todo corazón y nos invitaba a todos a cantar con él. Pero como teníamos más ganas de llorar que de reír, guardábamos todos un sombrío silencio. Entonces el P. de Montfort nos dijo: 'Ya que no pueden cantar, recitemos juntos el santo rosario'. Lo salmodiamos con él, con el mayor fervor que nos fue posible. Apenas lo terminamos, el P. de Montfort nos dijo a todos: 'No teman, queridos amigos míos, nuestra buena Madre, la Virgen santísima, nos ha escuchado; estamos fuera de peligro'. Ya estábamos, sin embargo, a tiro de cañón de las naves enemigas. Entonces, un marinero gritó: "¿Cómo que estamos fuera de peligro? El enemigo está encima de nosotros, pronto a caer sobre nuestra barca. ¡Preparémonos más bien a viajar a Inglaterra!". El P. de Montfort le replicó: "Tengan fe, amigos míos, los vientos cambiarán".

Un momento después de que había hablado, vimos a las dos naves enemigas cambiar de rumbo, y habiendo cambiado los vientos, nuestros barcos se alejaron unos de otros, y comenzamos a respirar y a alegrarnos. Cantamos el Magnificat en acción de gracias».

¡Querido P. de Bastières, fino humorista y héroe a pesar suyo, que siguió al incómodo taumaturgo y brindó su amistad al P. de Montfort!

El 5 de mayo de 1712 Luis se halla de nuevo en La Garnache, para bendecir la capilla de Ntra. Sra. de la Victoria. Sigue la misión de Sallertaine, abierta bajo malos auspicios: un poblado triste, un pueblo sordo, tenaz en sus rencores. Antes de partir, Luis logró que se dieran por terminados «más de cincuenta procesos» y servirá de mediador en «más de cien reconciliaciones».

Luego de Sallertaine, San Cristóbal de Lignerón, y finalmente un adiós a La Garnache, donde predica un triduo de preparación a la muerte. También despedida oficial de la diócesis de Luçon. En julio de 1712 el misionero regresa a La Rochelle, en cuyo territorio desarrollará desde ahora su apostolado.

En el barrio de San Eloy, al borde de la ciudad, se arregla una humilde morada que consta de una sala de un solo piso, un jardín y un pozo: el minúsculo conjunto sería invivible si faltara la ventilación del jardín. En derredor tienes el campo y, no lejos, la puerta en piedra de La Rochelle. Luis recibe en regalo esta casita y la convierte en su ermita. En ella pasa probablemente parte del otoño de 1712, escribiendo el *Tratado de la Verdadera Devoción*.

Cuando llega el invierno está de nuevo en camino. Thairé, Saint-Vivien, Esnandes, Courçón reciben la predicación del misionero. Siguen probablemente las misiones de Beugnón, Bressuire, Argenton-Château. En mayo de 1713 Luis se encuentra en La

Séguinière, donde tiene un párroco amigo: el P. Keating, un irlandés a quien llama él «un sacerdote según mi corazón». La misión de La Séguinière dura no menos de un mes y se concluye con la restauración de una capilla dedicada a Ntra. Sra. de Toda Paciencia. Cuando junio trae los calores del verano, Luis se halla tan agotado que las señoritas de Bauveau –familiares del obispo de Nantes– lo invitan a su castillo de la Treille para un período de reposo. Pero el misionero tiene otros proyectos: en el mismo verano de 1713 parte hacia París: es su último viaje a la capital.

Ésta es la crónica de dos años. No nos detendremos a recoger en los pormenores lo imprevisto, las peripecias, las aventuras que florecen bajo una apariencia monótona. Pérouas escribe: «El adolescente que soñaba escapar a la aventura, el joven sacerdote que pedía poder partir a tierras desconocidas en las misiones extranjeras, ha encontrado en algunas diócesis del oeste más incógnito y más aventuras de lo que había podido imaginar...». Hay que decir otras cosas que nos ayudan mejor a captar la curva de la parábola dibujada por la vida de Luis Grignon.

Dos años durante los cuales franquea un umbral que la mayoría atraviesa en edad mucho más madura: su físico de acero, que ha resistido durísimas pruebas, no responde ya adecuadamente al impulso de su espíritu. Síntomas, ignorados antes, comienzan a hacerse más frecuentes en la pluma de los biógrafos. Es el principio de un trastorno de salud que se debía a factores diferentes: las maceraciones del asceta, los esfuerzos diarios del misionero, las leguas recorridas a pie por todos los caminos y en cualquier estación, más de diez años de una vida llena de frustraciones, la tensión moral y tantos sufrimientos a través de tantos años. Este peso complejo agrava hoy el paso del P. de Montfort, que cumple apenas cuarenta años. Si el corazón «canta», el cuerpo grita inexorablemente su fatiga. Su natural y legendaria energía de gigante se ha debilitado: cruda constatación que permite echar una mirada realista sobre lo que han sido las etapas que hemos acumulado tan rápidamente en el papel.

Un oscuro acontecimiento ocurrido en La Rochelle mostró en forma evidente este descenso de fuerzas. Luis ha sido víctima –dicen los testimonios y él mismo– del veneno de los calvinistas. El hecho desconcertante no es único en la historia del P. de Montfort, quien ha escapado más de una vez a atentados dirigidos contra su vida. Al envenenamiento superado en el espacio de pocos días, atribuirá el P. de Montfort de ahora en adelante, cerrando los ojos a otros factores, la responsabilidad del agotamiento que lo oprime.

Tal es la realidad contra la cual veremos desde ahora luchar a Luis. De repente este hombre joven se encamina a la vejez; las etapas intermedias han sido quemadas en la intensidad de una experiencia donde ha vivido una constante presión y donde todo se ha resuelto cada vez más al ritmo sin apelación de «un arte de vivir» –una sabiduría– que es el del sacrificio, del olvido de sí mismo, del amor. Sí, los años más serenos y activos de Luis llevan en sí el germen de un sacrificio más pleno. Mientras cruza con paso indefinible más allá de donde las cosas cambian de color y las migas de una larga oblación comienzan a formar un pan compacto, la entrega del misionero adquiere un fulgor mayor. Esta entrega, expresada en el acoso del estrés, de un agotamiento que hace doblar las rodillas a la fuerza de vivir, se convierte en la obra unitaria, simplificada, de una caridad siempre más corriente con el sello de totalidad que es la cruz.

En este contexto en el que todo asume grave relieve, recogemos con trepidación lo «inesperado» de que hablábamos: es decir, la evolución de ciertos rasgos del carácter y de la psicología del P. de Montfort, más evidente en el tiempo que sigue al final de la misión

de la región de Nantes y al drama de Pont-Château.

Hemos aludido al favor fiel de dos obispos, que permitió la duración más tranquila de la misión de Luis en las diócesis de la futura Vandea. Esta constatación tiene su contraparte en otra que concierne a la persona misma de Luis: hacia los cuarenta años, el árbol plantado en la roca va organizando la línea tormentosa de sus ramas. La experiencia, como capital de contactos humanos, años de autodisciplina, en dirección de esa ductilidad espiritual, de esa flexibilidad psicológica que ya se hallaban en el molde antiguo de San Sulpicio, producirán cada vez más frutos. El trabajo comenzado por los maestros sulpicianos para volver maleable el «terrible» temple del hombre de veinte años, lo prosiguieron –¡y hasta qué punto!– las circunstancias. Lo «inconcluso» mismo, que como hemos visto ha representado en la vida de Luis una intimidad constante con la sombra de la cruz, ha tenido todo el carácter de una acuciante pedagogía de la disponibilidad.

De estos largos dolores de parto, nace cada día un hombre nuevo. Este hombre –¿cómo describirlo?– tendrá cada vez menos ciertas reacciones explosivas, ciertos arrebatos de celo que han marcado su comportamiento. Sucede rara vez desde ahora que ponga en aprietos a sus biógrafos entre la sinceridad y la discreción. Claro que es el mismo hombre que se atrevió a concebir la empresa de Pont-Château: pero su conducta nos parecerá más equilibrada: no despreciará ya el uso de ciertas reglas sociales, incluso de una diplomacia elemental. Lo sentimos abierto y acogedor. Sale al encuentro de las debilidades, como –por lo demás– nos lo revela todo su arte misionero. Su rostro de atleta y de asceta ha tenido siempre rasgos de dulzura. Hoy revela un rasgo nuevo: la bohemia.

¿Cómo mostrar con ejemplos este éxito nuevo del trabajo más delicado en la vida de Luis? Una primera confirmación proviene precisamente de la cualidad fundamental de su ministerio, es decir, de la colaboración positiva con las iglesias locales, del moverse menos por los márgenes y más en el corazón de la comunidad diocesana. Sus pobres senderos de apostolado itinerante dejan de ser un lugar de marginación, para convertirse en la morada donde la vocación del misionero se realiza como servicio eclesial. Por esto tiene que pagar: en esta adaptación, el riquísimo simbolismo profético que es el alma y la sustancia más original del mensaje del P. de Montfort va a atemperar un tanto su dramática evidencia, su grito. Pero esta adaptación va purificando desde hace años a un hombre paciente y humilde: resultado, la maduración de un santo.

Es grato recoger, gracias a los testimonios de los contemporáneos, huellas ligeras que permiten sorprender al vivo la tensión de Luis hacia la mansedumbre, la precaución y el equilibrio. Aquí un episodio muy humano y ligeramente cómico: en Luçon, el primer día en que predica en la catedral, Luis embiste contra los antiguos herejes albigenses, con la intención de herir a los nuevos herejes jansenistas y se da cuenta con estupor de que los serios canónigos, sentados en sus sillas apenas si pueden ocultar leves sonrisas a lo largo de todo el sermón. Sucede que Mons. Lescure es originario de Albi y Luis ha cometido una equivocación... Asustado ante las posibles consecuencias, se apresura a presentarse al obispo para excusarse por sus palabras imprudentes. Y Monseñor le replica con garbo, sonriendo con finura ante los modales desmañados del misionero: «Sucede a veces, P. Grignon, que de malas raíces brote algún buen retoño...».

Otro episodio: el P. de Montfort ha acostumbrado siempre, durante sus misiones, sentar a la mesa –y alimentar con las acrobacias de la providencia– algunos centenares de pobres. Los curiosos acudían en tropel para presenciar el espectáculo. En La Garnache inaugura un método nuevo, más didáctico y menos ostensible: Luis mismo admite a su mesa a unos pocos mendigos y a cada familia le pide un cubierto para un pobre. La caridad, hecha en

estilo más discreto, graba huellas más profundas en la vida de la comunidad.

Pero Luis no dispersa su cortejo de mendigos: ya no sería Luis, si actuara de otro modo. Y, sin embargo, la camarilla del P. de Montfort comienza a aparecer sensiblemente diversa de la de otros tiempos. Hoy experimenta la posibilidad de un acercamiento más sereno a todos: la riqueza no le hace sombra. El mariscal de Chamilly, entusiasta ante el éxito logrado por Luis con la misión a los soldados de La Rochelle, invita repetidamente a cenar al misionero. Quien suplirá con mayor dosis de penitencias los excesos contra su régimen ascético, pero no rechazará la invitación. La Sra. de Chamilly cree embellecer la procesión enviando a una joven empleada negra que tiene una voz estupenda. Luis está lejos de sentirse halagado con tan insólito ornamento, pero una vez más tiene la delicadeza y perspicacia de no decir no.

¿Quién hubiera creído que el capellán de los pobres, «el loco ese de Montfort», se convertiría en el predicador de quien se habla en los salones de La Rochelle, el confesor que se pelean los nobles de la ciudad? ¡Cuántas almas inquietas bajo los polvos, las pelucas, los perifollos que comunican un rostro artificial a las «damas de la nobleza», bajo las togas de una «nobleza de cuna...»! Ésta es la historia de la Sra. de Mailly, «persona de alta condición y mucho espíritu», de fe calvinista y corazón recto. Regresa de una estadía en Inglaterra y se propone establecerse en París. Mientras arregla algunos negocios en La Rochelle, tiene noticia de la fama del P. de Montfort y siente una inmensa curiosidad de conocer al misionero. El encuentro tiene lugar. El santo se deja llevar por la dama de mundo a largas discusiones sobre las verdades de la fe. Más tarde, esta convertida no podrá hablar sin llorar del P. de Montfort. Quien le habrá indicado no sólo la recta doctrina, sino el camino de la vida interior y de la caridad.

La Sra. de Mailly, una vez establecida en París en el barrio de San Sulpicio, permanecerá fiel hasta la muerte a la recitación diaria del rosario. Entre tanto, la conversión de ella levanta ruido en el ambiente de La Rochelle. Pero no menor que otro episodio semejante al anterior. Una joven y elegante mujer, Benigna Pagé, hija de un funcionario de finanzas, siente una extraña antipatía respecto de ese sacerdote enemigo de la vanidad. En cierta ocasión decide desafiarlo en forma jovial y orgullosa: se plantará delante él en primera fila, durante un sermón, fijando los ojos en él con la finalidad de «hacerle perder el hilo del discurso» y provocar uno de esos bruscos apóstrofes que se convierten, luego, en materia de conversación y delicia de los espíritus cáusticos. Entra, pues, en la iglesia, muy elegante y petulante. El P. de Montfort sube al púlpito, roza a la muchacha con una mirada de compasión, recoge también el reto de esos ojos provocadores. Empieza a hablar y Benigna no puede menos que escuchar. Sigue hablando y domina totalmente al auditorio, llevándolo a una intensa conmoción. Si bajara la mirada al lugar donde se sienta la maliciosa joven, vería un rostro cambiado: «la joven rebelde, que creía reír y hacer reír, llora en primera fila sin el menor respeto humano».

Una vez terminado el sermón, Benigna dialoga con el P. de Montfort. «Tuvo con él una conversación que duró dos largas horas; después volvió a su casa». Un retiro, una confesión general, acaban de transformarla. Benigna ingresará, entre la emoción y contrariedad de sus padres y de sus frívolas compañías, en el monasterio de las clarisas, donde llevará una vida edificante. Ese puede ser en la vida de una joven ligera el efecto del encuentro con un santo. En cuanto a Luis, para «su» Benigna se hará poeta una vez más, cantando su historia en versos no bellos, pero sí fervorosos:

«¡Gloria al Señor!

¡El mundo te pierde, Benigna mía!

¡Gloria al Señor!
¡Todo procede de una gracia insigne!
¡Gloria al Señor!»

Podríamos continuar por largo rato contando anécdotas parecidas. No, Luis no rehusa encontrarse con los ricos, con tal que se hagan más pobres. Estamos detectando las huellas de una serenidad mayor de carácter, de un sentido más maduro y afinado de las circunstancias en el P. de Montfort y nos salen al paso las señales de otra realidad: una imagen de Luis en la plenitud de su misión. El apostolado con la burguesía y la «gente de condición» no le era desconocido al confesor de los jóvenes Trichet, al amigo del abogado Arot, pero en Nantes y Poitiers era algo ocasional. En La Rochelle, Luis es sacerdote de la ciudad y del campo, atraviesa todos los ambientes: es un hombre para todas las estaciones, con su inflexible invitación a la conversión, a la santidad, al banquete nupcial, a la pobreza según el espíritu. Quien busca el confesionario del P. de Montfort, sabe que se empeña en el sendero de la perfección. Pero es un sendero abierto a todos. Es la buena noticia que Luis, tan marcado desde el comienzo de su misión por el sentido de la universalidad de la misión, proclama con un sentido amplio y tranquilo de la gracia. Y quien invita a la santidad es un sacerdote rico en misericordia. Una psicología del hombre profundamente corregida por la obediencia a la propia vocación da este testimonio de la acogida y de la benevolencia de Dios.

Encontraremos, al andar, indicaciones también más definitivas al respecto. Anticipemos de momento otro relieve, que permite percibir la dimensión más profunda del retrato trazado hasta aquí. Desde ahora un halo constante y tranquilo circunda cada vez más al P. de Montfort. La humanidad perfeccionada de aquel a quien el pueblo llama «el buen P. de Montfort» se abre hoy a una transparencia que nos deja pensativos. En este rudo ejemplar de hombre a quien las pruebas han endurecido y dulcificado, a quien las fatigas han herido en el cuerpo próximo a su fin, se revela y se realiza una calidad angelical, una pureza interior, presente desde el comienzo en su rostro de joven. Lo sobrenatural forma en torno a Luis una tranquila aureola.

Digamos sencillamente, sin reseñar los múltiples episodios maravillosos, que en este momento de su historia, lo extraordinario florece bajo sus pies como la cosa más corriente. La irradiación apostólica es el primer signo de ello. Y, en realidad, en el camino del misionero superabundan los signos. Curar a los enfermos, leer en las conciencias, discernir el sentido de las circunstancias prediciendo lo que va a suceder, vivir a la Providencia sin carecer nunca de lo necesario: en la vida del P. de Montfort, el milagro no pierde nunca un carácter excepcional de epifanía y de profecía, acompaña y comenta el progreso de la salvación en los corazones.

A veces se transparenta algo de la vida íntima de Luis. Sucede que un éxtasis prolongue su celebración de la Eucaristía; que en el convento de dominicos de La Rochelle mientras predica el día de la Purificación de María, los asistentes ven un rayo de luz que transfigura su rostro. ¿Se trata de un «prodigio», como interpreta el biógrafo Besnard o de un fenómeno no necesariamente extraordinario? Podría ser, de todos modos, una clave de lectura de la etapa final del itinerario del P. de Montfort. Los últimos años de Luis se colocan, en efecto, tranquilamente bajo este signo: un reflejo pascual, tanto más puro cuanto más quemé él mismo (veremos en qué desasimiento) las últimas etapas de su amor a la cruz, de su fiesta nupcial.

Capítulo 7

TRES QUE SE AMAN

Nos halamos, pues, en pleno verano. Verano que se va deshojando en fulgores de otoño. Ambiente de resultados y mensajes decisivos: es la estación de los frutos.

En este contexto nos sale al encuentro la palabra mayor que nos dice el P. de Montfort, con todo su valor de síntesis. Es el *Tratado de la Verdadera Devoción* que recoge en un haz los resultados del método pedagógico del misionero, el jugo del pensamiento del autor espiritual y el secreto de la espiritualidad vivida por el santo.

Abramos este libro –escrito probablemente en otoño de 1713– sabiendo que encontraremos en él, como en *El Amor de la Sabiduría Eterna* la vía de acceso a la intimidad por lo demás tan reservada de Luis de Montfort. Ayer, en un momento de crisis –de opción y discernimiento– que trazó y orientó su camino para siempre; hoy, en un momento de plenitud. Las dos obras aparecen como dos puntos a través de los cuales pasa la línea recta del itinerario íntimo y de la enseñanza espiritual de Luis Grignon. En realidad, el *Tratado de la Verdadera Devoción* retoma y desarrolla ampliamente puntos ya contenidos en las últimas páginas del escrito juvenil: y, sin embargo, no se parece a aquella obra con su irrepetible timbre dinámico y tierno, que era al mismo tiempo de búsqueda y de seguridad y de apacible congoja. Hoy el P. de Montfort revela un dominio más completo de sus propios instrumentos, mejor dominio de las fuentes, una elaboración más personal de los temas desarrollados. La dicción clara y eficaz, nacida de una finalidad esencialmente pedagógica, resume ahora la posición íntima del apóstol.

Este librito filtra la sustancia de una experiencia personal –una vida– condensándola en mensaje amoroso. Luis ha escrito retirándose a la paz, dentro de los muros estrechos de San Eloi, cuando comenzaba a sentir un cerco en torno a su madurez consumida en el servicio y en la misión. Ha escrito de carrera: la elaboración del pensamiento duraba desde los años de la juventud. Con su estilo cada vez más incisivo, tensionado en un paciente afán de vulgarización y claridad, ha dicho lo esencial, su «forma de gracia». Hallaremos allí –y sobre todo, trataremos de leer la obra desde esta perspectiva– lo que fue la forma interior de su santidad.

Luis de Montfort no desarrolló un proyecto personal completo del camino de la perfección: no ha construido como tantos autores místicos su paciente escala de amor. Renunció a todo eso con un gesto que lo recoge todo, en el cual se halla el núcleo de su enseñanza. Nos referimos a la fórmula de la «santa esclavitud» que abarca a la vez itinerario de purificación y vida de unión, ascesis e introducción mística, poniéndolo todo a la sombra de la mediación de María.

Es la respuesta suprema que el P. de Montfort da al problema en torno al cual se mueve toda su obra, es decir, la adquisición de la Sabiduría o la relación vital con Jesús, hijo de Dios e hijo de María. El alma que se abandona en manos de María se une a la obediencia misma del Hijo: la «desapropiación» se hace total, el alma desapegada de todo, regenerada en el seno de María, recibe en su propio rostro la impresión de los rasgos del Divino Obediente, el Siervo crucificado.

Tal es –digámoslo una vez por todas– el interés de la síntesis espiritual monfortiana, que coloca, basándose no en consideraciones piadosas y sentimentales, sino en una sólida

plataforma teológica, a María en el centro de la vida cristiana y en el corazón de todo los caminos que llevan a Dios, contribuyendo con recursos de amor y de fe a iluminar –diría el cardenal de Bérulle– el «estado interior» y «perpetuo» del misterio mariano.

Los escritos mariológicos del P. de Montfort –no sólo la obra que en su publicación póstuma han denominado los editores *Tratado de la Verdadera Devoción*, y que recoge el estímulo de una problemática ampliamente debatida en tiempos de Montfort; sino también *El Secreto de María*, tratadito corto y feliz, y algunos textos sobre el rosario– no llevan generalmente, el sello de la originalidad. Incluso para su pensamiento sobre María, Luis Grignon es heredero de una escuela de espiritualidad: y sin embargo –gracias al progreso de la perspectiva doctrinal, la eficacia de la divulgación apostólica y el relieve único y totalizante que asume el tema mariano en su pedagogía de la vida interior– da comienzo a un filón auténticamente nuevo, de modo que las fuentes en que bebe evolucionan hacia una formulación, en cierta forma, inédita en la historia de la espiritualidad. Su mariología «maximalista» permanece como un punto firme en el desarrollo del pensamiento católico. Pero sobre todo, la obra y el ejemplo monfortianos –con esa peculiar plenitud de significado que asume la palabra hecha vida– han indicado a las almas un sendero de espiritualidad, «una forma especial de la vida interior» (Lhoumeau).

Este libro oculto por largo tiempo «en el silencio de un cofre» y divulgado más de un siglo después de la muerte de su autor, es desde ahora un clásico de la literatura espiritual. Se presenta hoy con la pátina especial de las páginas que han hecho orar mucho. Ha ayudado a la formación de santos. Ha hecho suave para tantas almas el seguimiento de Cristo y la experiencia de la cruz. Al leerlo, con su énfasis equilibrado, puede traducir el sonido de ciertas cosas antiguas, que han perdido parte de su poder de comunicación. Pero en la vital fruición de la verdad contenida en él, se llega a percibir su secreto y a gustar su palabra profunda.

Si en la discusión teológica, la mediación de María reviste el doble aspecto de sencilla intercesión orante y de acción e influjo personal de Ella sobre las almas, es mérito de los maestros del siglo XVII francés el haber franqueado en forma explícita, motivada y definitiva el umbral de esta segunda interpretación.

La vitalidad de la meditación mariana reside en haber penetrado en el misterio de la maternidad espiritual de María, como consecuencia de su divina maternidad. La profundización mariológica tiene su raíz en la primacía que reviste a los ojos de los hijos de la Escuela Francesa, como hemos dicho en otro lugar, el misterio de la Encarnación. Montfort escribirá a este propósito palabras que reflejan el sentimiento común de estos «adoradores del Verbo Encarnado». «La Encarnación del Verbo es el primer misterio de Jesucristo, el más escondido, el más elevado y menos desconocido... En este misterio ha realizado todos los misterios de su vida que vinieron después, por la aceptación que de ellos hizo...; este misterio es una síntesis de todos los misterios, que encierra la voluntad y gracia de todos; finalmente, este misterio es el trono de la misericordia, de la libertad y de la gracia de Dios...».

Hay un «misterio de Jesús» en su estado de Hombre Dios. Todos los misterios de su vida terrena y celeste, de su mediación eterna, están comprendidos en el Misterio único, adorable y sencillo que es la misma Persona divina y humana del Verbo. Una contemplación cada vez más exacta, profunda e interior de este sacramento primordial conduce a una comprensión siempre mejor del significado y de la función de María en la economía de nuestra salvación.

Tal es la línea de pensamiento y oración que a partir de Bérulle, pasando por las

«etapas» de Olier y Eudes, culmina en Luis Grignon de Montfort. El comienzo es solemne: la mirada del cardenal de Bérulle queda fija, según la coherencia del más puro teocentrismo, en la grandeza de la maternidad divina de María. Grandeza cuya dichosa obsesión ha experimentado y a la cual somete totalmente su doctrina espiritual y su plegaria de alabanza.

A partir de Juan Santiago Olier comienza a tomar cuerpo la mariología de la Escuela Francesa. «Los hombres son incorporados a Cristo en el seno de María, desde el alba del misterio redentor: verdad que cautiva a Olier hasta el punto de convertirse en el objeto preferido de su devoción».

Ya Bérulle había insistido en la concepción espiritual del hombre nuevo, el Adán redimido, en el «fiat» de María. Con Olier, Eudes y Montfort, se desarrolla el concepto de cuerpo místico, para explicar la función de María en nuestra regeneración espiritual: «Dios forma en Ella –escribe Olier– al Hijo en toda su extensión: *In virum perfectum...* (Ef 4,13), en Él mismo y en todos sus miembros, es decir, en su Iglesia...; al nacer Jesucristo en el seno de su Madre, toda la Iglesia ha nacido junto con Él». Y añade: «Ella es la creatura universal que en su seno lleva a todos, y que, en el deseo de salvarlos, intercede continuamente por todo hombre».

Imposible seguir, sobre los textos de la Escuela Francesa, la profundización referente a la mediación ontológica y moral de María madre y reina. Estos textos subrayan cómo la maternidad espiritual de María respecto de Adán redimido se realiza en el Calvario, donde –unida a Cristo en un «mismo sacrificio», escribe Montfort– Ella lo inmola «por medio de su consentimiento al Padre», cual nuevo Abrahán que consiente en el sacrificio de su Unico. De un «fiat» al otro, se ejerce la obediencia de María y se precisa el sentido de la mediación materna y corredentora de la Sierva del Señor.

A Olier, a Eudes, al mismo Bérulle compete el mérito de haber considerado el efecto práctico de la contemplación de «Jesús que vive en María». Antes del P. de Montfort, ellos recuerdan la oportunidad de «entregarse a Jesús por María», «atarse a Él en Ella, para vivir solamente para Él por Ella». Y, sin embargo, ellos –en particular Olier a quien pertenecen las expresiones citadas– parecen considerar sobre todo el movimiento «descendente» del misterio de la redención, dejando a Luis Grignon, su discípulo, el cometido de completar la parábola e iluminar la otra vertiente del mismo misterio.

Luis de Montfort ha llevado hasta el extremo las consecuencias de la posición de sus maestros, reuniendo en un solo cuadro de luminosa cohesión las líneas de la devoción mariana. Con su talento eminentemente práctico y didáctico, encontró la formulación más clara y transparente de las verdades contempladas. Esto lo lleva a explicar todo el sentido que ha encontrado allí y explicitar todos sus reflejos a fin de hacerlos perfectamente utilizables en la vida espiritual. Recordemos que vivió en un clima sensible a las ingenuidades y excesos de cierta piedad mariana menos iluminada: lo que ha dicho, lo pudo decir manteniéndose en el hilo de un equilibrio teológico delicado y seguro, que le permitió reproducir sin timidez algunos puntos de devoción un tanto discutidos como la práctica de la «santa esclavitud».

La voz apasionada proclama el lugar privilegiado y único de María, no sólo con el plan universal de la salvación, sino también en la historia concreta de cada alma en particular. El cardenal de Bérulle, atento sobre todo al privilegio de la maternidad divina de María, había visto en Ella a la Esposa del Padre. Luis la considera como Esposa del Espíritu, utilizando imágenes originales y profundas: «el Espíritu Santo al ser estéril en Dios, es decir, al no producir a otra persona divina, se hizo fecundo por María con quien se ha desposado...».

Esposa del Santificador, concibió al «Cristo total» y sigue engendrando a Cristo en el corazón de los santos. Toda santificación, toda realidad personal de gracia pasa a través de María.

La inmutabilidad misma del misterio de Dios, la verdad de sus caminos de amor garantizan la perpetua actualidad del misterio mariano. «La conducta que las tres Personas de la Sma. Trinidad han tenido en la Encarnación y primera venida del Verbo, la conservan siempre, en forma invisible, en la santa Iglesia y la mantendrán hasta el fin de los siglos».

Luis explica el misterio como se lo explica al pueblo o a los niños: «Una misma madre no da a luz la cabeza o la cabeza sin los miembros, ni los miembros sin la cabeza: sería un monstruo de la naturaleza...». Y añade: «Jesús es siempre y en todas partes el fruto e hijo de María y María es siempre y en todas partes el árbol verdadero que lleva el fruto de vida y la verdadera madre que lo produce».

Descubrimos en los escritos monfortianos la humilde tensión hacia una perfecta unidad de fórmulas: «Quien quiera ser miembro de Jesucristo, debe ser formado en María, por medio de la gracia de Dios que habita en Ella en plenitud». No existen dos caminos reales para ir al Señor: «la Sma. Virgen es el medio del que el Señor se ha servido para venir a nosotros; y también el medio del cual debemos servirnos para ir a Él...». Y en otro lugar: «A través de María ha venido Jesucristo al mundo y por medio de Ella debe reinar en el mundo...».

«María es un lugar santo, y el Santo de los Santos, donde se forman los santos... San Agustín llama a la Sma. Virgen *forma Dei*: molde de Dios;... el que es echado en este molde divino pronto se forma y moldea en Jesucristo, y Jesucristo en él».

Esta cita, y con ella la aplicación mariológica que hace Montfort –en pos de una sugerencia de Olier– del salmo 87, sobre la ciudad de Dios («uno por uno, todos han nacido en ella...») nos brinda el sentido más rico de la meditación de Luis sobre María venerada como el instrumento de la vista de Dios, figura de la Iglesia, ciudad de Dios en la que nacen los verdaderos hijos: el haber personalizado en María el misterio de la Iglesia, explorando las últimas consecuencias de esta identificación mística en la vida interior y en la práctica cristiana –un descubrimiento enamorado de la persona de María, un abandono constante y concreto en su mediación maternal y una vida muy intensa de relación, de unión con Ella– ha hecho posible al P. de Montfort hacer de la Madre de Dios no el objeto de una «devoción» privada, sino cada vez más, la clave de bóveda de su misma espiritualidad misionera.

Esta premisa nos permite acercarnos con la auténtica perspectiva a la «verdadera devoción» sugerida y vivida por el P. de Montfort. Consiste en entregarse en calidad de esclavo a María y a Jesús por medio de María. Es decir, «consagrarse e inmolarse voluntariamente y por amor, sin constricción, totalmente y sin reserva alguna, el cuerpo y el alma, los bienes exteriores de fortuna... y los bienes interiores del alma, es decir, los méritos, las gracias, las virtudes y satisfacciones... Y luego, en hacerlo todo con María, en María, por María y para María», a la gloria de Dios solo, confiándose en sus manos «como el laúd en manos de un buen músico», abandonándose a Ella «como una piedra que se arroja al mar».

Conocemos ya los canales principales a través de los cuales recibió Luis Grignon la temática de la esclavitud mariana. En su obra, esta temática asume la forma definitiva: hay que hacer resaltar al menos la profundidad de la «devoción» a la que Luis le ha dado un rostro llano y popular, conservando y profundizando su aliento doctrinal y espiritualmente heroico.

Una primera constatación despeja el terreno al exégeta de la esclavitud: «estas cadenas de Jesucristo nos libran ... nos dan la libertad y nos atan a Jesús y a María, no obligados como presidiarios, sino por amor como hijos».

La esclavitud que Luis nos propone es pues el secreto de los hijos. Es el nombre que él, junto con otros escritores espirituales de su tiempo, dio a una alianza hecha de amor. La ruda connotación que se desprende de ese término subraya sencillamente la necesidad de una respuesta absoluta a Aquel que es Don absoluto, Gratuidad absoluta. Necesidad bautismal con carácter de indeleble, la esclavitud respecto de Jesucristo no es otra cosa que el modo de ser del cristiano redimido en el bautismo y hace de nosotros «su conquista, su pueblo adquirido y su heredad». No por nada en torno a los dos sacramentos de la Alianza – Bautismo y Eucaristía– gira, como veremos, la problemática de la esclavitud, fiel a los más íntimos y valerosos contenidos de la espiritualidad de la Escuela Francesa.

Los escritos de san Juan Eudes sobre el bautismo han estado quizá presentes más que cualquier otro al P. de Montfort. Juan Eudes describe la realidad bautismal como la «continuación, la extensión y la imitación» de la Encarnación, donde se realizó «la inefable alianza de la Humanidad sagrada del Salvador con su Persona adorable...».

La alianza con su ritmo unitivo y nupcial la expresan estos autores franceses con una palabra clave de su vocabulario: «consagración». Palabra que revela la orientación esencial de su pensamiento hacia la temática sacrificial y eucarística; palabra adoptada preferencialmente por el apóstol de la esclavitud para introducir en la sustancia de su «devoción».

Se crean en el lenguaje monfortiano algunas equivalencias: renovación de los compromisos bautismales –consagración – sacrificio. Es la savia exigente que corre por el interior de la práctica de la esclavitud. Que pone en juego el ritmo esencial de la consagración bautismal y eucarística: la renuncia liberadora y el don de sí mismo. Los maestros de la escuela francesa han jugado con una opción lingüística para recuperar plenamente la nota totalizante y consecratoria implícita en la acepción bíblica del «servicio». La obediencia hasta la muerte del Siervo fiel, la «desapropiación» de Cristo en la hostia es todo lo que quiere expresar el servicio-consagración, que estos franceses no preocupados de liberalismo han llamado esclavitud.

Aunque Montfort atempera el lenguaje sacrificial de Condren y Olier, la plenitud de la fórmula oleriana se trasvasa en la esclavitud monfortiana. «Me ofrezco en la persona de Jesucristo, hostia perfecta y fiel servidor, para vivir y morir, siguiendo su ejemplo en las disposiciones continuas de hostia y de servicio». Y esto en la dinámica de la liberación pascual: «Nuestro deber es utilizar todas nuestras posibilidades para unirnos a Jesús: porque el mejor y más santo uso de nuestra libertad es que cuanto más suyos seamos, más libres seremos...».

Luis Grignon con su don de claridad y síntesis, en la plena luz de la doctrina de los berulianos, justificará el propio cariño a la esclavitud en estos términos: sólo la metáfora de la esclavitud expresa auténticamente no la dedicación de «actos», sino el ingreso a un «estado» de servicio, indicando más allá de la oferta revocable de obras, la consagración de la persona en su centro, el inalienable don de la libertad.

Ya que la finalidad de la esclavitud es «dar a Jesús cuanto podemos darle». Y en ello realmente «lo damos todo». Vivir sin reservas la devoción monfortiana significa recorrer todas las etapas de la vida de unión. Grados progresivos de interiorización de la fórmula conducirán, diría Teresa de Avila, hasta la última y más íntima morada; hasta habitar en ella «por estado», dice Luis fiel a la terminología de sus maestros. «Algunos se detendrán

en lo que esta devoción tiene de externo..., algunos entrarán en su interior, pero sólo subirán un grado. ¿Quién subirá al segundo? ¿Quién llegará hasta el tercero? ¿Quién por último morará en él por estado?».

En la interpretación de la esclavitud, Luis establece un equilibrio propio suyo entre las dos líneas de espiritualidad que se entrecruzan en el «gran siglo» –la más salesiana de la «devoción» y la eminentemente beruliana de la «religión» –corrigiendo la sublime austeridad de las expresiones de la Escuela Francesa, apelando al fervor y la dulzura que alimentan como savia la plenitud del don: «... esclavos de amor, que por efecto de un gran amor, se entregan y consagran a su servicio en calidad de esclavos, por el único honor de pertenecerle...». Justicia religiosa según Bérulle, en el pensamiento monfortiano la esclavitud, –manteniendo no obstante la fisonomía de la expresión suprema de justicia religiosa, es decir, de sacrificio espiritual– revela mejor la inspiración fundamental de la sabiduría del amor.

Es la sabiduría de la «kénosis», como se refleja en el alma creyente, que participa, en la perfección de la humildad y del de sí, en el misterio del anonadamiento de Cristo que por amor se hace obediente hasta la muerte.

Tal es el rico mensaje de los verbos –despojarse, entregarse– que expresan en el lenguaje de Luis, el movimiento de la esclavitud. Humildad, sencillez, abandono son las virtudes propias del esclavo de amor. Un secreto de vida filial, vida de infancia, se oculta en la connotación gozosa y afectuosa que reviste este profundo y perfecto desapego. Luis Grignion ha descrito el camino de la esclavitud como abandono del niño en la madre que lo lleva en su seno. Mientras recoge el máximo contenido religioso de la espiritualidad de la Escuela Francesa –la total y perfecta consagración de sí mismo, en unión con el único Adorador, el Cristo del *consummatum est*– lo anima, lo penetra con el espíritu de ternura filial y de caridad inmensamente afectiva, abriendo el acceso a este núcleo vertiginoso de la realidad bautismal mediante un «camino dulce y tranquilo», auténtico aunque singular camino de infancia espiritual. Esta operación delicadísima le fue sugerida –dentro de su personal «forma de gracia»– al mismo tiempo por la plenitud y maduración de su meditación sobre María y por la devoradora y divinizante ternura que ha logrado de Su misterio.

Escribe Zundel: «Dios es más madre que todas las madres... Dios es infinitamente madre... Y, quizá, ése es el significado más profundo de culto de la Virgen en la Iglesia de su Hijo... manifestar en Ella, como en un sacramento viviente, la ternura maternal de Dios».

Luis Grignion, el austero apóstol de la cruz, ha colocado totalmente sus caminos espirituales a la sombra de esta ternura maternal. «Toda relativa a Dios», «eco de Dios que no dice ni repite sino Dios», la humilde Esclava del Magníficat le arrancó a Luis expresiones muy ardientes, donde sella con el propio fuego filial el pensamiento mariológico de sus maestros: «aunque hiciéramos las más aterradoras penitencias, aunque emprendiéramos... los mayores trabajos, derramáramos a propósito toda nuestra sangre para conquistar la divina Sabiduría, pero la intercesión y devoción de la Sma. Virgen no se encontraran en nuestros esfuerzos, serían inútiles e incapaces de alcanzárnosla...».

Así, en forma quizá inconsciente, pero revelando con mayor fuerza su pasión mariana, hace eco al Apóstol: «aunque supiera todas las lenguas de los hombres y de los ángeles...». ¿Cómo obtener la Sabiduría del amor fuera de Aquella que es la Esposa del Espíritu, y como el «sacramento viviente» del amor materno de Dios?

Abandonarnos, pues, dócilmente a María, para lograr una exquisita fidelidad a Cristo, ya que ése es el proyecto de la Sabiduría redentora y que es – palpamos quizá aquí el más

delicado acento cristológico de los escritos monfortianos— el camino recorrido personalmente por el Hombre-Dios. En la obediencia de Jesús a María brilla el sentido inefable de la Encarnación. Para obedecer al Padre que la ha enviado, la Palabra hecha carne obedeció a María. Su dependencia de la Madre realiza y prefigura, en realidad y símbolo dulcísimos, ese misterio de anonadamiento que tendrá lugar en el Calvario, y que, según el pensamiento de la Escuela Francesa, como todos los misterios del Hijo está contenido en el primero y fundamental, la Encarnación – misterio de María a más de serlo de Jesús—.

Darse a María y «personalizar» en Ella el propio amor, según la expresión única en que Luis de Montfort muestra la más precisa conciencia del timbre único que asume su voz en el coro de los maestros del espíritu: «la perfecta consagración a Jesucristo no es otra cosa que una perfecta y total consagración de sí mismos a la Sma. Virgen que es la devoción que yo enseño...». Pura relación con Dios e imagen perfecta del Hijo, María es el «camino dulce y tranquilo» que el P. de Montfort indica a las almas.

Mucho se ha escrito sobre la «verdadera devoción» y sobre el tratado que la explica y difunde más ampliamente. Recojamos aquí las líneas de un ya antiguo exégeta, Lhoumeau:

«Este libro puede ser considerado el fruto de la madurez —el P. Faber dice: 'de la plenitud'— poco común en la ciencia teológica y en la santidad. Al ver cómo en algunas páginas, escritas al correr de la pluma, hallamos resumido en forma concisa y popular, hasta donde es posible, lo más profundo e importante que la teología y los Padres enseñan sobre la Sma. Virgen, al menos acerca de la devoción a Ella, hay que reconocer en el P. de Montfort no sólo la erudición sino (lo que es más raro) un notable sentido teológico. Lo bebió sin duda alguna en el estudio de los autores y de la patrología, pero también en las luces de otro orden que la contemplación comunica a los santos».

Erudición y sentido teológico reconocidos al P. de Montfort no distraen, sin embargo, de la característica más clara de la obra que refleja la predicación del misionero: la «verdadera devoción» es, afirma Montfort, un secreto revelado a los pobres y a los sencillos. La verdadera devoción recoge, como observa Bremond, el aporte de la meditación de los doctos, pero sobre todo la herencia de la piedad vivida en la Iglesia. El libro contiene páginas y páginas que lo convierten en un manual de humilde devoción popular.

Nosotros permaneceremos fieles al propósito de leer el Tratado de la Verdadera Devoción en una perspectiva sencilla, es decir, como la apertura esencial que se nos ofrece al corazón de un santo. Ya que Luis ha sido ese siervo, ese «consagrado», esa hostia, ese niño abandonado a la ternura materna de Dios.

El P. de Montfort es una figura compleja. Los aspectos externos de su vida logran a veces captar más la atención. Pero si nos adentramos más hondamente, hallaremos una sola realidad: la esclavitud vivida. Este secreto unitario reorganiza años y vicisitudes, iniciativas y temas de espiritualidad. No es un secreto de oración ni una fórmula para la acción: es la tendencia a un «estado». Nace, como ha dicho Luis, de un único y «gran amor», realizado en la línea de una temática íntima rigurosamente oblativa y con un marco externo de signos que reflejan en forma variada ese motivo de fidelidad.

Hojear el epistolario de Luis —desde las primeras cartas a Guyonne-Jeanne— significa percibir fijeza martillante del motivo del sacrificio en el horizonte espiritual del sacerdote todavía joven:

«No serás recibida como profesa e hija de la Providencia sino cuando tu abandono sea general y perfecto, y tu inmolación, total...

Un hermano sacerdote, que ha sido, es y será todo tuyo en sus sacrificios a fin de que

seas toda de Jesucristo en los tuyos... (C 6).

Que no se te pase un solo día sin holocausto ni víctima. Que el altar te vea con más frecuencia que el lecho y la mesa...

Soy tuyo tantas veces cuantas letras contiene esta carta, con tal que tú seas otras tantas sacrificada y crucificada con Jesucristo, tu único amor... (C12).

Debes ser una víctima inmolada sobre el altar del Rey de los reyes para su eterna gloria... (C 17).

¡Qué honor para tu cuerpo el ser inmolado sobrenaturalmente durante una hora en adoración ante el Santísimo! ¡Qué honor para tu alma el hacer en esta tierra, sin gusto, sin conocimiento, sin la luz de la gloria, en la sola oscuridad de la fe, cuanto hacen en el cielo los ángeles y santos con tanta complacencia y claridad! ¡Cuánta gloria da al Señor en este mundo una verdadera adoratriz! Pero, ¡qué raro es hallarla! Porque todos, incluso los más espirituales, ansían gustar y ver. De lo contrario se hastían y entibian. Y, sin embargo, *sola fides sufficit*: ¡basta la fe!

En fin, hija del Smo. Sacramento, ¡qué provecho, qué riqueza y qué placer los tuyos cuando te encuentras a los pies de este rico y dignísimo Señor de los señores! ¡Ánimo! ¡Ánimo! Enríquécete, regocíjate al consumirte cada día como lámpara encendida. Cuanto más des de lo tuyo, tanto más recibirás de lo divino» (C 19).

Un velo se alza, a través de los pasajes citados, sobre uno de los episodios más delicados en la vida de Luis, el cariño y la comunión con aquella a quien ha llamado su «suplemento» y que ha sido, a los ojos de Luis, encarnación viviente de los temas oblativos a los que se refiere él mismo como a los contenidos más profundos de su «religión» y de su amor.

Luis ha manifestado vivamente su predilección por las benedictinas del Smo. Sacramento. A una de ellas escribió líneas que parecen condensar en breves trazos la espiritualidad monfortiana vivida –para utilizar una terminología conocida– en su «estado interior», allí donde no es todavía palabra ni mensaje, sino sólo vida del corazón:

«Querida Madre: ¿Cómo podría yo, en respuesta a la suya, decirle algo distinto de lo que el Espíritu Santo le dice todos los días? Amor a la pequeñez y a las humillaciones. Amor a la vida escondida y al silencio –el mudo inmolador de Jesucristo en el Smo. Sacramento–. Amor a la divina Sabiduría, amor a la cruz...» (C 14).

Amor... amor... amor: estos amores los hemos reconocido, encontrado, viendo vivir a Luis. Uno solo de ellos, cuya potencia llena y da tono a toda la frase –«amor al silencio, mudo sacrificador»– golpea como una nota inexplorada y completa con una pincelada inimitable el retrato espiritual del apóstol.

¡Cuánto silencio en la vida de Luis!, que ha aceptado ser servidor de la Palabra. Pocas figuras como la del P. de Montfort –apenas se escruta un poco más allá del barniz visible de los acontecimientos que le conciernen– aparecen tan sobrias, intactas, secretas y solitarias. Como el hilo de una corriente de alta tensión, ese «silencio» atraviesa toda la biografía del misionero. Hoy comprendemos mejor el inefable dato religioso de su experiencia: la transfiguración muda de un servicio en «desapropiación» total de sí mismo por amor, la comunión en el silencio de la Hostia, donde un Dios hecho siervo está por amor «crucificado y anonadado» –silencio del Gólgota que sigue al *Consummatum est*–.

Tal es la dimensión no visible, cada vez más profunda, de las vicisitudes externas de una fidelidad. Se transparenta en el silencio de San Sulpicio donde un joven mal comprendido aprendía la ciencia de los santos, en el silencio de la calle del Pot-de-Fer, en el de los caminos donde, apóstol y peregrino, alivia el corazón repitiéndose su himno a la pobreza.

Este silencio se convirtió en obediencia humilde a órdenes injustas, en palabra de perdón frente a las ofensas, en sí obstinado que hacen saborear a este «loco» el gusto auténtico de la cruz.

Místico que escribió, para los demás, claros manuales de devoción, pero que sólo indirectamente confesó su propia experiencia interior, Luis no nos permite seguirlo paso a paso en la ascensión al monte, a lo largo de la cual ha llevado, como Isaac, su carga: una carne difícil de la que probablemente nunca dejó de sufrir. Cómo haya franqueado el primero, el segundo y el tercero de los grados de ese modo de ser y hacer que es la esclavitud, no lo sabemos.

Pero existe una palabra que dijo a alguien que en otro tiempo fue su mejor amigo, en que le confía haber alcanzado aquello que parece el equivalente monfortiano del estado de unión total y transformadora, punto de llegada de la experiencia mística llamado por otros matrimonio espiritual: «Me confesó, escribe Juan Bautista Blain y veremos en qué ocasión, que Dios lo favorecía con una gracia muy especial como era la presencia continua de Jesús y de María en el fondo de su alma. Yo sentía dificultad en comprender un favor tan elevado. Pero no quise pedirle explicaciones. Quizá no hubiera podido dármelas él mismo, porque hay en la vida mística operaciones de la gracia inexplicables a las almas que son favorecidas con ellas».

Un eco de esa confesión resuena en algunos versos de un cántico:

«De la fe tras el tenue velo,
en mi pecho yo la grabé,
con celestiales resplandores.
¡Dicha tanta nunca soñé!» (CT 77).

Reconozcamos, incluso en esta última frase, en este «estado» ahora inalienable, el timbre único de la espiritualidad monfortiana. «Contemplativo en la acción»: la definición ignaciana que ha sido aplicada al P. de Montfort da razón, aunque sólo en forma general, de esa unidad viviente entre oración y actos de servicio que es la esclavitud de Luis. Pero no describe la «forma de gracia» que le es propia y que se refiere a María ni la singularidad de un itinerario místico que culmina en un favor totalmente insólito en la historia de los santos: el tema amado de Olier –«Oh Jesús que vives en María»– ejecutado y esculpido en el alma «con celestiales resplandores».

Es sólo un diminuto fulgor, un resplandor fugaz sobre el resultado de un «gran amor». Pero en la madurez de Luis podemos espigar otras señales, que forman cortejo a esa confesión escapada de sus labios reservados. Hay una prolongación estática de la oración de Luis, por horas y horas, que sorprendemos en los testigos de su vida pública y activa. Cuántas veces lo esperan en el púlpito: él tarda, prolonga su oración. Un episodio que se repiten uno a otro los relatos de los contemporáneos, demasiado iterativo para que carezca de fundamento histórico: un episodio cuya fragancia está en llave con ciertos aspectos suaves de la «verdadera devoción»: Luis –en especial en los momentos en que está herido y tiene mayor necesidad de consuelo– conversa con toda familiaridad con «una Señora blanca», presencia misteriosa, que ojos curiosos e inocentes han expiado en más de una ocasión...

Así, cuanto más se gasta en el ministerio al que ha sido llamado, despojándose en la cercanía a los hermanos, tanto más encuentra su tesoro en el «silencio», esa zona muda del sacrificio y de la inmolación, que se convierte en lugar de encuentro, de comunión «dulce y tranquila» con presencias más reales en la vida. En ese silencio ahora interrumpido

culminan los caminos del servicio y una vocación activa encuentra su plenitud interior.

Ya no nos sorprende constatar la aureola tranquila que rodea la ruda humanidad del apóstol. Es el reflejo del nudo inefable que forman tres que se aman –Jesús, María, Luis– en un corazón transformado en templo del Espíritu, en dimensión desconocida a la experiencia común.

CUARTA PARTE

Capítulo 1 «UNA PEQUEÑA Y POBRE COMPAÑÍA»

Cuarenta años, una salud minada, ante sí el porvenir que se acorta rápidamente: Luis Grignion «pobre sacerdote que recorre el mundo esperando conquistar a alguna pobre alma», vive una hora de premuras, hecha de rendición de cuentas y presagios.

Los años se le han ido deslizando entre las manos. Y ¿cuál es el balance? Observamos que Luis recoge sus fuerzas para llevar a término su propia misión. Lo que significa para él, recoger el proyecto irrenunciable, germinado al comienzo de su ministerio: el sueño de una fundación.

Hay algo patético y grandioso en esta fidelidad a un ideal que reviste en la historia del P. de Montfort, un valor devorador. Desde su juventud, Luis ha buscado compañeros, ha querido transmitir a otros la invitación al seguimiento apostólico, en las líneas de fuego en que él lo ha vivido. «Construirá no sólo para la propia alma, sino para la Iglesia»: esta hambre de fecundidad ha subrayado los primeros pasos del itinerario monfortiano. Le ha costado caro. Los primeros fracasos se han alineado en torno a ese impulso demasiado valeroso: y Luis ha inclinado la cabeza, viviendo y llevando a plenitud –él solo– en el corazón, la radicalidad de sus opciones. Hoy, advierte de nuevo a sus espaldas –con la gravedad de la hora tardía– un soplo opresor. Hay que llamar obreros a la viña. Hay que hacer cosas nuevas, la novedad del Evangelio, la novedad del amor. El misionero cuya vida va a sufrir un brusco estrangulamiento teme de repente no llegar a tiempo. Y toda la savia poderosa de la juventud se despierta en este hombre minado por la ascesis de una larga consagración.

El primero y más antiguo motivo que apremia el corazón de Luis –recálquense los pasos de los apóstoles– era, desde el principio, un tema esencialmente eclesial, creador de comunión. Pero Luis lo pagó a precio excepcionalmente amargo de soledad. La misma soledad pesa todavía como una amenaza de penosa frustración sobre la existencia del misionero. Personalmente, conquistó la posibilidad de cooperar y vivir toda la dinámica de la amistad. Pero sigue solo, en el fondo de su ideal: nadie estaba dispuesto realmente a caminar a su lado. Este constructor de iglesias no logra poner juntas ni siquiera algunas piedras vivas en las que la imagen de una Iglesia apostólica, Iglesia pobre que conozca la sabiduría de la cruz, encuentre una humilde y renovada encarnación.

La vida de Luis en los últimos años se resume en un intenso anhelo de paternidad. ¿Por qué se hace tan apremiante ese anhelo al final de su actividad? ¿No ha pasado ya quizá el tiempo de buscar compañeros, de suscitar discípulos? ¿De qué sirve «una pequeña y pobre compañía» a un misionero que pronto va a morir?

En Luis no es tanto el deseo de sobrevivirse a sí mismo cuanto el sello de una vocación, de una misión. El grano de trigo está destinado, por una lógica de la vida, a convertirse en espiga: no ha «quedarse solo», sino a «dar mucho fruto»... Luis Grignion, con su cosecha de almas, espera todavía realizar en la Iglesia esta última fecundidad.

No comprenderemos los acontecimientos que siguen, si no les ponemos como fundamento la conciencia que ha tenido el P. de Montfort acerca de su misión eclesial, tal como ha ido precisándose a través de toda la experiencia de su ministerio.

Esa misión concierne a la renovación de la Iglesia, al despertar de su santidad. Se hace actual y operante, a través de un contagio de gracia, de una dilatación de la misión, de la disolución de una existencia particular en una nueva primavera del Espíritu. Porque no es una misión a la medida del hombre, no se agota en una obediencia y respuesta personales, ni la muerte le alza barreras. Toda la historia del P. de Montfort nos parece como un signo profético de una realidad que pide convertirse todavía en realidad viviente, en la paciencia del plan de Dios, a través de humildes comienzos de un carisma hecho plenamente eficaz, de una semilla ya fructuosa, de una gracia de fraternidad apostólica no vana.

Es posible releer los años de apostolado misionero de Luis como una serie continuada de esfuerzos para crear en torno a él vínculos duraderos. No se alista él solo para una misión. De suerte que Luis que no sabe integrarse en los grupos de los otros, ha luchado por enrolar colaboradores. Hacia 1712– 1713, una pequeña constelación le hace corona: son laicos, la mayoría de las veces muy jóvenes, a quienes Luis llama «hermanos» y que una red de encuentros fortuitos le ha ido conquistando. Es un deber para el historiador recordar los nombres y los rostros de los primeros modestos auxiliares del P. de Montfort.

Se llaman Maturín, «hermano» Juan, «hermano» Pedro, «hermano» Nicolás, «hermano» Felipe. Se les añadirán algunos más.

Maturín Rangeard, hijo de campesinos establecidos en Bouill-Loretz, adolescente que salió de su casa para hacerse capuchino, encontró al P. de Montfort en 1705 –mientras se hallaba en la iglesia de las Penitentes de Poitiers– y no se alejará más de él. Tiene un alma delicada: padece escrúpulos y no se decidirá jamás a emitir votos religiosos. Durante largos años siguió a Luis en un duro aprendizaje y entre espectáculos que no dejan de impactar su espíritu sensible. Conoció, por lo demás, la dulzura del misionero, en una de esas intimidades que se expresan más en hechos que en palabras.

Maturín es un colaborador hábil y entusiasta en las misiones monfortianas. Organiza las procesiones, entona los cánticos, hace la catequesis. El «hermano» Juan –no sabemos su apellido– parece haber sido más tímido; no lo vemos nunca en una obra tan activa; ha sido en cierta forma el hombre de confianza de Luis, colaborador experto, afectuoso y silencioso; el «hermano Juan a quien era posible encargar las misiones más delicadas...». Lo mismo que Maturín, este fidelísimo compañero tampoco emitirá votos religiosos; después de la muerte de Luis no formará parte de la Compañía de María.

Maturín y Juan son en cierta forma los amigos de la primera hora, los dos que Luis se ha preocupado por plasmar –con ese difícil, pero sano material humano que debe formar– al retirarse a la ermita de San Lázaro, en otoño de 1707. La etapa de San Lázaro se revela como el momento en que nace la comunidad monfortiana: era una comunidad de oración, una soledad de tres, abierta –sin embargo– a las instancias apostólicas; comunión de quien avanza y se detiene, de quien no posee morada fija, es y se siente Iglesia humilde de la misión. Germinalmente como hemos ya anotado se intuye allí el proyecto «utópico» que el P. de Montfort tendrá de su congregación, como fraternidad de hombres libres bajo el soplo del Espíritu: un cenáculo orante, de puertas abiertas y en constante impulso hacia las tierras que hay que evangelizar, como una especie de «Pentecostés en camino».

¿Cuándo entra en escena el «hermano» Pedro, el impresionable protagonista de un episodio que tuvo lugar en Vertou, a fines de 1708? Luis predica la misión. Pedro debe guardar lecho hace ya doce días: lo clava allí un extraño mal que le impide moverse. El P. de Montfort va a visitarlo una mañana, en compañía de un sacerdote que, al ver las condiciones del enfermo, propone a Luis que no retrase más la unción de los enfermos.

Luis no responde, se inclina sobre el enfermo. Tiene lugar un corto diálogo:

- Pedro, ¿dónde te duele?
- En todas partes.
- Dame la mano.
- No puedo...
- Pedro, ¿tienes fe?
- ¡Ah!, padre mío, quisiera tener mucha más de la que tengo.
- ¿Quieres obedecerme?
- De todo corazón.

Luis le pone una mano en la cabeza:

–Te ordeno que te levantes dentro de una hora y vengas a servirnos a la mesa.

Naturalmente el moribundo ejecuta la orden, perfectamente curado. Un milagro o quizá una prueba del ascendiente que ejerce Luis sobre sus jóvenes amigos. No obstante, con estos pobres reclutas, sale el P. de Montfort al encuentro de amargas desilusiones. Quizá se llame Pedro ese hermano laico que se rebela contra Luis, cuando daba misiones en la región de Nantes, desencadenando una escena bastante molesta: «Uno de los hermanos que lo seguían en las misiones (...) olvidando las graves obligaciones que a él lo ligaban, se rebeló contra él, le dijo palabras durísimas, llegando a hasta a injurarlo». En realidad, se tiene la impresión de que Luis no se fija tanto, en la selección de sus colaboradores. Este sagaz conocedor de los hombres tiene como una inerme generosidad, cuando acoge, evalúa y perdona.

Este es otro episodio característico:

«Al finalizar la misión de N., un hermano laico del P. Grignon huyó durante la noche, robándole cuarenta escudos que le habían dado de limosna y que había destinado a los pobres. El hermano Juan corrió detrás del fugitivo, lo alcanzó y lo trajo a presencia del P. Grignon que lo recibió con dulzura angelical, le hizo una exhortación tan conmovedora que el pobre muchacho, tras confesar su culpa, la lloró amargamente y le pidió perdón. El P. de Montfort se lo concedió de todo corazón y le dio dinero para que volviera a su casa. Hoy es un perfecto gentilhomme que sirve a las gentes...».

El temblor inquietante del escrupuloso Maturín, la timidez de Juan, el nerviosismo de Pedro, las lágrimas del ladroncillo arrepentido van enseñando a Luis lo difícil que es ser padre. Genial pedagogo de multitudes, ¿qué tan educador ha logrado ser el P. de Montfort respecto de estos muchachos recogidos un poco en todas partes? Descubrimos otro momento de su intimidad: en Nantes durante una de las etapas más difíciles de la vida de Luis, durante el desolador invierno que siguió al drama de Pont-Château. No puede ejercer el ministerio sagrado: tiene la boca cerrada y las manos atadas. Vive en la «casa de Cathuy», casa que le ofreció la sra. Olivier, junto con Maturín, Juan y un nuevo recluta: Nicolás, y, quizá al final de ese período, Felipe que se añade al diminuto grupo. Dado que les está prohibido el apostolado misionero, se gastan a ejemplo de Luis al servicio de los enfermos y los niños; forman una especie de familia. ¿Qué esperanzas alimenta Luis sobre estos asistentes laicos para asentar las bases de la Compañía de María? ¡Ay! tiene que sentir la fragilidad y esquivos contornos del proyecto que se encarna en estos humildes amigos, dos de los cuales, quizá los mejores, nunca harán su profesión religiosa. Y, sin embargo, los retiene a su lado, aprovecha cualquier pausa para retirarse con ellos. En la futura Compañía de María, los hermanos laicos, lejos de representar una presencia marginal, como simples auxiliares de la misión, serán profundamente asociados a la vida común y partícipes con pleno derecho de la vocación monfortiana.

Pero Luis necesita sacerdotes. Su ideal, su sueño, es eminentemente sacerdotal –en lo

que aparece como verdadero hijo de la Contrarreforma francesa que ha dado como frutos el Oratorio y San Sulpicio, los seminarios y las sociedades misioneras. La voz de Luis se revela a veces sorprendentemente cercana a las inflexiones de Santiago Olier, aunque añadiéndole las suyas propias, al implorar sacerdotes que tengan «el don de sabiduría para conocer, gustar y practicar la verdad y hacerla gustar y practicar de los demás»; sacerdotes «perdidos y crucificados para el mundo», y que sean en el siglo corrompido «perros que ladren del Señor»...

Ahora bien, a Luis, consagrado de lleno a su apostolado en la Vandea, se le confía dirigir un equipo misionero móvil y poco numeroso. En primera fila encontramos a aquél sobre quien Luis cuenta como sobre ningún otro: Pedro de Bastières, sacerdote de Nantes que ha seguido a Luis a La Rochelle. Recuerdos gratos y recuerdos penosos cimientan su amistad. Pedro de Bastières –probablemente confesor ordinario, por largo tiempo, del P. de Montfort– ha «sacrificado» por Luis, en la tensión de un apostolado entre los más ingratos, sus mejores años. De 1711 a 1715 está fielmente al lado del misionero... Amigo cariñoso y devoto colaborador, no se hace, sin embargo, discípulo y heredero del mensaje del santo.

Mantiene su propia independencia frente al ideal «apostólico» de Luis, esa imagen heroica de una vocación en la que el joven sacerdote de ánimo tranquilo y de cómoda condición familiar resulta irreconocible. Puede dar a Luis todo su corazón, cuando éste con su ademán característico, lo toma de la mano y se abandona a exquisitas confianzas, pero no sufre el contagio de su «singularidad». Así se hace posible lo imprevisto, es decir, que Pedro de Bastières, después de siete años de actividad misionera, se retira brusca y definitivamente –al menos en cuanto que Luis morir pocos meses después– de la sociedad de su gran amigo. ¿Quién recoger la herencia de Montfort, si lo único que hace el P. de Bastières es cuidar en La Rochelle de la cofradía monfortiana de los Amigos de la Cruz?

¿Y Gabriel Olivier? El P. Olivier, «misionero apostólico» al igual que Luis e hijo de una madre generosa y rica, no se ha preocupado por seguir la suerte de Luis fuera de la diócesis de Nantes. Pont-Château los unió, Pont-Château los separó y no volverán a verse.

En cambio, al lado de Luis han estado otros: Gabriel Francisco Grignon, por ejemplo, el hermano menor que a comienzos de 1713 vuelve definitivamente a Iffendic donde logra una capellanía y donde va a morir en 1717 con solo 35 años de edad. Al lado del tronco rugoso que es Luis, Gabriel Francisco, de salud delicada, se asemeja a un junco: desaparece discretamente y casi ninguno de los testigos del P. de Montfort lo recordará.

En el hospital San Luis que es la residencia de Luis en La Rochelle hasta que recibió en regalo la ermita de San Eloi, encuentra el P. de Montfort en 1712 a un sacerdote irlandés que reside allí en calidad de capellán de los pobres. Se llama Pedro Keating: deja de tiempo en tiempo el hospital para peregrinar con Luis de una a otra misión. La amistad de un sacerdote «según su corazón», le fue dada a Luis en su edad madura. Una vez hecho párroco de la Seguinière, Keating sigue vinculado a la obra del P. de Montfort al que se ha acercado otro colaborador, Tomás Le Bourhis. Pero sus caminos son divergentes: el uno dedicado a la cura de almas, el otro como «niño perdido» por los caminos del mundo...

Es así como Luis, al mirar en torno suyo, cuando hace pausas en su carrera, se encuentra solo. Si ha encontrado «sacerdotes de fuego», no le fueron dados como compañeros. Las dulces comuniones no resistieron la verificación suprema. Hay que decirlo: el ideal de Luis infunde miedo: cuanto más avanza en su camino este sacerdote obstinado, tanto más van quedando fuera de la vía los auxiliares ocasionales –«sombra de adoradores», diría el cura de Ars, un sacerdote del temple de Luis–. Y Luis renueva en largas noches de vigilia, su lucha con Dios, debatiéndose en una oración que adquiere poco a poco una cada vez mayor

amplitud e intimidad de resonancia: «Acuérdate, Señor Jesús, de dar a tu Madre una compañía para renovar el mundo...».

Envía, Señor, hombres de Iglesia que vivan y anuncien «esa sabiduría del Evangelio, que consiste en empobrecerse, en mortificarse, en esconderse, en empequeñecerse, en humillarse para agradar a Dios;... sabiduría que es la única que merece nuestro amor. Ahí está el misterio en el que la sabiduría humana no puede penetrar, que se revela a los pequeños y humildes de corazón».

Socorre, Señor, a tu Esposa cuyo rostro está oscurecido por las infidelidades de sus hijos.

«Acuérdate de tu congregación que adquiriste desde antaño. Que tenías en tu mente al pensar en ella desde la eternidad. Que tenías en la mano al crear con tu palabra el universo. Que tenías en el corazón cuando tu Hijo, al morir en la cruz, la consagró con su sangre y la confió al cuidado de su Madre santísima.

«Realiza, Señor, los designios de tu misericordia. Suscita los hombres de tu diestra. Aquellos que mostraste en visión profética... Tú, que de piedras toscas puedes formar otros tantos hijos de Abrahán, pronuncia una sola palabra divina para enviar buenos obreros a tu mies y verdaderos misioneros a tu Iglesia.

«Acuérdate de esta congregación en los efectos de tu justicia. Es tiempo de realizar tus promesas. Tu divina ley es quebrantada; tu Evangelio, abandonado. Torrentes de iniquidad inundan toda la tierra; arrastran a tus mismos servidores. La tierra entera está desolada; la iniquidad se asienta en el trono. Tu santuario es profanado; la abominación se halla hasta en el lugar santo.

«¿No te piden a gritos los santos del cielo: ¡Justicia! ¡Venganza!? ¿No te dicen los justos de la tierra: ¡Amén; ven, Señor!? Todas las creaturas, aún las más insensibles, gimen bajo el peso de los innumerables pecados de Babilonia y piden tu venida para restaurarlo todo...

«Da hijos y servidores a tu Madre: de lo contrario que yo muera. Dalos a tu Madre, Por Ella te pido. Acuérdate de sus entrañas y de sus pechos y no me rechaces. Acuérdate de que eres su Hijo y escúchame. Acuérdate de lo que Ella es para ti y de lo que tú eres para Ella y colma mis anhelos.

«Te pido sacerdotes libres con tu libertad a quienes no obstaculicen el padre ni la madre, los hermanos ni las hermanas, los parientes según la carne ni los amigos según el mundo; sin bienes, sin estorbos, sin preocupaciones y aun sin voluntad propia.

«Te pido hombres según tu corazón, que, sin voluntad propia que los manche y los detenga, cumplan tus designios y arrollen a todos tus enemigos –como nuevos Davides– con el báculo de la cruz y la honda del santo rosario en las manos.

«Te pido hombres libres que vuelen a donde quiera les impulse el soplo del Espíritu Santo, como nubes levantadas de la tierra y llenas de celestial rocío. Los profetas los han vislumbrado cuando se preguntaban: ¿Quiénes son esos que vuelan como nubes? Iban a donde el Espíritu los empujaba.

«Te pido hombres siempre disponibles. Siempre prontos a obedecerte a la voz de sus superiores, como Samuel; siempre dispuestos a correr y sufrirlo todo, contigo y por tu causa, como los apóstoles.

«Espíritu Santo, acuérdate de producir y formar hijos de Dios con María, tu divina y fiel Esposa. Tú formaste la Cabeza de los predestinados con Ella y en Ella. Con Ella y en Ella debes formar también a todos sus miembros. Tú no engendras a ninguna persona divina dentro de la divinidad. Pero sólo tú formas a todas las personas divinas fuera de la divinidad. Y todos los santos que ha habido y habrá hasta el fin del mundo son otras tantas

obras de tu amor unido a María.

«El reino especial de Dios Padre duró hasta el diluvio y terminó por un diluvio de agua. El reino de Jesucristo terminó por un diluvio de sangre. Pero tu reino, Espíritu del Padre y del Hijo, continúa actualmente y terminará por un diluvio de fuego, de amor y de justicia.

«¿Cuándo vendrá este diluvio de fuego del amor puro, que tú debes encender en toda la tierra, de manera tan suave y vehemente que todas las naciones ... se inflamarán en él y se convertirán?

«Qué se encienda este fuego divino, que Jesucristo vino a traer a la tierra, antes de que tú enciendas el de tu cólera, el cual reducir toda la tierra a cenizas. Ven al mundo, Espíritu que eres todo fuego, para crear en ella sacerdotes totalmente de fuego, por ministerio de los cuales sea renovada la faz de la tierra y tu Iglesia reformada.

«¿Quién es el pueblo habitante de la tierra que en tu amor has preparado al misterio? Son estos pobres misioneros abandonados a la Providencia, que rebosarán de tus delicias divinas... Semejantes a los misteriosos animales de Ezequiel, que tendrán la humanidad del hombre por su caridad desinteresada y bienhechora para con el prójimo; la valentía del león, por su santa cólera y su celo ardoroso y prudente contra los demonios, hijos de Babilonia; la fuerza del buey, por sus trabajos apostólicos y su mortificación corporal, y, en fin, la agilidad del águila, por su contemplación en Dios.

«Tú solo, como Rey de los cielos y Rey de los reyes, separarás del común de las gentes a estos misioneros como otros tantos reyes, para hacerlos más blancos que la nieve sobre el monte Umbrío, monte de Dios, monte abundante y fértil, monte en el que Dios se complace y en el que habita y habitar hasta el fin.

«¿Quién es, Señor, Dios de verdad, este misterioso monte, del que nos dices tantas maravillas? Es María, tu querida Esposa, cuyos cimientos has colocado sobre las cumbres de las más altas montañas.

«Desde lo alto de esta montaña, como otros Moisés, lanzarán, por sus ardientes plegarias, dardos contra sus enemigos para derrotarlos o convertirlos.

«En esta montaña aprenderán de la boca del mismo Jesucristo, que siempre mora en ella, la inteligencia de sus ocho bienaventuranzas. En esta montaña de Dios serán transfigurados como Él en el Tabor, morirán como Él en el Calvario y subirán al cielo como desde el monte de los Olivos.

«Y, por ti, Dios soberano, aunque en servirte hay tanta gloria, dulzura y provecho, ¿casi nadie tomar tu partido? ¿Casi ningún soldado se alistará bajo tus banderas? ¿Casi ningún San Miguel gritará en medio de sus hermanos con el celo de tu gloria: Quién como Dios?

«¡Ah!, permíteme ir gritando por todas partes: ¡Fuego, fuego, fuego! ¡Socorro, socorro, socorro! ¡Fuego en la casa de Dios! ¡Fuego en las almas! ¡Fuego en el santuario! ¡Socorro, que asesinan a nuestros hermanos! ¡Socorro, que degüellan a nuestros hijos! ¡Socorro, que apuñalan a nuestro padre!

«¡Que Dios se levante y se dispersen sus enemigos! ¡Despierta! ¿Por qué estás dormido, Señor? ¡Desperézate! Levántate, Señor, en tu omnipotencia, tu misericordia y tu justicia, para formar una compañía escogida de guardias personales que custodien tu casa, defiendan tu gloria y salven tus almas, a fin de que no haya sino un solo rebaño y un solo pastor y que todos te rindan gloria en tu templo. Amén».

Página admirable que brota de un solo trazo de la pluma de Luis y no es sino el eco de gemidos que colman los días y las noches del misionero. Su corazón es la antorcha viviente de donde surge esta «Oración de fuego». Notemos ese amplio movimiento y ese aliento

devorador de que se ha revestido ahora en Luis una invocación que tiene la misma edad de su sacerdocio y que el joven ha formulado por primera vez apenas salido de San Sulpicio. Es la síntesis de una espiritualidad y de una vida: no es difícil encontrar allí, fundidos en una amalgama de temperatura ígnea, los temas que han guiado la acción y las enseñanzas de Luis. Baste advertir la maravillosa complementación de su pensamiento mariológico en la presentación de María como imagen y madre de la Iglesia y monte de la contemplación y maestra de las bienaventuranzas. No es difícil encontrar allí el punto de llegada de la dilatación-purificación progresiva de la fidelidad de Luis a la propia vocación. Implora misioneros, para la reforma de la Iglesia, para la salvación del mundo: un aspecto exquisitamente existencial –sobrevivirse, darse hijos, romper el último círculo de una soledad– se transfigura en un movimiento de caridad entre los más poderosos que hayamos visto hacer estallar los límites de una experiencia. El corazón universal de la Iglesia palpita en la súplica de Luis Grignon.

Luis que ha restringido su ministerio casi al ámbito de una diócesis, enfrenta ahora en realidad el compromiso de alcanzar a toda la mies del Señor. Ese estremecimiento de totalidad que ha alargado los caminos de Luis, y que le ha dictado la medida de su inmolación personal, se trasparenta desnudo y esencial en la oración que escribe para obtener sacerdotes, la oración de su paternidad.

Los últimos años de Luis no han conocido otro anhelo: los acontecimientos que siguen, descarnados y fatigosos en su trama exterior, nos lo confirman. Cuando veamos a Luis actuar y luchar para dar vida a una «pequeña y pobre compañía», no olvidemos el horizonte de su plegaria, que sólo tiene dos coordenadas: el amor y la santidad de Dios – la necesidad de salvación de todos los hombres.

Ese ha sido el luminoso delirio de amor de un santo. Llevando en el corazón su «súplica ardiente», Luis se va arrastrando de parroquia en parroquia por la futura Vandea, desarrollando su ministerio fatigoso y aparentemente sin horizontes, bombardeando con mudos y apasionados interrogantes a sus colaboradores de un día o de varios años, amontonando el peso de su amor sobre sus hijos que lo siguen como perros fieles: Juan, Felipe, Nicolás, Maturín.

Y este «pobre sacerdote» que ha colocado la causa de Dios en las manos de Dios –«Gran Dios, ¡es tarea exclusivamente tuya! A ti solo toca formar, por tu gracia, esta congregación. Si el hombre pone de primero la mano, nada se hará. Si mezcla de lo suyo contigo, lo echar a perder y lo trastornar todo»– realiza uno de esos gestos reales con que domina la historia. En primavera de 1713, escribe la Regla de la Compañía de María, los estatutos de la sociedad inexistente. Con este trozo de papel entre las manos, con esta página de fe, partirá, en el verano del mismo año, para dirigirse a París y reanudar allí el hilo de su esperanza: como hace diez años se encaminará al Seminario del Espíritu Santo, fundación de su amigo Poullart des Places.

Pero, ¡ay!, Claudio Poullart des Places, no espera ya a Luis Grignon. Ha muerto en 1709: tenía treinta años. Por ello, cuando Luis escribía su regla, la providencia divina es realmente su único recurso. Pero para él este despojamiento radical, este anonadamiento de toda seguridad, tiene buen sabor, un sabor familiar. Esto le permite redactar el texto decisivo con la fuerza visionaria del profeta y la audacia del pobre.

Escribe, pues, este texto corto, que, junto con la «Súplica Ardiente», sigue siendo una de las páginas más cautivadoras de una obra espiritual y literaria que, en pasajes más didácticos, corre el riesgo de volverse incolora y monótona.

En el conjunto de los escritos monfortianos, la regla de la Compañía de María es una de

las puntas sobresalientes y muy originales. Tiene un aliento unitario, un carácter inspirado que hace de ella la continuación auténtica en diferente registro de la «Súplica Ardiente». Carente de pormenores organizativos o jurídicos, señala en la forma más sencilla e inmediata posible la dimensión eclesial de la experiencia personal de un santo.

Hay una clave de lectura para esa Regla: es la vida del P. de Montfort. A la luz de la experiencia de Luis, comprendemos mejor el único bloque formado en la regla por tres temas: misión–camino–pobreza. Toda forma de apostolado estable la excluye Luis para sus sacerdotes:

«Es necesario que dichos sacerdotes hayan sido llamados por Dios a la vida misionera, en pos de los apóstoles pobres. Y no a trabajar como vicarios, dirigir parroquias, enseñar a la juventud... Por consiguiente, huyen de tales cargos por considerarlos contrarios a su vocación apostólica. Así podrán decir siempre con Jesucristo: Me envió a dar la Buena Noticia a los pobres... La divisa de los verdaderos misioneros –como san Pablo– es poder decir con toda verdad: No tenemos domicilio fijo».

El itinerario indica aquí la prontitud de la fe y la plenitud del seguimiento. La renuncia a los beneficios y vínculos temporales –en el marco de un programa de pobreza de los más estrechos que podamos imaginar: «no poseyendo ni bienes, ni patrimonio, ni renta de beneficio, –cosa contraria al desprendimiento apostólico, su único apoyo es la divina Providencia, que los mantiene por quien y como le plazca»– es condición a fin de que se realice la libertad total y la disponibilidad por el Reino: «Desligados así de todo empleo y del cuidado de todo bien temporal, capaz de detenerlos o atarlos a algún lugar, se hallan disponibles para correr ... a donde quiera que Dios los llame. Siempre disponibles al llamamiento de la obediencia... Sin decir jamás lo que tantos eclesiásticos del placer, tantos huéspedes del reposo dicen todos los días a su manera: compré... acabo de casarme, etc., y por esta razón no puedo ir. Te ruego me disculpes».

La misión realizada en dependencia directa de los obispos tiene las mismas coordenadas exquisitamente evangélicas de la que Luis abrazó: una preocupación de universalidad, expresada (aunque en la especialización de las misiones interiores) por la amplia irradiación de una presencia que abraza ciudades, pueblos, campos, diferentes diócesis – la opción preferencial por los pobres: asumida esta última en su sentido cristológico, delicado y devorador aquí («participar en las inclinaciones más tiernas del corazón de Jesús...»), donde nace el valor profético del signo de la gratuidad divina del amor revelado en la persona de Jesús y en la Iglesia, «Cristo total».

Luis, casi en una cita literal, ha querido, pues, resucitar la experiencia apostólica. Notemos el carácter absolutamente cristocéntrico de este ideal. No nace ante todo de la constatación de urgencias históricas, sino de una forma de imitación de Cristo, de una imagen de Él. No hay que olvidar la dimensión más profunda de la forma de vida propuesta por Luis: la desapropiación de sí mismo por amor, en un ministerio cuyo modelo es el servicio de Aquel que ha obedecido al plan de salvación del Padre, hasta la muerte: su misión, carácter itinerante y pobreza aparecen como tres fases de un mismo pensamiento – el seguimiento apostólico–, convergen hacia un resultado definitivo, que es sencillamente único: la obediencia hasta la cruz –la obediencia a la locura de la cruz–.

La eclesiología del P. de Montfort descansa sobre la Regla de la Compañía de María como sobre un símbolo. Enviados a los hombres como «extranjeros y peregrinos», «cimentados en Dios solo», los misioneros que Luis quiere son la imagen monfortiana de la Iglesia. Si ello representa la autenticación de la «obra» para todo fundador, en la Regla de la Compañía de María resalta con evidencia excepcional –sobre el trasfondo de la «Súplica

Ardiente»– el paso continuo de la visión de un puñado de sacerdotes valerosos a la de la Iglesia de los apóstoles y de los confesores, pueblo sacerdotal y profético. Luis que ha desarrollado una pastoral de las más indulgentes frente a seres humanos necesitados, ha comprendido y amado a la Iglesia simplemente como Esposa pobre y santa del Señor crucificado. No son visiones de cristiandad las que alimentan su meditación, sino la imagen del pequeño rebaño, como levadura que hace fermentar –la «Súplica Ardiente» proclama esta esperanza– una inmensa masa.

La Regla monfortiana establece una relación luminosa entre la letra y el espíritu. Quizá porque el autor, en su estilo conciso, funde en un solo aliento la motivación ideal y la prescripción concreta. Quizá también por la gama de posibilidades que deja abiertas –ver, por ejemplo, las orientaciones respecto al estudio, a la penitencia, etc.– que no sólo sugieren un aspecto íntimo de discreción de esa regla heroica, sino que acentúan la relatividad de cada actuación respecto de los temas inspiradores. Quizá, finalmente, porque los elementos mismos que revelan una maduración de Luis en el sentido de la discreción quedan afirmados muy sugestivamente en nombre de una primacía de lo interior: en forma tal que el énfasis del gesto profético y su tácita consumación en lo íntimo hallan un equilibrio nuevo, al término de la vida del P. de Montfort.

Y, por otra parte, precisamente por tratarse de una regla de vida, completa y encarna el perfil espiritual del sacerdote que trazó la «Súplica Ardiente». Hace de ese sacerdote un tipo sociológico. Hace de ese misionero una alternativa realista de los protagonistas de las misiones «fundadas». No es casualidad que encontremos –dibujados en el estilo de Luis– bocetos inolvidables, palpitantes de verdad, del predicador mundano, punto de referencia dialéctico y antitético del verdadero servidor de la Palabra. Hallarás perfectamente en la Regla de la Compañía de María esa oportunidad histórica, esa contemporaneidad profunda a una época que corren por toda la obra de Luis Grignon.

De hecho, incluso afirmando en su regla que se respete el pluralismo de los «santos empleos», Luis contesta a las familias religiosas presentes en su patria y en su siglo, por la evolución realizada de su carisma apostólico originario a formas de vida que ya no se le asemejan. En realidad, la relación de amor y de contradicción que ha ligado a Luis con San Sulpicio interviene nuevamente para proyectar sombras y luces hasta esta hora tardía de su vida. Y en el claroscuro percibimos mejor el significado de la regla monfortiana. Que interrumpe al comienzo del nuevo siglo, la tradición de las sociedades de vida común del clero –producto típico, en Francia, del siglo XVII– y la peculiar psicología espiritual allí encarnada, vinculándose literalmente, en cambio, con el ideal sacerdotal y «religioso», que ha sido su alma.

Resonancias y correspondencias más amplias se crean en el curso de los siglos. El nombre dado a la congregación monfortiana –la Compañía de María– contiene una reminiscencia clara un paralelismo buscado. «Compañía» el término mismo indica un militar bajo un estandarte y hace eco a aquellas imágenes del testimonio cristiano como lucha, como milicia, que marcan los escritos de Luis, antiguo discípulo de los jesuitas, que ha repetido a lo largo de tantos cursos de ejercicios, la meditación ignaciana de las dos banderas, que él traduce por la confrontación de las dos sabidurías. Y, sin embargo, la pequeña Regla de la Compañía de María no se asemeja en nada al monumento de las Constituciones ignacianas. Para encontrarle una hermana habría que remontar los siglos y llegar hasta las reglas franciscanas todas ellas carisma y poesía, verdaderos himnos a la libertad que brota del espíritu de las bienaventuranzas y sacudidas por el viento de la misma

«utopía» que animó a este fundador más perseguido y frustrado que el 'Poverello' de Asís.

Francisco, Ignacio, Luis Grignon: tres padres que han dispersado a sus hijos por los senderos del mundo. Grignon de Montfort se inscribe en la línea de estos fundadores que han pedido a sus seguidores, con la mayor pasión, una inserción activa y transformadora en medio de los hombres, él que precisamente llama a sus «sacerdotes de fuego» a congregarse en el monte de la contemplación y de las bienaventuranzas.

El precedente sulpiciano, erigido en símbolo, es contradicho ahora punto por punto: en lugar de la tarea de formar al clero, la misión a los pueblos; en vez de la estabilidad en casas, la vida itinerante; en lugar del uso común y discreto de los bienes, la pobreza total, los balances fundados sobre las limosnas. El último relieve –concerniente a la interpretación monfortiana del compromiso religioso de la pobreza– exige un momento de atención.

Al decir adiós a San Sulpicio, ¿cuál ha sido la primera etapa de Luis sino el encuentro con la pobreza, amiga inquietante de toda su juventud? Ha vivido con los pobres, ha hecho camino con ellos: ha experimentado en su propia carne la más obsesiva realidad social de la Francia de Luis XIV. Cuando Luis Grignon exige a sus misioneros la pobreza como carencia total de seguridades de los medios de subsistencia y la vida itinerante, con su nota muy personal de libertad vagabunda, sentimos perfilarse tras su lenguaje evangélico límpido, la imagen de tantos pobres a quienes ha encontrado a lo largo de los caminos, semejante al recuerdo desgarrador e indestructible del primer amor. Los sacerdotes de la Compañía de María asumen sobre sí su diversidad, su marginación. La opción por el último puesto, la realizan en el marco de las estratificaciones sociales en que viven; no «separados» sino mezclados con el mundo, para escoger lo que éste no escoge, oponiendo a su lógica una sabiduría contraria.

Tal aparece a los ojos de Luis el paso previo que permite dar carne a la palabra bíblica «evangelizar a los pobres». Hay en la regla monfortiana una absoluta prioridad del tema de la misión: la contestación de la mentalidad y de las estructuras sociales existentes, expresada en la propuesta de un tipo de sacerdote psicológicamente nuevo –que se hace cercano a los marginados, a los últimos– es para el P. de Montfort un signo, que los sacerdotes de la Compañía están llamados a dar, de la cualidad universal y divina de la misión eclesial en el mundo. Esta es la palanca para realizar la renovación de la Iglesia en obediencia al carisma del fundador.

Las etapas del camino de Luis aparecen a la vez recuperadas y superadas en esta que es en cierta forma la última palabra que pronuncia y el punto de llegada de su propia vida. Al comienzo de su ministerio, Luis la habría escrito de otra manera. La Regla de la Compañía de María presenta, purificada de imágenes imperfectas, de interpretaciones demasiado ligadas a singularidades de carácter y al lento trabajo del discernimiento, la vocación de Luis; evoca, con una plenitud de significados de otras páginas suyas, la imagen de Cristo impresa en el rostro del P. de Montfort.

Capítulo 2

PASOS NUEVOS POR CAMINOS VIEJOS

Durante el verano de 1713, Luis está en París. Hacía diez años que no había puesto los

pies en la capital.

Se decidió a hacer el viaje, no obstante el estado físico que había alarmado a las señoritas de Bauveau. O, quizá precisamente, a causa de su agotamiento que le advierte que no debe perder tiempo. Ha sometido sus proyectos de fundación a Mons. de Champflour y recibe una aprobación, sin la cual no se habría movido. Se ha despedido de sus amigos: ¿les ha mostrado quizá el texto casi definitivo de la Regla, los ha consultado? No conocemos con qué bagaje de rechazos y adhesiones ha afrontado Luis el camino, bajo el sol de junio.

Otra vez camino de París, con sus pasos de extranjero. París capital y corazón de Francia, adonde ha llegado atenuado, el eco de las empresas monfortianas y especialmente de la más clamorosa de toda, la de Pont-Château: eco de éxitos fulgurantes y humillantes entredichos: el que regresa no es un hombre frustrado, sino además el más discutido entre los «pobres sacerdotes» que recorren a Francia. Luis sabe hasta qué punto el éxito de su gran sueño está condicionado por la acogida que reciba en la capital.

El seminario del Espíritu Santo –comunidad que cuenta diez años de vida y que ha perdido a su joven fundador– estaba ubicado, en el momento de su constitución, en la calle de los Cordiers; en 1709, el año mismo de su muerte, Claudio Poullart des Places había trasladado el grupo ya muy numeroso a un edificio más grande, en la calle Nueva de Santa Genoveva. A esa casa se dirige un día Luis Grignon, arriesgando una diligencia que se manifestará decisiva para el futuro de la Compañía de María.

Había dejado en 1703, una pequeña familia de estudiantes congregada alrededor de su amigo, en una casa de nombre sugestivo: "La Camándula Grande". Hoy encuentra una comunidad formada por cerca de 70 seminaristas, a cuyo frente se halla un superior –el P. Luis de Buic– que ni siquiera conoció a Claudio Poullart des Places, pues entró a la sociedad después de la muerte del fundador.

Y no obstante, algo ha quedado intacto en la casa así renovada: el espíritu de pobreza, el espíritu de familia, el culto a la memoria del joven santo desaparecido y un calor de acogida que, después de la tensión del viaje emprendido sin saber su resultado, basado en una esperanza ciega, brinda seguridad a Luis.

Como siempre París es dura con el P. de Montfort. Si ha golpeado a la puerta de San Sulpicio, ésta siguió cerrada. No conocemos muchos pormenores de su última permanencia en la capital, pero queda una carta que escribió a sor Catalina de San Bernardo en agosto, con un sorprendente tono de dolor y cansancio:

«...No puedo llegar a ninguna parte sin hacer partícipes de mi cruz a mis mejores amigos, frecuentemente a pesar mío y a pesar suyo. Todo el que me defiende o se declara en mi favor, tiene que sufrir por ello y a veces caer bajo la furia del infierno, a quien combato... Siempre alerta, siempre sobre espinas, siempre sobre guijarros afilados, me encuentro como una pelota en juego: tan pronto la arrojan de un lado, ya la rechazan del otro, golpeándola con violencia. Es el destino de este pobre pecador. Así estoy, sin tregua ni descanso, desde hace trece años, cuando salí de San Sulpicio».

¡Han sido necesarios trece años para que se le escapara a Luis este lamento! Quien escribió estas líneas se halla en grado de apreciar la valerosa cordialidad que le demuestran los superiores del seminario del Espíritu Santo, que lo acogieron como el amigo de Claudio Poullart des Places: título que ahuyenta las sombras en torno al misionero. La aureola que, a los ojos de sus sucesores, rodea la figura del fundador refleja algo de su suave luz sobre el rostro del P. de Montfort. Y por otra parte, la comunidad tiene forma de experimentar, durante este verano que ve el florecer de una costumbre, el ascendiente de Luis.

«Gracias a este mutuo intercambio de amistad, de confianza y estima, se abrió a ellos y

les comunicó el designio de formar una Compañía de misioneros dedicados exclusivamente a la vida misionera y desvinculados de cualquier preocupación diferente de prepararse a ello y consagrarse a los ejercicios de piedad propios de su estado. Les comunicó su proyecto y les leyó el reglamento que había compuesto para aquellos de sus alumnos y otros que quisieran unirse a él para entrar en la misma carrera».

El misionero demacrado habla a los jóvenes, como les había hablado diez años antes invitado por Claudio Poullart des Places. Habla de la sabiduría, de la cruz, de María. Habla con el lenguaje de la «Súplica Ardiente»: huésped sorprendente entre los muros recogidos del seminario, con su sueño de almas, con su experiencia de tantos caminos y en especial la de la humillación. Hay algo desconcertante en esa presencia que irrumpe entre los ideales tranquilos de los seminaristas que se orientan, por la naturaleza misma de la institución, a la cura de almas, al apostolado sedentario, cuando aparece Luis con su Regla donde señala como fin de la Compañía de María «misionar en pos de los apóstoles pobres, no ser vicarios, regir parroquias, enseñar a la juventud o formar sacerdotes en los seminarios...». Además, a quien entra en la Sociedad del Espíritu Santo, no le llaman a emitir votos, mientras que los votos de pobreza y obediencia se hallan a la base de la Compañía de María: ¿cómo pudieron entonces los superiores de la calle Nueva de Santa Genoveva vincularse al proyecto de Luis Grignon?

Y sin embargo, nos dice el biógrafo Besnard, ellos no encuentran obstáculo insuperable alguno a ese proyecto. Los seminaristas del Espíritu Santo están prontos a abrazar una vida de pobreza, por la sencilla razón de que no tienen nada. Luego de la ordenación, los que no entren a formar parte de la Sociedad del Espíritu Santo quedarán a disposición de sus diócesis de origen o se incardinarán en otras diócesis, donde, de todos modos –en una época fecunda en vocaciones sacerdotales– difícilmente hallarán beneficios vacantes...

¿En qué consistió el «contrato» entre el P. de Montfort y la Sociedad del Espíritu Santo? Luis escribió en su Regla: «En París hay... un seminario donde los jóvenes eclesiásticos que tienen vocación para las misiones en la Compañía se preparan por la ciencia y la virtud para ingresar en ella». La casa de París ser pues, en la forma más libre, más flexible posible– la casa de formación de los misioneros monfortianos. Una continuidad sin cadenas, dependiente de la iniciativa de la gracia, brotar entre dos instituciones que no se asemejan. Es poco más que un propósito de ayuda y amistad: pero Luis de Montfort y los mismos superiores del Espíritu Santo le dan un valor muy fuerte y comprometedor.

Efectivamente, en esos días, entre Luis Grignon y los huéspedes del seminario, pasa algo más que una vaga promesa. Se crean un vínculo humano y una comunicación espiritual. Durante el verano de 1713, algunos hombres que un día formarán en efecto parte de la Compañía de María –Pedro Tomás, José Hedan– vieron y oyeron al P. de Montfort y esto suscitar con el tiempo un viraje en su vocación. Hecho singular y significativo: no son seminaristas, sino miembros eminentes de la Sociedad del Espíritu Santo: de suerte que la comprensión real entre las dos partes va más allá de los límites mínimos del acuerdo. Es tan cierto esto que, cuando Luis se prepara a partir, el P. de Bouic piensa en la posibilidad de no dejarlo partir solo.

Hay en la comunidad del Espíritu Santo un humilde sacerdote de gran valor, llamado Pedro Caris. Fue uno de los primeros compañeros de Claudio Poullart des Places quien lo designó asistente del Superior y ecónomo del seminario. Discreto y retirado, es uno de los mejores apoyos de la comunidad de la calle Nueva de Santa Genoveva. No cuenta –en 1713– más de veintinueve años (por lo demás, en el gran seminario, todos –a partir de Luis de Bouic– son jóvenes) y lleva apenas tres años de ordenado. El epitafio admirable que se

escribirá un lejano día sobre su tumba revela en pocas palabras la importancia de esta presencia:

«Aquí reposa Pedro Caris,
pobre sacerdote, esclavo de María.
Ecónomo de este seminario.
Vivió para Dios y para el prójimo,
nunca para sí mismo.
Murió el 21 de junio de 1878.
Ora por él, imítalo».

(«Hic jacet Petrus Caris.
Pauper sacerdos servus Mariae.
Hujus seminarii procurator.
Deo et proximo vixit numquam sibi.
Obiit 21 junii 1757,
Ora, imitare»).

Las palabras de Luis hicieron brillar una llama en el corazón del ecónomo. El P. de Bouic le propone – quizá, es Pedro Caris quien lo ha pedido– partir con el P. de Montfort.

Se toma la decisión con gozo inmenso del joven designado, pero cada día que pasa el P. de Bouic encuentra más difícil mantener su promesa.

«Se fijó el día de la partida. Ya tenía el bastón blanco en la mano y el breviario bajo el brazo y se preparaba a despedirse, cuando el P. Superior, que no había pegado los ojos en toda la noche, se le anticipó y le dijo que ... no podía dejarlo partir».

Por 44 años más, escribe Eyckeler, Pedro Caris será el padre nutricio del seminario. Toda la vida llorar no haber partido. Verá, luego, partir a otros y los animar fervorosamente. En cuanto a Luis, se marcha solo, como ha venido. Su proyecto se desarrolla más y más en la dimensión de la esperanza que es el futuro de los pobres: ha tendido un puente, un arco hacia el mañana.

La despedida de la comunidad del Espíritu Santo es cariñosa. Luis ofrece un regalo a los seminaristas: una estatua de madera que representa a María cubriendo bajo su amplio manto a doce pequeñas figuras de sacerdotes arrodillados: un regalo, una consigna, un símbolo. El P. Bouic, conmovido en el momento de la partida –¿intuye quizá que es para siempre?– pide a Luis un testimonio personal de amistad. Luis mira pensativo al joven superior que ha sabido demostrarle una generosidad tan delicada y espiritual, saca del bolsillo de su sotana un pequeño objeto y colocándose en la mano le dice: «No tengo en el mundo nada más precioso: se lo doy». Es un crucifijo no más largo que un dedo con la imagen de Cristo ya gastada y casi borrada por los besos del misionero.

Por última vez en su vida, el P. de Montfort sale tranquilamente del escenario de París. Desde ahora, dejando de lado el título escogido instintivamente para su familia de misioneros colocada bajo el estandarte de la Virgen, firmar los actos que le conciernen con un nombre un tanto más largo que el utilizado hasta hoy: «Luis María de Montfort Grignon, sacerdote misionero de la Compañía del Espíritu Santo».

Antes de regresar a La Rochelle, hay en programa otra parada. Parada que constituye desde hace años, el objeto de la ciega y trepidante espera de dos corazones. Luis irá a Poitiers donde María Luisa Trichet y Catalina Brunet. Quienes, de no ser por una

correspondencia espaciada que les trae la palabra del misionero, tendrían el derecho de creerse olvidadas.

¡Hace siete años que María Luisa espera el regreso del P. de Montfort! ¿Qué ha sucedido, durante este largo intervalo, con aquella joven vestida de gris? Luis le ha dejado, al partir, una especie de grave consigna muy en el estilo típico de sus relaciones: «Hija mía, por diez años, no salgas del hospital. Aunque la fundación de las Hijas de la Sabiduría tenga lugar al término de ese tiempo, Dios estar satisfecho y sus designios sobre ti se cumplirán». Fortalecida sólo con esta advertencia, Luisa atraviesa durante los años de su soledad, una negra noche durante la cual su esperanza queda sometida a dura prueba.

Su servicio en el hospital, donde pronto se hace indispensable –ejerce actualmente, aunque siendo siempre al mismo tiempo mujer de trabajo y ángel de caridad, el oficio de ecónoma en el que sus dotes de juicio y rectitud han podido manifestarse– choca, como era de esperar, con mil dificultades. Mujer, joven, aislada, María Luisa, con la varonil franqueza de su carácter, prosigue la batalla del P. de Montfort. «Quiere el bien», ha debido sentir a veces moverse el piso bajo sus pies. La asalta una especie de pánico: vive una idea asfixiante: «salvar» la propia vocación. «Abandonada y sin consejos, puesta como espectáculo por una forma de proceder que parecía de las más extrañas, expuesta a los continuos requerimientos de una familia que habría hecho hasta lo imposible por hacerle dejar su estado», María Luisa se halla «en la situación violenta de la esposa que busca a su Amado en la noche profunda y no halla a nadie que le indique dónde puede fijar su morada con Él...».

María Luisa se debate en la angustia. Encontraría una realización serena y luminosa de su vocación de servicio a los pobres entrando en casa de las Hermanas de la Caridad fundadas por Vicente de Paúl. «Si alguna vez un alma recta y sincera pudo decidirse bajo apariencia de bien, incluso del mayor bien, María Luisa de Jesús podía considerarse autorizada a seguir su proyecto». El cual no representa una defección, sino un cumplimiento: así se manifestaría en su existencia una continuidad providencial. Estimulada por su confesor, María Luisa ensaya los primeros pasos. Su entrada está para decidirse, cuando encuentra un día en el «Buró» del hospital a Mons. de La Poype que le sale al paso con este diálogo:

– ¿Qué oigo decir de ti, hija mía? ¿Que quieres entrar de Hermana gris? Pero, ¿no lo eres ya?

– Es cierto, Monseñor, lo soy –responde extrañada– pero llevo sólo el hábito...

– ¡Bien! –dice el obispo, serio y amable– le ordeno que no se vaya!

Así, el obispo que en dos ocasiones ha ordenado a Luis dejar a Poitiers, se levanta y defiende el frágil hilo de la acción del misionero. María Luisa inclina la frente. Esta hija del P. de Montfort no puede menos que obedecer. Y vuelven a empezar las jornadas, llenas de emboscadas e inquietudes. La ciega espera prosigue. Y luego, otro sobresalto. María Luisa atormentada en la conciencia, angustiada por no poder realizar cuanto está en su poder para darse a Dios, toma en consideración la posibilidad de ingresar entre las religiosas del Calvario, estimadas por el P. de Montfort, y vivir allá, en una inmolación silenciosa, la sabiduría de la cruz. Su confesor subordina su consentimiento al del P. de Montfort, que en respuesta a la carta de María Luisa le dirige una nota corta y serena: «La Providencia acaba de colocar a una joven, permitiendo que halle su dote. Su momento no ha llagado para ti todavía: pero espéralo con paciencia y quédate en el hospital».

El último intento de fuga de María Luisa se dirige hacia el Carmelo. La priora carmelita rechaza recibirla so pretexto de salud frágil, como si quien ha resistido los trabajos y

asperezas del hospital no pudiera soportar las austeridades de las jornadas en el monasterio. Luisa siente en este nuevo fracaso, una última advertencia. Algo va muriendo en ella: las vivas inquietudes, la delicada angustia moral de faltar a la propia vocación: todo cuanto estaba en su poder lo ha hecho. Sale, en realidad, de la oscura crisis que la ha atenazado durante los años más dolorosos de su vida. El biógrafo dice explícitamente que después del tercer rechazo «cesan, por fin, sus inquietudes y sus penas», que han asumido extrañamente una forma semejante a ciertos sufrimientos que ha atravesado el P. de Montfort: el vértigo de la duda en torno a la propia vocación.

Ahora, María Luisa queda en paz. Sabe que debe quedarse en el hospital, con su pobre hábito gris, que hace de ella un verdadero signo. Que esta mujer fuerte haya corrido el riesgo de perder su propio camino, revela el peso del drama que ha atravesado. Luis ha dejado hace siete años una niña de estupendas generosidades; hoy encuentra a una mujer templada y acrisolada en la dimensión silenciosa de la fidelidad que es alma de su vocación. María Luisa es ahora un madero pulido en el cual se puede pintar, una piedra sobre la cual se puede edificar. Catalina Brunet, por su parte, se ha quedado al lado de ella, siempre alegre, siempre vivaz, envidiando el hábito de su amiga y gastándose día tras día por los pobres.

"Luego de una ausencia de cerca de diez años, el P. de Montfort reapareció en Poitiers". La frase del biógrafo Besnard evoca elocuentemente la aparición del ausente sin ruido y de improviso. El mismo día de su ingreso en la ciudad, Luis se dirige al hospital: ha esperado, quizá, pasar inadvertido o haber sido olvidado por la mayoría. Al contrario, la figura del viandante es seguida y hecha objeto de murmuraciones. No se olvida al Padre de Montfort: la noticia de su regreso suscita en las almas reacciones diferentes, silenciosas pero violentas. Mientras la ciudad se levanta a verlo pasar, Luis, agotado y sin saber nada de todo esto, se presenta a la puerta del hospital y pide hablar con «sor María Luisa de Jesús».

María Luisa se siente probablemente impactada, como cuantos no lo habían visto hacía tiempo, por el aspecto tan cambiado del misionero. El coloquio entre ellos se desgrana sobrenaturalmente fácil, como si los largos años de ausencia no hubieran existido. No se interpone ningún velo de amargura entre ellos, sino la suavidad de una total y perfecta comunión. María Luisa abre su corazón: se libera del peso de aquellos siete años, de las tentativas fallidas, de las angustias superadas: somete al P. de Montfort sus prolongadas «penas espirituales» y recibe de su boca una medicina definitiva de seguridad y esperanza. Estos dos pobres hablan entre sí como sólo pueden hacerlo dos que conocen, ahora sí, un deshacimiento total de sí mismos. Nada rompe la plenitud del encuentro. Luis experimenta una de las alegrías más grandes de su vida al ver que ella lleva todavía, gastado, el hábito gris que le había dado.

Catalina Brunet se une a ellos y el Padre de Montfort le promete entregarle pronto el mismo hábito. Dado que él habla de la Sabiduría, María Luisa recita en voz alta la oración que le había enseñado Luis un día ya lejano.

«Dios de los padres, Señor de las misericordias, Espíritu de la verdad, yo – pobre creatura– me prosterno ante tu divina Majestad, consciente de la infinita necesidad en que hallo de tu divina Sabiduría, que he perdido a causa de mis pecados, y pongo toda mi confianza en la promesa infalible que has hecho a cuantos te la imploran sin dudar.

«Hoy te la pido con la mayor insistencia y la más profunda humildad; envíanos, Señor, esa Sabiduría que se mantiene siempre ante tu trono. Envíanosla para sostener nuestra debilidad, iluminar nuestras mentes, inflamar nuestros corazones, hablar y obrar, trabajar y

sufrir de acuerdo contigo, orientar nuestros pasos y llenar nuestras almas con las virtudes de Jesucristo y los dones del Espíritu Santo, pues solamente Ella posee todos tus tesoros.

«Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, te pedimos el tesoro infinito de tu Sabiduría por las entrañas misericordiosas de María, por la sangre preciosa de tu amadísimo Hijo y por el deseo ardiente que tienes de comunicar tus dones a tus desdichadas creaturas. Escucha, escucha, Señor, mi plegaria. Amén».

Luis escucha profundamente conmovido. "¿Cómo, hija mía, es posible que recuerdes todavía esa plegaria?"

– Sí, padre, y la recito todos los días.

– ¡Bendito sea Dios! Yo había olvidado ya las palabras...

El coloquio se vuelve constructivo. Luis ha encontrado su puerto en La Rochelle y puede contar con el apoyo del obispo. Probablemente anuncia a las dos primeras Hijas de la Sabiduría la intención de llamarlas a La Rochelle, para comenzar allá la fundación hacia la cual siguen tendiendo sus pacientes corazones. El coloquio concluye sobre esta tenue luz hacia el futuro. Al día siguiente, Monseñor de La Poype lo invitó a dejar a Poitiers en veinticuatro horas. La ciudad que fue teatro de sus "locuras" no lo ha perdonado.

Antes que llegue la tarde, Luis se refugió fuera de la ciudad, en la pequeña ermita de los padres capuchinos, "en los arcos de Parigny". Dice así adiós a Poitiers donde fue objeto de tanto amor y de tanta aversión. Otro panorama de su vida desaparece con este adiós. La antigua cruz de la Sabiduría, que había germinado en terrenos de Poitiers, sigue extendiendo sus largos brazos sobre el misionero y sobre las dos mujeres del hospital. El capellán que ha reemplazado a Montfort en el cuidado del hospital, dar a Catalina Brunet el hábito que Luis le había prometido y no pudo entregarle personalmente.

Capítulo 3

DOS ARTES DE VIVIR

Luis va camino de La Rochelle. Agosto llega a su fin. El verano, luego de tocar su punto culminante comienza a declinar, cuando el P. de Montfort llega a la parroquia de Mauzé, en los confines de la diócesis de La Rochelle, cuyo párroco aprovecha para pedir una misión al célebre apóstol.

Es una petición indiscreta. Las fuerzas de Luis se hallan agotadas por el penosísimo viaje bajo el sol canicular. Sin embargo, él no se niega: sus auxiliares jesuitas, Colluson y Doré, sólo asumen papeles secundarios. Minado y todo por la fiebre, Luis será el gran protagonista de la misión. Pero esta generosidad le cuesta cara: el P. de Montfort acaba apenas de predicar, cuando tienen que llevarlo de urgencia al hospital de los Hermanos de la Caridad, donde yace durante dos meses de calvario. Hecho el diagnóstico, debe someterse a una serie de delicadas y dolorosísimas operaciones, practicadas según la ruda cirugía de la época. Por un momento parece que Luis no resiste la prueba: su vida está en peligro. Pedro Seignette, el médico que lo opera, lo oye mientras trata de cantar bajo el bisturí: «Viva Jesús, viva su cruz –¡oh! ¡qué justo es amarlo!».

Dos meses más tarde, tras quemar las etapas de la convalecencia, Luis está en pie y emprende una vez más, con la predicación de dos retiros de preparación a la muerte, el

camino de la misión. El regreso a un trabajo intensamente amado provoca un nuevo fluir de vida a su exhausto cuerpo. El párroco de Vanneau –diócesis de Saintes– armado de la correspondiente licencia de parte del obispo, invita a Luis y sus colaboradores a una misión. Se hallaba ésta en su punto culminante, cuando el obispo Le Pileur, al recibir referencias desfavorables acerca de la persona del misionero, retira al P. de Montfort el poder de ejercer el ministerio. Sólo la intervención del párroco, «hombre sabio y muy piadoso», logra evitar la interrupción ruinosa y escandalosa de la misión.

La actividad del P. de Montfort asume, luego, de regreso de París, un ritmo fatigoso y casi cruel. El tiempo apremia. Luis no renuncia a ser misionero y, por otra parte, mientras en La Rochelle maduran, como veremos, otros proyectos para la educación de los niños pobres, le apremia la necesidad de consolidar el fragilísimo proyecto de sus fundaciones. Luis no sueña siquiera en medir sus fuerzas. Los primeros meses de 1714 presencian una serie triunfal de misiones: la Isla de Oleron, San Cristóbal, Verines, San Medardo, Le Gu-d'Allère, San Salvador, Nuailié, La Jarrie, Crix-Chapeau, Marennes... A pesar de todo, en primavera del mismo año, se encuentra ya totalmente empeñado en otro proyecto, a la vez, loco y conmovedor. Luis Grignon, misionero de multitudes, va a emprender el último viaje de su vida para encontrarse con un solo hombre. El enorme precio que le cuesta este viaje, dadas las condiciones en que se encuentra, pone de manifiesto la importancia que el P. de Montfort asigna al encuentro deseado. Luego de París, luego de Poitiers, ésta es la tercera etapa, que lo llevar a Rouen donde reside Juan Bautista Blain en calidad de canónigo de la catedral y director espiritual de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

Las finalidades que Luis se proponía alcanzar con este viaje se nos escapan al menos parcialmente, quizá sólo por el hecho de no haberlas logrado. Tal vez esperaba con este encuentro –lo mismo que del acuerdo establecido con los sucesores de Claudio Poullart des Places– un viraje decisivo para el logro de la fundación con la cual sueña.

«¿Hay que admitir –se pregunta Eyckeler– que el apóstol se impusiera tan ruda fatiga únicamente para hablar con su antiguo discípulo y amigo, Juan Bautista Blain, canónigo de la catedral de Rouen, convertido así en un "hombre bien ubicado"? ¿O creía en la posibilidad de conquistar a Blain para su sociedad de misioneros, cuya fundación parece ser la gran preocupación de los últimos años de su vida?»

Blain no es sólo –como escribe el historiador– un «hombre en un buen puesto». Es el amigo de Juan Bautista de La Salle, asistió a la fundación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas y posee su capital de experiencia especialmente en lo que se refiere a la organización de comunidades dedicadas a la educación de los pobres, problema que, veremos, el P. de Montfort lleva más y más en el corazón. Esto, sin embargo, no elimina la patética prodigalidad, el aspecto antieconómico de este viaje emprendido para encontrar a un amigo. ¿Sabrá el antiguo discípulo responder a la llamada que le lanza el P. de Montfort?

Luis, acompañado por el Hermano Nicolás, se pone en camino, en junio de 1714. No es un viaje como los otros: renuncia a encaminarse derecho a la meta; trata, en cambio, de llegar al mayor número posible de lugares a lo largo de la ruta. En esta forma, el viaje a Normadía se convierte en cierta forma en el paradigma y punto culminante de la vida del apóstol itinerante. Mientras camina, en todas partes, Luis siembra la Palabra, y la semilla cae y se hace fecunda, según su propia bellísima expresión, «en la mano de los pequeñitos», o de los grandes que aceptan hacerse pequeños. Si un pueblo no lo recibe, sigue adelante: «Tengo tanto que hacer en todas partes, de todo lugar tengo compasión».

En Roussay, primera etapa después de partir de La Seguinière, se detiene a predicar una

misión y compra un mulo que debe servirle durante el viaje. Luego, prosigue hacia Nantes, que dista de allí unos cuarenta kilómetros. En Nantes visita las obras que fundó en otro tiempo, y sobre todo el Hospital de Incurables a cuyos huéspedes deja un ternísimo saludo: «Hijitos míos, los llevo a todos en el corazón...».

Antes de partir de Nantes, Luis logra una nueva conquista, el «Hermano» Santiago, o sea, Santiago María Burgard, nacido en 1680 en San-Pedro-des-Lucs, que se pone al lado de Luis. Mientras se alejan los tres de Nantes, camino de Rennes, un misterioso estudiante eclesiástico, harapiento y famélico, se postra a los pies de Luis pidiendo acogida en el pequeño grupo. Una vez calmada el hambre y con vestidos nuevos, el joven da a entender mientras prosiguen el camino que vive en Treguier y pide permiso para despedirse de su familia. Luis, compasivo, le ofrece su mulo: y ese, «misionero novicio y estafador profesional», se fue muy contento. En Rennes, pasan las semanas, pero ni mulo ni novicio reaparecen... Meses más tarde, al pasar de nuevo por Rennes, el P. de Montfort reconocer su mulo atado a una carroza y alguien pagará veinticinco francos para restituir la bestia al legítimo propietario.

Entre tanto, el viaje debe proseguir a pie, tras una larga parada en Rennes, donde Luis pidió inútilmente al obispo, Turpin de Criss de Sanzai, permiso de predicar y donde acaba por pasar ocho días de retiro con los jesuitas. El fruto de este tiempo de oración lo recogemos en la *Carta circular a los Amigos de la Cruz*, una de las páginas más luminosas que escribió el P. de Montfort, con la que visita, al no poder hacerlo personalmente, la red de cofradías fundadas por él.

Otro fruto de la permanencia en Rennes fue la amistad con el Sr. Orville, subdelegado del intendente de Bretaña. Amistad tal que cambió la vida de este tibio gentilhomme que de mal grado había recibido en su casa al P. de Montfort y, al primer contacto, se disgustó por sus modales tan poco convencionales. Invitado a almorzar, Luis hizo aparecer sacándola del bolsillo de su sotana, una imagen de María y se puso de rodillas para dar gracias por la hospitalidad, por la generosidad, e implorar bendiciones. Dirigió luego al dueño de casa una pregunta penetrante que éste juzgó ingenua: –«¿Ama de verdad mucho a la Virgen?» Demasiado educado para ser descortés, el señor de Orville cree, de momento, estar tratando con un «corto de espíritu»... pero su opinión cambia pronto. El paso del misionero por su casa deja un surco extraordinario y suave. El señor de Orville no renunciará jamás a la recitación cotidiana del Rosario y pide humildemente a Luis que sea su director espiritual.

Acompañado de un solo Hermano –ha enviado a Santiago a Treguier, para tratar de recuperar el mulo, ya que no al novicio– Luis prosigue su camino hacia Avranches, a donde llega la tarde del 14 de agosto, víspera de la Asunción, fiesta que aprecia mucho. A la mañana siguiente se presenta al obispo con las credenciales de Mons. de Champflour, pero se encuentra con una amarga sorpresa. Monseñor le prohíbe celebrar la Eucaristía y esto en ese día de la solemnidad de María... Una desesperada carrera a caballo –alquilado sobre el tiempo– lleva a Luis fuera de la diócesis inhóspita, para llegar a tiempo – antes de mediodía– e implorar al asombrado párroco de Ville-Dieu-Les-Poêles que le permita celebrar. Aquella misa celebrada por un santo en honor de María produjo en el buen párroco una profunda impresión. Inmediatamente invita a Luis a predicar, y en el pueblo se conservará un buen recuerdo del misionero.

Prosigue el viaje bajo el sol canicular. La tarde del mismo día llegan a la parroquia de Mesnil-Herman, donde el dueño de la posada rehúsa recibirlos. «Había en la puerta una especie de grada de piedra sobre la cual se levantaba una especie de viga pequeña cruz con esta inscripción: *la croix à la main*: la cruz en la mano». Los dos caminantes se acuestan en

el suelo al pie de esta cruz que cruje lúgubrementemente, bajo el cielo de agosto. «El Hermano se caía de sueño. Montfort no podía dormir quizá agotado de fatiga, porque – dice Besnard– habían caminado a pie cinco largas leguas, lo que significa al menos veintidós kilómetros». Resuelve engañar el insomnio componiendo un cántico –es su amable manera de darse valor– que comienza: Tengo en todas partes la cruz en la mano...

En Saint-Lô, adonde llega el 17 de agosto, Luis se detiene dos semanas y da una misión con la ayuda de Nicolás y de Santiago que los ha alcanzado. La siguiente etapa es Caen, en la diócesis de Bayeux, que hospeda en este momento al obispo de Nesmond. Tras los rechazos que Luis ha encontrado, halla finalmente en este prelado una acogida paternal y la invitación a detenerse en la ciudad para ejercer allí el ministerio. Tentado por la perspectiva de un fructuoso apostolado, el P. de Montfort escribe a Juan Bautista Blain, pidiéndole que si le es posible salga a su encuentro en Caen, es decir, que acorte notablemente el viaje del misionero.

Pero el canónigo Blain, sedentario y ocupado, no tiene ya la agilidad de Luis para recorrer caminos. «En otro tiempo había un dicho proverbial: los franceses no conocen la geografía. Esto parece cierto, en todo caso, para el canónigo de Rouen. Sabía que su amigo venía de la diócesis de La Rochelle y que ya había recorrido largo camino. Podemos constatar que después de su partida de Nantes, Montfort ha recorrido ya más de doscientos kilómetros. Y Blain encuentra muy natural que recorra todavía más de ciento treinta para ir a hablarle. Tampoco piensa en el largo camino que de regreso tendrá que hacer su amigo».

A Luis no le queda sino partir una vez más. A etapas forzadas, ahora economizando tiempo, recorre el último trozo de camino. Entra en Rouen un día de septiembre, en la gloria de sus harapos y sin perder un solo instante se dirige al lugar donde mora el amigo a quien no ve desde hace más de diez años.

«Llegó hacia mediodía con un joven de su compañía, después de haber caminado seis leguas –veinticuatro kilómetros– esa mañana, a pie y en ayunas, una cadena de hierro a la cintura y brazaletes en las muñecas...»

El momento del encuentro es de gran emoción. Diez años dejan huellas en el rostro y en el alma de dos amigos que creen conocerse, en nombre de una antigua familiaridad. Juan Bautista queda fuertemente impactado por el aspecto de Luis: la primera mirada basta a revelar lo que Luis no diría jamás de sí mismo: «Apenas lo vi, lo encontré muy cambiado, cansado, agotado y destruido por el trabajo y las penitencias: quedé persuadido de que su fin no estaba lejos, aunque entonces no tenía más de cuarenta o cuarenta y dos años».

Ese es el hombre al que el canónigo Blain se había rechazado a salir a encontrar ahorrándole un trozo de camino: no es ya el infatigable gigante de otros tiempos, sino en verdad «un pobre sacerdote» que lleva ya los signos de la muerte en el rostro transfigurado. Esta primera y violenta impresión confiere de un golpe una aureola solemne y una importancia decisiva al coloquio de los dos amigos.

En Juan Bautista Blain los años han amontonado cambios más sutiles. La vida tranquila del canónigo lleva contrasignos de serena soledad. Juan Bautista se ha modelado un rostro que corresponde a la naturaleza de sus funciones y compromiso espiritual. Vemos ese rostro fino, pensativo, sin tensiones, un hermoso rostro de grandes líneas regulares, ligeramente gordo. La vida no lo ha arruinado, no lo surcan arrugas precoces ni pliegues desagradables; pero sí, tal vez, la movilidad, la sensibilidad y el encanto social que varios signos revelan en este francés del «gran siglo». Un «honnête homme» en el sentido más digno de la expresión, bajo la sotana impecable de sacerdote que no conoce remiendos, esas señales inquietantes de la pobreza. El reservado decoro de su presencia pone de manifiesto

en el hijo de San Sulpicio, en el amigo de San Juan Bautista de la Salle, timorato, escrupuloso, inclinado al formalismo, la pacífica aquiescencia a imágenes sociales propias de su tiempo... Dos hombres muy distintos los que se hallan frente a frente y vuelven a encontrarse después de que la vida los ha separado tan profundamente.

Se vuelven a encontrar y se enfrentan, inmediatamente, dejando de lado preliminares inútiles, en un coloquio extenuante y memorable. Juan Bautista sabe que no tendrá la oportunidad de volver a ver a su compañero de otros tiempos, figura cuya sombra ha pasado en cierta forma sobre toda su vida. Este coloquio sin velos se parece a una lucha cuyo sentido trasciende la persona de los dos amigos. Dos artes de vivir profundamente distintos se traban en combate, dando lugar a una singular inversión de valores. Ya que es el amable canónigo el que ataca, obligando a Luis, el agresivo campeón de ayer, convertido hoy en su humilde interlocutor, a una defensa que pone al desnudo algunos de los temas más profundos en la vida del misionero.

¿Ha temido quizá Blain que Luis le hiciera la invitación –callada pero presente en realidad a través de todo el diálogo– a unirse a la «pequeña y pobre compañía» que trata de organizar? El canónigo extiende las manos hacia adelante. Y se lanza despiadadamente a una requisitoria a fondo contra la acción y personalidad del amigo que se ha arrastrado hasta Rouen y cuyas razones no ha escuchado todavía, ni aceptado el testimonio mudo que brota de sus harapos, de su palidez y sus cilicios. Luis siente caer sobre sí, fundidos en compacta ofensiva, los argumentos de una dialéctica que, durante el curso de los años, ha estado al origen de su pasión. Es todo el drama del estudiante de San Sulpicio, del capellán de los pobres, del misionero que revive. El amigo que no ha comprendido nada, mete el dedo en esa llaga, con argumentos no muy claros y realistas.

«Comencé, pues, la conversación –cuenta Blain– descargando en él mi corazón sobre cuanto tenía que decirle y había oído decir contra su conducta y sus modales». Alejado de Luis por tantos años, el canónigo da crédito a las voces que circulan respecto de su amigo. Su primer ataque hierde con agudeza lo que parece ser el nudo de la problemática de Luis: encontrar compañeros, abrir a otros su vocación. Quizá Blain tiene entre las manos, en este momento la Regla de la Compañía de María y grita la utopía como herido por el radicalismo del ideal de Luis: «le pregunté cuál era su designio y si esperaba encontrar personas que quisieran seguirlo en la vida que llevaba. Que una vida tan pobre, tan dura, tan abandonada a la Providencia, era para los apóstoles, para los hombres de una fuerza, gracia y virtud excepcionales, para él que tenía para ello el atractivo y la gracia... Que si quería asociarse a sus designios y en sus trabajos otros eclesiásticos, tenía que mitigar el rigor de su vida, o la sublimidad de sus prácticas de perfección» (Blain, 331-332).

Recordemos que once años antes, Juan Bautista Blain ha estado a punto de unirse al amigo en su vida apostólica. ¡Qué abismo se ha abierto, en el intervalo, entre los dos hombres! La respuesta de Luis es muy profunda en su sencillez. Consiste, ante todo, en un gesto: saca su Evangelio y lo pone bajo los ojos del interlocutor. Y, refiere Blain, le preguntó: «que si encontraba qué replicar a lo que Jesucristo practicó y enseñó, y si podía mostrarle una vida más semejante a la de Jesús y sus apóstoles que una vida pobre, mortificada y basada en el abandono a la divina Providencia; que no tenía otra finalidad que seguirla ni otro designio que perseverar en ella... Que si Dios quería unirle a algunos buenos eclesiásticos, en ese género de vida, él estaría encantado, pero que era asunto de Dios y no suyo» (Blain, 332).

Herido en lo vivo, Juan Bautista Blain adelante el ataque más a fondo, presentando –en un lenguaje muy cercano a los ecos de San Sulpicio– la duda crucial acerca de la real

conformidad de la vida de Luis con el modelo evangélico: «Pero ¿dónde encuentras, le repliqué, en el Evangelio, pruebas y ejemplos de tus modales singulares y extraños?, ¿por qué no renuncias a ellos?, ¿o no pides a Dios la gracia de deshacerte de ellos? Los rechazos, las contradicciones, las persecuciones te siguen por todas partes, porque tus singularidades los atraen. Harías mucho mayor bien y hallarías mucho mayor ayuda y colaboración en tus trabajos, si lograras la victoria sobre ti mismo y no hacer nada extraordinario ni brindar así a los libertinos y mundanos, con tus extrañezas, armas contra ti y contra el éxito de tu ministerio» (Blain, 332).

La sombra de una antigua pena surca el rostro de Luis. Su respuesta compleja y articulada se desarrolla a diversos niveles. Hay en ella una gran profundidad humana: el que habla ha vivido su propio camino a la santidad no sólo permaneciendo fiel a la libertad misionera y profética, sino también adhiriendo a la ascesis de la mansedumbre y la abnegación, rescatando con la obediencia y el sacrificio de sí mismo, en una medida que Blain ignora, la propia «singularidad». Su respuesta dolorosa y humilde acepta –con tanta dignidad– el reproche sobre su propia persona, defiende con fe temblorosa el sentido espiritual de su manera de actuar y muestra una conciencia aguda de la importancia enteramente sociológica y empírica de las categorías utilizadas por el canónigo: «Me replicó que si tenía modales singulares y extraordinarios, esto caía fuera de su intención; que, habiéndolos recibido de la naturaleza, no se daba cuenta de ellos y que, dado que servían para humillarlo, no eran inútiles. Que, por otra parte, había que ponerse de acuerdo sobre lo que se entiende por modales singulares y extraordinarios; que, si por ello se entendían acciones de celo, de caridad, de mortificación y otras prácticas heroicas y poco comunes, se creería feliz de ser, en ese sentido, singular y que si esta especie de singularidad era un defecto, era el de todos los santos. Que, en fin de cuentas, uno se ganaba fácilmente, en el mundo, el título de singular; que se caía bajo esta denominación por poco que uno no quisiera asemejarse a la multitud ni conformarse con los gustos de la misma» (Blain, 334-335).

Luis ha hablado de santos. Entonces Blain saca a escena a místicos insignes, «de sabiduría consumada» y termina la reseña con una dura expresión: «éstos sí son modelos de comportamiento a los que deberías asemejarte; no han hecho hablar de sí mismos y tú no harías hablar tanto de ti mismo, si los imitaras».

Con esto introduce en el diálogo un argumento contra el cual se levanta Luis, herido en lo más profundo de sus convicciones y de su amor. No, –observa Eyckeler– el canónigo Blain no se halla realmente calificado para hablar de sabiduría al pobre misionero. El tema sobre el cual se basa toda la existencia del P. de Montfort aflora como un momento crucial del diálogo: «Me agregó que hay dos clases diferentes de sabiduría, así como existen diferentes grados de ella: una es la sabiduría que guía la conducta de quien vive en una comunidad, otra es la sabiduría de un misionero y de un varón apostólico. La primera no debe emprender nada nuevo, solamente dejarse guiar por la regla y las costumbres de una santa casa; a los otros les toca buscar la gloria de Dios a expensas de la propia y ejecutar nuevos designios... Que teniendo continuos combates que entablar contra el mundo, el demonio y los vicios, deben por su parte soportar terribles persecuciones, es señal de que no se causa gran temor al infierno, cuando uno sigue siendo amigo del mundo... En fin que, si la sabiduría consistiera en no hacer nada nuevo por Dios, ni emprender nada por su gloria, por temor a hacer hablar de sí mismo, los apóstoles hubieran obrado mal al salir de Jerusalén; hubieran debido encerrarse en el Cenáculo; san Pablo no hubiera debido emprender tantos viajes, ni san Pedro intentar enarbolar la cruz en el Capitolio y someter a

Jesucristo la ciudad reina del mundo; con esta sabiduría, la Sinagoga no se habría inquietado ni perseguido al pequeño rebaño del Salvador, pero tampoco este pequeño rebaño hubiera crecido en número y que el mundo sería todavía hoy lo que era en ese entonces: idólatra, pervertido y corrompido en sus costumbres y máximas en grado sumo...» (Blain 336-337).

Poco a poco, las posiciones de los dos protagonistas del singular duelo se van derrumbando. La victoria parecía pertenecer, ante todo, al ardor agresivo, un tanto rudamente acentuado, del portavoz de una mentalidad que tiene la ventaja global de vincularse a una escuela probada de espiritualidad y de corresponder —en este cambio de color se halla el realismo del diálogo— a un esquema de seguridades, a un empeño intermedio, a un cristianismo razonable y al alma moderada de ese siglo. Pero los papeles cambian. Luis se levanta. Tiene la generosidad de no contraatacar, de no acusar, de no señalar con el dedo: lo que dice tiene en sí mismo una tremenda fuerza. Es la fuerza de las bienaventuranzas. Arde como sal que no ha perdido el sabor.

Por primera vez, el canónigo Blain en su ofensiva basada en los rumores que circulan, roza la mezquindad. «Le dije todavía que lo acusaban de obrar, de hacerlo todo a su manera; que sería mucho mejor hacer menos bien y hacerlo dentro de la obediencia, consultar a los superiores y no emprender nada sin orden o permiso suyo» (Blain, 338).

Luis fija en Blain la mirada desarmante. Eyckeler escribe: «Cuando se recuerdan las experiencias hechas por el gran misionero durante su carrera, los despidos brutales del obispo de Poitiers y del de Saint-Maló, el penoso entredicho del obispo de Nantes, el rechazo altivo del obispo de Avranches, nos rebelamos contra este ataque de parte de un hombre bien ubicado. Montfort ha sido herido por la crueldad de aquel a quien consideraba amigo suyo y a quien venía a pedir consejo».

Luis no podrá hacer comprender a Blain cuanto ha significado la obediencia en su vida. En realidad, hay que haberse arriesgado como él para captar semejante mensaje. Responde sencillamente «que estaba bien persuadido de que siendo la obediencia el signo mismo del querer de Dios, no había que alejarse nunca de ella, pero que su conciencia no le reprochaba nada al respecto; en todo tiempo y en toda circunstancia estaba dispuesto a obedecer y no hacer nada sin el beneplácito de los superiores, pero no podía impedir los falsos relatos, la maledicencia, las calumnias, los desbordes de la envidia y de los celos que los enemigos sabían hacer llegar hasta ellos para indisponerlos y presentar en falsa perspectiva a sus ojos su persona y servicio».

También esta vez las palabras de Luis dan en el blanco. Al oír hablar de calumnias, el canónigo debe quizá enrojecer. «¿De qué fuentes ha tomado sus informaciones sobre el P. de Montfort?»

Blain no nos ha relato la continuación del diálogo. Tras la última réplica de Luis, han quedado gastados los argumentos de valor. Si el canónigo renueva las armas de su propia dialéctica, se encontrará una y otra vez con la sorpresa de tener que quedarse con la «boca cerrada». Como dos luchadores cansados, Juan Bautista y Luis se deslizan hacia un terreno que los acerca. Hablan de sí mismos, intercambiando esas noticias que el rumor popular no cuenta: es la hora de la amistad. El canónigo Blain queda con la espina de una gran incertidumbre a cerca de una «cura de almas en la ciudad de Rouen» que no sabe si aceptar o no y, como hubiera hecho en otros tiempos, se confía al amigo reencontrado. Éste lo sorprende profundamente respondiéndole: «la aceptarás, encontrarás muchas pruebas y la dejarás» (Blain 340). Habla como si viera el provenir: sus palabras tan precisas se cumplirán.

Se ha escrito del cura de Ars llegado a la vejez: «Se hubiera podido exprimir su corazón como una esponja sin lograr sacar ni una gota de amargura». A la acogida que le da Blain, responde Luis con un testimonio exquisito de amistad, escogiéndolo como depositario de una de sus rarísimas confidencias a cerca del secreto de la propia vida íntima, la presencia de gracia de María.

Un testimonio indirecto nos permite saber, además, que Luis y el canónigo Blain confrontaron sus experiencias en lo referente a la fundación de escuelas. Luis ha pedido consejo acerca del «hábito, las reglas, las constituciones» y muchos otros pormenores que le preocupan, tomando como fundamento para las comunidades que tendrá oportunidad de fundar el núcleo de las reglas de las escuelas de Rouen. Esta confrontación parece fue, en realidad, lo único útil y concreto que Luis sacó de su viaje a Normandía.

La crónica de la permanencia del P. de Montfort en Rouen, una vez apagados los diálogos de fuego, es de hecho corta y sin importancia.

«Al día siguiente –narra Blain– le hice celebrar la Misa en el altar de los Votos en la catedral... Por la tarde hice que hablara a una comunidad de maestros de escuela. Su discurso versó sobre las ventajas de la virginidad... Luego de la charla, les habló del rosario y, al pedirlo ellos, lo recitó a su manera; por lo cual le dieron el nombre de 'el rosario grande'... Partió al día siguiente en el barco que llaman de la Bouille» (Blain 342-343).

La permanencia de Luis en Rouen, después de cuatro meses de viaje, sólo duró cuarenta y ocho horas. El balance es rápido: algunas ideas para la fundación femenina de la Sabiduría, una hora de intimidad con un amigo. Pero este desproporcionado «tour de force», que probablemente ha acertado la vida de Luis, nos ha valido algo más. Sin el viaje a Rouen, sin el encuentro con Blain, no tendríamos la sublime defensa del P. de Montfort frente a la historia. No sabríamos qué nivel tan profundo de lucidez e incluso de serenidad había alcanzado en él la conciencia de la propia misión, la objetivación del propio drama personal y del de toda una época. Se nos escaparía la humilde confesión de Luis acerca del carácter involuntario de las «singularidades» de la gracia: la formulación, para él definitiva y liberadora de la sabiduría popular; la afirmación concerniente al valor de la obediencia y la, contemporánea, sobre el valor imprescindible de la misión. No sabremos qué equilibrios dinámicos, haya alcanzado Luis Grignon al término de su trabajo, en la experiencia de tensiones nunca eliminadas.

A Luis le ha tocado, en el guión, una parte de primer plano: el grito del centinela, la defensa de los aspectos perturbadores propios de la novedad evangélica, el elogio de la «locura». La existencia del P. de Montfort se ha desarrollado en una continua tensión para vivificar mediante la originalidad de su carisma el sabor que tiene la Iglesia en el mundo. No hay que perder de vista el trasfondo implícito y la puesta en juego del diálogo con Blain: la imagen de una «pequeña y pobre compañía» que tendrá que ser en la Iglesia, simiente para un nuevo Pentecostés.

Luis ha soñado con asistir a un florecimiento de santidad: al final, lo más concreto y más visible, que le queda entre las manos son las cenizas de su propio sacrificio. Este hombre ya pasado por la criba es el interlocutor de Juan Bautista Blain. Se dirigió a un amigo, pero éste no lo reconoció. Con paso todavía un tanto más lento, al lado del buen Hermano que lo acompaña, emprendió la senda del regreso.

Capítulo 4

LOS HEREDEROS

Al regresar de Rouen, una gigantesca actividad espera a Luis. Blain nos lo ha mostrado «muy cansado, transformado y extenuado por el trabajo y las penitencias». Los proyectos y trabajos se amontonan, orientados todos a una sola finalidad: construir y consolidar. Y todo esto en una pobreza aterradora de medios concretos y de material humano. Y, sin embargo, Luis no cede ni un palmo, no retrocede. Sus sueños se hacen, si es posible, más amplios, en el momento mismo en que, con sus fuerzas destruidas, emprende ladrillo a ladrillo los pormenores concretos de su trabajo de constructor. Sería necesario poder seguir paso a paso la crónica de este período, para captar el realismo obstinado del hombre que en su vida de «niño perdido» de la Providencia, parece –como escribe Le Crôm– moverse en lo irreal. Entre 1714 y 1715 tres temas se delinean como definitivos en la acción del sacerdote que, entre tanto, no deja de dedicar la mayor parte de su tiempo a la siembra misionera. Se trata de las escuelas masculinas para niños pobres, las escuelas para niñas con la instalación de las Hijas de la Sabiduría, y el reunir misioneros bajo el estandarte de la Compañía de María y del Espíritu Santo.

En lo referente al primer tema –las escuelas masculinas para niños– Luis Grignon y Mons. de Champflour tuvieron largos coloquios durante la primavera de 1714. Al otoño siguiente, el obispo y el misionero se pusieron a la obra. Escuelas de caridad existen verosímelmente en La Rochelle: se trata, por tanto, y sobre todo de restaurar una institución que deja a la gente insatisfecha. En primer lugar reparar, pulir, raspar, a veces derribar y reconstruir muros en ruina: poner en marcha en poco tiempo una verdadera pequeña empresa de construcción: «albañiles, carpinteros, ebanistas, cerrajeros, vidrieros y otros en número suficiente, mientras él mismo (Luis) desempeñaba el oficio de maestro de obra, señalando a cada uno su tarea e indicando la manera en que quería que la hiciera».

En los locales renovados se apretujan los niños, escogidos por Luis según un criterio riguroso: a quien puede pagar no se le recibe a una instrucción que es totalmente gratuita. Tres maestros laicos, un sacerdote rector de la pequeña comunidad y un servidor hacen funcionar una escuela plenamente colmada. Energía, imaginación y austeridad caracterizan la organización que Luis preside. A los maestros de escuela, los quiere vestidos de negro. Pero los niños que entran en el aula, se encuentran como envueltos en una especie de juego, espiritual y excitante a la vez. Nueve hileras de bancos, dispuestos en forma de anfiteatro, buscan representar los coros angélicos: empezando por los serafines y querubines bajando hasta los arcángeles y los ángeles..., personificaciones paradisíacas encarnadas en caras sucias de pelafustanillos, entre los cuales puede a veces ser empresa desesperada el mantener el orden. Entonces, los métodos ingeniosos de Luis acuden en ayuda del maestro superado por sus quinientos escolares: tantos o poco menos cuenta cada uno de los cursos. Así entre aplicación y recreación, los niños de La Rochelle aprenden a leer y escribir, matemáticas y catecismo. Hasta donde puede, Luis está con ellos todos los días: los pobres, los enfermos, los niños han sido los tres amores de su vida: los ve como enjambres, al final de las clases, sabiamente ordenados en filas, encaminarse a sus casas, acompañados por sus profesores, mientras las calles de La Rochelle resuenan con sus ruidos predilectos...

De esta manera, una obra de promoción humana que ha sido uno de los grandes objetivos de la caridad del siglo XVII –baste recordar entre los santos y humildes pedagogos a Barré y de La Salle– florece en las manos de Luis, que desde sus días de

seminarista ha sabido hablar a los niños. ¿Quiénes son los cuatro maestros colocados por Luis al frente de las escuelas de La Rochelle? La historia reticente entra aquí en el misterio. ¿Los escogió Luis entre los «hermanos» colaboradores de las misiones, tales como ese hermano Felipe que se encuentra al frente de las escuelas gratuitas de Nantes? El biógrafo Besnard escribe simplemente que Luis «escogió algunos jóvenes que se habían colocado bajo su dirección», ignorando cuántos ríos de tinta harían correr a los historiadores sus informaciones demasiado discretas...

La fundación de las escuelas femeninas no nos planteará semejantes interrogantes. Ya que, totalmente monfortiana, va a encontrar el hilo de otra fundación que ha quedado suspendida desde hace tanto tiempo: las iniciadoras serán «sor María Luisa de Jesús» y Catalina Brunet, convertida, al recibir el hábito en la «hermana de la Concepción». El año 1715 es la fecha en que se realizará la esperanza a la que el P. de Montfort en 1705 había pedido a María Luisa que permaneciera fiel, «incluso durante diez años».

Durante el viaje a Rouen, escribió Luis a María Luisa Trichet y a Catalina que se prepararan a una partida que ahora se perfila como próxima: «Pongan en orden todos los asuntos que tienen entre manos en el hospital, de suerte que estén listas a partir dentro de seis meses».

Esta nota nunca fue recibida. En realidad alguien ha extendido una celosa cortina entre María Luisa y el P. de Montfort, interceptando la correspondencia del misionero. Mientras los meses van pasando, Luis se admira del silencio que ellas guardan. Hacia fines de 1714 vuelve a escribir, por intermedio de una persona de confianza, una carta que, al mismo tiempo, persuade, conjura y manda, imponiendo el secreto, acelerando el tiempo de la partida, que así se asemejará a una fuga:

«No han contestado mi última carta. Ignoro por qué.

... Es verdad que hacen mucho bien allá en Poitiers. Pero en esta región desconocida lo harán mucho mayor. Recordemos que desde Abrahán hasta Jesucristo y desde Él hasta nuestros días, Dios ha hecho salir de sus propios países a sus mayores servidores, porque – como dice Nuestro Señor mismo – nadie es profeta en su tierra. Sé que tendrán dificultades que superar. Pero es preciso que una empresa tan gloriosa para Dios y tan provechosa para el prójimo se vea sembrada de espinas y cruces. Y, si no arriesgamos nada por Dios, no haremos nada importante por Él. Les estoy escribiendo de parte del sr. Obispo. Guárdenme el secreto. Les enviaré al hermano Juan con una cabalgadura y algo de dinero para que les acompañe...».

María Luisa recibió esta carta. La primera reacción ha sido de emoción y casi, de pánico, más que de alegría. María Luisa ha esperado demasiado: todo el tiempo necesario para que sus vínculos con el propio ambiente se hicieran insolubles: de una parte los administradores del hospital, los familiares, el capellán, el confesor P. Carcault, el obispo La Poype, todos los que han constituido, por casi diez años, su mundo, todos los que tienen autoridad sobre ella, y de otra parte, la llamada de una voz solitaria, del perpetuo ausente, el P. de Montfort. Abriéndose a ese llamamiento que le indica la tierra de una antigua promesa, María Luisa no carecerá, sin embargo, de tacto y de caridad para con aquellos que ama. No sabe romper, huir: partir de Poitiers resulta largo, fatigoso, difícil. La esposa del procurador, la señora Trichet, al conocer los proyectos de María Luisa, acosa a su hija con un impase cruel: «Puedes irte de Poitiers como a escondidas; pero no cuentes nunca con mi aprobación, mientras yo viva».

El P. Carcault, sabio sacerdote, dedicado a las almas y a las matemáticas, venerado en

Poitiers por la «bondad» y el «candor» de su espíritu, es testigo de la pena filial de María Luisa. Por su parte, refuerza la turbación de ella afirmando que no puede dejar a Poitiers sin el consentimiento de su madre y que hay que trabajar para alcanzarlo: dicho esto, el buen sacerdote, comienza a orar pidiendo luces.

María Luisa, la mujer que sabe soltar los nudos con mano experta y ligera, se consume en la oración, durante la prolongación de esta agotadora vigilia. Y en torno a ella, todos oran: incluso una niña ciega que pide limosna a las puertas de la ciudad, la más humilde amiga de María Luisa Trichet. Al término de una novena, el P. Carcault se alinea firmemente al lado del P. de Montfort. Cierta día, la esposa del procurador se presenta en el hospital, con un rostro solemne precursor de noticias: «Hija mía, te sorprenderás de cuanto voy a decirte. Hace tiempo niego mi consentimiento para tu partida a La Rochelle. No está ya en mi poder seguirte entreteniéndome aquí. El Espíritu Santo me obliga a decírtelo...».

Desaparece así, lo que era el mayor obstáculo en el camino de María Luisa. El procurador Trichet, padre admirable que tantas veces ha escrito con su mano la dirección del P. de Montfort en los sobres que le entrega su hija, no tratará de desviarla. Se limita a pedir a Mons. de Champflour una garantía de ayuda y protección incluso práctica, que fácilmente obtiene del obispo quien lleva en el corazón la apertura de las escuelas como antídoto contra el proselitismo calvinista. Por su parte, el P. de Montfort apremia con una juvenil impaciencia, en la que vibra esa seguridad que parte de una intuición sobrenatural de los tiempos de Dios: «Parte, hija mía, parte lo más pronto posible. Ha llegado por fin el momento de iniciar la fundación de las Hijas de la Sabiduría. Quisiera verte aquí en La Rochelle, donde me encuentro en la actualidad. Pero, si te demoras, no me encontrarás, porque tengo que salir para una misión».

Sin embargo, María Luisa no había previsto las últimas dificultades. El hospital de Poitiers se subleva en silencio contra la partida de la irremplazable ecónoma. Es necesario que entregue sus cuentas, renuncie en forma regular a su cargo: encuentra una pasiva oposición, una muda resistencia. «De nada servía que insistiera, que suplicara: las cosas no avanzaban. Hoy era un pretexto, mañana otro. Finalmente tuvo éxito». Más aligerada se presenta entonces a Mons. de La Poype, a quien pide autorización para dejar el hospital. El buen prelado, que ha sido un verdadero padre para María Luisa durante esos diez tormentosos años le pide que se quede. Romper, uno a uno, vínculos profundos y tiernos, ¿cuándo podrá partir María Luisa? Luego de un prolongado coloquio, obtiene el consentimiento de su obispo, pero tiene oprimido el corazón. Le parece imposible dejar, de un solo golpe, a sus amigos, los pobres: la partida largamente soñada se le convierte en el sacrificio más costoso de toda su vida.

Cierta día, se presenta a la puerta del hospital el enviado del Padre de Montfort. Pero ocultan su llegada a María Luisa. Habiéndola descubierto casualmente, se dispone, ya aliviada, junto con Catalina a preparar sus maletas: entre tanto, la noticia recorre el hospital como ráfaga. La apremian por todos lados, le inventan obstáculos, le suplican que se quede. El «Buró» le envía dos representantes que le piden formalmente que renuncie a la nueva fundación. Por todas partes la acorrala la misma pregunta: «¿por qué» se va? Los dos embajadores, adoloridos por su rechazo, le dicen monda y claramente que ha perdido la cabeza –sin darse cuenta de que repiten un antiguo adagio–. Y llega el momento culminante del drama: el capellán, defensor de los derechos de los pobres, ataca a Luisa con palabras que la intranquilizan: «¿Cómo, hermana mía, cómo es posible que quiera abandonar nuestro hospital?, ¿cree una persona piadosa como Ud. dar con seguridad de conciencia semejante paso?, ¿habrá acaso olvidado las leyes de la caridad?... ¡Ay!, ¿qué le sucederá a esta pobre

gente? Dejar abandonado todo un hospital, ¡cuántos murmullos se suscitarán! ¡Cuántos desórdenes no se presentarán! ¡De cuántas faltas no se hace responsable! Uds. son las dos únicas con quienes se puede contar y las dos se van al mismo tiempo, sin que nadie las reemplace...».

María Luisa queda desconcertada ante las palabras del hombre en quien ha aprendido a confiar a lo largo de años de fiel colaboración. No lee en torno suyo sino espanto, desilusión y dolor. Una tarde, desanimada, sube a su cuarto donde encuentra a la hermana mayor de Catalina Brunet, que desencadena otro asalto: «No puedo dejar de decirte, por la amistad que te profeso, que tu conducta es digna de reproche delante de Dios y delante de los hombres...».

¡Qué noche aquella para María Luisa Trichet, cuya conciencia se ha vuelto más delicada a causa de las cicatrices de los sufrimientos pasados! Al alba, con el rostro demacrado por el insomnio, corre al encuentro de Catalina que prepara tranquilamente las maletas de ambas. Luisa no se ha resuelto a partir. Una vez más, ahora en sentido opuesto al del día anterior en nombre de una generosidad mayor, la asalta el vértigo de la duda. ¿No tendrá quizá que renunciar para siempre a sus sueños personales de estabilización y fecundidad, y permanecer mas bien entre los suyos que le piden esta prueba suprema de amor? Apremiada entre dos sacrificios, uno y otro muy radicales, no logra reconocer el propio camino. ¡En qué torbellino ha quedado atrapada, el día en que, al cruzar la puerta del hospital, le dijo sí a la sabiduría del amor!

Catalina la anima y le da el buen consejo de pedir una última confirmación al P. Carcault. Muy de mañana, éste ve llegar a su penitente. La mano paternal limpia las arrugas del corazón oprimido de María Luisa: «Te he dicho que la voluntad de Dios es que partan inmediatamente para La Rochelle. Vayan en seguida a reservar dos plazas en la diligencia: si ya no las hay, alquilen dos caballos y partan hoy mismo. Es lo que tengo que recordarles. Adiós».

Llega la hora de la partida. Con sus hábitos grises, arregladas para el viaje y las valijas en la mano, las dos mujeres del hospital se preparan a deslizarse lo más calladamente posible fuera de la casa que no quiere dejarlas salir. ¿Quién viene a su encuentro en el umbral de la casa? La señora Trichet, deshecha en lágrimas, se aferra a María Luisa casi sin hablar. Y María Luisa se refugia entre los brazos de su madre. Catalina se da cuenta de que su compañera no la sigue; vuelve atrás y arrastra consigo a la madre y a la hija, la primera gimiendo, la segunda callada y que se deja llevar como un autómata. En la estación de la diligencia, tras el último momento desgarrador de la separación: las dos hijas de la Sabiduría –escoltadas quizá por el delicado hermano Juan– quedan finalmente libres.

Nos encontramos en la primavera de 1715. A la señal de la llamada a la fe –que realiza literalmente las antiguas palabras: sal de tu tierra y vete a la tierra que te mostraré...– comienza la aventura de María Luisa y de Catalina: todo, al principio son peripecias imprevistas y angustias que vienen a acumularse sobre las cicatrices de la separación: la primera sorpresa, al llegar a La Rochelle, es la de no encontrar allí al P. de Montfort que predica una misión. La segunda, más dura aún, es la de no encontrar a dónde ir. "El P. de Montfort –escribe deliciosamente el biógrafo– acostumbrado a tomar demasiado a la letra el oráculo evangélico de que a cada día le bastan sus afanes, no había dispuesto las cosas de manera que, al llegar, encontraran un albergue preparado para recibirlas. Estos primeros momentos preanuncian el estilo de vida que espera a María Luisa y Catalina, llegadas con las manos vacías a una ciudad desconocida. Las dos valientes jóvenes, alojadas lo mejor posible en un albergue hallado como por casualidad, tienen finalmente la alegría de

encontrar cierto día de abril, al P. de Montfort que las ha citado en una casa de campo –"le petit Plessis"–, hacia las afueras de la ciudad de La Rochelle.

Se encuentran en una mañana de primavera: Luis las acoge manifestando una alegría que lo conmueve. Se dirigen juntos a la ermita de San Eloi, a lo largo del sendero campestre, y mientras caminan el diálogo se enciende entre ellos, oscilando entre el recuerdo de las peripecias vividas y la esperanza de la hora actual. El Padre de Montfort habla largamente y, ante sus palabras, se inflama el corazón de las dos mujeres, como a lo largo del camino de Emaús. Habla con esa certeza que domina el tiempo y el espacio, fijos en el futuro sus ojos de vidente. El dolor de María Luisa por haber abandonado el hospital de Poitiers encuentra el lenitivo más eficaz: "Hija mía, no todo está perdido para el hospital de Poitiers. Te llamarán de nuevo; volverás y permanecerás allá". La primera Hija de la Sabiduría, recibe estas palabras con fe ciega. Treinta años después de la muerte del misionero, cinco hijas de María Luisa Trichet, vestidas con el hábito gris, asumirán definitivamente en el hospital el cuidado de los pobres.

El P. de Montfort expresa el consuelo de quien constata la fidelidad de Dios a través de los acontecimientos: "Te acuerdas, hija mía, de que estando en Poitiers, cuando abandonaba el hospital... te dije: aunque sólo después de diez años existieran Hijas de la Sabiduría, se cumpliría la voluntad de Dios y sus designios se realizarían. ¡Bien!, cuenta: hace exactamente diez años que te dije esas palabras".

"A ti, hija mía, –prosigue hablando a María Luisa– te ha elegido Dios y te ha colocado a la cabeza de esta pequeña comunidad que está naciendo. Debes tener mucha firmeza: pero la dulzura debe primar sobre todo lo demás. Mira, hija mía –los ojos del Padre de Montfort se fijan tiernamente en el más humilde y sencillo espectáculo que pueda verse en el campo– mira esa gallina que tiene a sus pollitos bajo las alas; mira con qué solicitud cuida de ellos, con qué cariño los trata. Bien, así debes actuar y tratar a todas las hijas en cuya madre te conviertes desde ahora".

María Luisa, Catalina y la «pequeña Geofroy», hija de la familia que la hospeda, comienzan sus jornadas siguiendo el esbozo de regla que les ha dictado el misionero. La pobreza es reina; las jóvenes llevan una vida laboriosa y recogida; cada mañana, porque así lo quiere la dirección del P. de Montfort, se acercan a la Eucaristía. Cuando salen endosan sobre los hábitos grises amplias capas negras –a modo de «mortajas»– que forman entre ellas y el mundo como una advertencia. Son las hijas de la divina locura; han venido a cuidar de los más pequeños: ven literalmente florecer día tras día sobre su mesa el pan que sirve para vivir.

La primera tempestad se abate sobre ellas, cuando una nueva postulante –que es una muchacha lunática y seudomística de Nantes– después de causar dificultades a María Luisa, acaba por retirarse, llevándose consigo a otra. Pero ya desde agosto de 1714 comienzan a florecer las vocaciones auténticas: «los puestos que habían quedado vacíos en el banquete de la Sabiduría no tardan en llenarse». María Valleau, que no cuenta aún quince años, se convertirá, al recibir el hábito de mano de Montfort, en la hermana de la Encarnación. La otra recluta, María Regnier, más madura en edad y estatura interior –a quien Luis aprecia y estima en forma singular– escoge para sí el nombre de hermana de la Cruz.

Entre tanto, en locales alquilados al azar o por obra de la Providencia y con la consigna de ofrecer un servicio absolutamente gratuito, se abren las escuelas. Los padres que no pueden pagar acompañan a sus hijitas. Las salas se llenan de todo un mundo de niñas que jamás habrían aprendido la aritmética, el abecedario y quizá ni siquiera la doctrina cristiana, si no hubieran llegado a La Rochelle las jóvenes maestras grises. Luis vibra de

contento, cuando, deteniendo en la calle a las niñas de aspecto enfermizo les pregunta: "¿A qué escuela vas?", y escucha pronunciar el nombre que resuena dulcemente en sus oídos: "A la de las Hijas de la Sabiduría".

La humilde epopeya de los primeros meses, que quisiéramos narrar día tras día, ha pasado ya, cuando el Padre de Montfort, en pleno verano de 1714, cargado de reflexiones, de consejos, de lecturas y experiencias, pone mano a la redacción definitiva de la Regla que las hermanas se comprometerán a observar.

Este texto no ha sido escrito bajo el mismo impulso que dictó al Padre de Montfort la regla de la Compañía de María. Es más largo, más circunstanciado, y se apoya en la experiencia viva de las primeras religiosas de la Sabiduría; tiene en cuenta, por lo demás, a los grandes predecesores del siglo XVI, San Francisco de Sales y las Religiosas de la Visitación, san Vicente de Paúl y las Hermanas de la Caridad. Las tres instituciones, protagonistas de un capítulo nuevo en la historia de la vida religiosa femenina, se asemejan en el espíritu, están sostenidas por el mismo empeño de "visitar" a los hermanos – rompiendo la clausura del convento– y ejerciendo la "caridad pura" con los que sufren y son pobres.

El setecientos religioso –especialmente en Francia que asiste, por lo demás, al gran florecimiento de las contemplativas– ha visto consolidarse una nueva presencia social de la mujer. La experiencia de María Luisa Trichet en el hospital de Poitiers, con el fracaso renovado de sus intentos de huida hacia la vida en el claustro, se convierte en la premisa que ilumina la actividad y la presencia de las Hijas de la Sabiduría diseminadas a través de todo el mundo como quienes sirven, con su hábito gris que les vincula a modo de símbolo a la pobreza de Cristo, con su inserción, enteramente impregnada de una lógica sobrenatural, en los niveles de una estructura social que deja al descubierto necesidades tan numerosas y graves. La espiritualidad de la Sabiduría, con su fuerza de ruptura, con su gama amplia y sencilla, indica dónde hay que buscar el secreto más original de la institución monfortiana en relación con los precedentes históricos que, en cierta forma, la estimularon.

La Regla de la Sabiduría no podía ser un simple ajuste o una segunda versión de la de la Compañía de María, centrada en la temática misionera. Equilibrada y pormenorizada, crea una figura espiritual en cuya definición desempeña papel muy diferente el elemento de la vida comunitaria, con las innumerables expresiones concretas que le acompañan. Si tuviéramos que buscarle un rasgo dominante, lo encontraríamos en una casi agotadora agudeza de búsqueda psicológica, dirigida a prevenir, despojar y purificar mediante un trabajo de cincel que, confiado a la pluma del P. de Montfort, da lugar a formulaciones incisivas. Tuvo gran cuidado de plasmar en los pormenores la figura íntima de la religiosa de la Sabiduría, más incluso que lo exterior de su jornada. Constatamos el resultado en páginas que no hubieran podido escribirse sino después del gran siglo de los moralistas y de los psicólogos y en el clima que ellos crearon. Herencia compleja que asume Luis, trasladándola, con un golpe de ala, al corazón de la búsqueda de la santidad: vivir sin velos de mentira, en la luz sin claroscuros de la verdad. Haber codificado en forma de reglas y consejos la profunda tensión totalmente interior hacia lo mejor, hacia lo perfecto, que debe guiar a la Hija de la Sabiduría, es lo que confiere a esta regla su plástica originalidad, su fuerte presión espiritual y una definida originalidad histórica.

¿Cómo acontece que de este cúmulo de pormenores, de este casi inhumano trabajo de escalpelo, surja una imagen de mujer, de hermana, clara, suave y sencilla? En realidad, dos pilares lineales sostienen en la Regla primitiva todo el edificio: la invitación a la obediencia como a la "gran virtud de la Sabiduría", contemplada en la persona de la Sabiduría

encarnada y la indicación de la "caridad pura" como fin del instituto, buscado en las formas de instrucción gratuita, de servicio en los hospitales, de dirección de casas de retiros y asistencia a los incurables, formas todas que las Hijas de la Sabiduría viven según el ideal desconcertante encarnado en la persona de María Luisa Trichet a comienzos de su vocación: «se consideran del número de los pobres, como lo son efectivamente». Fortalecidas con esta elección «brindan todos los servicios que pueden para el alma y para el cuerpo, haciéndose todas para todos, y las últimas de todos, persuadidas de que la primera de todas no es la más elevada ni la más rica o la más culta, sino la que se considera y se coloca como la última de todas...».

Estas hijas y esposas de la Sabiduría están consagradas a María, Madre y Superiora de sus casas, a cuya «caridad, humildad, pureza, fidelidad y modestia» tratan de asemejarse. Están enamoradas de la Eucaristía, en la cual comulgan «no para disfrutar de los gustos espirituales que acompañan esta acción divina, sino para sacrificarlo todo a Jesucristo crucificado y anonadado». Recorren, conforme al impulso personal moderado por la obediencia, el camino estrecho de las penitencias, no prescritas, ni en forma mínima por la Regla, sino sugeridas y aconsejadas en ella según toda la gama de la generosidad amante. Muertas al mundo y firmes ante el mal, están llamadas a anteponer a todo la misericordia y la dulzura. Son, en todo pormenor esencial de su fisonomía, las hijas del P. de Montfort, de cuya espiritualidad presentan ellas una encarnación original, concreta y pura.

Luis ha recibido de las visitas a la pequeña comunidad que va tomando forma bajo la guía de María Luisa Trichet, algunas de las mayores alegrías de su existencia: a los pies de la cruz que aterra a los apóstoles, ahora como entonces, se han congregado algunas mujeres.

Recordemos todavía, de este año 1715 –tan rico en acontecimientos– dos encuentros que se revelarán importantes para el P. de Montfort.

En febrero de ese año, un ex seminarista de la comunidad del Espíritu Santo, admitido al sacerdocio a fines de 1713, se embarcaba en una fragata que desplegaba sus velas hacia las «grandes Indias», adonde él se sentía atraído por una llamada misionera.

Se llama Adriano Vatel. Originario de la ciudad de Soules en la provincia de Rouen, pertenece a una familia acomodada y cristiana, una de las más estimadas de la población. Adriano, último de seis hijos, nacido en 1680, llegó a París en 1710. Anónimo entre el número de los seminaristas, conoció tres años más tarde al P. de Montfort. En el momento de incertidumbre que siguió a su ordenación, luego de permanecer algún tiempo en la comunidad del Monte Valeriano y de encontrarse en Rouen con los Hermanos de las Escuelas Cristianas, sintió la atracción de las misiones extranjeras. Pidió obediencia al cardenal de París y luego al arzobispo de Rouen, y, sin embargo, no se siente tranquilo: expertos canonistas le han advertido que aquellos prelados en realidad no poseen, jurisdicción alguna sobre el lejano Canadá. Dado que la fragata debe hacer escala en La Rochelle, Adriano Vatel se propone interrogar todavía a Mons. de Champflour. Sabe, en cambio, que el P. de Montfort se halla presente en la ciudad, y va a visitarlo. Sin imaginar que este simple paso va a cambiar toda su vida, convencido como está de no poder retroceder –entre otras cosas ya debe cien escudos al capitán del barco...–.

El P. de Montfort fija la mirada en el joven sacerdote, que se encamina hacia a las misiones lejanas, quizá viéndose a sí mismo en él, como era hace años al salir de San Sulpicio. Mientras confirma sus dudas acerca de los poderes recibidos, «Montfort llevó a Adriano Vatel a Mons. de Champflour, quien tomó de su escritorio los cien escudos que el

joven sacerdote debía al capitán del barco. El santo contaba con un colaborador más, y sin saberlo, con el primer monfortiano».

En marzo de 1715, Adriano Vatel se halla al lado del P. de Montfort en la misión de Taugon-la-Ronde, y, al mes siguiente, en la de San Amando del Sèvre, entrando con Pedro de Bastières y Tomás Le Bouthis en el pequeño equipo que rodea al misionero. En junio está en la misión de Mervent. En octubre, después de Fontenay-le-Comte, donde Luis parece haber estado sólo con Pedro de Bastières, encontramos a Adriano Vatel en la misión de Vouvant. Desde este momento prefiere ejercer como suplente funciones de vicario en las parroquias donde el párroco se halla temporalmente ausente. Se aparta frecuentemente del grupo de misioneros, aunque firma los registros parroquiales: «Adriano Vatel, sacerdote de la diócesis de Coutances, misionero con el P. de Montfort».

En este sacerdote que soñó con las grandes Indias, parece anidarse en realidad un alma sedentaria y esquiva. Último de los colaboradores de Luis en llegar, permanece como un auxiliar de segundo plano, que, durante la misión, prefiere el confesionario al púlpito y, en todo caso, la tranquilidad de una parroquia de campo a los itinerarios apostólicos. Y, sin embargo, con desinterés excepcional, colocó desde el comienzo sus haberes en la bolsa común de los misioneros. Tal es, discreta y sin alardes, la entrada a nuestra historia de quien será, dentro de algunos años, uno de los dos pilares de la compañía fundada por Luis Grignon.

El verano de 1715, dedicado en gran parte a la instalación de las Hijas de la Sabiduría, con sus escuelas gratuitas, ve correr a Luis una curiosa aventura. En junio predicó la misión de Mervent y quedó encantado por la belleza del lugar: «La población de Mervent se desploma a pico sobre un río que se prolonga en un pequeño lago. Pero de repente detrás de las casas, comienza el bosque que sube sobre las colinas y desciende hacia los valles». El bosque que se extiende como un manto sobre un terreno solitario, crea uno de los paisajes más vírgenes y grandiosos que Luis pudo contemplar: vibra en sintonía profunda con esa amplitud y ternura de las cosas, con la varonil respiración del bosque que vive, conservando intacta su suave frescura, la experiencia del verano.

Un viejo castillo se aferra a la roca en la orilla del río: los señores del lugar invitan a Luis a construirse una ermita en el bosque que le encanta.

En medio de algunas sinuosidades rocosas, el P. de Montfort descubre una gruta adonde, fatigado, se retira a orar. El alma eremítica de Luis se renueva, con el deseo de descansar, curando las heridas causadas por los hombres a la Bondad infinita. En septiembre, vuelve a Mervent, luego de un verano fatigante que ha visto, fuera de los trabajos de La Rochelle, la misión de Fontenay-le-Comte. Abandonando la pequeña ermita que se levanta, en realidad demasiado cercana al camino transitado, concibe un proyecto más audaz: adentrarse en el bosque de Vouvant, hasta una fresca garganta acuñada entre dos montañas, rica en agua, y construir allí una casita de paz, que –evolucionando rápidamente los proyectos en la mente del P. de Montfort– podría ser un día el lugar de reposo concedido por la Regla de la Compañía de María a los misioneros que ya no tienen fuerzas para trabajar. El bosque de Vouvant, que posee el secreto de la quietud, vería pues surgir, en dimensiones mínimas, el pilar de un puente cuyo arco apoya su otro extremo en el seminario parisiense del Espíritu Santo. Rica de poesía, la idea no carece de realismo espiritual: Luis sabe cuán necesario es prepararse a la muerte con un encuentro más profundo con Dios que habla en la soledad.

Surge así la «gruta de los cervatillos» –en lo alto, dominando a través de la maraña del verdor, un panorama selvático estupendo: las pendientes cubiertas de árboles, la amplia curva dibujada en el río que corre en el fondo del valle–. Un enorme macizo rugoso,

poderoso, y ahí adentro un espacio minúsculo que tiene olor a tierra y bosque: a ese espacio tallado en la roca y protegido por el muro del vestíbulo entran un lecho, una mesa, una sillita, un crucifijo. El hombre que ha proclamado por todos los caminos su devorador «Dios solo» no hubiera podido encontrar un símbolo más perfecto de despojamiento que esa morada suya inmersa en la naturaleza. Todo el silencio del bosque parece guardar y envolver la humildísima soledad de la gruta: en las paredes de la roca, donde sólo se puede orar, arde el misterio trepidante de los contemplativos y los enamorados.

El P. de Montfort se propone construir todavía una capilla y plantar una cruz: pero, mira que en el otoño de 1715, estalla la borrasca de los rumores burocráticos que destruye el dulce sueño del misionero. Los funcionarios de «Aguas y Bosques» defienden los derechos de su Majestad sobre el bosque de Vouvant –que es propiedad del Rey–, ofendidos por el abuso del sacerdote que se ha adueñado de «un octavo de un arpante». El pobre «sieur Demontfort» ve aparecer su nombre así estropeado en el texto de un proceso verbal de volutas ampulosas que presenta títulos y dignidades y acusa «al dicho sieur Demontfort» de haber cortado cinco o seis raíces de castaño, construido un muro y proyectado un camino, todo ello pretendiendo tener el visto bueno nada menos que de Mons. Fagon «Gran Maestro, inquisidor y reformador general de las Aguas y bosques de Francia en los departamentos de Poitou, Aunis, Saintonge, etc.» y del obispo de La Rochelle.

¿De qué permisos se ha armado o creído armarse el P. de Montfort? La máquina burocrática tiene el buen gusto de no actuar con crueldad. Pero la ermita de Vouvant queda incompleta y la «*grotte aux faons*», la gruta de los cervatillos, donde Luis Grignon ha deseado prepararse a morir, queda de nuevo vacía.

El sueño eremítico se disipa rápidamente por la iniciación de una gran etapa misionera, en la que Luis echa, a ojos cerrados, el poco de vida que le queda. Están las escuelas para muchachos que hay que acompañar y consolidar. Están las Hijas de la Sabiduría que lo necesitan todo, a comenzar por la casa. Está la Compañía de María a la que hay que dar forma. Pero sobre todos estos temas, urge una vez más, simple y en primer lugar, el tema de la misión. «Si Dios quiere que buenos eclesiásticos se asocien a mí... es asunto suyo, no mío». Se pone de nuevo en camino: «los elegí para que vayan». Éste es ciertamente el lema de la Compañía de María y el de su fundador.

Y en los senderos de la misión tiene lugar el último encuentro en la vida de Luis, el más rico en consecuencias para el futuro de la sociedad de misioneros con que sueña. Un sacerdote de aspecto modesto que revela una precaria salud, llega un día de octubre, a visitar a Luis en la parroquia de Fontenay y pedirle una misión para la región de Saint-Pompain. Se llama Renato Mulot.

Lo mismo que Adriano Vatel pertenece a una familia numerosa y creyente, donde florecen las vocaciones sacerdotales. Su padre Santiago Mulot, era procurador en la sede real de Fontenay. Su hermano mayor, Juan, precedió a Renato al seminario de La Rochelle y a comienzos de siglo tomó posesión de la parroquia de Saint-Pompain. Allí, hacia 1707, se estableció la viuda Mulot con su numerosa familia, habitando la amplia y graciosa casa cural y devolviendo la vida al antiguo hogar. Renato Mulot, joven clérigo de frágil salud, es vicario en Villiers, al lado de un párroco que tiene fama de carácter difícil. Se refugia con frecuencia en la amable casa cural de Saint-Pompain que sólo dista unos kilómetros...

Ordenado sacerdote (1708), Renato Mulot, trabaja como vicario de Soullans, donde permanece seis años. Allí cae víctima de una violenta enfermedad que lo deja destrozado. Allí también oye por primera vez hablar del P. de Montfort, con fuertes pinceladas que están muy lejos de atraer al tímido vicario: «no habría dado un solo paso para ir a

escucharlo». Apenas puede ponerse en pie, monta a caballo y corre a Saint-Pompain, donde prosigue por algún tiempo su deshilvanada carrera eclesiástica. Humillado por su debilidad física que no le permite prestar sino una modesta colaboración al ministerio de los dos párrocos, corre como lanzadera entre Saint-Pompain y Villiers.

Y, en toda la región, se sigue hablando del P. de Montfort y de los ecos extraordinarios de su misión. Renato Mulot que posee uno de esos corazones profundos que animan a veces a físicos dolientes, se inflama ante la perspectiva del gran bien que podría hacer el célebre misionero en la parroquia de su hermano. «Ahí mismo, débil como estaba –nos cuenta él–, decidí ir a Fontenay» para encontrarse con el P. de Montfort e invitarlo.

Luis escucha la petición del joven: la mies es tanta...; ¿cómo encontrar un espacio para Saint-Pompain en el ritmo de trabajo que espera al apóstol? Mulot no sabe que suplica a alguien a quien cada misión le va quemando con impresionante rapidez las pocas fuerzas que le quedan. Es hora de comer: Luis invita a Renato Mulot a quedarse con él; se sientan, y un pobre, como siempre, ocupa al lado del P. de Montfort el sitio de honor. El humilde sacerdote de Saint-Pompain saborea con extraordinaria profundidad el sentimiento de esta hora de intimidad con un santo. Levantándose de la mesa, renueva la súplica, añadiendo, esta vez, una apostilla sorprendente, con las palabras más graves que nunca ha pronunciado: «Si tuviera fuerzas y ciencia suficientes lo seguiría a Ud. por todas partes...».

Luis escruta largamente el rostro del joven que sabe olvidarse de sí mismo hasta prometer algo más allá de sus fuerzas. Luego responde con dulzura: «¡Bueno! Si vienes a ayudarme en la misión de Vouvant, estaré en Saint-Pompain inmediatamente después».

Dos momentos de un diálogo que ha decidido, sin saberlo sus protagonistas, cosas importantes. Renato Mulot toma el camino del regreso, asustado por cuanto ha tenido la audacia de prometer. Pero a los pocos días se presenta puntualmente en Vouvant donde el misionero lo espera. Se ofrece con humildad, consciente de las propias limitaciones: «Desde hace varios años tengo un lado del cuerpo paralizado, sufro depresión al pecho y jaquecas que me impiden dormir tanto de día como de noche. ¿Qué hacer con un misionero así? Más que ayudar, será un obstáculo».

Desde el fondo de su sacrificio personal, Luis fija la mirada en el pobre sacerdote: «No importa, como el Señor a Mateo te digo también: 'Sígueme...!'».

Renato Mulot no se apartará más del P. de Montfort: la generosidad de su paso inicial ha resuelto el porvenir del primer Superior de la Compañía de María. En el curso de pocos meses, aparecieron en el escenario de Luis, los dos sacerdotes que a diferencia de todos los otros, recogerán un día, en los hombros frágiles, la herencia del misionero. Dos hombres reservados, que aparentemente no tienen gran carácter y que en su juventud no han tenido signos premonitorios. Desde el punto de vista humano nada les predispone a convertirse en los primeros miembros de la Compañía de María. Ni Adriano Vatel con su alma de párroco campesino ni Renato Mulot con su humillada carrera han llamado la atención de los biógrafos de Luis atentos sólo a la gesta de su héroe.

Pero entre los dos jóvenes sacerdotes y el P. de Montfort se ha realizado un encuentro a nivel profundo, empezando por la llamada de resonancia evangélica: «sígueme», que Luis ha lanzado de modo diferente a cada uno de ellos y a la cual han respondido uno y otro de modo diferente pero con la conciencia de jugarse una carta definitiva.

Sobre el hilo transparente de esta relación personal, a través de la cual ha pasado la gracia de la vocación, reposan en forma oculta el porvenir de la Compañía de María y el misterio de la fecundidad del apostolado. Y, sin embargo, unas palabras deben cumplirse a la letra en la vida de Luis, según la maciza concretez que ha calificado su forma de leer el

Evangelio: si el grano de trigo, cae en tierra y no muere, queda él solo. El ritmo demoledor de los últimos años nos frena de repente ante la realidad de este pasaje estrecho por el que veremos a Luis adentrarse con sus manos vacías.

Capítulo 5

EL HOMBRE DE LAS MANOS VACÍAS

En el curso de los últimos años, hemos visto a Luis moverse como quien sabe que no le alcanza el tiempo. A comienzos de 1716 esta conciencia se le hace más candente: la muerte que lleva dentro hace más profunda esa opresión. Luis ya no da más: es cuestión de meses y se da cuenta de ello. De hoy en adelante, todas sus acciones y palabras son las de un hombre que mira cara a cara esta última cita. Hay un secreto en la muerte de los santos: verifica y sella la gracia de una vida, a menudo con una plenitud augusta que se transparenta de las cosas más sencillas. No hay en ella nada casual, nada se deja a la imprevisión. En su plenitud, los temas existenciales que han realizado su paciente trabajo llegan a una extrema unificación. La muerte de Luis Grignon, leída en el tejido de los acontecimientos externos, es una página pobre que oprime el corazón. En realidad, esta página de soledad, de desnudez y de esperanza tiene una intensidad de significados que refleja su luz del P. de Montfort.

La Regla de la Compañía de María prevé, es cierto, un lugar de reposo donde los misioneros que sobreviven a la posibilidad de trabajar apostólicamente se preparen en la paz suprema al último viaje. Pero también es cierto que, en el pensamiento de Luis, tales casos deben ser raros, ya que el apóstol muere en la brecha, agotado rápidamente por su propia faena. Ahora tenemos ante los ojos un sacerdote de cuarenta y tres años que ha escogido realizar la propia vida consumiéndola en la fatiga y arrojándola sin descanso: si su alma de solitario amó la dulce quietud del bosque de Vouvant, no era propio de Luis hacerse de esa quietud una morada. El que en su juventud había soñado con la contemplación pura y que es al mismo tiempo desierto y jardín, al acercarse a la meta, no ve otra cosa que caminos –camino no importa cuales, caminos polvorientos de ciudad y de campo– y almas.

Hoy valoramos la importancia de la opción realizada por Luis, al responder a la vocación apostólica: evangelizar a los pobres. De frente a la muerte que asecha, la fidelidad de Luis a la misión ilumina una vez más el sentido que ha tenido desde el comienzo: espiral de amor y de sacrificio que despoja y desapropia de sí mismo al hombre investido de una tarea radicalmente desproporcionada a sus fuerzas: manifestar a los pueblos cómo ama Dios. ¡Para esta tarea no hay punto final! ¡Aquí ni un hombre agotado puede retroceder! Lo único que puede hacer es echar en el brasero, como gota insignificante, su propia muerte. Obrando así, realizará, después de haber gastado la vida en el seguimiento de Cristo, el gesto que más lo asemeja al Hijo de Dios.

En efecto, la vida apostólica, existencia tensionada y errabunda, impregnada y juzgada esencialmente por la Palabra, como corteza rugosa que oculta la medula de una inmensa ternura, debe día tras día, centrarse en torno a la contemplación-imitación de la persona del Señor. Y Luis, por su parte, ha vivido esa «contemplación, en los caminos», traduciendo en forma personal los temas poderosos de los místicos que lo han formado. Su seguimiento

apostólico ha pasado a través de María, la cual encarna en el horizonte espiritual monfortiano, la virginidad del recogimiento, la efusión del corazón, la montaña de la soledad con Dios que es a la vez Tabor y Calvario. De ese modo, con el pasar de los años, tras la primera opción por el ministerio activo que ha sido para Luis algo en cierta forma lacerante, hemos visto realizarse en él –mediante la clave de bóveda de la «esclavitud de amor», que es oración y vida– una reunificación gradual.

Ahora, en este resto de vida que aún le queda, mientras la muerte madura en él como un fruto y mientras su prontitud para el servicio asume algo del valor del martirio, frente a Luis sólo se alza la cruz. La cruz y el misterio de amor que la expresa, nudo de la meditación y del amor de Luis, se posarán sobre esta existencia destrozada, como el «Amén» de Dios a un itinerario de contemplación hecho vida: ya no la cruz de las grandes purificaciones, sino aquella sobre la cual el apóstol fatigado, que no tiene dónde reposar la cabeza, termina reclinándose unido definitivamente a su Señor.

Existe este doble creciendo, al finalizar la historia del P. de Montfort. Creciendo del servicio activo hacia los valores del holocausto; creciendo de la simplificación íntima en torno a un motivo único que veremos crecer: «el amor del corazón de Cristo, el más crucificado de los hombres». En la majestad de su despojamiento final, Luis debe decir todavía su palabra más sublime. Sigue en la brecha, por tanto, hasta que la luz del día le permite caminar. Luis atraviesa lentamente la llanura del Aunis, donde la fe es tibia y la práctica religiosa es indolente. Lo rodea el afecto de los pueblos que evangeliza con la fortaleza de un testimonio. El solo paso del P. de Montfort, del sacerdote de rosario grande, es saludado con un congregarse de multitudes y el gesto de quienes se arrodillan al borde del camino implorando bendiciones. Para dirigirse a los obreros del campo así como para las 'personas de calidad' que se mezclan con el pueblo, usa Luis el apelativo amable que recoge de los labios de Jesús: «Hijitos míos, les auguro que el Señor los bendiga y haga santos a todos», dice trazando sobre su frente, con ademanes de madre, un pequeño signo de la cruz. El diálogo de amor de Luis con su pueblo, iniciado hace veinte años, en forma dubitativa, se expresa en gestos de indecible naturaleza, en esta tierra de la Vandea conquistada palmo a palmo, tierra donde se alzarán setenta años más tarde, el ejército popular contra la revolución.

Y, sin embargo, en la zona del Aunis, espiritualmente más árida, el P. de Montfort sale todavía al encuentro de tormentos y contradicciones. Quizá por esto, se establece allí, los últimos meses de su trabajo, renunciando a La Rochelle donde almas piadosas lo reclaman y donde las obras apenas nacidas, piden consolidación, a Nantes donde los Incurables siguen esperándolo, y a todos los lugares del oeste de Francia que constituyen para Luis un signo de la amistad eclesial respecto de él. Lo cual significa para él dejar en suspenso tantos proyectos puestos en marcha, renunciar a anudar los hilos de la acción de toda su vida –y Dios sabe si Luis siente la urgencia y la necesidad de ello– para privilegiar una vez más a quienes se hallan más ayunos del pan de la Palabra. Las poblaciones del «boscaje vandeano» encadenan, pues, al misionero en una sucesión de etapas lentas y muy fatigantes: Fontenay, Vouvant, Saint-Pompain, Villiers-en-Plaine, San Lorenzo del Sèvre...

Uno, dos meses, en cada una de estas poblaciones, pintorescas y deliciosas de historia como Vouvant, dominada y resumida en un ábside y un portal maravilloso de iglesia románica, o que se erigen en pequeñas ciudades como Fontenay, o bien rurales y humildes como Saint-Pompain. En Vouvant, el P. de Montfort se lanza enérgicamente contra un sistema de impuestos que oprime a los pobres. El asunto termina ante la justicia. Y un proceso, que el misionero no verá concluido, dará razón a los pobres. Del episodio nos

queda el recuerdo en un cuarteto estremecedor escrito por Luis:

«Pidan, pobres, comidos
por tasas sin medida;
van a ser liberados,
sin proceso ninguno».

En Saint-Pompain, el párroco Juan Mulot, que no tiene el corazón apresurado ni despierto como su hermano menor, se convierte de una vida no incorrecta pero sí tibia, gracias al sacudón interior que le causa un solo verso de un cántico, entonado por el hermano Santiago: «Yo he perdido a Dios con mi pecado...».

Conquista de personas, conquista de pequeñas comunidades que tienen el horizonte salvajemente restringido de las gentes del campo. Y Luis lleva en el corazón el sentido devorador de la misión que debe alcanzar a todos, su sueño de un puñado de sacerdotes que lleven el fuego por el mundo. Alejar las manos de la obra que llena todas sus palpitaciones para plegarse al yugo de la monotonía cotidiana, es quizá la forma de ascesis más heroica y la prueba suprema de amor jamás pedida a Luis Grignon. Ya que el P. de Montfort sigue machacando un solo pensamiento: los hijos que no tiene y querría dar a la Iglesia. Sigue moviéndose como puede en esta dirección, recogiendo las migajas que le da la Providencia: en enero de 1716 acepta dos fundaciones con las que dos buenas señoras de Vouvant – Renata Arcelin y Juana Creuzeron– entregan al misionero y sus sucesores la herencia de dos pequeñas casas ubicadas en la parroquia de Vouvant, donde se localizaría así la cuna de la Compañía de María.

Madame Arcelin entrega a Luis la mitad de una casita compuesta de cuatro piezas y la mitad de su jardín. Juana Creuzeron, viuda Goulard de la Brûlerie, ofrece la mitad de su casa de ciudad, añadiendo alguna cláusula que resultará pesada para los herederos misioneros. Los dos testamentos de Vouvant contienen una precisión idéntica, en obediencia al espíritu de la Regla que quiere que los misioneros sean propietarios de dos únicas casas en el reino y sencillos huéspedes de cualquier otra: en el momento mismo en que los hijos del P. de Montfort dejen de usarlas y disfrutar de ellas, la propiedad de los dos inmuebles volverá a los herederos naturales de las donantes. Así se respeta el espíritu fundamental de la Regla: «La Compañía de María puede recibir de manos de la Providencia otras casas que le regalen en las diferentes diócesis adonde Dios la llame; pero recibirá solamente el usufructo como un arrendatario».

No se trata ya, pues, de la ermita del bosque, sino algún cuarto en la población agreste y poética que la domina. Luis firma los dos testamentos, en nombre propio y de «sus sucesores». Con esto, la realización de su proyecto vuelve a hacerse tangible... pero la última y dura prueba está al asecho. Predica en febrero de 1716 la misión de Villiers con sus colaboradores habituales a los que se ha unido ya Renato Mulot, destinado a recorrer rápidamente un largo camino en el corazón de Luis. Y resulta que el P. de Bastières se separa del equipo de misioneros, como ha hecho en otras ocasiones, pero hoy sin intención de regresar. Es la afirmación más decisiva de independencia frente al porvenir por el que Luis daría su sangre. Esperado o imprevisible, el gesto del amigo tiene sobre el P. de Montfort una repercusión profunda: después de tener a su lado durante años a Pedro de Bastières como confidente y consolador, de un golpe, este hombre fuerte pero vulnerable todavía como en otros tiempos, se siente perdido.

No obstante las dudas que percibe en él, Luis no había dejado seguramente de contar con Pedro de Bastières. ¡Tan desarmada y completa es su confianza en los que le rodean! De un

solo golpe, advierte el P. de Montfort, como nunca hasta ahora, la precariedad de la propia condición y el riesgo de que los menores resultados logrados con inmensos esfuerzos se ahoguen en nada. Si Pedro de Bastières se ha ido, ¿quién querrá quedarse? Es, en la historia del P. de Montfort uno de los momentos más graves. Se siente demasiado enfermo, demasiado agotado para comenzar a tejer la trama de nuevas oportunidades. Los dos testamentos que le dan el usufructo de algunas piezas, son una base mínima de seguridad para la Compañía de María. Pero si Luis muere sin herederos, también esta puerta se cerrará. Y Luis sabe que está para morir. Desde la misma Villiers donde Pedro de Bastières lo abandonó, escribe una carta a Pedro Caris, pidiéndole que acelere el cumplimiento del acuerdo. Este paso revela cómo el P. de Montfort, al terminar su carrera, se siente solo, y cómo no se atreve a confiar en las sombras de colaboradores que encuentra a su lado, tan poco alineados con los ideales de sus sueños y tan poco dispuestos a asumir su heroica heredad. Por tercera vez, acude al seminario del Espíritu Santo. Y esta vez, su gesto es realmente el grito de auxilio de quien asiste al naufragio de su propio ideal.

Se dio para el P. de Montfort este momento de angustia y vértigo. La soledad y el fracaso, fielmente al asecho a lo largo de su vida, lo espían todavía en la hora final. No es ya uno u otro proyecto ni una u otra iniciativa lo que está en crisis, sino lo único que expresa y recoge todo el sentido de la experiencia monfortiana, la linfa de la existencia del apóstol. Sobre la actual angustia confluyen las antiguas obsesiones juveniles y las amargas del hombre adulto: la experiencia psicológica, exquisitamente humana, de la soledad y del sentido –que ha cuajado de penas toda la acción de Luis– de la frustración de un amor, frustración de una tensión apostólica que ha hecho experimentar al rudo sacerdote casi el espasmo de la ofrenda de sí mismo y de la humilde disponibilidad. Golpea sobre todo un tema, ese que ha sido el más vivo y portador de dolor en la historia de Luis: la dilatación eclesial de una vocación «singular», la realización de un carisma al servicio de la novedad del Espíritu. Luis siente vacilar bajo sus pies todo el terreno conquistado al precio de luchas no conocidas para quien sólo desde fuera ha visto los acontecimientos. Al asumir el valor resolutivo, consumidor y liberador al mismo tiempo, que asume para Luis la oración por los obreros evangélicos, que es oración por una Iglesia más apostólica, más pobre y más santa, a imagen de su Señor, es posible captar la casi trágica repercusión íntima de este supremo «inconcluso» que envuelve el crepúsculo humanamente muy despojado de Luis Grignon.

La respuesta de Luis es simple y grande. Su sueño de la Compañía de María ha nacido y se ha desarrollado totalmente, sin apoyos humanos, en la dimensión de la Esperanza. Cuanto más frustrado se siente este pobre fundador en su poderoso anhelo, tanto más surge purificada esta dimensión. Al volver de Saint-Pompain, después de la misión de Villiers, para predicar un retiro a los hombres, Montfort acoge el anhelo de ellos de realizar una peregrinación a pie a Ntra. Señora des Ardilliers. Pero él pone dos condiciones que darán un sentido particular y absolutamente monfortiano a esta iniciativa de fe:

«No tendrán en esta peregrinación otra finalidad que:

a) alcanzar de Dios, por intercesión de la Sma. Virgen, buenos misioneros que sigan las huellas de los apóstoles gracias al abandono total a la Providencia y a la práctica de todas las virtudes, bajo la protección de la Sma. Virgen;

b) alcanzar el don de sabiduría a fin de conocer, saborear y practicar la virtud y hacerla saborear y practicar de los demás».

Luis escoge a Renato Mulot y Adriano Vatel como guías de los treinta peregrinos. En esta forma, el P. de Montfort pone en labios de sus dos auxiliares la oración que les

concierno en primer lugar a ellos en persona y cuyo resultado transformará su vida. Luis que ha escrito a Pedro Caris no apremia a estos dos jóvenes a quienes ha llamado en forma tan decisiva ni se adueña de su vocación. Pero les pide que oren y ora él mismo, repitiendo, en la segunda mitad del mes de marzo, la misma peregrinación, en compañía de algunos hermanos.

Ntra. Señora des Ardilliers, uno de los lugares más caros al P. de Montfort es una iglesia del siglo XVII de ágil y sólida cúpula. Frente a ella, el inmenso aliento del Loira que avanza hacia Saumur; dentro de ella, una idea: María al pie de la cruz, María que tiene entre sus brazos el cadáver del Hijo: el misterio de María y el de la cruz unidos en una contemplación dolorosa y calmada.

La oración repetida, la oración coral en Ntra. Señora des Ardilliers es la última iniciativa que toma Luis en favor de la Compañía de María. Es el gesto con que se despoja de su angustia y se «desapropia» de su sueño: una vez más depone una y otro a los pies de María, no conservando para sí sino la esperanza. Más libre, como quien ya lo ha dado todo, parte, al regreso de Saumur, para dirigirse a San Lorenzo del Sèvre donde predicará la última misión.

¿Por qué después de quince años de ministerio nos encontramos con que a Luis lo evitan incluso los mismos que lo veneran? ¿Tanto miedo causa este sacerdote «esclavo de Jesús y de María»? Necesitamos, antes de despedirnos de él, presentar ante los ojos lo que ha sido él realmente al final de su vida. El testimonio más dulce y fresco al respecto nos sale al encuentro en Villiers-en-Plaine, donde lo vimos detenerse en febrero para una misión y vivir, en silencio, su último drama. Una joven mujer, la señora de Oriou, honesta, fina y alegre, que tiene modales desenvueltos e incluso una ligera apariencia de quien se halla bien avezado al vivir del mundo, narra su encuentro con el P. de Montfort.

«Vivíamos entonces, el señor de Oriou y yo, en el castillo de Villiers. Teníamos sólo servidores y permanecíamos en Oriou. Había oído ya hablar de las misiones del P. de Montfort en lo que sabía a fábula, no en los aspectos positivos. Nos dijeron que Mons. de Champflour, obispo entonces de La Rochelle, enviaba al P. de Montfort a Villiers, parroquia de su diócesis, a predicar una misión. Mi primera reacción fue la de no asistir, pues no quería ser testigo de todas las payasadas que le atribuían.

Después de reflexionar algunos días sobre lo que debía hacer, pensé que haría mejor asistiendo, en vista del buen ejemplo, dado que mi esposo era el señor del lugar... Induje, pues, al señor de Oriou a permanecer en Villiers durante la misión, con el propósito íntimo de no hacer mi misión, y también de examinar bien cuanto dijera o hiciera el P. de Montfort, para divertirme después de la misión.

No se alojó en el castillo, en vista de que ni nosotros vivíamos allí. Instaló la 'Providencia' en casa de madame de Villiers, suegra de mi difunto esposo.

Yo asistía a todas las predicaciones que eran tres al día, una por la mañana, otra a las tres de la tarde, y la otra después de la puesta del sol.

Casi todos los días comíamos juntos, sea en la 'Providencia', que estaba bien provista, o en nuestra casa, en el castillo. Y en toda comida, tenía él a su lado uno o dos pobres, que a veces eran muy desagradables. Compartía con ellos cuanto le servían en el plato y les daba siempre lo que juzgaba era el mejor bocado, nunca bebía sin darles de beber; y, después de la oración de acción de gracias, los besaba y acompañaba hasta la puerta, con el sombrero bajo el brazo.

... Al cabo de quince días en los que había oído todos los sermones y visto su modo de

vivir y su regularidad en todos los momentos de oración y todas sus conversaciones que eran todas muy alegres, muy edificantes y divertidas en las que, precisamente, hacía con él bromas a propósito, para ver si se enfurecía o escandalizaba ante una cantidad de ideas y canciones ligeras que yo decía. Él lo llevaba todo a broma y me hacía sonriendo advertencias morales muy amables. Al cabo de quince días repito, sentí el corazón penetrado por la idea de seguir y hacer mi misión. Tenía veinticinco años cumplidos. En el confesionario no encontraba nunca a nadie más criminal que él mismo. En el confesionario era como un ángel enviado por Dios.

Doy testimonio de no haberle oído decir nunca nada que no fuera muy evangélico y apostólico... Nunca le encontré algún mal escrúpulo ni para sí ni para los demás. Tenía sólo aquellos que debe tener un verdadero cristiano y siempre con mucha dulzura, no obstante haber nacido con un temperamento muy vivo, era siempre dueño de sí mismo.

El día de carnaval, hizo plantar las cruces en el poblado de Champ-Bertrand, que está en la parroquia de Villiers, mandadas hacer por madame de la Porte-Bouton y que le había pedido ir a plantar al final de la misión. Ese día ella nos invitó a todos a almorzar. Fue un concurso de quinientas o seiscientas personas que comieron donde aquella señora. Entre otros vinieron una dama y un caballero, y cuando, el P. de Montfort subió al pie de la cruz, como tenía costumbre de hacerlo, para exhortar al pueblo a respetar este signo de nuestra redención, cuando a mitad de su discurso aquella dama y aquel caballero le dijeron todas las invectivas que se pueden decir en semejantes circunstancias, llamándolo anticristo, diciéndole que seducía al pueblo para sacarle dinero y no contaba sino falsedades, y mil cosas más, durante más de un cuarto de hora.

El P. de Montfort permaneció como una estatua, con las manos juntas y su bonete puesto, tranquilo como si estuviera oyendo un sermón útil para la salvación de su alma, con los ojos bajos, hasta que aquellas dos personas no se cansaron de hablar. Entonces bajó de la cruz y fue a postrarse de rodillas y a pedirles perdón por lo que en su sermón hubiera podido escandalizarles y haberles inducido a ofender tanto a Dios. Quedaron tan avergonzados que huyeron sin decir palabra y el P. de Montfort no quiso que durante la comida se hablara de lo sucedido».

Las escenas descritas por la señora de Oriou son vívidas. Se puede completar el cuadro con lo que ella no dice: este Luis que bromea amablemente con su joven comensal –como en otros tiempos con Catalina Brunet– lleva de hecho en el corazón la asechanza de la angustia. Lleva en la carne, muy visibles, todos los signos de la ruina final. Habla, por lo demás, de ello a madame de Oriou –señalándole como cercana «antes de un año»– su propia muerte. Pero el clima, en la mesa, donde ricos y pobres se congregan en torno al misionero, carece de tensiones y es familiar: hay paz y calor en aquella casa donde ha entrado el hombre de Dios.

Encontramos en él algo que es ya cosa consumada: sus «advertencias morales muy amables», la sonriente flexibilidad frente al juego de la joven que lo somete graciosamente a prueba, esa agudeza humana que procede, en realidad –el último episodio lo dice– de una completa conversión a Aquel que es misericordia y mansedumbre, abren una ventana sobre el resultado de la larga maduración de un santo. No se destruye la naturaleza de un hombre, ni Luis ha dejado de ser el tronco arrugado, expuesto al viento, que fue en su impetuosa juventud. Pero por un milagro de perseverancia, un germen de dulzura que estaba anidado en esa corteza se ha desvelado totalmente, al sol de la caridad de Dios.

Quien se ha acercado, sobre todo en los últimos días, al P. de Montfort está en grado de

desmitizar la ruda leyenda formada en torno al apóstol. El último retrato de Luis, es bueno recogerlo en los testimonios que expresan nostalgia respecto del manso y humilde de corazón en que se ha convertido P. de Montfort.

San Lorenzo del Sèvre. El poblado, cuyas rústicas casas tienen el color cálido de la tierra, ocupa el fondo de un valle aislado y silencioso. El Sèvre corre calladamente, aprisionando algo del azul del cielo vandeano, el verdor de las flexibles ramas que lloran, y subraya con sus murmullos los tranquilos rumores del poblado. Estamos en el corazón de un valle campesino que es todo armonía y donde no se conoce la aspereza de las líneas: habita en él un pueblo de alma sencilla.

Luis llega allí el primero de abril, en el tiempo litúrgico de la penitencia: el Domingo de Ramos, 5 de abril, comenzará la misión. El sacerdote y el pueblo entran en ella a través de la contemplación del Cristo doliente y del misterio pascual.

Fuera del pueblo, en una de las pendientes que van a morir en las aguas del Sèvre, se abre una especie de gruta, callada y apartada como la «gruta de los cervatillos». Luis se refugia a orar allí, solo con el Crucifijo. El húmedo suelo está manchado de sangre. De Luca escribe: «el relato de las penitencias a que Luis se sometía irrita nuestra complacencia con nuestro cuerpo... El cuerpo tenía que ser no un abrigo y un peso sino el vestido y ala del alma».

La naturaleza es dulce en torno al misionero que ha vibrado de ternura por el espectáculo de la creación; hoy, sin embargo, mira a otra parte. Se da quizá, en esta última primavera colmada del recuerdo de la pasión, una sencilla exigencia en el corazón de Luis: perderse más hondamente en la asimiliación existencial del objeto de su amor. Lo demás ya no cuenta. Quedan dos cartas, que Luis escribe en este período y constituyen el último documento del camino interior del santo. Ambas tienen que ver con proyectos que lleva hondamente en el corazón. Corre por dentro de ellas como impulso que nos deja pensativos el impresionante desapego de Luis. Habla de pormenores prácticos vinculados a su misión activa, pero, en realidad, dicta su testamento espiritual. Hay una gradación de intensidad entre las dos cartas, escritas a distancia de unos días. En la primera dirigida a la Superiora de los Incurables de Nantes para tratar el asunto de la ampliación de la casa y aceptación de nuevo personal, formula aún proyectos, programa el porvenir, pero con las palabras de quien se halla ya en el umbral.

«Respaldo por el tesoro inagotable de la divina Providencia, nuestra Madre bondadosa, que nunca nos ha fallado en nuestras empresas por su gloria, contesto resueltamente que puede aceptarse y firmarse el arriendo de la casa en cuestión, con tal que las personas que van a encargarse del cuidado de los pobres incurables tengan las cualidades siguientes:

1) que, por pocos o muchos que sean sus haberes, tengan ciencia o no la tengan, no se apoyen en brazo alguno, sino únicamente en la ayuda invisible y misteriosa de la providencia de nuestro Padre del cielo;

2) que sigan total y puntualmente la misma regla y tengan el mismo director, sin que nadie –por mucho dinero que traiga consigo o por mucho talento que posea– pueda, a modo de privilegio o por condescendencia, eximirse de la vida en comunidad, de la regla o del director;

3) por último, que se hallen preparadas –si la obra es de Dios– a padecer con alegría toda clase de cruces. Efectivamente, ésta es la casa de la cruz, y no debe dársele otro nombre. Y lo primero que hay que hacer en ella –con permiso del Obispo– es plantar la cruz, a fin de

que ésta le dé el nombre, la gracia y la gloria a perpetuidad. Al comienzo bastará con plantar en medio del patio o del jardín una sencilla cruz, en espera de algo mejor. Será el primer mueble que lleven a ella.

Saludo con el mayor respeto al señor Du Portail y a todas aquellas buenas personas que se asocian a nosotros en la caridad del Corazón de Jesús, el más crucificado de entre los hombres».

La segunda carta responde a María Luisa Trichet que le ha recordado a Luis los problemas de la pequeña comunidad de la Sabiduría, instalada hace un año en La Rochelle y carente todavía de seguridades elementales, a comenzar por una residencia decente: el mensaje de María Luisa dejaba sobreentender quizá un amable reproche al padre que ha obligado demasiado pronto a sus hijas inexpertas a defenderse solas. El año transcurrido ha sido duro para María Luisa. Que en su equilibrio de amable dueña de casa, ha experimentado una vez más lo arduo que es seguir el paso del P. de Montfort, ese niño loco de Dios, tiernamente presente para el cuidado espiritual de las hijas pero siempre ausente cuando se trata de asumir el timón de las cosas prácticas de la pequeña familia atribulada... En realidad, el comportamiento de Luis proclama una gran confianza en las dotes de María Luisa Trichet, la nueva relación, más igualitaria y fraternal, establecida entre la hija y el padre que, quizá sólo con ella ha logrado activar plenamente la dinámica humana de la colaboración. Y, no obstante, en la actitud del P. de Montfort hay algo más. Su modo aventurero, humilde y regio de cerrar los ojos en el abrazo de la Providencia de Dios. Y también la llamada trepidante al sentido de una Sabiduría que alivia y despoja de todo cálculo, dando la embriaguez de un solo tesoro, la «libertad, la divinidad del Corazón de Jesús crucificado:

«Adoro el proceder justo y amoroso de la divina Sabiduría sobre su pequeño rebaño, albergado estrechamente entre los hombres para ser instalado y escondido a sus anchas en el Corazón divino, atravesado por la lanza con esta finalidad. ¡Oh! ¡Qué benéfica y agradable es esta sagrada recámara para un alma verdaderamente sabia! Ésta ha salido de allí con la sangre y el agua cuando la lanza lo atravesó. Allí encuentra refugio seguro cuando la persiguen los enemigos. Allí vive oculta con Jesucristo en Dios, más victoriosa que los héroes, más coronada que los reyes, más resplandeciente que el sol y más elevada que los cielos.

Si eres realmente discípula de la Sabiduría y elegida entre mil, ¡qué dulces te parecerán los desamparos, los menosprecios, la pobreza y tu pretendida cautividad, porque con todos estos tesoros comprarás la Sabiduría, la libertad, la divinidad del Corazón de Jesús crucificado!

Si Dios no me hubiera dado más ojos que los que recibí de mis padres, me quejaría, me inquietaría con los locos y locas de este mundo corrompido. Pero, ¡Dios me libre de hacerlo! Sábetes que espero mayores y más dolorosos trastornos, que pondrán a prueba nuestra fidelidad y confianza, y cimentarán la comunidad de la Sabiduría no sobre la arena movediza del oro o de la plata –de que se sirve el demonio para consolidar y enriquecer cada día sus posesiones–, ni sobre el brazo de carne de ningún mortal, que, por sagrado o poderoso que sea, no deja de ser más que un puñado de heno, sino para fundarla sobre la Sabiduría misma de la cruz del Calvario. Quedó teñida esta divina y adorable cruz, quedó teñida y enrojecida con la sangre de un Dios, escogida entre todas las criaturas para convertirse en la única esposa de su corazón, el único objeto de sus anhelos, el único centro

de sus aspiraciones, el único fin de sus trabajos, la única corona de su gloria y la única compañera de su tribunal. Y, sin embargo, ¡oh incomprensibles designios!, esta cruz ha sido derribada con desprecio y horror, escondida y olvidada dentro de la tierra durante cuatrocientos años, etc.

Queridas hijas, apliquemos todo esto al estado en que se encuentran actualmente. Las llevo conmigo en todas partes, hasta en el altar. No las olvidaré nunca, con tal que amen mi querida cruz, en la que estoy unido a Uds., mientras no hagan su propia voluntad, sino la santa voluntad de Dios, en la cual soy todo suyo...».

Esta página es la última que escribió el P. de Montfort. Es ciertamente la más elevada – por el inconfundible timbre de la verdad vivida y consumada– escrita por la mano del apóstol.

Hace eco a todos los temas antiguos, recogidos en lo que suena como un explosivo grito de amor. Este grito, este extraordinario repique de resurrección surge, lo sentimos, de una humanidad dolorida. El que escribe se halla en cierta forma en el corazón de la pasión. No por nada ha hecho del costado traspasado de Cristo su morada. Pero es una página de victoria, esclarecida por un reflejo de esa gloria que brilla en el rostro del «más crucificado de los hombres». Es el último cántico del P. de Montfort, que posee la cadencia de un testamento el cual transfigura y plenifica el mensaje de su vida.

El apóstol de la cruz ha encontrado los acentos más puros para expresar el misterio que ha dado sombra a su carrera. La repetida alusión a la caridad del corazón traspasado, no habitual en la pluma de Luis, indica un punto culminante alcanzado por su contemplación y su experiencia existencial de Dios. Pérouas escribe: «Leyendo esta carta, nos sentimos tentados a decir: 'es realmente él, imprevisible, rudo, salvaje...», pero añadamos, aferrando aún una vez más la bipolaridad propia del temperamento de Luis: apasionado y tierno. Este poder, esta intensidad hecha toda amor, en la hora en que la gracia de una vida encuentra su plenitud, ha dictado a Luis la página más límpidamente mística de su obra de tan variadas facetas.

Advertimos que el autor de estas dos cartas ha atravesado un último umbral, luego de interrogarse sobre el fracaso o el éxito de sus sueños. Conoce la profundidad de esperanza de quien espera más allá de la muerte, contando realmente en Dios solo. Se ha deshecho de todo, es un hombre sin bagajes, un hombre libre. Incluso sobre el anhelo de la paternidad que ha quemado sus últimos años, se estampa ahora, como sobre todo el resto, el sello de la cruz, esa «esposa», ese primer amor. La carta a María Luisa Trichet revela en qué clima se prepara Luis a su día de bodas, a su fiesta de Pascua.

La misión de San Lorenzo avanza eficaz, según el ritmo habitual de las misiones monfortianas. Nada permite presagiar hasta qué punto se ha debilitado el pulso del hombre que la guía. Ya ha dado vida en la parroquia a las cofradías de las Vírgenes y de los penitentes blancos, ha seleccionado ya el lugar para plantar, al final de la misión, la cruz del calvario. Cuando se anuncia un suceso alegre y solemne: Mons. de Champflour va a venir en visita pastoral, el 22 de abril, a San Lorenzo.

Luis se conmueve. Le parece en cierta forma que hospeda a su obispo en la propia casa: se le presenta una oportunidad única para testimoniar fidelidad y reconocimiento al pastor que le ha dado asilo y ha sido para él a lo largo de cinco años, un padre y un amigo. ¿Qué giro habría tomado la vida del P. de Montfort, si no hubiera encontrado a Mons. de Champflour? Comprendemos la fiebre del misionero, su ansia generosa de festejar al

huésped. Una grandiosa procesión saldrá a su encuentro: Luis se agota en los preparativos. El 22 de abril, día de la fiesta, está tan agotado que debe declinar la invitación a almorzar en la casa curial. El P. Mulot, su joven amigo convertido en confesor del santo, le suplica a Luis que guarde lecho.

Pero para la tarde está prevista la predicación del misionero, en presencia de Mons. de Champflour. Luis no puede fallar. Sube, con paso vacilante que asusta a los asistentes, las gradas del púlpito y empieza a hablar. La voz ronca recupera poco a poco algo de la plenitud habitual: el argumento escogido es la dulzura de Jesús. Podemos imaginar qué acentos encontraría esta sombra de hombre, de rostro demacrado, de respiración jadeante, al tocar un tema tan profundamente acuñado en su contemplación y afecto. El auditorio llora y quizá sencillamente al ver al misionero.

Ahora el P. de Montfort yace devorado por la fiebre, en el albergue de la «Encina Verde», donde al llegar han fijado los misioneros la Providencia. Renato Mulot le ha ordenado renunciar al camastro de maderos y piedras para acostarse en un lecho y él ha obedecido. Ha venido el médico, pero se muestra impotente ante esta agonía. El organismo, deteriorado como un vestido demasiado usado no reacciona ya. Las horas transcurren lentas para Luis, que sabe muy bien que esta vez no se levantará más. Desde su habitación de primer piso, a lo largo de la calle, en el ala más modesta del albergue campesino, oye los amenguados sonidos de la vida del campo y el canto de las aves en las mañanas de abril. Los colaboradores –Mulot, Clisson, Le Bourhis– obligados a continuar sin él, se reúnen consternados, en los momentos libres, al lado del lecho donde muere el P. de Montfort.

El 27 de abril, confinado al lecho desde hace cuatro días, Luis hace llamar a Renato Mulot. Este hijo a quien el gran misionero confía su propia alma es ahora el hombre más cercano al corazón del P. de Montfort. Luis lo toma de la mano, con gesto fraterno que más de uno de sus colaboradores ha descrito: gesto que, sin palabras, dice tanto. Con la voz ronca a causa de una terrible pleuresía, suplica a Renato Mulot que «prosigas el trabajo». Y el sacerdote comprende muy bien qué legado tan solemne le confía el moribundo. Asustado, protesta que es imposible, se declara «sin fuerzas ni talento». Pero la mano de Luis, quemante de fiebre, fuerte como la de un joven, aprieta la suya, y la voz del P. de Montfort pronuncia palabras que Renato Mulot no olvidará: «Ten confianza, hijo mío, ten confianza: oraré por ti».

Estas palabras sobrenaturales expresan el despojamiento extremo de Luis y su esperanza de vidente. Renato Mulot inclina la cabeza y acepta escribir y ejecutar el testamento del P. de Montfort.

Es un documento seco, documento de quien, en realidad, ya lo ha dicho y dado todo. Indica qué pensamientos e imágenes siguen rondando en torno al agonizante, que ha abandonado en manos de su hijo la propia misión. Documento lúcido y ácido, donde pasa algo de la heroica monotonía que ha estrechado por años la existencia del apóstol.

«Yo, el infrascrito, el mayor de los pecadores, quiero que mi cuerpo sea enterrado en el cementerio, y mi corazón, bajo la tarima del altar de la Sma. Virgen.

Pongo en manos del señor Obispo de La Rochelle y del P. Mulot mis pobres muebles y libros de misión, a fin de que los guarden para uso de mis cuatro hermanos, unidos a mí en la obediencia y la pobreza –a saber: el Hno. Nicolás de Poitiers, el Hno. Felipe de Nantes, el Hno. Luis de La Rochelle y el Hno. Gabriel, que está conmigo–, mientras perseveren en renovar anualmente sus votos, y también para uso de aquellos a quienes la divina Providencia llame a la comunidad del Espíritu Santo.

Dejo todas mis estatuas del calvario –incluida la cruz– a la casa de Hermanas de Incurables de Nantes. No tengo dinero propio. Pero hay 135 libras, que pertenecen a Nicolás de Poitiers para pagar su pensión cuando haya terminado su tiempo.

El P. Mulot dará de la caja de la misión diez escudos a Santiago, otros diez a Juan y diez a Maturín si quieren retirarse y no emitir sus votos de pobreza y obediencia. Si queda algo más en la caja, el P. Mulot, como buen padre, lo empleará para el uso de los hermanos y para el suyo propio.

Dado que la casa de La Rochelle volverá a sus herederos naturales, no quedará para la comunidad del Espíritu Santo sino la casa de Vouvant, y una casita, dada por una buena mujer con la condición de que, si no se puede construir, permanezcan en ella los hermanos de la comunidad del Espíritu Santo para dar escuela gratuita.

Doy tres de mis estandartes a Nuestra Señora de toda Paciencia, en la Seguinière, y los otros cuatro a Nuestra Señora de la Victoria, en la Garnache. Y a cada una de las parroquias del Aunís que persevere en la recitación del rosario, una de las banderas del santo rosario.

Dejo al P. Bourhis los seis volúmenes de los Sermones de la Volpillière, y al P. Clisson, los cuatro volúmenes de los Catecismos a los campesinos.

Si se debe algo al impresor, se le pagará de la caja de la misión. Si sobra algo, habrá que devolver al P. Vatel lo que le pertenece, si el señor Obispo lo juzga oportuno.

Éstas son mis últimas voluntades, que el P. Mulot hará ejecutar, en virtud del pleno poder que le confiero de disponer como mejor le parezca en favor de la comunidad del Espíritu Santo, de las casullas, cálices y ornamentos de iglesia y misión.

Dado en la misión de San Lorenzo, el 27 de abril de 1716.

Todo el mobiliario que haya en Nantes queda a uso de los Hermanos que enseñan en la escuela, mientras ésta subsista».

San Lorenzo del Sèvre sabe que el P. de Montfort no volverá al púlpito ni al confesionario. El 28 de abril, hacia las cuatro de la tarde, una pequeña turba se apretuja llorando a la puerta del misionero. Piden volverlo a ver, recibir su bendición. Luis escucha el murmullo y, al saber de qué se trata, insiste amablemente: «Háganlos entrar». En tres ocasiones se llena el cuarto de fieles a quienes imparte la bendición, levantando humildemente el crucifijo. Así hasta el final, muriendo la muerte apresurada propia del apóstol, Luis está en medio de los suyos, apegado a su pueblo. Para superar la conmoción, recogiendo las fuerzas, entona algunos versos de un cántico:

«¡Vamos, queridos amigos míos,
vamos al paraíso!
Por más que aquí ganemos
es más valioso el Cielo».

Es, como observa Le Crôm, el último sermón del P. de Montfort. Él mismo necesita darse ánimo y, como durante todo el camino, se lo da con el canto: y entra en agonía. Envuelto en el misterio, éste es el epílogo de su combate. Un momento en que el terror desfigura el semblante del moribundo, que despierta de un ligero adormecimiento con el ímpetu de las antiguas batallas: «¡En vano me atacas! Estoy entre Jesús y María. *Deo gratias et Mariae*. Estoy al final de mi carrera. ¡Se acabó, ya no pecaré más!».

El día primaveral se apaga invadiendo con apacibles rayos solares la celdilla de la «Providencia» donde se han amontonado los amigos de Luis. Hacia las ocho de la noche, los nombres de Jesús y de María se apagan en los labios del P. de Montfort.

La misión de San Lorenzo llega a su término y es tiempo de plantar la cruz del calvario. «Bajo el golpe de las emociones de los últimos días, destrozado por el ministerio del confesionario, el P. Mulot, al comienzo de la ceremonia, deja caer en un silencio impresionante estas pocas palabras: "Hermanos míos, hoy debemos plantar dos cruces: primera, la que ven expuesta ante sus ojos; segunda, la de la sepultura del P. de Montfort"».

¿Cómo se explica que la noticia se difunda en la región en el curso de pocas horas de suerte que en la tarde las gentes se amontonan en torno al ataúd del Padre del rosario grande? Han abandonado los instrumentos de trabajo, han venido en pequeños grupos, de cerca y de lejos, el corazón un tanto huérfano y el rostro sin respetos humanos bañado en lágrimas. Son aquellos a quienes Luis amó y para quienes fue testigo viviente de la ternura de Dios. Recuerdan la multitud de Pont-Château congregada para plantar la cruz grandiosa. Hoy plantarán una mucho más pequeña, mucho más humilde. Oficia Renato Mulot, con el rostro surcado de dolor. Tiene un solo anhelo: poder marcharse, volver a la tranquila casa cural de Saint-Pompain, a los rostros conocidos y a la rutina familiar. Dentro de dos años, al igual que Adriano Vatel que también trató de sustraerse, el ejecutor del testamento de Luis volverá al lado de la pequeña cruz, para emprender resuelto el camino de la misión.